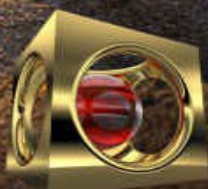


ROSARIO RODILANA

Mirate con mis ojos



Bookit

ROSARIO RODILANA

Mirate con mis ojos



Mírate con
mis ojos

Mírate

con mis

ojos

Rosario Rodilana



1.ª edición: Junio 2018

Copyright

© Rosario Rodilana 2018

© Editorial LxL 2018

www.editoriallxl.com

dirección@lxleditorial.com

ISBN: 978-84-1751621-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CÓDIGO PENAL).

Diríjase a CEDRO (Centro Español De Derechos Reprográficos) Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970 / 932720447. Los personajes, eventos y sucesos que aparecen en esta obra son ficticios, cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Diseño cubierta – LxL Editorial

Maquetación – LxL Editorial

A esa gran mujer que hoy me falta, para mi abuela.

Agradecimientos

Gracias al desamor, porque así se puede escribir el amor, al secreto de una afición y las ganas de llevarla a cabo. Desde luego, gracias a mi familia, por nunca cortar la vena creativa que me toco en esta vida, a mis hijos que nunca me dejan parar y a Alberto, por guardarme el secreto de mis noches escribiendo.

Gracias a Virginia Gil Arroyo, mi primera lectora e impulsora de esta faceta, por todas sus horas dedicadas en nuestras noches en Wattpad. Esto salió adelante por tu curiosidad, y la de cada una de las lectoras. Y a la propia plataforma por acortar distancias entre nosotras.

Gracias al empuje de Ana Gurdiel y Noelia Medina, sin duda os adoro. A Juana María Borrás, qué sería de mi imaginación sin tu armario de las fantasías. Y por supuesto, no puede faltar Angy, por tu confianza y oportunidad.

A mi «yaya Paca» a Fran por cada tirón para arriba, a Princeso por ser tan acertado en sus palabras, a Solete por creer con tanta fuerza, y al Rubio, innombrables, pero necesario en el desarrollo de este proyecto que me aportó ese «Hazlo, aunque lo hagas con miedo».

Capítulo 1

Tú no eres un hombre

Jorge

Me dirijo hacia el baño para escaparme un rato de esto que llaman familia, la verdad, los veo poco o no tanto como desearía, pero dedicarse al mundo de la moda requiere todo el tiempo del que dispongo, gracias a Dios ellos siempre están ahí para mí y yo para ellos, aunque eso no quita que me agobie la situación, supongo que por falta de costumbre.

Si no fuera porque es el bautizo de mi sobrino y soy el padrino, posiblemente hubiese puesto una disculpa para no venir, miento, vendría, esto es por mi hermana y la adoro demasiado como para fallarle en un día tan especial para ella y para mi cuñado, uno de mis mejores amigos.

Creo que no conozco personas más enamoradas que ellos dos, están locos el uno por el otro, y por separado también, tienen un humor un tanto particular, no apto para todo el mundo.

Abro la puerta del lavabo, miro dentro, sorprendiéndome al ver una persona agachada rebuscando en una bolsa, me adentro un poco más y es cuando consigo ver que la persona que se levanta, es una mujer. Alta, de pelo rizado, no está delgada, aunque tampoco gruesa, firme, se ve que es grande pero femenina. La cara no se la consigo ver, por lo que retrocedo y salgo a mirar el cartel del exterior de la puerta. «A que me he equivocado», pienso, pero no, veo que estoy en el sitio correcto, así que vuelvo a entrar. La chica se encuentra de espaldas a la puerta y se está sacando la chaqueta de cuero dejándola sobre el lavabo, lleva una camiseta sin mangas, poco apropiada teniendo en cuenta que fuera hace un poco de frío, no sé qué me pasa en ese momento, pero no puedo quitarle el ojo de encima, instante en el que se saca la camiseta. Tiene una piel lisa y tersa, sin tocarla diría que suave, está un poco bronceada indicando que viene de fuera, porque aquí el sol brilla, pero por su ausencia. Se agacha a la bolsa de nuevo y saca una prenda de color *beige*, se la pasa por la cabeza a la vez que se incorpora y la deja caer, me siento hipnotizado, es un vestido de fiesta largo, mete las manos bajo la falda y comienza a bajar el pantalón. No me salen las palabras, así que toso de forma

exagerada para que se percate de que no está sola porque creo que no se ha dado cuenta, pero sin darse la vuelta dice:

—Si tienes que mear, hazlo, no voy a mirar creo que eso te gusta más a ti.
—Mierda, sí se ha dado cuenta.

—Creo que te has equivocado de lavabo.

Ella continúa con su tarea sin inmutarse y soy yo quien se pone nervioso, no puedo dejar de mirarla y no entiendo el motivo.

—¿Es el lavabo de hombres? —pregunta como si no fuera obvio mientras saca sus botas y luego sus pantalones.

—Sí —contesto firme sin perderme detalle de sus movimientos.

—Pues estoy donde quiero estar, si no te importa, ya que estás, ¿puedes ser un caballero y ayudarme con la cremallera?, no llevo. —Saca de la bolsa unas bailarinas a juego con el vestido, y una bolsa más pequeña que pone sobre el lavabo—. ¿Vas a ayudarme o te vas a quedar ahí?, porque si es así te voy a tener que cobrar el numerito.

Gira un poco la cabeza mirando sobre su hombro.

—Perdona, no eres un hombre —añado en forma de disculpa.

—¿No me digas? Si no me lo dices no me doy cuenta.

Descarada, me recuerda a alguien, aparto su pelo sobre su hombro, me acerco y poso mi mano en su cintura, sujetando el vestido, y con la otra voy subiendo la cremallera, recreándome en su piel con mis dedos, es tan suave como parecía. Cuando está arriba nos giramos hacia el espejo del lavabo, por fin veo su cara. Sus facciones son finas y perfiladas, pero sus ojos duros, sus cejas enmarcan unos profundos ojos azules, y su boca es rosada, en contraste con la piel, no tan bronceada como su cuerpo, sonrío y me mira a través del espejo, es preciosa y alta, nada parecida a las muñequitas que estoy acostumbrado a ver últimamente, esta es una mujer y presiento que de armas tomar.

Da un paso adelante sacando varias cosas de la bolsa que antes dejó sobre el lavabo, veo maquillaje, sombras y labial, con sus envoltorios, todo sugiere que viene directa de su viaje a lo que quiera que haga aquí, miro cómo recoge su pelo en una especie de moño que no le sale, sin su permiso, aparto sus

manos...

—¿Pero qué hac...? —No acaba cuando ve cómo coloco su pelo en algo más decente de lo que ella estaba haciendo, se deja hacer, cuando acabo me quedo observando su cuello, qué ganas de pasar mis dedos, mueve su cabeza intentando ver lo que le he hecho y dice:

—¡Buen trabajo! ¿No sabrás maquillar? Porque ya sería la hostia —me dice y yo bufo, no suelo ver mujeres tan mal habladas, aunque me sigue recordando a alguien, no caigo a quién.

—¡Esa boca!, o también voy a tener que lavártela..., trae, a ver qué puedo hacer. —Se ríe.

—Por la boca no te preocupes que no tiene arreglo y por lo otro, gracias, me salvas el culo —lo dice para provocarme, lo sé, y no caigo.

—¿Tienes alguna cena?— pregunto casual, por hablar.

Justo cuando va a contestar se abre la puerta y entra mi cuñado todo apresurado, y nos mira.

—Te estaba buscando, ¡cuánto has tardado! —Cuando voy a contestar se me adelanta ella:

—El vuelo se retrasó. ¿Ya han llegado? —Estos dos se conocen, me estoy perdiendo algo.

—No, aún no. ¿Te vale lo que te ha elegido Sofi? Por lo que veo sí —dice observándola. ¿Sofi, mi hermana?—. Pues daos prisa e id saliendo. Por cierto, hacedlo por separado, no queda bien que los padrinos salgan juntos del baño, no al menos en los bautizos, el sexo de urinario es más para las bodas. —A este ser me recordaba, tienen el mismo humor de mierda—. Os espero fuera.

—¿Conoces a mi hermana? —le pregunto cuando ya ha salido mi cuñado.

—Eres su hermano, el famoso Jorge..., ahora entiendo lo del estilismo —lo dice con una sonrisa enorme, me encanta.

—Y tú eres Alba, su compañera de la universidad. —Espero no equivocarme, me dijo que la madrina del niño era su compañera.

—Corrijo: su compañera y amiga, así que vamos a compartir ahijado.

Me extiende la mano y yo se la cojo, cuando voy a llevarla hacia mi boca

para besarla como un caballero, ella me la aprieta como si cerráramos un trato, esta mujer intuyo nos va a dar más de un dolor de cabeza.

Se agacha a por sus cosas, las recoge sin ningún cuidado, las mete todas juntas en la bolsa donde estaba el vestido, saca un bolso de mano y mete sus pertenencias más imprescindibles, además de una cámara que se ve un poco antigua y otra más pequeña y moderna.

—Con tu permiso, y sé que me lo darás, que para eso eres un caballero, voy saliendo, espera un poco, no queremos que nadie piense mal, ¿eh...? — Me guiña un ojo y se va riéndose con el bolsón en la mano, mientras yo me quedo parado como un pasmarote, esto pinta de todo menos aburrido.

Capítulo 2

Vuelta a casa

Alba

Salgo del baño partiéndome de risa por dentro, creo que este hombre es demasiado fácil de provocar, lo que me voy a divertir.

¿Quién diría que Sofí tenía un hermano tan guapo?, bueno, en realidad, no es tan raro, ella es una de las mujeres más guapas que he visto en mi vida, soy fotógrafa y de eso entiendo un rato, tiene esa belleza atemporal, lástima que esta estúpida sociedad solo repare en su cuerpo fornido y no en su linda cara, claro que también viene con un carácter, bocaza y humor fuera de serie, la hicieron y rompieron el molde, le encanta reírse de sí misma y no para escudarse, sino porque puede, tiene una seguridad envidiable, ojalá se me hubiera pegado un poco, no se me pegó, pero me quedé con ella, bueno, y con Roberto, su marido, otro fuera de serie, los dos son mis amigos, lo más importante para mí, y desde que murió mi tío José, lo único, porque sí tengo familia, pero para los de mi sangre simplemente no cuento, aunque eso ya no me hace daño.

Hablando del diablo, no he avanzado tres pasos y del aseo de señoras salen mis tres hermanas, poco tardan en reparar en mí y yo voy sacando mi sonrisa de «¿qué tal?», más falsa que lo que recordaba.

—Pero mira lo que trajo el viento, mejor dicho, un huracán para levantar tal peso. —Y aquí vamos con la primera puñalada.

—¿Qué tal, Teresa?, yo también te veo bien, más delgada incluso diría yo. —Teresa es la hermana que va delante de mí, la menor de ellas tres, me mira con desdén, le jode no tener efecto en mí, ya no.

—¿Hace mucho que has llegado, has visto a padre? —Esa es Victoria, la segunda de ellas, es la única que parece que sabe que he estado fuera, le sonrío.

—Acabo de llegar, he venido directa y no he visto a nadie. —Giro mi mirada a la tercera—. ¡Hola, Elena! —saludo a mi hermana mayor en vistas de que no va a decir nada.

—Vamos, chicas, hay que tomar asiento, te veremos más tarde. —Sin mirar pasan al salón de la ceremonia.

Y me quedo ahí plantada en el pasillo de los aseos, realmente no sé qué esperaba al verlas, he estado fuera unos cuatro meses, ni una llamada, ni un mensaje, y ahora este cálido recibimiento, no puedo darme el lujo de lamentarme, ya no.

Se abre la puerta del lavabo de los hombres y deja salir al hombre que con tanto esmero me ha ayudado a parecer pasable, cambio mi cara... a una más risueña que tanto parece ser que jode, pero no es para hacerle daño, él no tiene la culpa de nada, a él se la pongo para que no vea lo que soy de verdad.

—Parece que al final saldremos juntos de aquí —dice con una sonrisa levantando sus cejas todo insinuante: otro terremoto como su hermana.

—Parece ser que sí. —Me ofrece su brazo y no dudo en cogerlo.

Pasa una camarera y le ofrezco mi bolsón para que me lo guarde, lo recogeré más tarde, dejo la bolsa con toda la confianza porque el sitio donde se celebra el bautizo es uno de los hoteles de Roberto, es dueño de una gran cadena de hoteles, y por ese motivo fue uno de los objetivos a conseguir por mis hermanas, chico listo que se libró de ellas.

Roberto ha sido de toda la vida el vecino de al lado, por ello nunca se dejó mangonear por ellas y fue de los pocos que siempre me ofreció una mano y cariño cuando en mi casa me lo negaban, razón por la cual somos grandes amigos y me llena el corazón que me haya elegido para ser la madrina de su bebé..., y eso a ellas las mata de envidia.

—Bueno, señorita, ¿vamos a darle un toque tórrido apareciendo juntos? — Nos reímos los dos, asiento y comenzamos a avanzar hacia el salón donde está todo el mundo.

Entramos en el lugar donde hay bastantes personas, familia de Sofí y Roberto, además, de amigos y vecinos, como es el caso de mi familia, motivo por el que se encuentran presentes, veo a mis hermanas sentadas con dos hombres que supongo serán la pareja de alguna de ellas, no los conozco, imagino que los habrán conocido estos meses que me ausenté.

Al fondo está mi padre acompañado de los de Roberto, pasamos de largo a mis hermanas, sin soltarme el brazo de Jorge, paseo erguida sin altanería, pero

sí con postura, vamos junto a sus padres y Sofí, que se encuentra de espaldas. Cuando estamos llegando me adelanto y le tapo los ojos, es un poco infantil, pero es algo muy nuestro. Como no puede palparme, ya que sostiene a su hijo, suelta por su linda boquita:

—Sea quien sea, ya puede tener una buena excusa o estar fantástica para llegar tan apurada al bautizo de su ahijado. —Será bruja.

Bajo mis manos a sus hombros y miro por encima de ellos viendo al pequeño de la casa y digo:

—¡Hola, mi príncipe! Contigo es con quien voy a compartir a tu mamá, aunque me la vas a robar un poco te perdono por lo feliz que la vas a hacer. — Le doy un beso en la mejilla a Sofí y la abrazo por los hombros—. Gracias por el vestido, estás preciosa —digo en su oído solo para nosotras.

—Tú también, ya me han dicho que has conocido a mi hermano —dice ella de la misma forma, insinuante.

—Sí lo he conocido, creo que hasta lo he impresionado —le respondo con sorna y ella me sonrío.

—Eso no lo dudo. —Nos reímos las dos, hasta que una voz nos interrumpe:

—¿Ya has acabado de hacer el tonto? —Es la voz de mi padre, me enderezo, sereno mi cara y le miro.

—Hola, padre —le saludo, pero sin acercarme, no le gustan los gestos cariñosos y menos en público, mantengo mi distancia.

—Hola, Alba —saluda seco, aunque me conformo, al menos me ha saludado.

Se acercan los padres de mis amigos y la primera que se me abalanza es la madre de Sofí, una mujer muy alegre y cariñosa, debe ser fantástico crecer con alguien así, me da un beso y acto seguido lo hace su marido, un hombre aunque mayor muy masculino, muy guapo en su juventud y que ahora que lo miro, bastante parecido a Jorge. También se acercan los padres de Roberto saludando de la misma forma, para mí son como otros padres..., los que sí me querían, estaban al tanto de lo que en mi casa ocurría, pero jamás han dicho nada, siempre se limitaron a abrir las puertas de su casa para mí y reconfortarme con su cariño, su mamá dice que soy la hija que la vida le negó,

tras el nacimiento de mi amigo, tuvo varios abortos hasta que tuvo que darse por vencida, la vida a cambio le puso en el camino una niña a la que sí le hacía falta el cariño que a ella le sobraba.

Mi padre no se dirige más a mí, llega el cura y comenzamos con el evento, es precioso, no paro de sacarle fotos. Es raro que la madrina lo haga, pero no voy a perderme ni un segundo del pequeño príncipe. En todo el tiempo no puedo quitarme la sensación de mal mirar de mis hermanas, las noto como si de puñales se trataran.

Cuando todo acaba, pasamos al comedor, mis amigos han tenido el tacto de sentarme lejos de ellas, y lo han hecho haciéndome un sitio junto a ellos y sus familias. Compartimos risas y charlas agradables.

—Y, Alba, ¿qué tal este último viaje? Has estado en...—El padre de Roberto parece curioso, al tiempo que desconcertado. Descanso tan poco últimamente que parece que es difícil acordarse de cada lugar al que voy.

—En India.

Esto desata una agradable charla y sonrisas. Un contrato para fotografiar paisajes me gusta más que fotografiar personas.

—¿Recuerdas que Jorge es modelo? —Sofí al ataque—. Bueno ya has visto que es un figurín. —Se ríe la muy bruja, pero bien orgullosa que esta de su hermano.

Jorge me cuenta de su propia voz que se dedica a la moda, dato que ya conocía, pero le pega y la verdad no me extraña. Es un hombre guapo, alto, con facciones que parecen duras, pero unos profundos ojos azules, si no lo conoces intimida un poco, pero si lo haces de espaldas no tanto, pienso cuando me acuerdo de cómo lo he visto por primera vez.

—Entonces, ¿viajas mucho? —me pregunta directo, cuando cada quien charla con el de al lado.

—Bastante, la verdad, mi último viaje a la peluquería exprés del baño.

Su cara se descompone un segundo, pero se ríe.

—Que sepas que no encontraras mejor servicio.

Su orgullo por un trabajo bien hecho sale a flote.

—Cierto, ni tu mejor espectáculo.

Con un guiño y un rubor en sus mejillas le callo.

—No parecías un hombre —continúa, tratando de justificarse y yo me relamo por la siguiente:

—No creas, de espaldas tengo mi punto.

Hablamos de viajes y no dejamos de meternos pullas, pero de forma divertida, además de viajar no tenemos mucho más en común, él se dedica a la moda y la estética, ese desde luego no es mi mundo; soy una mujer grande, tosca y no muy agraciada, pero ha sido muy amable con la ayuda en el baño, lo cual agradezco.

Cuando la cena finaliza y sirven el postre, se bajan las luces un poco, se despliega una pantalla, comenzando a aparecer unas imágenes de Sofí y Roberto durante el embarazo, el hospital y fotos del pequeño Nico, el príncipe, todo esto adornado con textos, mensajes de sus familiares y amigos, finalizando con una foto tomada hace un rato, los miro mientras todos están pendientes de la pantalla, ellos me contemplan a mí y dicen: «Gracias» y yo igual vocalizo sin hablar: «Felicidades», no les queda duda de quién es el regalo, toda su familia me ha ayudado, pero es lo que ellos se merecen... y yo puedo darles un recuerdo para toda la vida, también no me queda duda, por la mirada de Jorge, que no se ha perdido detalle de nuestro cambio de palabras.

La loca de mi amiga se levanta y viene hacia mí.

—Gracias, gracias. —Alterna ricas palabras con besos, se nos une Roberto y por un momento volvemos a ser los tres amigos de la universidad. Se me llena el corazón tras un abrazo y lágrimas, nos separamos bajo la atenta mirada de todos, unas buenas y otras que matan.

Tras una noche llena de cariño para mis amigos, ya es tarde y tengo ganas de irme, discretamente recojo mis cosas y me despido de mis chicos, con la promesa de vernos mañana, no les gustó cuando desaparecí sin decir nada, pero soy una solitaria y así prefiero estar. Salgo a la calle y me encuentro con un Jorge elegante con su abrigo.

—Ya tardabas, vamos —me dice muy seguro para mi sorpresa.

—No recuerdo haber quedado contigo —le digo porque no me lo esperaba.

—Te he visto irte sin hacer ruido y no voy a dejar que alguien tan importante para los míos se vaya a casa sin escolta a estas horas —suelta, tan fresco, no sé si soy una imposición o lo dice porque de verdad quiere llevarme.

—Pues gracias, pero seguro que tienes algo o a alguien más interesante y bonita por ahí para acabar la noche, como para perder tu tiempo, no es necesario. —Cuando voy a ir hacia la parada de taxis, coge mi brazo y tira de mí hacia él.

—Ni tengo, ni quiero algo más interesante para hoy. —Eso no me lo esperaba—. Vamos que solo te voy a llevar, no comiences una disputa innecesaria. —Da por zanjado el tema y yo quedo vencida, me abre la puerta de su coche y acabo como nunca imaginé: llevada a casa por un caballero.

Capítulo 3

Se cae usted con mucha elegancia

Jorge

Es miércoles y tengo una reunión en el centro, no me gusta demasiado porque aparcar es un castigo, pero a la vez me encanta pasear por las calles viejas de la ciudad. He quedado con un socio para almorzar y poder cerrar un trato, un hombre un tanto excéntrico que huye de los convencionalismos de las oficinas y sus formalismos, aunque es bastantes años mayor que yo, lo considero más un amigo que un socio, él me guio en mis inicios en la industria y gracias a sus consejos he progresado en los negocios.

Elegimos un pequeño restaurante con una terraza, muy vistosa, un sitio acogedor y bonito, muy del carácter de mi amigo. Llegamos casi al mismo tiempo, nos saludamos con un abrazo como es nuestra costumbre, nos anunciamos y una camarera nos guía hasta nuestra mesa, cómo no, fuera. Marco es un fan del sol, su carácter mediterráneo prima ante todo, así nos disponemos a disfrutar de nuestra comida, pero algo al otro lado de la calle, llama mi atención.

Alba, ella está en un café en la acera de enfrente, parece ser que también en una reunión. Vestida con una camiseta holgada que no le hace ningún favor a su figura. Es una mujer alta y bonita, no está escuálida ni tampoco gruesa, tiene la carne donde debe, unos hermosos y generosos pechos, una cadera ancha, su cintura no es marcada pero sí femenina en todo su ser. Hoy lleva su pelo liso, lejos de la maraña con la que la conocí, está acompañada de otras dos personas y sujetan una especie de blog negro, seguro que habla de trabajo por cómo sonrío y gesticula, los ojos se le iluminan, no le puedo quitar la vista de encima, hasta que veo una mano tapándome los míos.

—Eh, no me escuchas —dice Marco, luego gira su mirada hacia la otra acera y no le hace falta ver mucho para adivinar lo que estaba mirando—. Es bonita. —Sigue observando—. Muy bonita y muy mujer, no como las muñecas que ahora se ven. —Marco fue todo un galán en su época de juventud, y aún hoy conserva sus dotes para seducir a una mujer, las ha conocido de todo tipo y es un experto.

—Quita tus ojos —suelto sin más, no sé qué se me pasa por la cabeza e incluso ha sonado un tanto brusco—. Perdona. —Me mira fijo, sin perderse detalle de mi reacción.

—Querido Jorge, esa es una mujer no un juego, jamás has reaccionado así, ¿la conoces?

—Es la madrina de mi ahijado, la amiga de Sofía y Roberto, la conocí el sábado en el bautizo, es una mujer, cómo decirlo, peculiar —contesto, quedando claro que no es una desconocida.

—Ya veo...ya, Jorge, te voy a decir algo, en mi vida he tenido muchas aventuras, pero pocas veces he dejado que las mujeres pasen esa raya, pero te diré una cosa. —Señala al otro lado de la calle—. Si me aceptas el consejo, esa es una por la que yo sujetaría la puerta de mi corazón y cuando estuviera dentro cerraría para no dejarla salir, aunque me temo que ya se te ha metido dentro.

—Marco, eres único, apenas la conozco... ¿cómo voy a ser tan intenso?, eres un romántico en la sombra —aseguro riendo.

—No, lo que soy es un viejo, pero hazme caso, que sabe más el diablo por viejo que por diablo. —Niego con la cabeza y los dos reímos, aunque creo que demasiado alto, porque cuando vuelvo a girar mi cara me topo con la de Alba mirándome con una gran sonrisa y eso me calienta el pecho.

Levanto mi mano a modo de saludo, acompañado de una sonrisa, ella me devuelve el mismo gesto. Se gira a sus acompañantes y se empieza a despedir, recoge su bolso y lo cuelga en su hombro, con la otra mano coge la bolsa donde estaba su blog, cuando va a cruzar la calle para venir a nuestro encuentro, un chaval le da un tirón del bolso, lo que hace que se caiga al suelo, pero como mujer tozuda no lo suelta. El ladrón intenta darle otro tirón, pero ella se aferra con más fuerza, salgo corriendo hacia ellos cuando veo lo que ocurre, él la arrastra un poco, pero justo en el momento en que iba a llegar a él para cogerlo, ve mis intenciones, suelta la correa y echa a correr perdiéndose entre la gente, vuelvo sobre mis pasos, encontrándome a una Alba magullada y caída en el suelo.

—Señorita, cae usted con mucha elegancia —le digo con guasa para quitarle hierro al asunto.

—Cierto, lo hago tantas veces que tiene usted razón, me caigo con

elegancia, ¿podría el caballero ayudarme a levantar mi culo de la acera? — Será bruja, le voy a lavar la boca. Ofrezco mi mano, la agarra y cuando voy a tirar para ayudar a que se levante, su cara hace una mueca de dolor, me agacho para levantarla en condiciones, tiene dolor en el brazo y en un tobillo, la sujeto apoyándola en mi cuerpo, agarrándola por su cintura.

—Te llevaré a urgencias, tengo el coche cerca. —Ahora es cuando el pesar de tener que conducir hasta aquí, compensa.

—No te preocupes, puedo coger un taxi. —Cabezota, no se lo cree ni ella.

—Vamos. —No le doy opción, no la suelto. Con lo cabezona que es, la veo yéndose aunque sea a la pata coja.

—Te he dicho... —Se queda cortada por la voz de Marco.

—Jorge, no puedo quedarme más —habla Marco, lo había olvidado totalmente—, me ha surgido algo de última hora, señorita —dice cogiéndola de la mano para llevarla a su boca, no puedo evitar el recuerdo de cuando yo le hice el mismo gesto y ella me apretó la mano, pero a Marco le deja terminar la acción, siento un pellizco de celos, a él no hay mujer que se le resista.

—Soy Alba —dice ella.

—Lindo nombre, Alba, me lo cuidas, y Jorge, no olvides lo que te he dicho, hazle caso a este viejo, nos vemos. —Mira a Alba—. Señorita. —Asiente y se va con su porte de galán.

—Hasta luego, Marco —me despido.

—Caballero —se despide ella.

Sin más recojo sus pertenencias y la guío hacia mi coche, el cual está en un parking cercano. Acudimos a urgencias donde colocan el hombro de Alba, que finalmente tenía dislocado y vendan su tobillo, le recomiendan un par de días de reposo y unos antiinflamatorios para el dolor.

Cuando está dentro de la consulta, el curioso que habita dentro de mí saca el blog de la bolsa, comienzo a ver su trabajo, en una palabra: impresionante. Para ser tan joven es muy buena, lo guardo y no pasa demasiado tiempo hasta que sale.

—Ya estoy lista. —Risueña incluso magullada.

—Bien, pues vamos, te llevo a tu casa.

—Creo que ya has hecho suficiente. —No va a dejarme llevarla, ¿por qué siempre se está negando cuando quiero ayudarla? Empiezo a pensar que tiene miedo o es una especie de escudo, me intriga.

—Vamos, Alba, no seas así. —Cojo sus cosas con una mano y con la otra la agarro de la suya, avanzando a la salida. En menos de un cuarto de hora llegamos, la noche del sábado no subí, pero hoy está magullada, no voy a dejar que se niegue.

La ayudo a bajar del coche, con la suerte de que aparco en la puerta de su edificio.

—Las llaves. —Me las da y abro, subimos, cuando estamos delante de la puerta levanta su cara y me dice, con miedo:

—Eres la primera persona que viene a mi casa.

No la creo porque resulta imposible esa afirmación, tiene familia, amigos, aunque sea alguna vecina.

—Bien, no creo que sea tan espantoso —digo para quitarle hierro porque veo que se está agobiando, resopla, pero abre la puerta del todo para dejarme pasar.

Capítulo 4

Mi pequeño reino

Alba

Entramos en mi apartamento y cierro la puerta, de repente me siento insegura de tenerlo aquí. Jorge es un hombre sofisticado..., fino, no encaja en mi pequeño espacio, no sé en qué pensaba al traerlo, no ha querido crearme cuando le he dicho que es el primero en entrar, pero es así, ni Roberto, ni Sofi han venido y mucho menos nadie de mi familia, es más, estos últimos dudo que sepan que existe o que al menos es mío, es lo único que tengo de donde nadie me puede echar.

Como buen caballero me ayuda a acomodarme, quita mis zapatos y pone unas zapatillas, él me imita cuando le digo que no entro nunca con zapatos que vienen de la calle, soy un poco maniática, lo acata sin decir nada y deja los suyos en el recibidor, creo que le parece bien.

Entramos un poco más, no mucho porque se nos acaba el espacio, es muy pequeño, pero para mí me sobra, me ayuda a sentarme en el sofá, me duele el hombro mucho más que el pie, que apenas ha sido un traspie, un poco de descanso y estaré bien.

Él se queda de pie y recorre con la mirada todo el espacio, parece curioso y complacido con cada cosa que analiza.

—¿Tienes hambre? Puedo prepararte algo —pregunta con preocupación.

—No, estoy bien, quizás un té para poder tomar las pastillas.

—Vale, dime dónde están las cosas y lo preparo —le voy indicando y en un momento lo tengo reposando en la mesita del salón, bueno salón comedor, casi dormitorio, la verdad es que no tengo paredes más allá de las del baño, es todo un espacio abierto.

—Jorge, eres una caja de sorpresas, qué resuelto. —La sorna se palpa, sonrío.

—Mira, pequeña, aquí donde me tienes, no podría vivir solo de ser guapo. —Nos reímos, pero bien sabemos los dos que podría vivir de ser guapo, antes

era modelo, ahora, aunque lo sigue siendo, también tiene varias empresas dedicadas a la imagen, es un tío inteligente porque ha sabido evolucionar más allá de él mismo y labrarse un futuro.

—Bueno, hombre..., solo guapo, gracias por quedarte conmigo. —No quiero que piense que soy una desagradecida, solo que no estoy acostumbrada a que nadie esté pendiente de mi persona.

—No tienes que dar las gracias, si ya sabes que lo nuestro son los encuentros extremos. —Volvemos a reír.

—No, en serio, ¿qué querías que te dejase tirada en la calle?

—No, hombre, no seas tan radical, pero podías haberme dejado en el taxi e irte —digo como si fuera lo más normal.

—Alba, ¿se puede saber con qué clase de gente te relacionas tú? —Me callo porque no sé qué contestarle.

Se levanta de mi lado y repasa una pared, donde tengo unas pocas fotos, están Sofí, Roberto, algún paisaje que me ha marcado y mi tío José, el mejor hombre que he conocido. Se acerca a observarlas mejor.

—Me tienes que conseguir fotos indecorosas de mi hermana, para futuros tratos —dice mientras ve una foto de Sofí y yo haciendo el bobo en la universidad. Pasa un rato mirando la pared y yo a él, es tan masculino que intimida un poco.

Decido parar porque parezco una acosadora, me distraigo y observo por la ventana, el piso es enano, pero fue esa ventana por lo que me decidí. Tiene unas vistas de la ciudad únicas, al menos para mí, no me doy cuenta de que se ha sentado a mi lado hasta que toca un poco mi brazo para llamar mi atención.

—Alba, no me lo cuentes si no quieres, pero ¿por qué no hay fotos de tu familia? —Sin quererlo bajo mi mirada, ante el doloroso recuerdo de los míos —. Perdona, no he debido preguntar, no es asunto mío —dice con pesar ante el dolor de mi reacción.

—No, está bien, porque ahora que nos conocemos, seguro que vamos a vernos por aquí, y es mejor que lo sepas, así no habrá sorpresas. —Por qué no contárselo, para la gente que me conoce no es un secreto, bueno, o no todo al menos.

Suspiro y continuo:

—¿Sabes quién es mi padre? —le pregunto.

—¿El pastelero? O eso me pareció el otro día en el bautizo, cuando le llamaste.

—Si te oyera te daría de collejas, según él es el maestro confitero, te habrás fijado en mis tres hermanas, rubias, delgadas, muy femeninas, son el espejo de mi madre, mujeres para casarse. —Así nos lo enseñaron en casa, una mujer se debe a su imagen y esta la de su marido.

—Las Barbies las llamo yo, hay una que es un poco, cómo diría, pesada, en cada evento en el que me encuentro, se pega como una lapa.

Esa debe ser Teresa, por lo que vi la otra noche es la que aún sigue soltera, otro punto más para odiarme: la amistad con Jorge.

—Bien, ellas siempre han sido y serán las niñas de la casa, papá las adora, son sus nenas, yo en cambio no fui producto del amor como fueron ellas, mis padres me tuvieron para intentar solucionar una de sus múltiples crisis. Cuando yo nací la más pequeña de ellas tenía seis años, sus celos fueron descomunales y enfocados hacia mí, ellas están muy unidas, me vieron como algo que no debería de estar ahí, una intrusa. Yo soy morena, alta, tosca y gruesa, todo lo que ellas no quieren o repudian por imagen. Se han ocupado toda mi vida de hacerme saber cuál es mi lugar en la familia, el mismo que hay para ellas en mi pared. —A estas alturas ya estoy un poco implada, pero me controlo son demasiados años soportando la misma historia.

—¿Y tus padres? —pregunta Jorge.

—Cuando se separaron yo apenas tenía nueve años, era una niña, el juez me envió con mi madre, mi padre tampoco se opuso demasiado, ¿qué iba a hacer él con una nena?, mis hermanas eligieron quedarse con él, su estilo de vida pesó bastante, no estaban acostumbradas a vivir humildemente.

Jamás lo hubieran aguantado, pienso.

—Mamá no sacó mucho en el divorcio, se marchó con su familia y me llevó con ella, mis hermanas también la odiaron por irse lejos. A mí no me fue mejor con mi madre, soy la imagen de mi padre, ella siempre me tuvo rencor por ello, decía que mirarme a mí, era verlo a él, para cuando se separaron ya se odiaban bastante, yo era un recuerdo constante de ese hombre, nos

marchamos con mis abuelos, ella no estaba a gusto allí, me dejaba durante días sola con ellos, nunca renunció a un nuevo marido que la mantuviese, y al final lo consiguió, ahí es cuando yo ya no le hacía falta para recibir dinero de mi padre y me envió con él devuelta, para entonces éramos extraños obligados a entendernos.

—¿Cuántos años tenías cuando volviste?

—Tenía dieciocho, no me aguantó mucho tiempo, enseguida buscó una universidad a la que mandarme, me dejó estudiar lo que quisiera, siempre y cuando no estorbara, elegí fotografía y conocí a Sofí, me reencontré con Roberto y lo demás..., más o menos lo sabes. —Para cuando acabo alguna lágrima se me ha escapado, él las ha dejado fluir libres por mi cara, lo cual agradezco, ya que me he abierto a contarle mi patética historia.

—Tus hermanas, ¿cómo te recibieron?

—Para ellas era la niñata que volvía del pueblo, una paleta según lo más suave que me dijeron la misma tarde que volví, dejaron claro que eran ellas y por otra parte yo, nadie apenas me recordaba y otros no me conocían, fue fácil hacerme el vacío social. Los padres de Roberto sí me recordaban, ellos me recibieron como si fueran mi familia, al menos alguien se alegró de mi regreso.

Espero que con eso se conforme.

—¿Ahora entiendes que no estén en mis paredes? —preguntó, al darme cuenta de su silencio.

—Y el señor, ¿quién es?

Mi cara se transforma en pura alegría ante el recuerdo del mejor hombre que he conocido.

—El señor es mi tío José, era el hermano de mi madre, vivía con mis abuelos cuando fuimos con ellos, él me hizo de figura paterna, se ocupó de mí cuando nadie me quería, los yayos eran mayores y oscos, mi madre andaba a la caza de marido y yo solo estaba allí, una niña entre adultos. ¿Sabes?, él me regalo mi primera cámara, gracias a él me enamoré del que hoy es mi oficio, nunca lo olvidaré. —Una lágrima de alegría escapa entre tanto mal recuerdo.

—La cámara es la que usaste en el bautizo, ¿verdad? —Asiento—. Eres una mujer fascinante, aun cuando la vida ha sido una cabrona contigo, tú

muestras una sonrisa, ahora entiendo que seas tan diferente, eres tú misma. — Me sonrío y muero, qué guapo.

—¡Jorge, esa boca! A ver si todo se pega menos la hermosura, ¿sabes por qué no solté el bolso cuando me dieron el tirón? —Lo miro y niega—. Porque esa cámara va siempre conmigo, no quiero perder los pocos recuerdos que tengo buenos.

Zanjamos el tema en ese punto, el resto de la tarde la pasamos hablando de libros, viajes, su trabajo... Como ya he dicho es un hombre inteligente, de mi trabajo le cuento que publico libros con mis fotos y que se venden bastante bien, a pesar de la temática.

Cuando nos damos cuenta es muy tarde, ya hemos cenado algo, ha sido tan genial verlo moverse por mi cocina, no parecía que fuese la primera vez que venía, tan familiar, tan a gusto, me da miedo estar tan cómoda con alguien y más con un hombre.

—*Wow!* ¿Has visto la hora que es? Es tarde —le digo haciéndolo reír.

—Sí, se ha pasado volando. —Sonrío y me mira fijamente—. Alba, ¿puedo llamarte alguna vez y cenar juntos?

¿De dónde ha salido eso?

—Jorge, no soy tu tipo, además, saldré de viaje, no creo que sea buena idea.

No hay más que verlo para darse cuenta de que hombres como él, no salen con chicas como yo.

—¿Mi tipo? ¿Cómo sabes cuál es mi tipo? No me gusta que me juzguen, soy guapo y lo sé, pero no estúpido —dice un poco serio—. Mira, no sé qué tienes contra ti misma, pero para mí eres una mujer preciosa a la cual me encantaría llevar a cenar porque he pasado una de las mejores tardes de mi vida.

Me quedo callada, eso no me lo esperaba, se levanta de su sitio, camina hasta mi lugar, coge mi mano y me levanta, sin esperar toma mi cara y acerca la suya, une nuestros labios, son suaves, húmedos, se mueven con agilidad, pero sin presión, la mano que no tengo inmovilizada se aferra a su cintura solo sosteniéndome, le respondo al beso y detecto una leve sonrisa en sus labios, baja una de sus manos hasta mi cintura y la otra la mantiene en mi mejilla,

continuamos un poco más y, cuando rompe el beso nos miramos fijamente.

—Te voy a llamar, vamos a cenar, y voy a presumir de llevar del brazo a una mujer hermosa, que es lo que eres. —Me vuelve a dar otro beso corto—. Hasta pronto.

Con las mismas sale de mi pequeño reino que hoy ha sido invadido por un hombre roba besos.

Me quedo plantada como una idiota, mirando a la puerta por donde se ha ido y que nunca volveré a mirar igual, porque por ella hoy ha entrado y salido este hombre... que intuyo va a poner mi mundo patas arriba, solo espero no salir dañada, tengo tanto miedo de confiar en alguien que esa es mi peor piedra en el camino: yo misma.

Capítulo 5

Insolación

Jorge

Después de besar a Alba y dejarla sin palabras, salgo de allí porque no sé si hubiera aguantado no llevarla a la cama, ella es una mujer para saborear y no para saquear una noche.

Con todo lo que me ha contado hoy, tengo una idea de por qué tanta actitud defensiva, es normal que no se fíe, pero yo quiero ganarme su confianza y un lugar en esa pared, exclusiva para la gente que está en su corazón. Creo que las palabras de Marco tienen más sentido una vez formulo este pensamiento en mi cabeza, y sé que si es así estoy jodido porque ya he caído.

Esta semana hay trabajo fuera de la ciudad, haremos las fotos para los catálogos de verano y he decidido ir a supervisar. Hoy se hace la sesión en una bonita playa, y el equipo ha madrugado un montón para no tener que trabajar con tanto calor.

Mis compañeros se están esforzando para que todo salga bien, hoy la sesión es con las chicas y mañana con los chicos, la jornada será larga como para hacerlo con todos en un día. No tenía pensado venir, ya que el jefe no pinta mucho en una sesión, pero necesitaba un respiro; playa y sol sonaban a promesa de descanso.

Apenas llevamos una hora de trabajo, cuando aparecen un grupo de tres, dos chicas y un chico, nuestra sesión es privada, no puedo permitir ningún tipo de filtración, se trata de la campaña de verano y me juego mucho dinero.

Sin dejar que se acerquen más, escojo a uno de los ayudantes y me dirijo hacia ellos. Justo a unos metros de encontrarnos, llamo su atención:

—Perdonad. —Los tres levantan la cabeza, sorpresa inesperada, mira a quién me encuentro: Alba—. ¡Hola!, ¡cuánto tiempo!

Es ironía apenas nos vimos unos días atrás, abre sus ojos como platos, tampoco me esperaba y menos después de ese beso, que he estado recordando

todos estos días.

—Hola, empiezo a pensar que tienes dobles que han decidido cruzarse en mi camino cada pocos días. —Sonríe de verdad, aún no la he visto ser falsa ni una sola vez.

—Te recuerdo que eres tú la que siempre se cruza en mi camino —la última palabra la mía, y sé que le mosquea—, dijiste que saldrías de la ciudad, pero no pensé verte aquí.

—Pues parece que estamos condenados a encontrarnos —dice con dramatismo, mira que es chistosa.

—Eso parece, encontrarnos y entendernos —le dejo caer como si nada—. No, ya en serio, estamos en una sesión de fotos y es privada, no sabíamos que habría alguien más.

Hay apuro en mi voz y sé que lo ha notado, me mira y ve que va en serio.

—Hablemos —dice ella y nos apartamos un poco—. Estoy aquí porque un hotel nos ha contratado para realizar un montaje sobre la isla, están renovando toda su publicidad y este es uno de los espacios elegidos —me explica.

—Vale, tienen a la mejor, será un éxito, seguro.

La halago, aunque sé que es verdad, desde que me la crucé en aquel baño, he investigado su trabajo y para ser tan joven es muy buena.

—No seas pelota, escucha, mi equipo es profesional, pero para evitar problemas tengo más localizaciones... Hoy me iré a otro lado, ya volveremos otro día.

—Gracias, de verdad, esto supone mucho dinero —le digo sin ninguna vergüenza—. Alba —la llamo y ella levanta su mirada hacia la mía—. Estaré varios días en la isla, ¿querrás cenar conmigo?, solo si quieres —le recuerdo con esto la cena que le dije que tendríamos, recalco porque ya me dejó claro, en otro de nuestros encuentros, lo arrogante que soy.

—Don Jorge, ¿se encuentra usted bien?, preguntando y no ordenándome, creo que solo por esa novedad se merece usted esa cena.

Muero. Por fin la va a aceptar sin luchar, me siento un pasito más cerca.

—Señorita Alba, no se pase usted de la raya. —La miro serio—. De

verdad, gracias. —Cambio mi gesto.

Nos intercambiamos los números de teléfono, porque hasta hoy no los habíamos necesitado y quedamos en llamarnos, para ir a cenar.

Esa misma tarde, al terminar, la llamo, mi humor no puede ser mejor, el trabajo ha salido genial y la sesión de mañana apunta que va a ser igual de buena. Marco y espero con impaciencia.

—Sí. —Su voz suena un tanto pastosa, como si estuviera dormida, es raro porque es temprano y Alba no creo que sea de siestas, porque por lo poco que la conozco se la ve muy activa.

—¿Alba? —Me preocupa.

—Sí, soy yo, ¿quién es? —Suena más dormida que despierta.

—Alba, soy Jorge, pensé que habías guardado mi número.

Me enfada un poco que sea tan descuidada.

—Perdona..., sí lo hice, pero he descolgado sin mirar, estaba acostada.

—¿Te encuentras bien? ¿Se te han acabado las pilas? —bromeo.

—Muñeco, yo soy incombustible, pero claro, un vejete como tú no me puede seguir el ritmo. —Se ríe sin muchas ganas.

—Mira, niña, este vejete te va a terminar dando un par de azotes por descarada, y ahora en serio, ¿qué te ocurre?

—Me he pillado una insolación, cuando hemos querido llegar a la otra localización era un poco tarde, pero tengo los días contados para hacer todo el trabajo y se me ha ido un poco la mano, y cuando hemos vuelto me encontraba mal.

—¿Te ha visto un médico?

—No hace falta, un poco de descanso, agua y comida, será suficiente, tranquilo, que no es la primera vez que me pasa.

—Vale, ¿has comido ya? —le pregunto un poco seco, estoy molesto, ¡que mujer testaruda!

—No, bajaré en un rato.

—¿Por qué no pides que te suban algo a la habitación?

—Porque este lugar no tiene ese tipo de atenciones.

—Alba, ¿dónde estás alojada? —exijo una respuesta.

—Jorge, tranquilo, que no estoy en la calle.

—Alba, ¿dónde? —Se calla un momento.

—Vale, es un hotel cerca del puerto.

—Yo estoy cerca de ahí, ¿cómo es el nombre del lugar?

—No estás cerca —me corrige—. Es en el puerto, pero al otro lado de la isla, donde están los pequeños pescadores.

—¿Tú no sabes lo que es trabajar cómodo, o llegar y descansar con comodidad? —la riño.

—Jorge, ya vale, lo que para mí es comodidad... para ti no lo es, ya dejamos claro que pensamos diferente.

En nuestros pocos encuentros hemos discutido por diferentes cosas, aún no he encontrado una persona a la que le gusten las cosas tan diferentes como a ella.

—Dime el lugar, quiero ver que estás bien.

—Jorge, para, no estoy de humor para una sesión de control, gracias por preocuparte, pero hasta aquí.

—Alba...

Mis palabras se quedan en el aire. Me ha colgado. Desde luego que esta tía tiene más huevos que cualquier tío que conozco. Otra estaría lloriqueando por estar mal y esta se enfada y me cuelga.

Llamo a mi chico de confianza y en menos de diez minutos, sé dónde está, marco al servicio de habitaciones y pido que preparen una cena para llevar, la comida no tarda en llegar, ni yo en ir a su encuentro.

Localizo el hotel, o mejor dicho pensión, bueno, no sé cómo llamarlo, pregunto por ella y me dan el número de habitación, llamo y espero, se oye de fondo un «voy», y al momento se abre la puerta. Una Alba somnolienta abre con su pelo suelto, melena rizada con vida propia, una ancha camiseta sin mangas, que se ve que están cortadas por ella, y unas bragas de algodón negras. Se cruza de brazos dejando claro que no lleva sujetador, sin saber

cómo, mi cuerpo reacciona, jamás una mujer tan desaliñada me había puesto tanto, hago un esfuerzo por aparcas mi instinto, pero cuando voy a hablar no me da tiempo y lo hace ella con voz y cara de cabreo.

—¿Qué cojones haces aquí? Te dije que no hacía falta que te preocuparas.

—Hola, Jorge, ¿quieres pasar a mi humilde morada? Porque sí, Alba, de humilde te has pasado a rúcana, ¿qué haces en este lugar? —le pregunto por no decir que le voy a lavar la boca con un estropajo por mal hablada.

—Este lugar es perfecto para mí, tú no puedes entenderlo y no creo que tenga que dar cuentas a nadie, hace mucho que no lo hago y no tengo intenciones de empezar a hacerlo ahora, gracias por venir, pero puedes irte por donde has venido.

Me va a cerrar la puerta en la cara, pero me da tiempo a poner la mano y abrirla, paso sin permiso, porque ha dejado claro que no me va invitar a entrar.

—Joder, Jorge, en serio, no estoy para juegos, por favor, no tengo ganas de discutir, mañana si quieres quedamos y diferimos sobre lo que quieras, pero no ahora.

Según me va soltando el discursito, sus manos van hacia sus sienes, las frota y sus ojos se van cerrando, señal de que le duele la cabeza. La contemplo cuando no se mueve de al lado de la puerta, con la intención de que me vaya.

—Alba, no he venido a discutir, sino a ver si estabas bien, y veo que no lo estás, déjate ayudar. —Me acerco a ella y la sujeto por los hombros sacudiéndola un poco para que abra los ojos y me preste atención—. ¿Por qué te cuesta tanto entender que alguien se preocupe por ti? Comes algo, te veo y me voy, prometo no ser más molesto.

Me mira dudosa y dice:

—Vale, disculpa, es que yo no... —Calla, sabe que con lo que me contó el otro día lo entiendo, además, tiene claro que no me irá.

—¿Tú, qué? —le digo para que siga, pero sé que no lo hará.

—Yo, nada, gracias por preocuparte. —Se recompone.

Se relaja un poco y me fijo en que su cara se encuentra roja por el sol.

—¿Te has puesto crema? Estás muy roja.

Su piel se ve colorada y brillante.

—Sí... me he puesto un poco, luego me ducharé para refrescarme y me pondré de nuevo, antes de dormir, para ya, pesado.

—Vale, vamos a comer algo.

Tendré que conformarme con eso.

—Me cambio y vamos fuera, hay más sitios para comer —sugiere.

—He traído comida, no tenemos que salir, además, no te encuentras bien.

No se ha fijado en el bulto que traigo en mi mano.

—¡Oh! Pues vamos a cenar.

No se molesta en cambiarse, sin ningún tipo de vergüenza, camina por la habitación en camiseta y bragas, cualquier otra mujer hubiera corrido al baño a arreglarse para recibir una visita y más si la visita es un hombre, es extraño sentirse cómodo con ella, yo con las mujeres siempre suelo estar tenso.

En la habitación hay una pequeña mesa que está ocupada por sus cámaras y bolsa, las retira y coloca las dos sillas, yo dejo la comida sobre la mesa mientras ella va sacando envases; su cara es de puro gusto, incluso creo que gime al sacar el envase donde está el postre, es como una niña abriendo regalos. Me quedo mirándola fijamente, me tiene hipnotizado, se siente observada y me mira, estoy sonriendo como un tonto.

—¿Qué miras? —pregunta seria.

—Nada, borde, ¿cenamos?

No dice nada, nos sentamos y comemos en silencio, en uno cómodo, como si lo hubiéramos hecho miles de veces, aunque es la segunda vez que compartimos mesa.

—¿Qué tal vuestra sesión? —rompe el silencio.

—Bien, mañana tenemos otra y en dos días vuelta al mundo real, lejos del paraíso —le digo—. Vosotros, aparte de insolarte, ¿qué tal?

—Bien, hemos ido a unas cataratas, el colorido era espectacular y el lugar, una pasada.

La escucho ensimismado, cuando habla de su trabajo es fascinante, se enciende y brilla, puedes imaginarte el lugar que te está describiendo y casi visualizarlo perfecto. Así continuamos hasta acabar la cena, el postre y un termo con café que también hay en la bolsa. Miro el reloj, el tiempo ha pasado volando, esto se está convirtiendo en costumbre, «una bonita...», pienso.

—Es tarde, debería irme, en un rato tenemos la siguiente sesión —añado, porque realmente no me había dado cuenta de la hora, esta mujer me trastoca hasta el tiempo.

—Sí, es tarde, podrías quedarte a dormir un poco e irte casi directo, conducir a estas horas no es muy recomendable —dice sensual. «¿Me está invitando a quedarme?!», me pregunto de dónde ha salido esta Alba.

Me deja fuera de juego, así que me quedo callado.

—Si quieres, digo, ya es tarde. —Cambia a una actitud más insegura, y yo quiero que vuelva la otra Alba.

Ha malinterpretado mi silencio, y ahora cree que no me ha gustado su invitación, me levanto, voy hacia ella, la cojo de su cintura, es casi tan alta como yo, no tengo que agacharme nada para alcanzar su boca, tarda en reaccionar, pero lo hace.

Dulce.

Su boca es dulce como la recordaba, no me corto al explorarla, sin ser agresivo, pero sí firme, muerdo sus labios de forma lasciva, ella no se queda atrás, sube sus brazos y tira de mi pelo..., cómo me pone. Alba es una mujer acostumbrada a hacer lo que le da la gana y trata de demostrarlo siempre, hasta cuando besa, corto el beso, mi palabra la última.

—Parece una buena idea.

Hoy no se escapa. La empujo con mis caderas guiándonos hacia la cama, sin separarnos, dándole cortos besos, caemos sobre la cama, riéndonos como tontos, sabiendo la noche que nos espera.

Capítulo 6

ven y comprende

Alba

Nos dejamos caer sobre la cama, reímos, pero cesan las risas cuando nos miramos a los ojos, poco a poco nuestras bocas se unen en un beso duro y caliente, nuestras lenguas invaden la boca del otro con mordidas y rudeza, una invasión mutua, no es suave. Los dos tenemos demasiado carácter como para dejarnos dominar y mucha hambre como para parar.

Pronto la ropa comienza a sobrar, nos arrancamos las prendas como si quemasen, yo apenas tengo nada encima, sus manos me abrasan al pasar por mi cuerpo, no sé qué me ocurre con él, nunca en mi vida me he sentido así con nadie; me hace sentir segura.

Normalmente me avergüenza mi cuerpo, pero en estos momentos, bajo su mirada, me siento admirada, *sexy*, incluso... bonita. Me estoy asustando de esto, para mí no es normal, creo que se ha dado cuenta de que algo falla al notar que mis caricias, las que le están volviendo loco, han bajado de intensidad, culpa de mis dudas.

Levanta su cabeza sobre la mía, sujeta mi cara con una mano y con la otra mi cuerpo.

—Eh, mírame. —Fijo mis ojos en los suyos—. Va a pasar, los dos lo queremos, lo vamos a disfrutar. Haz el favor de volver a poner tus manos sobre mi cuerpo, porque no vas a privarme de tus caricias, lo que esté pasando por esa cabecita tuya, deja de pensarlo.

No contesto porque sus labios vuelven a estar sobre los míos, metiendo en vereda a mis miedos. Me entrego como si fuera la primera vez, y en parte así lo siento, la primera por placer mutuo y no por mero desahogo físico de dos personas.

Su boca hace maravillas entre mi cuello y mi hombro, me llevan a lo más alto, sus manos pronto encuentran a mis generosos pechos, llenándose con ellos, acompañados con su boca, que hace estragos en mis pezones erectos y duros como nunca. Este hombre sabe qué hacer con esas manos y esa boca.

Muerde, succiona y pellizca, hasta que mis gemidos son casi lo único que puedo oír junto con mi respiración sofocada.

—Sí, así quiero oírte, no pienses. Solo siente, quiero que te mojes por mí.

Nunca me han hablado de esta manera, sucio y directo. En ese instante una de sus manos se cuela en mi entrepierna.

—Dios, iba a llevarte al cielo con mi boca, pero me parece que ya te encuentras en la gloria, nena, estás empapada, no voy esperar. Luego repetiremos.

«No hemos acabado y ya está prometiendo más, este quiere matarme», pienso.

Se posiciona sobre mi cuerpo, con una de sus piernas abre las mías, se sitúa y comienza a penetrarme lento pero firme. Me llega un ápice de lucidez y recuerdo que yo no tomo anticonceptivos; me da pánico engordar aún más.

—Jorge, el condón, no llevas nada.

—¿No tomas la píldora? Joder, no tengo ninguno.

Sale poco a poco de mí, frustrado por tener que parar, ya que estamos muy calientes.

—Espera, yo tengo.

No sé de dónde he sacado el coraje, pero sin pudor ninguno me levanto hacia el baño, volviendo con un paquete en mis manos. Su cara es seria, ¿dónde está el hombre excitado y sensual de hace un momento? ¿Se ha ido?

—¿Por qué tienes condones, sueles usarlos mucho?

No sé por dónde va esto, pero no me gusta.

—No suelo tener parejas ni formales, ni informales si es lo que preguntas, pero me gusta ir por la vida protegida. Si no lo hago yo, nadie lo hará por mí —contesto quedando claro mi punto; parece entenderlo y suaviza su mirada.

—Perdona, no quería ofenderte.

Alarga su mano hacia mí, porque sigo plantada y desnuda al lado de la cama.

—Ven y continuemos con lo que hacíamos antes de convertirme en un

gilipollas.

Solo sonrío y me coloco sobre su cuerpo, besándole con pasión. Sus manos vuelven a pasear por mi cuerpo como si lo conocieran de siempre. Poco me dura el momento de poder porque con un ágil movimiento me encuentro bajo su cuerpo, se aparta colocándose sobre sus talones, dándome una vista espectacular, la más erótica que he visto de un hombre, y me dan ganas de levantarme a por la cámara.

Pero el momento termina rápido, se coloca la funda de látex sobre su —«¡Joder! Es enorme»— pene, no soy virgen, pero las pocas veces que lo he hecho, jamás con uno..., cómo decirlo, nunca con alguien con ese tamaño, mierda, me acojonaba un poco, y mi cara debe ser un poema.

—Tranquila, cariño, es grande, pero sabe moverse, no te hará daño solo te dará placer.

«Cómo me pone cuando habla...», pienso. Agarra un cojín sin esperármelo.

—Sube el culete —pide con gracia.

Hago lo que me pide, otra cosa nueva, lo coloco bajo mis caderas, dejándolas un poco elevadas, se posiciona sobre mí quedando entre mis piernas, las abro más y comienza a penetrarme. Con la inclinación de mis caderas así, noto cómo entra hasta el fondo, suelto un gran gemido cuando lo siento entero, me llena casi hasta el dolor, es grande de verdad.

—Shhh, cariño, date un momento... Solo siente.

Espero como me dice y, sin permiso, mi cuerpo reacciona y se mece contra él.

—Muy bien, nena, ahora todo será placer.

Se mueve suave, sus besos nunca me dejan. Una de sus manos vaga por mi cuerpo, tortura mis pechos, su otro brazo lo sujeta a él sobre su codo, mis manos son unas ansiosas sobre su cuerpo, lo cual se ve que le gusta por cómo gime. Lo arañó y tiro del pelo. Las embestidas suben de intensidad, y el sudor sobre nuestros cuerpos es una fina capa.

—Cariño, no sé si podré mucho más.

Me dice entre jadeos y aumento más el ritmo, la mano libre baja hasta el

encuentro de nuestros cuerpos y se coloca sobre mi clítoris. Su pulgar traza círculos que me llevan más y más cerca de volverme loca, para entonces mi cuerpo es una masa de espasmos incontrolados.

—¡Córrete! —Solo una palabra. Solo una y me lleva al cielo, seguida por él.

No sale de mi cuerpo, cae aplastándome un poco, pero sin hacerme daño, aun así, continúa moviéndose suave, recreándose en los espasmos de mi ser y yo notando sus palpitaciones, hasta que levanta su cabeza que se encuentra escondida en mi cuello.

—Cariño. —Me da un beso casto, yo aún soy toda jadeos.— Te voy a dar un descanso, pero será pequeño porque quiero más, voy a deshacerme del gorrito..., pero cuando vuelva seguimos.

¡Esas palabras! Apenas hemos terminado y ya vuelvo a estar excitada otra vez, sale de la cama y desaparece en el baño. No han pasado ni unos minutos y como ha prometido, aquí vuelve, a la carga.

Jamás he tenido un amante tan entregado, que me haga sentir tan mujer, sin tiempo de pensarlo entra en la cama, cumpliendo lo prometido, llevándonos al cielo otra vez.

No hemos dormido, estamos acostados en la cama uno frente a otro con las piernas entrelazadas y las manos recorriendo nuestros cuerpos con caricias. La sábana cubre hasta nuestras caderas, y siento el frío previo al amanecer recorrer mi cuerpo. Sonrío de forma exagerada fijando mi mirada en la suya, él está un poco somnoliento, despierta del todo y me mira con curiosidad.

—¿Quieres saber por qué me alojo en este lugar? —Él solo asiente.

Me levanto y enrolló la sábana en mi cuerpo, camino hacia mis bolsas, cojo la cámara, la primera que cayó en mis manos en esta vida, la que mi tío me regaló, necesito compartir este momento con él, aunque no esté, la única forma de estar presente es ese pequeño objeto que tanta felicidad me da.

He pasado una de las mejores noches de mi vida y llega a su fin, necesito retener esa sensación de plenitud, yo no soy de tener muchos buenos recuerdos, pero los pocos que tengo, son lo que tiran de mí en esta vida.

Con la cámara en las manos me giro hacia la cama, donde un Jorge desnudo me observa como un niño mirando un espectáculo. Ensimismado y

centrado en mí, sucumbo a mi deseo de la noche y le saco una fotografía. Esta será una de mis favoritas, lástima que por estar como Dios lo trajo al mundo no pueda ponerla en mi pared, a la vista de todos, será solo para mí para recrearme en los recuerdos de esta noche.

—Ven. —Alargo mi mano en su dirección como horas antes él hizo conmigo.

Se levanta desnudo y viene junto a mí, abro la ventana de par en par, nadie puede verme y nos encontramos en un tercero con vistas directas al mar. Viene y se coloca detrás de mí, con su cabeza sobre mi hombro enfocando su vista donde yo miro.

—¿Lo entiendes ahora? —respondiendo a la pregunta que hizo al principio de la noche, cuando invadió mi habitación.

—Sí..., ahora lo entiendo.

Pasa sus manos por mi cintura y me atrae más a su pecho, levanto la cámara y saco la foto, una que fijará un momento feliz que sí puedo poner en mi pared, con los dos hombres que más me han hecho sentir plena, uno representado metafóricamente y el otro en todo su plano físico, permanecemos así un rato, hasta que la luz invade por completo la habitación, trayéndonos a la realidad.

—Cariño, tenemos que empezar la mañana —me dice—. ¿Nos duchamos? —me pregunta pícaro.

—¿Usted no se cansa, don Jorge? —le pregunto con sorna sin esperarme la contestación de vuelta.

—Por más que me gustase tomarla una vez más, creo que no llegaríamos a trabajar en todo el día, con usted, doña Alba, es para recrearse, así que va a ser que solo ducha. — Me pongo roja como un cangrejo—. ¿Vamos? — Asiento.

Así comenzamos la mañana, con una ducha llena de caricias y besos. Desayunamos rápido en un lugar cercano, ya que se nos ha hecho un poco tarde y, finalmente, con mis cosas preparadas lo acompaño a su coche.

Se para en la puerta del coche y me coge de la cintura, me atrae hacia él y me besa lento y saboreando, casi como un café cargado despertándolo todo, justo como él sabe, rodeo su cuello y nos separamos un poco.

—Esta noche estate preparada, pasaré por ti e iremos a cenar.

—Bien, pero yo elijo, no te pongas muy formal.

—Doña Alba, se pone muy mandona. —No me deja contestar. Sin pulla por mi parte, me besa, uno corto y fuerte, me gusta su decisión. Nos separamos y dice, cómo no, la última palabra—: Me gusta, te veo luego.

Se sube a su coche y me quedo viendo cómo desaparece por la pequeña calle, con la más grande de mis sonrisas.

Capítulo 7

Lo mereces

Jorge

Salgo de la pequeña calle camino a mi hotel, la sonrisa que llevo en la cara eclipsa el par de ojeras que tengo porque acabo de pasar una de las mejores noches de mi vida. Hemos hablado, se ha abierto, me ha dejado poner un pie en su círculo más cercano, creo que ninguno nos hemos visto en otra como esta, todo va acelerado, pero por otra parte no quiero parar lo que me hace sentir. Me llena el pecho y eso nunca me ha pasado.

No me puedo creer que sea hermana de las Barbies, tienen parecido físico pero sus personalidades son todo lo contrario. Alba es lista, trabajadora, independiente y fuerte, eso sin duda.

Cuando me contó cómo sus padres la habían utilizado incluso antes de su nacimiento, me dio rabia su irresponsabilidad, cómo uno y otro se la pasaron como una pelota, en vez de quererla, la vendieron en pos de sus intereses. Su madre por la manutención y su padre, el rey de los confiteros, conocido por sus pastelerías más exclusivas, si se supiera que de dulce no tiene nada... Ni siquiera la utilizó, simplemente la echó a un lado donde no estorbase. Me asombra lo fuerte que es y la cara que le pone a la vida, esa gran sonrisa que adorna su rostro que me tiene loco.

Estoy deseando que pase el día para ir junto a ella, me da igual que sea en esa pequeña pensión, lejos de los lujos. La sensación de tenerla en mis brazos mientras contemplamos el amanecer, ha sido tan... íntimo, tan solo nosotros, fundidos en ese abrazo, sin pretensiones de más. Tierno, suave, envueltos en esa luz del amanecer, casi metafórico, el comienzo de algo.

No sé qué me pasa, pero no voy a detenerlo, quiero dejarme llevar. Sé que Alba no es una mujer que vaya a ser una piedra en mi camino, no me envolverá por mi dinero ni mi fama, será una compañera, a mi lado. Tirará de mí cuando yo no pueda y le daré todo el amor que merece por ser quien es, la persona que quiero a mi lado.

Sé que es pronto para sentirse así, pero no puedo parar este pensamiento

en mi cabeza, aunque no pueda aún formularlo en alto, lo guardaré, pero no lo apagaré, no ahora que la he encontrado, por muy loco que suene.

El día va mejor que ayer, la sesión ha salido perfecta, los chicos se han portado, han trabajado genial, el tiempo ha acompañado, y todo ha salido a pedir de boca. Ahora estamos en una sala del hotel, revisando el trabajo de estos dos días, llevamos la mitad hecho, aunque solo es una primera pasada, para ver si repetimos o no, está siendo tedioso.

Será que se está haciendo largo porque muero por ir junto a Alba, y pasar un rato con ella, cenar, pasear y dormir abrazados, parece dar un paso atrás, pero tiene que estar cansada, ayer pasó un mal día por hacerme el favor de buscar otro lugar, enfermó, aunque me ocupé de que se alimentara, desgastamos lo que cenamos, ya que luego pasamos la noche explorando nuestros cuerpos hasta saciarnos, todo esto sin dormir nada. Mi chica tiene que estar agotada y yo me ocuparé de cuidarla; ese será uno de mis nuevos propósitos.

Tras horas de ver fotos, por fin, soy liberado de mis obligaciones, como el equipo se encuentra cansado, esta noche la tomarán para descansar y mañana la tendrán libre, ya que el trabajo lo hemos podido hacer en dos días, las cosas han salido bien y he decidido hacer una cena con todo el equipo.

Camino a mi habitación llamando a Alba para decirle que en un rato voy a por ella, marco y espero, dos toque y descuelga.

—Hola, cariño —le digo meloso y no solo por molestarla.

—Hola, don Jorge. —Será bicho, pero me gusta este juego que tenemos del don y la doña.

—¿Qué tal ha pasado el día, doña Alba? ¿Se ha pasado como ayer, de vueltas como un pollo?

—Je, je, gracioso nos salió el señor, pues le cuento, doña Alba ha pasado el día disfrutando mucho de su trabajo, de unas vistas fantásticas... y no, no se ha tostado al sol, me he cuidado para que no tenga que venir la niñera que, aunque es muy buena, me dio una noche... Descansé poco, sabe usted de lo que hablo.

Qué cabrita, me está poniendo y solo estamos hablando, provocadora.

—No, no sé de qué habla usted porque, sabe, yo me pasé la noche con una

mujer, una de verdad, tuve una intensa velada entre sus piernas, paseando por su cabeza y amanecí amarrado a ella, tanto que aún siento su cuerpo atrapado por el mío.

—Uf, qué intenso nos ha salido, don Jorge. —Se ríe y me encanta—. ¿Vendrás hoy? —me pregunta con una voz más íntima, sin ser sensual, solo baja el tono.

—¿Quieres que vaya? —le contesto de la misma manera.

—Sí, quiero verte, llevo todo el día contigo en mi cabeza.

Sigue igual, es muy íntimo.

—Si quieres me tienes en una hora allí, te doy tiempo a prepararte.

—En media estoy, te espero. —Me cuelga.

No me da tiempo a despedirme, me hace gracia, es como una nena pequeña... Voy a mi habitación y me preparo para ir ella toda prisa.

Me dijo esta mañana que informal, unos vaqueros y una camisa blanca, muy isleño, lo acompaño con unas sandalias, así que en veinte minutos estoy preparado y saliendo por la puerta.

Aparco y camino a la puerta de la pensión, ella está en la entrada con un vestido largo y vaporoso, con un estampado, algo muy veraniego y bohemio. Camino en su dirección, la atrapo con mis manos en su cintura y eleva las suyas a mi cuello, parece que lo hubiéramos hecho mil veces.

—Hola.

Le doy un beso, un pico corto.

—Hola.

Me da otro en respuesta al mío.

—Estás preciosa.

—Gracias, usted no se queda atrás —me alaga.

—Gracias, ¿dónde iremos? —le pregunto un tanto ansioso, porque con ella puedes esperar cualquier cosa.

Enlazo su mano y la guío al coche, pero me detiene con un leve tirón.

—No, hoy nada de coche, caminaremos, está cerca y luego podemos ir a pasear.

Caminamos unas pocas calles más cerca de la playa, justo al lado del puerto, me guía hacia un pequeño lugar con mucho encanto. Pequeñas mesas con bancos, vajilla sencilla en blanco y azul, nada feo, con mucha clase para la zona, sí, lo siento, estoy acostumbrado a un poco más de lujo, eso no quiere decir que no aprecie lo sencillo.

—¿Te gusta? —me pregunta, pero sé lo que espera por la luz en sus ojos.

—No me esperaba esto en esta zona de la isla, es fantástico —digo la verdad sobre mi impresión.

Ella se ilumina ante mi respuesta y así comenzamos nuestra noche. La comida está exquisita, nada que envidiarle a un restaurante de lujo: sencilla pero llena de sabor.

Las conversaciones son casi todas de cómo ha sido nuestro día, tras el postre y un café, al que creo que los dos somos adictos, le digo que voy al baño y pago la cuenta, porque no quiero perder el tiempo discutiendo con ella por quién va a pagar, no le va a gustar, pero para mí, aunque no le hemos puesto nombre, esto es como una cita y un caballero no deja que una dama asuma nunca la cuenta. Regreso a la mesa, y sin llegar a sentarme, le tiendo la mano para que se levante.

—¿Vamos, preciosa? Creo que después de esta cena, necesito ese paseo.

—Espera que venga la camarera y pagamos. —Coge su bolso para sacar la cartera, pero yo se lo agarro antes sacándoselo de las manos.

—No es necesario, ya he pagado la cena, vamos a por el paseo.

—¿Por qué has pagado? No era necesario, además, yo he querido venir aquí —lo dice en un tono un tanto enfadado para la mísera cantidad que ha sido.

—Bien.

Contundente, no voy a ser suave, esto lo va a tener que entender, así que continuo:—. No voy a discutir, sé cuál es tu costumbre, pero yo soy un caballero y conmigo no vas a pagar una cena, ni entera ni a medias —le digo.

—Eres un machista, yo puedo pagar mi parte para eso trabajo. —Puf, mal

empezamos.

—¿Machista? No, sé que puedes pagar tu parte y la mía de sobra, pero yo quiero, no por hacerte valer menos, todo lo contrario, sino por hacerte saber cómo es que te traten como a una mujer, una a la que se la cuida y no porque sea frágil, sino porque sé lo que vales.

—Me has dejado sin palabras, nadie nunca me ha tratado así.

Ahora soy yo el que se ha quedado sin voz, me limito a repetir el gesto con mi mano, esta vez sí lo acepta y entrelazo mis dedos con los suyos.

Salimos del lugar en silencio, uno calmado, caminamos juntos a la playa, suelto nuestras manos y paso un brazo por sus hombros, ella de forma automática pasa el suyo por mi cintura y así paseamos, hablando a ratos, sin perder la ocasión de robarnos besos, el uno al otro. Alba es una mujer a la que no se le deja atrás, pese a su calma es muy pasional.

Llegamos a la entrada de la pensión, no pregunto y subo junto a ella, cuando estamos en la puerta, nos besamos como dos adolescentes de diecisiete años, en silencio, esperando que los padres de ella, no salgan a la puerta a estropear el momento.

La tengo atrapada entre la pared y mi cuerpo, estoy disfrutando de estas curvas que, aunque ella dice que son feas y gruesas, a mí me vuelven loco. Me inclino y comienzo un beso suave que corta.

—¿Te quedarás esta noche? —pregunta dudosa.

—Me quedaré. —Vuelvo a la carga, beso, muerdo sus labios...

Abre su boca y ahí voy al ataque, la invado con mi lengua, primero suave, la enrosco, va subiendo la intensidad, tanto en el beso como en la caricias, que involuntariamente comienzan nuestras manos sobre nuestros cuerpos. Una de las mías va de su cintura a la cadera, la otra golosa acuna uno de sus exuberantes senos, lo ahueca, lo aprieta y hace círculos sobre el pezón, que poco tarda en endurecerse. Se marca bajo la ropa, me estoy viniendo arriba, ella no se queda atrás, una de sus manos va directa a mi trasero, lo recorre recreándose en mi redondez, lo achucha con ganas, eso me pone duro al instante, la otra vaga de mi espalda a mi hombro y clava sus dedos en mi pelo, cómo me gusta que me recorra.

Una luz se enciende en mi cabeza recordando que prácticamente no hemos

descansado en las últimas cuarenta y ocho horas, reacciono y me hago cargo de la situación, bajo poco a poco la intensidad del momento hasta parar, y me separo cuando nuestras respiraciones están agitadas.

—¿Qué ocurre? —pregunta con lo que detecto es... ¿miedo?

—Nada, cariño, pero, Alba, aunque muero por volver a estar entre tus piernas, hasta que no podamos más, y a pesar de que me tienes duro como una piedra desde que te he visto esta noche...

—¡Calla, sucio! Tú muy caballero en público, pero solos esa boca tuya, no tiene vergüenza.

Me dice roja como un tomate. Sé que en la cama le pone que le hable así, pero veo que fuera de ella se sonroja. Esto me lo apunto para cuando quiera molestarla.

—¡Oh, cariño! No me digas que ahora te vas a poner roja —me burlo, a la vez que suelto una carcajada, pero no presiono más, no sea que se mosquee y yo aún quiero dormir en su cama.

—¡Idiota! —

Me suelta un manotazo, aunque no aflojo ni un poco, solo me río y pronto se une a mí.

—Bueno, vale, ya paro, lo que decía es que aunque me muero por... —me mira mal— por «follarte». —Hago comillas, pero no le doy tiempo de escapar—. Llevamos como cuarenta y ocho horas casi sin descansar, ¿qué le parece a la señorita si hoy nos dedicamos a abrazarnos y dormir, juntos?, solo eso.

—Me encantaría.

Me empuja un poco con su cadera, para darse espacio.

—Sin provocaciones, doña Alba, no sea que cambie de opinión y al final te dé duro.

—Guarro.

Se ríe, saca las llaves llevándonos al interior de la habitación, no hago por acercarme, solo la miro, con descaro, ella me devuelve el gesto con la misma intensidad.

Me desnudo quedando en calzoncillos, me voy hacia el lado izquierdo de

la cama, es el que yo suelo usar, ella no me reclama el lugar, doy por hecho que utiliza el otro, solo la abro, me meto y paso los brazos por detrás de mi cabeza con la sábana subida hasta mis caderas, disfrutando del espectáculo.

Ella se quita el vestido quedando solo con una provocadora braga negra. Con esa prenda se dirige al armario, de donde saca una camiseta parecida a la que usó la noche anterior, también negra, está de espaldas a la cama, levanta sus brazos y la pasa por su cuerpo.

Es erótico contemplarla así, sin ver realmente nada. No se gira hasta que la tiene puesta, absurdo, ya que acabo de verle los pechos que ha mostrado sin ningún pudor, se vuelve y camina despacio hacia la cama, solo vamos a dormir, aunque yo lo haré con una erección de caballo encerrada en mis calzones.

Entra en la cama, me da un pequeño beso, apago la luz y sin mediar palabra nos abrazamos y dormimos, nuestra primera de muchas noches de mimos y sueños.

Capítulo 8

Entrando en tu mundo

Alba

Abro mis ojos, la luz de la mañana baña todo el cuarto, inundándolo de un bello naranja, me encanta ese color.

Apenas noto el fresco de la mañana, eso se debe al cuerpo que envuelve el mío, Jorge me tiene atrapada entre sus brazos y por Dios que podría pasar por una manta eléctrica, desprende calor, es agradable ya que yo soy como un tempaño por las mañanas.

Me desperezo poco a poco sin retorcerme demasiado, quiero levantarme, pero no me deja. Decido poner mis pies sobre sus piernas, lo sé, es como si te clavasen algo, ya que sus ojos se abren como platos.

—¡Aaahhh, estás helada! —grita.

—*Sip*, me conservo en frío —le digo mientras me río. Mis amigos dicen que mis pies son como cubitos de hielo.

—Encima te ríes, ¡serás bruja! —dice mientras me suelta para inclinarse sobre mí.— Doña Alba, necesita un escarmiento —sin decir más lo tengo haciéndome cosquillas—. ¿Ya no eres tan valiente, eh? —bromea mientras yo casi me meo de la risa, literalmente.

—Para, para, por favor, que me lo hago.

Detiene las cosquillas, pero se posiciona sobre mí, impidiendo que me mueva, atrapando mis manos, nos quedamos mirándonos fijamente el uno al otro, solo nos observamos, pero es muy íntimo al estar tan cerca de mis labios.

—Buenos días —me susurra cálido.

—Buenos días —le murmuro en el mismo tono.

Se inclina y así comienza un beso lento, suave hasta que su lengua entra en acción, elevando el tono de la situación. Su boca contra la mía me va excitando más y más. Sus manos juguetonas recorren mi cuerpo sin pudor, pronto mi camiseta sale volando y su boca se sacia con mis pechos. Qué boca,

este hombre sí sabe, chupa, lame, endurece los pezones, que parecen tener conexión directa con el centro de mi entrepierna, la cual está cada vez más húmeda.

Se endereza sobre mi cuerpo, conecta nuestras miradas, aunque mis párpados están semicerrados por la sesión que le acaba de dar a mis pechos. Sus manos van de los mismos, recorren mi cintura, hasta el elástico de las bragas, sin dejar mi mirada tira de ellas para sacarlas de mi cuerpo, haciendo que sus ojos sean de lo más excitantes cuando se deshace de ellas.

Él mismo se quita su calzoncillo, abre mis piernas y se sitúa de rodillas entre ellas, cogiendo una almohada y colocándola bajo mi trasero. Mi cadera queda elevada, alargo la mano a la mesilla y le lanzo un condón, arruga su cara, pero no dice nada. Lo coloca y se tumba sobre mí sujetando mis rodillas por debajo, me penetra y de mi cuerpo sale un grito de sorpresa, excitación y un poco de dolor por la posición de su miembro; entra hasta el fondo de mi ser. Nunca me habían penetrado tan duro, me encanta este hombre me lleva donde nadie lo ha hecho, y creo que se da cuenta.

—Ssshhhh, he sido un poco duro, pero, cariño, relájate, no dolerá solo coge lo que te doy.

Me besa y sonrío sobre mi boca, aún no se ha movido y me está dando tiempo—Y te voy a dar bien duro.

Con esas palabras sale de mí para entrar con la misma fuerza, una y otra vez. Joder, qué rico, gimo, grito y arañeo su cuerpo sin ningún cuidado, estoy desatada, él jadea, dándome a entender que también está cerca.

—¿Juntos? —dice y así lo hacemos, nos corremos los dos en un orgasmo brutal.

Cae laxo sobre mí, así permanecemos un rato hasta que las réplicas de tan intenso encuentro van cediendo y comienza a salir de mi cuerpo. Cuando me doy cuenta de que el condón se escurre de su miembro, que ya no está en pie de guerra, noto cómo queda atrapado en mi cuerpo.

Jorge se da cuenta y desliza una mano entre nuestros cuerpos, lo sujeta y saca sin que se derrame el contenido.

—Ups, casi pero no —bromea y prefiero reír a llorar, así que reímos por la situación tan cómica.

Tras un aseo en condiciones, estamos desayunando en la habitación. Jorge baja por unos cafés y bollos, aunque sé que no debería comerlos, lo hago, no creo que me engorden demasiado con el desgaste que llevo estos dos días.

—Esta noche haré una cena para todo el equipo, quiero que vengas conmigo.

—No sé, Jorge, es tu trabajo, no creo que yo pinte nada ni que encaje con esas personas.

No tengo ganas de estar rodeada de figurines y gente guapa, me incomoda.

—Tú eres mi pareja, encajas perfectamente a mi lado que es donde estarás, y estoy seguro de que si no tuvieras esa estúpida imagen de ti misma, verías las envidias que levantas —dice tan tranquilo.

—Mira, si me quieres a tu lado, estaré, pero, por favor, deja de decir sandeces, yo sé cómo soy, y no precisamente son los apelativos de bonita y femenina lo que vienen a la cabeza de nadie cuando me ven. —No quería, pero he sonado un poco seca.

—Alba... —Piensa lo que va a decir, pero parece que reclusa—. Está bien, coge lo que necesites para esta noche. ¿Podemos pasar hoy el día en mi hotel?

—De acuerdo.

Acepto porque veo que se está esforzando por no comenzar una discusión y no me cuesta ceder un poco. Le digo que me reuniré con él un poco más tarde, ya que este es un viaje de negocios, debo salir un par de horas a trabajar.

Pasamos la tarde en la playa del hotel, luego subimos a su *suite*, todo lujo y elegancia, no sé cómo ha podido dormir en la pensión teniendo este lugar.

Sé la respuesta, pero no me atrevo ni a pensarlo, Jorge me gusta mucho, sin embargo, no me doy el lujo de pensar que es recíproco o no tanto como lo estoy sintiendo, no sé qué ocurrirá cuando volvamos a nuestra ciudad, supongo que esto quedará como una aventura, no creo que vaya más allá. No debo ilusionarme con algo que sé que no tendré.

Nos arreglamos para la cena, parecemos un anuncio, él de blanco y yo de negro, está guapísimo, su piel bronceada contrasta con el color haciéndolo más deseable si cabe, yo, en cambio, con mi vestido parezco insulsa a su lado,

mi piel es blanca y mi porte tosco, pero él parece no verlo, porque se le ilumina la cara cuando me mira dedicándome una gran sonrisa.

—Estás guapísima.

—Gracias, tú también estás fantástico. —Besa mi sien, coge mi mano y nos encaminamos al comedor privado donde se dará la cena.

Cuando llegamos están todos, me siento un poco observada, eso me incomoda, hay varios grupos, aunque no son demasiadas personas, y veo cómo están sirviendo un aperitivo antes de la cena.

Cojo una copa de vino y trato de relajarme, Jorge me presenta a todos, parecen simpáticos. Nos sentamos, hablo con los fotógrafos y el equipo técnico, son majos y pronto encontramos temas. Son tan apasionados como yo, a los modelos los dejo de lado, no porque sean divas, sino porque no estoy cómoda, sé que es prejuicioso por mi parte, aunque no puedo evitarlo.

Jorge está pendiente de mí todo el tiempo, pero también se da cuenta de cómo aparto a sus modelos.

—Dales una oportunidad, verás que te sorprenden —susurra en mi oído antes de bajar al bar, no dice nada más, sabe que sé de lo que habla.

Al acabar la cena pasamos al bar del hotel, no hay mucho ambiente, pero tras unas copas y mucha persuasión hacia el personal del hotel nos terminan poniendo música.

Esta gente no tiene vergüenza, se han montado en un plis plas una fiesta, al final cedo a relacionarme con las chicas, todo con ayuda de las copas que voy tomando, no tengo mucho aguante, pero encuentro un buen equilibrio, llegando solo al puntillo, sin terminar borracha.

Bailamos en grupo, haciendo el tonto, la música va cambiando a una más sugerente y pronto tengo a mi chico tras mi espalda rodeándome con sus brazos. Sus manos ya están en modo goloso, recorren mi cintura hasta mis caderas, yo cedo mi peso sobre su pecho y una de sus manos sube quedando bajo mi seno. Se está conteniendo, lo sé por cómo clava su otra mano en mi cadera, sumado al bulto que presiona mis nalgas, el guerrero ya está en pie.

—Vámonos, no aguanto más.

Me susurra dejando besos tras mi oreja y mi cuello, joder, ya me he

encendido yo también, me refuerzo sobre su cuerpo y gime en mi oreja, me excita.

—Estás igual de caliente que yo, vámonos, quiero oírte gemir y hundir mi polla en ti. ¡Será descarado! Mi cara está roja y lo sabe.

—¿No tienes vergüenza? —le pregunto girando mi cara para enfrentar la suya.

—Cuando se trata de ti, no, ahora despídete que nos vamos. Hoy nos quedamos aquí.

Nos despedimos con la mano sin pararnos con nadie, entre gritos tipo «No se cansen», «Dale duro, jefe» y risas, nos retiramos.

Cogidos de la mano, entramos al ascensor, no se ha cerrado la puerta y ya lo tengo sobre mí, saquea mi boca y yo la suya. Me tiene atrapada entre la pared y él, sin darme tregua. Baja su mano por mi muslo y lo recoge hasta elevarlo a su cadera, sin soltarlo empuja contra mi cuerpo dejando claro lo empalmado que está, su roce contra mis bragas hace que me estremezca y lo busque.

Nos estamos comiendo como locos, se siente tan bien, el botón de placer de mi entrepierna está sobreexcitado, me encuentro empapada en un momento, su ansiosa mano se cuela entre nuestros cuerpos, aparta las bragas y recorre todo con sus dedos.

—Dios. —Gime—. Cariño, hoy no va haber tregua, vamos a follar hasta que no podamos más.

Yo solo gimo, el canalla ha introducido dos dedos en mí y con su pulgar tortura mi botón. Acelera y me besa, no dejamos de estar en un ascensor, aunque yo parece que lo haya olvidado. Mi interior se tensa, un grito ahogado escapa de mi garganta y su mano se empapa con mis fluidos.

—El primero de muchos orgasmos, la noche ya promete y aún no hemos llegado.

Decido que no voy a quedarme atrás, meto mi mano en sus pantalones, su cara de sorpresa lo dice todo. Acaricio su longitud, de abajo arriba, donde trazo círculos con mi pulgar en la cabeza de su pene, viendo que sus ojos se ponen en blanco.

—Así, cariño, dame placer, aahhhh.

Gime, no puedo decir mucho más... Llegamos a nuestra planta, sacamos la mano del sexo del otro, besándonos hambrientos camino de la habitación.

Abrimos como podemos sin separarnos, pronto estamos desnudos camino de la cama, al llegar a esta me da la vuelta quedando su torso a mi espalda y acuna mis pechos en sus manos.

—Colócate a cuatro patas sobre la cama —dice en mi oreja sin parar de besar mi hombro, nunca lo he hecho así, la verdad es que siempre he sido un poco sosa en estos menesteres.

—Jorge, yo nunca lo he... —Me silencia con una caricia.

—Calla, así mejor porque voy a enseñarte lo que es gozar, inclínate sobre la cama.

Me instruye, y obedezco. Pasa su mano desde mi cuello, por mi espalda, estremeciéndome, soy muy sensible en esos puntos. Acuna mis nalgas con las dos manos y sigue deslizando una de ellas más abajo, roza mi ano y me contraigo.

—Sshhh, no, cariño, ya hablaremos de eso.

Sigue más abajo pasando sus dedos hasta mi clítoris, gimo alto, mi cuerpo está aún sensible por el asalto del ascensor, pero continua sin saltarse la entrada de mi vagina húmeda.

—Estás lista.

Yo asiento, aunque creo que no era una pregunta, noto solo una mano en mi cadera y su pene en mi entrada, lo sitúa y me penetra. Qué gusto, diferente, profundo muy profundo.

Un placer me recorre el cuerpo, se inclina sobre mi espalda y besa mi nuca.

—Te voy a dar fuerte no puedo contenerme.

Me suena más a promesa que a amenaza, entra y sale con fuerza y determinación, besa mi cuello y espalda lo que me hace retorcer. Una mano vaga por mis pechos de forma dura, me pellizca y aumenta el placer, me corro en la tercera embestida, pero él sigue más y más, me vuelvo a correr por Dios

estoy en mi límite, pero no, él quiere más, baja una mano a mi botón y lo retuerce. Me llega un orgasmo abrasador a la vez que él me embiste con rudeza, acompañado de un gran gemido, un líquido caliente se derrama en mi interior de forma abundante. Se ha corrido dentro de mi cuerpo, nunca nadie lo ha hecho, mi cabeza sale de la bruma por la intensidad del momento y entonces caigo, joder..., el condón!

Capítulo 9

me gustas

Jorge

Respiro con dificultad, retirándome de su cuerpo poco a poco. Con el asalto que acabamos de tener no es para ser bruto, además de que estoy en la gloria y me cuesta salir de ella. Me sujeto por mis codos, retrocedo y me tumbo a su lado boca arriba, mi respiración sigue igual, me está costando recuperarme. Ella continúa tumbada sobre su vientre, no se mueve, mierda, a que he sido un bestia..., pero es que no sé qué me pasa con Alba, fuera del dormitorio solo quiero estar con ella, pero una vez paso la puerta pierdo el control. Joder, qué mujer, va a terminar conmigo.

Me incorporo de lado sobre mi brazo, dejando mi cabeza apoyada en mi mano, le acaricio la espalda de arriba abajo, estamos los dos desnudos, sofocados y el calor en la isla es abrasador. Yo estoy exhausto, creo que ella también por cómo su cuerpo se mueve le está costando respirar, eso hace que se me hinche el ego un poco.

Continúo con mis caricias por toda su espalda, a veces incluso más abajo, no sé si se ha quedado dormida, me inclino hacia ella y le beso el hombro sin más pretensiones, solo es una caricia, quiero asegurarme, quizás debería haberla abrazado contra mi pecho, pero por Dios que no podía ni moverme.

—¿Alba? —Otro beso, pero en su cabeza—. Alba, cariño, ¿estás dormida?

Le pregunto en tono suave, cuando voy a darme por vencido levanta su cabeza y gira hacia mí con todo su pelo sobre la cara, solo le veo un ojo y poco más, sonrío al verla. Alargo mi mano y con cuidado le retiro el pelo, pero no encuentro para nada lo que yo esperaba, una cara de satisfacción, en vez de eso me encuentro una cara asustada, mi pecho se contrae, ¿le habré hecho daño? Mierda, soy un animal, cómo he podido, ella sé que no tiene mucha experiencia, y yo..., joder, mi cara es de vergüenza pura.

—Alba, cariño, ¿te he hecho daño? Perdóname, yo... —intento disculparme, no quiero que piense que normalmente soy así, pero es que con

ella pierdo el control.

—Jorge, el condón —no dice más y entonces caigo.

—Oh. —Joder, crisis bebé, y yo solo soy capaz de decir eso, soy idiota—. El condón —repito, idiota completo, me doy una hostia mental y reacciono—. Alba, cariño, no me he dado cuenta, perdona, no sé qué decir, joder, no lo pensé —la miro suplicante— di algo. —Acaricio su cara con más miedo que otra cosa.

—Jorge, yo nunca lo he hecho así, siempre tengo cuidado, y yo tampoco me he acordado, qué pasa si... —Está asustada, porque no me mira—. Yo sé que estoy bien, ¿pero tú? —pregunta, aunque la entiendo, me siento un poco ofendido.

—Estoy limpio, no soy tan promiscuo como crees. —No disimulo mi disgusto.

—No te enfades, yo no creo nada, solo que nunca me ha pasado esto y apenas nos conocemos y cada vez que tenemos oportunidad vamos a la cama. Tú podrías pensar lo mismo de mí, aunque yo lo que hago contigo, no lo hago con nadie.

Se pone roja como un tomate, con solo eso desaparece cualquier tipo de posible enfado o tensión.

—No me enfado, perdona.

Le doy un beso a modo de perdón, pero su cara lejos de relajarse se torna más asustada y por fin hace la pregunta del millón, en esos casos.

—¿Y si me quedo embarazada?

—Tranquila, ha sido una vez, no tiene por qué pasar nada, pero si lo estás ya pensaremos qué hacer, ¿vale?

Lo digo en alto para ver si mi cabeza frena ante la imagen de una Alba embarazada, estaría guapísima, «¡¡¡Jorge!!!», me regaño mentalmente. «¡Frena que te vas a estrellar!», me digo.

Me incorporo un poco más y abro mis brazos.

—Ven, cariño, mañana será otro día y tendremos tiempo de pensarlo, ahora vamos a dormir que creo que lo hemos dado todo. —Se ríe y viene junto

a mí, ahora sí que puedo abrazar a mi chica contra mi pecho.

No tarda en quedarse dormida, abrazada a mi torso, sé que está dormida porque su boca se encuentra un poco abierta y respira de forma tranquila y pausada.

Yo, en cambio, creo que no pegaré ojo hasta saber si está o no embarazada.

Es irresponsable, pero no suelo llevar condones conmigo, tengo la suerte de que mis parejas de cama siempre toman la píldora, como le he dicho a ella no soy un asalta camas, no voy de mujer en mujer.

La verdad que esa época sí la tuve, fue corta, pero la hubo, cuando era adolescente. Por aquel entonces un capullo quiso jugar con mi hermana, le partí la cara y maduré en ese tema, aprendí que a las mujeres se las respeta, que no son juguetes donde meterla y pasar a otra, no, un hombre no miente a una mujer, si solo quieres sexo asegúrate de que todo quede claro, aunque solo sea para un rato. Hay que tratarlas con respeto y siendo buen amante, ella te da su cuerpo, tú dale lo que merece, nunca seas egoísta.

Al final me alcanza el sueño, ¿que cómo lo sé? Pues porque estoy estirándome, con los ojos aún cerrados. Muevo mi brazo buscando a cierta mujer que me trae loco, pero, sorpresa, no hay nadie. Los abro y me levanto sobre mis codos, hago un barrido por toda la habitación en busca de mi chica, espero que no haya huido. Aunque sería una posibilidad que de poco le iba a servir, saldría detrás de ella sin dudarlo, continúo mirando hasta que me la encuentro en la zona de estar, sentada con las piernas recogidas sobre el sofá, con su mirada hacia la ventana, ha visto amanecer, pero hay mucha luz, seguro que es mas tarde.

—¿Qué tal la vista, es tan bonita como la de tu ventana? —le pregunto para llamar su atención, gira su cabeza y sonrío.

—No, pero nunca desperdicio un amanecer.

Se levanta y viene a la cama, lleva una de mis camisetas y el pelo húmedo: se ha duchado ya. Se sienta sobre mí, mis manos van a sus muslos dirección a su cintura. —Uummm—. Ronroneo..., he descubierto que no lleva bragas.

—Buenos días, dormilón. —Me da un beso corto.

—Buenos días, madrugadora, ¿por qué no me has despertado? —Sigo con

mis caricias, que solo hace que la sábana se eleve más bajo ella, me mira y su cara ya lo dice todo, yo le tengo ganas, y creo que ella a mí.

—Cariño, creo que tienes una situación ahí abajo. —Se remueve, será... provocadora.

—Alba. —Gimo—. No provoques, no comiences algo si no lo vas a terminar. —Se vuelve a remover.

—¿Quién dice que no acabaré? ¿O será que tú no puedes? —Dice a modo de duda, esta no sabe con quién está tratando...

En un movimiento la tengo bajo mi cuerpo, con las piernas bien abiertas, mi mano baja por su muslo interno, llego a donde quiero y compruebo que ya está lista, la beso con ganas, me lo devuelve con las mismas, sus manos a mi espalda, mi boca baja por su garganta, está gimiendo, me dejo caer entre sus piernas y esta vez sí que me doy cuenta.

—Alba, para, no podemos, no hay condones. —La sigo besando.

—Mierda, me vuelves tonta, como sigamos así, si no me embarazas será una suerte. — Sé que lo dice en serio, pero se ríe, creo que está tan colgada de mí como yo de ella, solo que ninguno dirá nada porque pareceríamos locos.

—¿Paramos? —le pregunto mientras acaricio su mejilla, me mira y parece acordarse de algo.

—No, dame un segundo. —Me aparta y se levanta, va hasta donde se encuentra su bolso, se agacha y saca algo, me deja una vista de todo su coño y hace que me empalme más.

—Qué vistas, doña Alba. —Se levanta y me saca la lengua.

—Don Jorge es un guarro. —Vuelve a la cama junto a mí.

—Provocadora. —Agita su mano y veo un sobre color plata, asunto resuelto, luz verde para un nuevo asalto y menos mal porque ya no podía más.

Hacemos el amor, sí, así lo siento, he decidido que con ella, es lo que voy a hacer, nada de follar, aquí hay mucho más que un polvo y no dudaré en demostrárselo cada vez que pueda, y por cómo conectamos en la cama creo que será muy de seguido.

Estamos paseando por la playa de mi hotel, el sol aún no se encuentra alto

y se puede estar en la calle, tengo su mano enlazada con la mía, decido hablar porque hay algo que no me encaja... Después del susto de ayer hoy está muy sosegada, cuando otra en su lugar estaría subiéndose por las paredes.

—Alba, tenemos que hablar de lo que pasó ayer.

—Lo sé, pero no te preocupes.

—¿Cómo no quieres que me preocupe? Puede que estés embarazada, no voy a desentenderme.

—Lo sé, pero... ¿y si yo te lo pidiera? Sé que lo que está pasando estos días, no pasará de esta isla, para qué vincularnos, no funcionaría.

Me detengo y la hago girar para quedar frente a ella.

—¿Quién dice que esto se queda aquí? Yo no recuerdo haber dicho tal cosa ¿o es que no tengo nada que decir? —Me cabrea que piense así, quiero una explicación.

—Seamos realistas, tú eres una figura pública, tienes una imagen, ¿dónde encajo yo en tu vida? Mereces más. —Yo la mato, pero ¿qué tengo que hacer para que vea lo que yo veo en ella?

—A ver, yo tengo una vida, la que yo elijo, no la que la prensa o el *marisabidillo* de turno me quiere poner, yo decido y creo haberte dicho, o, mejor te lo voy a aclarar, te quiero a mi lado, aquí, allí o donde estemos. ¿O te avergüenza que te vean conmigo?

—Creo que te he dejado claro que si alguien tiene que sentir vergüenza serías tú de mí. Jamás al revés, eres un sueño hecho realidad, un caballero en público y un pervertido en la intimidad. Eres un combo, además de guapo y... —se sonroja— y voy a parar porque al final te vienes arriba tú y tu ego.

—Gracias, cariño, eres un regalo para mi ego, pero tú también eres un combo como tú dices, inteligente, independiente, guapa, con curvas y carne donde agarrar. Estaré orgulloso de mostrarte a mi lado donde sea y ante quien sea, y por lo de la intimidad no te avergüences, no sé qué tienes, pero ese lado solo me lo despiertas tú.

Le guiño un ojo y me acerco a su oreja.

—Me pones caliente como nadie nunca lo ha hecho. —Creo que va a salir en llamas de lo roja que está—. Bueno, y aclarado que esto aquí no se queda,

dime por qué estás tan tranquila, y quiero la verdad.

—La verdad, lo estuve pensando y aunque soy joven... ¿por qué no un bebé? Alguien para querer y que te quiera, me gustaría saber lo que es eso... de que te quiera alguien con tu misma sangre.

Su mirada es triste y sé que está recordando a su familia.

—Pensaba tenerlo y criarlo... yo sola, no quiero que cargues con algo con lo que no contabas, yo puedo hacerlo, no te pediré nada, yo le daré de todo, con mi trabajo puedo mantenernos, te juro...

—No me jures nada, Alba... ¿qué parte de lo que acabo de decir no te ha quedado clara, la de que de tu lado no me muevo, o la de que eres una mujer maravillosa? Yo nunca te dejaría sola, no soy un canalla, ni te pediría que abortaras..., sé que es pronto que casi no nos conocemos, pero... —Hago una pausa, me voy a tirar a la piscina, espero no ahogarme... espero—. Pero yo no sé qué me pasa contigo. Si estás embarazada como si no, quiero permanecer a tu lado, me gustas y quiero ver si hay algo más. No me apetece dejarlo pasar, creo que esto no se presenta todos los días, y si hay un bebé, pues ya veremos qué hacemos, pero juntos.

Me callo esperando a ver qué dice, está mirándome fijamente y no dice nada. Cuando creo que ya la he cagado, se abalanza sobre mí, abrazándose a mi cuello.

—Gracias. —Solloza.

—Gracias a ti por aparecer. —La abrazo con fuerza—. Nena, afloja que me estás ahogando —le digo en broma, se separa y me da un codazo.

Me siento genial después de haber hablado, es como haberse sacado un gran peso de encima, acordamos que como yo vuelvo antes a la ciudad, busque un ginecólogo para saber si está o no esperando y luego hablaremos sobre qué hacer, aunque yo lo tengo claro, estar con ella sí o sí, ya no hay opción, quiera o no, esa batalla de estar sola la tiene perdida.

Capítulo 10

a través de mi cámara

Alba

Ayer Jorge se fue a nuestra ciudad, sus asuntos aquí han terminado y aunque se ofreció a quedarse hasta que yo acabase, sé que tiene negocios que atender.

A mí aún me quedan unos días de trabajo en la isla, se me van a hacer eternos sin tenerlo aquí, con él mis noches son más cortas, creo que nunca un hombre ha sido así conmigo, apenas lo conozco y ya me vuelve loca.

Con lo del asunto del condón, no me esperaba que reaccionara de esa manera, más bien pensé que me echaría de su cama, culpándome, en mi vida siempre que ha habido una crisis se me ha apartado.

No estoy acostumbrada a ser comprendida y mucho menos querida, al menos por los míos, con alguna excepción como mi tío. Cómo lo echo de menos..., si no fuera por él no sé qué tipo de persona sería, los niños necesitan cariño, no solo cosas materiales para callar sus voces, para que no molesten. Si mi educación hubiera dependido de mis padres hoy no tendría corazón, eso sí habría estudiado en un buen internado sin visitas.

Si yo tengo un hijo no quiero eso para él, cuando reflexioné sobre la idea del bebé, me pareció algo tranquilizador, todo cobró sentido. Podría tener en mi vida a alguien mío, para querer y que me quiera, solo para mí, alguien a quien criar, dedicarle tiempo, alguien que haría que la soledad fuera menos pesada.

Todo el mundo piensa que soy una bohemia, que elegí la vida en soledad, que me encanta viajar, ir y venir a mi antojo, lo que nadie sabe es que todo es una fachada que he construido a mi alrededor.

Mi madre me mantuvo hasta que pudo deshacerse de mí, mis hermanas crecieron odiándome y mi padre en cuanto me tuvo de vuelta me alejó de su vida. Lo bueno es que me dejó estudiar lo que quisiera, pagó lo necesario con tal de que no lo molestase, y la fotografía es lo que me ha mantenido cuerda, aprender a ver el mundo con otros ojos, cuando el mundo dejó de mirar hacia

mí, esconderme tras la cámara y mirar, ese ha sido mi camino.

Solo la familia de Roberto y él mismo, que me acogieron en mi tierna infancia, además de Sofí que fue mi compañera en la universidad, conocen alguna cosa, pero la única que conoce todo soy yo. Que te griten sin saber por qué, que te ignoren y no puedas protestar, que tus juguetes aparezcan rotos y nadie haya sido, que comer con las criadas sea más gratificante que con tu familia, cuando actúas en el cole y que solo la nana venga a verte, pero que la despidan si te toma cariño de más por el qué dirán, vivir sin tener nadie fijo, nada más que ellos, los que no te quieren.

Salir de aquella casa fue un alivio, a la vez que un castigo volver a casa de los abuelos. Fue duro sobre todo para ella, mi madre, siempre que podía me echaba en cara el ser hija de mi padre, decía que era un triste error que cometió solo para poder retener el dinero un poco más.

Me salvó el hecho de que con nosotros vivía mi tío José, el hombre más importante en mi vida, gracias a él no acabé mi adolescencia quitándome del medio, se ocupó de que todos los días de mi vida me acordase de que era importante, quizá no para mi familia, pero sí para el mundo.

José, un hombre risueño, no querido por los suyos, como yo, pero increíble y bueno, tuvo la desgracia de casarse con una mujer interesada que no vio en él más que dinero, no el esfuerzo y el trabajo que hacía para ganarlo. Pronto le dio boletos, como escudo desarrolló un gusto por la soledad. Mi tío cayó con una mujer que era igual que mi madre, esto solo demuestra que en la vida repetimos patrones que a veces solo nos dañan, ese es uno de mis mayores miedos; acabar con alguien que me haga infeliz, por eso me esfuerzo tanto en valerme por mí misma, en buscar la felicidad en las pequeñas cosas que nadie pueda comprar, ni vender, ni quitarme de las manos.

Uno de los días más felices de mi vida fue cuando mi tío me regaló mi primera cámara, esa que llevo a todas partes en mi bolso. Él me enseñó casi todo lo que sé, lo técnico lo aprendí en la universidad, pero él educó mi ojo, me enseñó a observar, ver donde nadie mira, a enfocar la vida desde otro punto de vista, a fotografiar con el corazón.

He dejado a pocas personas acercarse, ¿para qué? Ya aprendí que con el tiempo todos desaparecen o te apartan. Roberto y Sofí acaban de tener a su bebé, son amigos incondicionales, pero no puedo abusar de su cariño, ahora

tienen que centrarse en formar y hacer crecer su propia familia, y yo no he de olvidar nunca que no tengo ninguna, todo lo que he recibido ha sido de prestado, me han querido más fuera de mi casa que dentro.

Gracias a la ayuda de Roberto soy conocida como profesional, cuando se hizo cargo de parte de los negocios de su familia, se le ocurrió renovar toda la publicidad de sus hoteles. Me eligió para darle un nuevo enfoque y a la agencia de publicidad le impuso que se utilizasen mis fotografías, ese fue mi primer trabajo importante, nunca lo olvidaré, gracias a él he llegado donde estoy. Con sus contactos me publicitó e hice más trabajos para la agencia, me recomendó a sus clientes, me enseñó a administrar el dinero, me animó a hacer libros de fotos, que, aunque no parezcan gran cosa, se venden muy bien, son una fuente de ingresos propia.

Mi padre me asignó una especie de manutención; él cree que me mantiene, pero yo hace tiempo que me valgo con lo que gano por mi cuenta, con su dinero compré mi apartamento, el resto se lo doy a Roberto y él lo invierte, según él se ocupa de que tenga solvencia para el futuro, la verdad, prefiero no saber lo que hace con el dinero, me gusta pensar que puedo vivir por mi cuenta.

Gracias a esta independencia no tengo duda de que podré mantenernos a mí y a mi bebé, si es que lo hay...

Jorge y yo hemos estado hablando toda la semana anterior, bueno y esta semana también, no le sentó muy bien que tuviera que retrasar el viaje, pero el trabajo se alargó más de la cuenta, a mí no me importa, sin embargo, parece que a él le molestó. Me gusta la sensación de que alguien sienta algo cuando falto, aunque sea molestia.

Me asusta demasiado sentir estas cosas, creo que la falta de empatía por las relaciones personales ha hecho mella en mi confianza, a veces veo imposible entregar parte de mi vida a otra persona, es difícil confiar.

Aunque Jorge es un hombre testarudo, más que yo, seguro de sí mismo, que cuando se fija un objetivo tarde o temprano lo consigue, o eso es lo que Sofia siempre decía de él, no es un conformista. Primero fue modelo y luego no dejó que la industria lo apartase, creció y se ha convertido en un gran hombre de negocios y ahora, si estoy embarazada, será papá, e intuyo que será tan entregado como con todo lo demás, mi única duda es en qué puesto quedo yo

en toda esta ecuación.

El tiempo que hemos pasado juntos, aunque escaso, ha sido fantástico, para mí lo más parecido a una relación, pero ¿y para él? Aquí es donde la Alba insegura y dañada hace su aparición, me enerva que, tras tanto tiempo, aún sea de esta manera.

Es en este momento cuando tiro de mi reciente memoria, evoco sus caricias, sus bonitas palabras cuando compartimos comidas y paseos, pero también su sucia boca cuando estamos en la cama. Es inevitable que mi cara se torne roja, es pensarlo y ya mi cuerpo está en marcha, será lo que tenga que ser, y muerdo por volver a sus brazos.

Estamos aterrizando dos horas más tarde, entre el mal tiempo de aquí y el retraso en el aeropuerto de la isla, estoy rota, me duele el cuerpo, lo tengo entumido, pero como de todo he aprendido a sacar partido, a mi lado ha viajado una señora que me ha contado todas sus hazañas en la maternidad, y me he reído a no poder más. Espero, si tengo un bebé, que me salga un poco menos bicho que los de esta señora, aunque he aprendido que al mal tiempo mejor cara y que si tu hijo se mea en el armario solo tienes que cerrar las puertas.

En definitiva, son las tres de la mañana, espero encontrar un taxi porque la caminata a mi apartamento es larga, no tengo ganas de estar despertando a nadie a estas horas. Salgo fuera de la terminal, mi sonrisa no puede ser más grande, Jorge ha venido a buscarme, ha venido, no me lo creo, ha estado esperando por mí, mi chico, ¡jo!, no puedo evitar ese pensamiento, mi chico ha venido por mí, dejo el carro y me lanzo a sus brazos que están abiertos para mí.

—Hola, cariño —me dice cuando nos fundimos en un abrazo.

—Hola —le digo sin soltarme, y me aprieta más fuerte.

—Vamos, nena, si no me sueltas voy a tener que llevarte en brazos, y o tú o tus cámaras, elige —me dice, ¡qué guasón!

—Mis cámaras, sin duda, a mí ya me «cogerás» más tarde —lo digo con su doble sentido y el muy listo lo pilla al vuelo.

—De eso no tengas duda. —«Uy, esto promete», es lo único que soy capaz de pensar.

Me lleva hasta su coche y salimos del aeropuerto, pero no en dirección a mi casa.

—Jorge, era la otra salida —digo, porque se ha equivocado.

—Vamos a mi casa, quiero dormir contigo, llevo todos estos días extrañándote y muero por ver lo bien que quedas en mi cama. —Coge mi mano y la besa—. Desnuda. —Me muerde—. Gimiendo. —Me chupa la mano, este hombre cuando quiere es lujuria pura.

—Me gusta que me extrañes, si este va a ser el recibimiento. —Me mira y río. Sin soltar su mano, recuesto mi cabeza en su hombro y así seguimos hasta su casa.

Para cuando llegamos estoy más dormida que despierta, aparca, entramos en casa, pero de mi boca se escapa un bostezo para nada fino, imposible no oírlo, me observa y se ríe.

—¿Estás muy cansada? —pregunta y asiento con los ojos entrecerrados.— Por hoy te libras, pero —se frota las manos como los malvados de las pelis— mañana no hay salvación, vamos. —Tiende su mano hacia mí, la cojo y nos dirigimos a su dormitorio.

Lo esperado: elegante, masculino y con clase. Lo representa a la perfección, todo huele a él, me siento tan segura y cómoda, me parece ilusorio que en tan poco tiempo se esté formando este vínculo.

—¿Me prestas algo o bajo por ropa a la maleta? —le pregunto.

—Ni te presto ni bajas, no, señora, aquí solo se usa piel para dormir, he dicho que te escapabas hoy no que me vaya a privar de sentirte junto a mí —lo que dice no es nada sexual, pero a la vez es tan íntimo que hace que me ruborice solo con pensarlo.

Se coloca al que debe ser su lado de la cama, yo tomo el de enfrente. Nos desnudamos sin dejar de mirarnos a los ojos, sin recrearnos, no hay nada sucio, para cuando acabamos levantamos las sábanas y nos acostamos. Poco a poco nuestros cuerpos se acoplan, mi cabeza en su pecho, su barbilla sobre mi cabeza, una de mis manos en su corazón, la otra entrelazada con la suya, su otro brazo acobijando mi cuerpo, nuestras piernas enredadas, y sus pies están fríos.

—Mañana tenemos cita en la clínica —dice rompiendo el silencio.

—Mañana saldremos de dudas —añado, aunque en parte me da miedo saber si hay bebé.

—Alba, sea lo sea lo que mañana ocurra, esto no se acaba, he pensado mucho estos días sin ti, lo de antes lo decía en serio, te he extrañado.

—Yo también, pero me da miedo. No quiero que te veas obligado a una relación si estoy embarazada, lo que te dije en la isla era de verdad.

—Ay, cariño, no hagas que me enfade, acabas de llegar, lo que tenga que ser, será.

La mejor noche de mi vida, he despertado junto a mi hombre, por lo tarde que nos acostamos, nos hemos dormido sin tiempo para recreaciones, nos arreglamos con prisa y vamos a la clínica.

No tenemos que esperar mucho, nos toca una doctora que parece un poco despistada, me revisa y entrevista: reglas, antecedentes, etcétera. Hablamos sobre lo ocurrido sin profundizar en detalles, realiza una prueba de orina y una analítica completa.

En lo que tardan en darnos los resultados nos vamos a desayunar, ventajas de las clínicas privadas. Jorge, por solidaridad, no ha desayunado, ya que los análisis son en ayunas. Disfrutamos de un desayuno plagado de risas y miradas cómplices.

Tardan como un par de horas en tenerlo todo, nos llama la recepcionista, y pasamos a la consulta.

—Bueno, señores —dice mirándonos a los dos—. Todo está bien, los niveles en sangre son correctos y...

—¿Doctora? —le llama la atención Jorge, ella levanta la cabeza de los papeles—. Doctora, se ha saltado la parte importante, saber si está o no embarazada, dice que todo está bien, pero ¿para qué estado? —le aclara ya que no se entera de nada, igual que yo.

—Ah, ¿no? —Esta mujer vive en la parra—. Pues no, es verdad. —Se ríe y vuelve a mirar los análisis—. ¡Enhorabuena, futuros papás!

Capítulo 11

Hay bebé

Jorge

Esta doctora es idiota, si no fuera porque está muy recomendada pensaría que me están timando.

Cuando por fin recibimos la información que cambiará el resto de nuestras vidas, en mi cabeza solo hay un pensamiento, no es miedo, ni confusión, ni ahogo, mi primera reacción es que seré padre. Padre, ahora habrá alguien que dependerá de mí, un trozo de mi persona.

Instintivamente cojo la mano de Alba entre las mías, la alegría me invade, un bebé, estoy eufórico. Desde que volví de la isla no he parado de pensar en el tema, primero pensé que sería una falsa alarma, luego sopesé el que pudiera darse el embarazo y después me dio un poco miedo, ¿qué pasará si todo lo que me hace sentir Alba es el espejismo de la novedad?

Pero la idea de un bebé se formó en mi mente, aunque ella y yo no funcionáramos, parte de ese bebé sería mío. Entonces pensé que sería parte de la vida de alguien, alguien mío, por primera vez me sentí posesivo, mi niño, bueno, o mi niña, una princesa para consentir, vestir y llevar de compras.

Me encanta Alba, creo que, aunque es pronto, tiene muchas posibilidades de ser la mujer de mi vida, pero si por mala suerte no lo fuera, sé que es una gran mujer, será una gran madre y gracias a ella yo seré un gran padre, me gustaría que fuese juntos, no obstante, si es separados me va a dar al gran amor de mi vida: un hijo.

Tras las indicaciones de la doctora Despiste, así la he bautizado, receta ácido fólico, nos informa sobre la dieta que debe seguir, alimentos a evitar, riesgos y nos da cita para la siguiente ecografía. Alba está sonriente desde que nos han dado la noticia, caminamos fuera, pero aún no hemos cruzado palabra.

—Alba, cariño. —Aprieto su mano—. Mi vida, ¿estás conforme? —le pregunto.

—Jorge, un bebé, ya no seré yo sola —dice sonriente incluso sus ojos brillan—. Un bebé, estoy feliz, y tú, ¿cómo estás?

—Feliz, estoy feliz, pero no quiero volver sobre lo mismo, no estás sola, ahora somos tres. —No aguanto y la beso. Paso mis brazos por su cintura apretándola a mi cuerpo, volviéndola a besar—. Un bebé..., nena, nuestro.

—Don Jorge, un muñeco para cuidar y querer —dice con alegría, llamándome por ese nombre solo nuestro, me encanta verla tan feliz, creo que los dos hemos tenido mucho tiempo para pensar.

En parte pienso que no sé qué hubiera pasado si nos hubiera dicho que no está embarazada viendo la alegría que sentimos.

—O una muñeca, vestiditos, zapatos... —Se parte de risa.

—Se me olvidaba lo que te gusta vestir y peinar, pareces la mamá —lo dice riendo y recordando cómo nos conocimos en el baño del hotel, uno de mis días favoritos.

—Doña Alba, no sea usted guasona. Soy un hombre dedicado a mi oficio, que antes de que llegue este muñeco —digo tocando su vientre—, tengo que ocuparme de cuidar y querer a la mamá, luego la compartiré, pero ahora será solo para mí.

La vuelvo a besar, pero más pausadamente, algo se calienta en el ambiente y por qué no decirlo, en mi cuerpo.

—Por cierto, doña Alba —continuo—, usted me debe un par de semanas de mimos, cariños y mucho sexo... ahora sin barreras —le digo con picardía, y ya está tan caliente como yo, la cojo de la mano y vamos a mi casa, porque de la cama hoy no salimos.

Tras una intensa tarde bajo las sábanas, lo siento por repetirme, pero de esta mujer no me canso, con algún descanso plagado de caricias y besos, ahora nos encontramos, además de cansados, satisfechos y felices.

Para cuando salimos de la cama es casi de noche. Nos duchamos juntos, no puedo dejar de acariciar su vientre, quiero que crezca ya. Tras el aseo, nos secamos, todo con mimos, quiero que sienta el cariño, quiero que me deje llegar a ella, aún no hemos hablado, pero no solo voy a estar a su lado por el bebé, quiero intentarlo, quiero una relación con ella, esto no es una obligación para mí, es un gusto estar a su lado y le va a quedar claro a partir de ahora, somos y seremos los tres.

Pedimos algo para comer y cenamos, es ahora el momento para hablar y

poner cimientos a esta relación, me da igual cómo lo llamemos siempre y cuando seamos ella y yo, no quiero meticones, ni los aguanto ni los tolero.

—Alba, ¿has pensado cómo quieres hacerlo? —le pregunto, quiero oír lo que tiene en su cabeza.

—Otra vez, don Jorge, usted no se cansa —me dice con burla, la miro con advertencia, aunque no va en serio.

—De usted, doña Alba, nunca, pero no, en serio, ¿qué opinas?

Quiero hablar de verdad.

—No he pensado mucho, alguien me tuvo entretenida revolviendo las sábanas.

—Alba..., ya en serio.

—Vale, vale, bien, sí, he pensado, pero, la verdad, por mi costumbre solo en el bebé y en mí, creí que te esfumarías, sin embargo, como veo que no me voy a librar de ti tan fácilmente, no sé qué hacer, tendré que escuchar lo que tú tengas que decir. —Más clara imposible.

—Bien, cariño, que te parecería venir a vivir aquí, yo te cuidaría.

—No sé, Jorge, no estoy acostumbrada a vivir con nadie, bueno, viví con tu hermana, pero está tan loca como yo, fue fácil, además esta es tu casa... no sé —dice con duda.

—Cariño, vamos a intentarlo, esta será tu casa también. Entrarás, saldrás, yo no te pondré límites, estarás cómoda y cuando llegue el bebé, entraremos los tres, tu casa es más pequeña.

—Hey, no juzgues mi casa, estoy muy orgullosa de ella, es mi lugar. —Me saca las uñas.

—Lo sé, pero los tres, la cuna, el cochecito, la hamaca, los juguetes, mis cosas, ¿sigo?

—No sigas, lo pillo, ¿cómo sabes tanto de cosas de bebés...? Mierda, tu sobrino, lo olvidé, qué porquería de amiga soy, tengo que llamar a Sofí y Roberto, les he traído regalos, mañana lo haré.

—Alba, la boca, cuando esté el bebé tendrás que cortarte, y hablando del diablo, ¿qué les diremos a ellos? Yo estoy como loco por contarle, pero

prefiero que estemos de acuerdo.

—No te enfades, pero creo que por una parte es pronto, apenas estoy de dos semanas, se puede malograr.

—Nena, no pienses así. —Cojo su mano y la beso, la dejo cogida entre las mías—. No va a pasar nada, ¿vale?

—Lo siento, por otra parte, llámame egoísta, pero quiero retener esta felicidad para mí todo lo que pueda, disfrutar sin tener que dar explicaciones a nadie. Perdona, una felicidad para nosotros, como un secreto solo para ti y para mí, no estoy acostumbrada a compartir nada, dame un poco de tiempo.

—Bien, puedo respetar eso, ¿qué te parece contarle tras la segunda ecografía o cuando se te note, lo que antes ocurra?

—Gracias, cariño, eres un sol.

—Dilo otra vez.

—¿El qué? ¿Que eres un sol? Venga, si ya lo sabes, no ha habido tío que se preocupe así por mí, mira que eres arrogante —me riñe.

—No, eso no, dime «cariño» otra vez... Yo siempre te lo digo, a mí también me gusta escuchar palabras cariñosas, aunque te parezca un cursi, me da igual, quiero que esto funcione, para mí es importante.

—Cariño, sabes que soy un poco seca, perdona, lo tendré en cuenta —lo dice en serio, otro pasito más hacia ella.

Al final decidimos intentar vivir juntos. Ya han pasado seis semanas, llevamos unos dos meses y medio de embarazo, no se nota nada, y tiene la suerte de que todo le sienta bien. Solo se le nota que le brilla más el pelo y la cara, tiene un toque permanente de felicidad, bueno, al menos la mayor parte del día, menos cuando las hormonas se la juegan y se me pone a llorar sin saber por qué.

Hoy, Alba se levanta antes como es su costumbre, con el embarazo duerme mucho, pero le sigue gustando madrugar. Para cuando bajo se encuentra en la galería, al lado de la cocina con todo preparado. Está sentada con las bragas y la camiseta, ha bajado descalza arrastrando sus pies por toda la casa, justo ahora los tiene sobre una bonita silla tapizada, por la que pagué un buen

dinero.

—Los pies, Alba —la riño y no es la primera vez que lo hago, pero esta es una de sus costumbres.

—Buenos días, alguien ha amanecido por el lado izquierdo —canturrea tan tranquila, aunque creo que se contiene por educación, ya que su sarcasmo es bien palpable.

Mientras baja los pies de la silla, aprovecho y sacudo el asiento, camino a poner mi café, y al pasar dejo un beso sobre su cabeza.

—Perdona, cariño. ¿Qué harás hoy? —le pregunto para cambiar de tema.

—Iré al centro, he visto una tienda muy mona con muebles de bebé —dice contenta.

—Vale, pero no compres nada sin que lo vea antes.

No pongo en duda sus gustos, pero reconozco el recelo que tengo para los detalles.

—¿Quieres elegirme la ropa que me pondré hoy? —dice enfadada.

—¿A qué viene eso? —pregunto cauto porque algo me dice que se avecina tormenta.

—¿A qué viene? Que en este puto escaparate que tienes por casa, don perfecto, todo necesita estar ideal y aprobado por ti —me grita y señala, ella nunca lo ha hecho.

—Alba, cariño, yo no soy perfecto, pero mi carácter es así, no lo puedo remediar, las sillas costaron un buen dinero, no creo que ponerte unas zapatillas sea para tanto, lo de los muebles..., nuestros gustos son distintos, y quiero participar en todo lo del bebé. —Utilizo un tono suave, no quiero llevar esto más allá de donde ya está.

—Vale, perdona, está bien —lo dice, pero en su tono hay una pizca de derrota que no me deja tranquilo.

—Debo irme, hoy no vendré a comer tengo una reunión con Marco, te veré por la tarde. —Ella asiente, pero su mirada está perdida—. Bien. —La beso y salgo a la oficina.

Hoy ha sido un día de locos, para cuando acabo en la oficina es tarde y no

sé nada de Alba. Normalmente siempre nos enviamos algún mensaje, pero hoy aún no he mirado el móvil. Lo reviso y no hay nada, esto es raro. Marco su número, no lo coge, no me gusta, marco dos veces más y nada.

Es la cuarta vez que la llamo, esta mañana me he pasado, ninguno de los dos sabemos lo que es convivir con el otro, nadie dijo que iba a ser fácil, pero hoy cuando la he visto con los pies en la silla...

No era justificado y sé que soy un tiquismiquis y un borde, ¿cómo lo voy a hacer con un niño en casa? Los niños manchan, pintan y yo qué sé más, esta casa es ¿cómo... cómo dijo Alba?, sí un «puto escaparate», tiene razón, tememos que encontrar un punto medio, tres tonos y por fin descuelga.

—Jorge —hace una pausa—, ¿qué quieres? —me contesta medio adormilada, con esto del embarazo está buena parte del día somnolienta.

—Cariño, ¿dónde estás? He llegado y no estabas, te he llamado varias veces y no contestabas, estoy preocupado ¿dónde te encuentras? —todo se lo digo en un tono suave, para nada quiero repetir lo de la mañana.

—Perdona, estaba dormida, no lo escuché. —Se le escapa un bostezo—. Solo necesitaba un respiro.

—Cariño, ¿dónde? —Está reacia a decírmelo, otro paso para atrás... «Debí tener más tacto», me reprocho, a veces olvido con facilidad cómo ha sido su vida.

—Jorge, ¿podemos descansar de esto? —Se pausa.

—¿Esto, Alba? —Mi tono es de advertencia.

—Esto, lo que sea que tengamos, vale. —Me la imagino volteando los ojos por todas las veces que lo hemos hablado—. Solo esta noche.

—Esto, es una relación, estamos juntos, vamos a tener un bebé, Alba, esto no se apaga como un interruptor.

—Jorge, por favor, no te enfades, no lo tomes así, mañana vuelvo, lo prometo. ¿Conoces la teoría de la cuarta habitación?

—No.

—Es una teoría que dice que cuando las parejas tienen un conflicto, es bueno tomar un poco de distancia, por ejemplo, dormir separados. De ahí la

cuarta habitación, sopesar, pensar sin presiones, y a la mañana siguiente todo se ve de otra manera, mañana iré, desayunamos juntos y hablamos con tranquilidad, ¿te parece?

—Solo dime dónde estás y acepto, solo necesito saber que estáis en un buen lugar.

—No he salido huyendo. Si es lo que te preocupa, nunca de ti. —Escuchar eso me tranquiliza más, «nunca de mí», suena tan bien...— Solo he venido a mi casa, quería estar entre mis cosas, no tener miedo a estropear nada..., perdona lo histérica que me he puesto y haberte gritado, son las hormonas que me tienen más loca que de costumbre.

—Vale, no te disculpes, solo descansa, mañana lo hablamos, cuidaos.

—Hasta mañana. —Y cuelga.

Lo que ha dicho tiene mucho sentido, con nuestros caracteres en un arrebato podríamos decir cosas hirientes sin sentir las de verdad. Creo que los dos necesitamos esta noche, sé que no voy a dormir, a eso sí me he hecho, a apretarla a mi cuerpo cuando dormimos, cubrir su vientre con mi mano sabiendo lo que hay dentro, cuando se gira y quedamos en cucharita.

Necesitamos una solución más permanente, algo con lo que los dos estemos cómodos, su apartamento es de juguete, ideal para ella sola, pero los tres estaríamos como sardinas en lata. En mi casa, lo hemos intentando y no está funcionando, ella se encuentra incómoda, no hay nada suyo, le digo que se sienta como si fuera su casa y al primer gesto de confianza me lo tomo a la tremenda, necesitamos un término medio.

La solución más justa sería un nuevo lugar, yo sé que puedo pagarlo, pero tengo que hablarlo con ella, esto de llevar poco tiempo e ir a la velocidad del rayo, hace que esta relación tenga lagunas. Sé que ella es independiente, también que gana su propio dinero, pero aún es joven para haber ganado una fortuna, no obstante, por otro lado está su familia que sí tiene dinero, aunque con ellos no hay una buena relación, otra opción sería vender nuestras casas, sé que le encanta ese lugar, es puro y genuino, todo allí grita Alba, no quiero que lo pierda, no por algo tan banal como el dinero.

Necesito dormir un rato, creo que he tomado una decisión, ahora espero que ella me deje llevarla a cabo.

Capítulo 12

Nuevo plan

Alba

Respiro hondo cuando Jorge sale por la puerta, subo a su cuarto y me preparo para el día, había pensado ir a la tienda del centro, pero ahora mismo las ganas han desaparecido.

Me visto de forma informal, cojo el bolso y salgo a pasear, cuando llevo un par de calles, caigo en que he dejado las llaves dentro, lo tomo como un signo positivo y me encamino a mi casa, cae un poco lejos de la de Jorge, así que aprovecho el paseo, paro en una pastelería y pido un chocolate caliente, aunque he desayunado el embarazo me tiene el apetito más voraz que de costumbre, soy rellenita y no de aire. No me acompleja mucho, porque en comer encuentro uno de mis mayores placeres.

Hoy el día ha amanecido soleado, el paseo a casa está siendo muy agradable. Paro en un parque cercano a casa, hago una fotografías preciosas y me siento en un banco un ratito, cuando noto que el sueño me alcanza, retomo el camino.

Llego a mi edificio, saco todo el correo del abarrotado buzón, la porquería que se acumula, llevaba unos días sin venir, la mayoría propaganda, algo del banco, un sobre de la empresa para la que hice el reportaje en la isla, de todo.

Entro en mi apartamento, como ya he dicho han pasado unos días desde que vine la última vez. Lo primero, busco folletos de comida a domicilio para pedir en un rato, cuando he elegido lo que voy a comer, echo un vistazo a todo el apartamento, está lleno de polvo, así que ya tengo tarea para la próxima hora.

Cuando acabo falta poco para la hora de comer, pido lo que ya tenía en mente, pero aún tardará un rato. Pongo la televisión y me tumbo en mi sofá cómodo y hecho a mi cuerpo, subo los pies y los coloco sobre un cojín, en mi casa no se entra con calzado con lo cual llevo andando en calcetines desde que he llegado. Bajo los pies de forma automática, me quedo estática pensando en lo que acabo de hacer. Me enfado internamente, y vuelvo a subir los pies al

cojín.

—No —digo un poco más alto de lo que debería.— En mi casa, no. — Vuelvo a estar tan enfadada como en la mañana, con lo de reñirme cada vez que subo los pies a la silla, ha conseguido que en mi casa también los baje, y no, este lugar es mío, yo siempre pongo los pies sobre las sillas, sobre los cojines, esa soy yo: informal y rebelde.

Después de dos pisotones al cojín lo dejo espachurrado, pero me ha sentado genial patearlo. Llega la comida, abro, pago y vuelvo a estar sola en mi hogar. Cómodo y mío.

Tras comer, vuelvo a poner el televisor y cojo un libro, es una fea costumbre, hacer demasiadas cosas a la vez. Empiezo a leer, pero tardo poco en quedarme dormida, este bebé es una bendición, aunque no hago más que dormir.

Menos mal que ahora no tengo ningún viaje a la vista y estoy haciendo trabajo de edición, voy a preparar una guía con las fotos de mi último viaje, me puedo organizar el tiempo de otra manera, ventajas de un trabajo sin horarios ni oficinas.

Suena algo molesto y no para, ya voy, pero estoy en esa fase de limbo, ni dormida ni despierta. Me estoy espabilando, sin embargo, me cuesta ya que siga muy dormida. Al final consigo abrir mis ojos, lo que suena es el móvil, mierda... Jorge, desde esta mañana no hablamos, seguro que está preocupado, no sé qué decirle, pero esta noche no quiero volver a su casa. Hoy no.

Le contesto, como pensaba está preocupado, lo entiendo, podía haberle dejado una nota, pero la verdad no se me ocurrió, no es mi costumbre dar explicaciones si entro o salgo, supongo que me debo acostumbrar a decir algo o tenerlo en cuenta al menos.

—Jorge —pienso lo que voy a decirle porque aún estoy un poco enfadada —, ¿qué quieres? —Todavía estoy un poco dormida, sueño un poco seca, y como ya suponía quiere saber dónde estoy.

¡Uf! Hoy no puedo, hoy no, hoy solo quiero ser yo. Necesito mi acostumbrada soledad, evado decirle dónde me encuentro, no quiero que se presente y acabemos discutiendo, nunca habíamos tenido un roce hasta hoy, no me he sentido bien, internamente me he culpado como hacía con los problemas de mis padres, y me niego a sentir que tengo la culpa de todo. Me culpé hasta

de nacer, de existir, me culpé por sus discusiones y al final solo logré hacerme daño, un dolor que no era mío, sino de ellos.

Ya superé esa fase, no puedo rehacer un camino que casi destruye mi poca autoestima, no soy una persona de confrontaciones, si puedo las evito porque jamás tuve las armas para poder salir vencedora o al menos poco herida, nunca he podido tener una opinión, solo he acatado lo que me tocaba y punto, no quiero una relación así, no con él.

Se enfada cuando cuestiono nuestra situación, sé que es una relación, pero cuesta, a veces pienso que todo es una broma, que se levantará un día y dirá: «¿Qué hago contigo...?». Aunque sé que él no es así, siempre ronda la idea de que si no fuera por el bebé, Jorge no estaría con alguien como yo. El pobre se esfuerza todo el rato, pero soy una negada para las relaciones interpersonales, es un hombre único por eso me cuesta aceptar que me quiera a su lado. Mis inseguridades y yo daríamos para un libro.

Al final consigo que nos tomemos una noche libre para pensar, no quiero separarme de él, es más, ahora soy consciente de lo preocupado que está y me siento un poco mal.

Me quiere a su lado y yo le quiero al mío, soy insegura, pero no tonta, en estos dos meses, además de hacer el amor cada vez que hay oportunidad, las miradas, los gestos han cambiado, me siento muy orgullosa de él, como ya he dicho es único, pero su carácter desgraciadamente también lo es.

Lo de hoy ha sido una tontería, sin embargo, ha colmado el vaso, dice que me sienta en mi casa, pero no soporta que le mueva una figurita de la estantería.

Sé que debería ponerme zapatillas, pero en mi casa nunca llevo y me gusta, en casa me gusta poca ropa y comodidad, soy una persona de constitución fuerte, vivo agobiada por pantalones que siempre están ceñidos, sujetadores agobiantes y camisetas feas porque mi talla solo parece conocer los colores más feos de la todas las gamas existentes.

Adoro llegar a casa y quitarme todo lo que me molesta, sentirme libre, y en mi casa nadie entra con zapatos, el suelo siempre está limpio, mis cosas son simples y prácticas, no debo preocuparme por estropear nada, es más, nunca me había planteado ese pensamiento dentro de mi espacio, si algo se rompe se repone.

Ya hacía muchos años que no pensaba en cosas así, desde que abandoné mi casa familiar donde todo era imagen y no se podía tocar ni romper nada, donde todo debía estar listo para ver, mirar y donde era castigada si rompía algo.

La vida es más que cosas materiales, gran pensamiento que me llevé de casa de mis padres. Lo material nunca fue lo mío, en cambio, para Jorge todo es estética, lo comprendo, es su trabajo, su forma de vida, todo tiene que ser bonito.

Mi vida, la mía, es más dinámica, nunca sé cuándo todo va a cambiar, me he hecho a no encariñarme con las cosas, como mucho con las que puedo cargar. Desde luego una silla no está en mi lista de importantes para llevar en una bolsa o arrastrar por mi vida.

Para cuando terminamos de hablar, nos hemos calmado, tomaremos la noche para nosotros y acordamos desayunar juntos para continuar hablando, bebo un poco de leche y voy para la cama, me tumbo lo primero. Qué gusto, echaba de menos mi colchón, el de la cama de Jorge es de mejor calidad, pero este es el mío, esta echo a mi cuerpo, me acomodo como siempre hago, pero no pasan dos minutos y ya estoy echando de menos el cuerpo que todas las noches está a mi espalda, cobijándome y haciéndome sentir segura. No me había dado cuenta de lo que me he hecho a Jorge, no sentir su mano en mi vientre hace que note un vacío, un frío que no puedo explicar.

Madrugo como hago todos los días; ¿qué es la vida si ya te pierdes el amanecer? Tengo hambre y bebo un poco de leche que quedó de ayer, no estar aquí hace que no pueda tener demasiada comida. Me cambio y bajo a la calle, aunque es pronto para la actividad matutina de la ciudad, encuentro una panadería para comprar bollos y chocolate, sin pensar hago el camino a casa de Jorge, tardo menos que el día anterior; será que el ánimo también ayuda a rehacer los pasos junto con el descanso. Tengo fuerzas renovadas... Llamo, recuerdo que ayer salí sin llaves.

—Buenos días —le digo, abre la puerta del todo para que pase, doy un paso al frente, a su lado y besa mi mejilla con cariño.

—Buenos días, cariño. —Avanzo, pero me para.

—No es necesario que llames, usa tus llaves, esta es tu casa.

El pesar en sus palabras me duele, pero el pobre no sabe qué tipo de desastre soy.

—Jorge, no lo he hecho por eso. —Agacho la cabeza con vergüenza—. Perdona, es que me las dejé dentro cuando salí ayer por la mañana.

—Mi niña —dice de forma paternal, me abraza con fuerza—. ¿Has dormido bien? —Debo ser sincera.

—Te he extrañado —confieso, no me importa, le aprecio lo suficiente para no mentir y no soy una mujer orgullosa como para hacerlo sufrir sin más.

—Yo también te he extrañado y a mi bebé. —Su mano va a mi vientre, yo también he echado de menos a esa mano, sonreímos y nos damos un pequeño beso, deshago el abrazo, pero en mi cara brilla una sonrisa.

Una noche, separados, hace maravillas con el sentimiento del anhelo.

—He traído bollos y chocolate. —La alegría de una niña brilla en mi cara.

—Qué rico, yo ya tengo la mesa preparada, vamos. —Empuja su mano contra mi espalda baja, para que avance hasta la galería donde todo está dispuesto.

Comenzamos a desayunar en silencio, uno tranquilo, tenemos que hablar de lo que pasó ayer, pero creo que los dos necesitamos coger fuerzas primero, bueno, al menos yo, aunque ya tomé un vaso de leche en mi apartamento, mi hambre no se sacia, este bebé es un glotón.

—Alba, lo que pasó ayer, perdóname, no debí ser tan autoritario..., yo fui el que te dije que te sintieras como en casa y no me he esforzado lo más mínimo en cumplir mi palabra, pero es que llevo tanto tiempo viviendo solo que me cuesta compartir mi espacio y ni siquiera he sido consciente, hasta ayer.

—No sigas, te entiendo, a mí me pasa igual, pero esta noche me he dado cuenta de que te he extrañado demasiado, o al menos lo suficiente para intentarlo con más ganas si hace falta, Jorge, quiero que funcione.

—Yo también quiero que funcione, pero no creo que aquí, en esta casa, lo vayamos a lograr, este espacio es demasiado mío, yo quiero uno que diga Alba y Jorge, quiero algo nuestro en el que ninguno de los dos prime.

—¿Qué quieres decir, Jorge? —Creo que sé por dónde va y no me disgusta para nada la idea que está poniendo sobre la mesa.

—Un nuevo plan, ¿qué te parece si buscamos un nuevo lugar para empezar

de cero? Ni tuyo ni mío, sino nuestro.

—Jorge, pero eso es, yo... —La verdad no sé cómo explicar que, aunque tengo dinero, no lo suficiente como para poder costear otro lugar.

—Alba, cariño, ¿no te gusta la idea? —Parece disgustado, no, no quiero lastimarlo, a ver cómo lo digo sin parecer una egoísta.

—Jorge, yo vivo de mi trabajo..., tengo dinero, pero no sé si puedo costear otro lugar, además del apartamento, y si te digo la verdad, no sé si estoy preparada para venderlo, aunque el dinero que saque por la venta, sea para un nuevo futuro. Ahora mismo ese lugar es mi presente, si anoche no lo hubiera tenido, ¿dónde habría acudido?, perdóname, por favor, no te enfades.

—¿Perdonarte?, no hay nada que perdonar. Pensé que me ibas a decir que no querías vivir conmigo, así que ahora que sé que es por eso, puedo respirar a gusto.

Respira de forma exagerada y cómica.

—Nena, ayer me abriste los ojos. Ha hecho falta una noche sin ti para darme cuenta de varias cosas: la primera, ese apartamento se queda en tu poder.

—Voy a protestar, no me gusta lo que vas a decir.

—Calla y déjame hablar que no vas a ir de aprovechada. —Me conoce demasiado—. Gracias a ese lugar ayer conseguí dormir un poco, sabiendo que mi mujer y mi bebé se encontraban en un sitio seguro, tu teoría de la habitación extra funciona más de lo que pensaba cuando me lo dijiste, y jamás te dejaría vender algo que sé que te hace tan feliz. —Besa mi mano—. Siguiendo, más que nos pese, yo sí puedo costear un nuevo lugar, eso no me hace más valioso en esta relación, porque es una relación de iguales. Quiero un futuro contigo y lo que venga, la casa estaría a nuestro nombre, Alba, será la herencia que le dejemos a nuestros hijos, piensa que el patrimonio que formemos es para su futuro, sería su hogar y nuestro también, además de un nuevo comienzo, juntos, Alba, te quiero y quiero esto contigo.

Lo ha dicho, lo ha dicho en alto, nunca un hombre me ha dicho esas palabras, no lo puedo evitar y me caen lágrimas. Jorge se asusta, voy a matarlo de un ataque al corazón, pobre, pero las hormonas mandan.

¿Qué esperaba después de darme este discurso, para el que no encuentro

debate? Por más que me fastidie tiene razón, pero será nuestro futuro, el de los tres, mi propia familia.

—Nena, no llores. —Limpia mis lágrimas—. Te he asustado..., perdona, me han salido solas las palabras, pero no he podido evitarlo, nena...

—Te quiero —lo suelto entre lágrimas y risas.

—Nena, no me asustes así, ven aquí.

Y así comienza el mejor beso de reconciliación de la historia, al menos de la nuestra.

Capítulo 13

Lo encontramos

Jorge

Después de que Alba acceda a buscar otro lugar, siento que es un nuevo comienzo. Claro que si le añades el decirnos esas bonitas palabras: «Te quiero», qué liberador ha sido, no lo pensé, pero me alegro de que escaparan de mi boca, porque de verdad las siento, la quiero y la quiero conmigo al igual que al pequeño que crece dentro de ella.

Llevamos tres semanas buscando un nuevo lugar, el cual se está haciendo desear, aún no hemos encontrado nada que nos llene a los dos, aunque yo vaya a correr con la mayoría de los gastos, ese hogar será nuestro, porque como ya he dicho, Alba es mi mujer. Todo lo que tengo, no dudaré en compartirlo con ella.

Siempre pensé que cuando formara mi familia todo sería más tradicional, con un noviazgo, una petición, una boda, un tiempo para acomodarnos el uno al otro, un embarazo, un bebé...

Pero la vida te da sorpresas, yo que pensaba tener una planeada y ordenada, me encuentro con que todo lo he hecho del revés, primero el bebé, ahora busco la casa y sospecho que Alba se me resistirá a ponerle el anillo.

Sí, señores, me tocó una chiquilla autosuficiente, con una forma particular de ver la vida, por eso me alegra que me deje pagar la casa nueva, que me deje creerme un poquito que soy el cabeza de familia, aunque estoy seguro de que acabará aportando algo, no la veo capaz de dejarse pagar ni una copa, y no sentirse en deuda para pagar otra, esa es mi chica, por eso la valoro tanto, porque no es como las demás.

Ayer fuimos a nuestra primera ecografía, el bebé no se dejó ver, seguimos sin saber qué tendremos, nos dijeron que todo estaba bien que es lo más importante, las medidas se encuentran como debería y Alba muy bien de salud.

Yo pregunté que cuándo se le notaría, estoy como loco por verla con su barriguita, el médico solo dijo que no tardaría. Ella es una mujer grande por ello tal vez no se le note aún, me da igual como sea, está preciosa. Me ha

pedido que todavía no lo digamos. Eso no me agrada demasiado, ya habíamos llegado a un trato. Ella me ha argumentado que está tan feliz que tiene miedo, le he preguntado que de qué, pero solo me ha dicho que tal vez no todo el mundo se alegre de su felicidad.

—Alba, cariño, por favor, solo a mi familia, les pediremos que sean discretos, por favor, mi madre me va a matar cuando se entere —le suplico.

—Ella no te matará, es buena —dice quitando importancia—. No tengas miedo, yo me hago cargo.

—No, ya la conoces, por lo menos vamos a decirles que estamos juntos. —Cojo su mano dándole un beso—. Por favor, vamos, cariño.

—¿Estás seguro de que quieres que todos lo sepan? —me pregunta dudosa.

—Otra vez sobre lo mismo. —Me cansa volver una y otra vez sobre el mismo tema.

—No, pero una vez que digas sobre nosotros, don Jorge, no se libraré de mí tan fácilmente—. Capulla.

—Oh, doña Alba, esa será su situación no la mía, yo la quiero conmigo y para mí.

Tiro de ella para sentarla sobre mi regazo, chilla llamándome loco, reímos y nos besamos, sin más, solo besos, pero de esos que expresan todo lo que un acto de amor puede decir.

Al final me deja decirles, al menos, que estamos juntos. Y lo del bebé lo contaremos en la siguiente eco, cuando ya se vea el sexo.

El domingo comeremos con mi familia en la casa de mis padres, con ellos, mi hermana, mi cuñado, mi sobrino y nosotros: reunión familiar en toda regla.

Sé que ya los conoce, eso hace que sea más fácil para ella, además, de que la quieren y aprecian, la que sí se va a enfadar un poquito es mi hermana, pero bueno se le pasará enseguida porque ante todo nos quiere.

Pronto llega el domingo, nos ponemos guapos y nos vamos a comer, no les he dicho que es a Alba a quien llevo, me he limitado a decirles que tenía una sorpresa, estoy nervioso como un adolescente y es ridículo teniendo en cuenta mi edad.

Llegamos, bajamos, y agarrados de la mano vamos a la puerta, no ha hecho falta llamar ya que una Sofia gritando nos ha abierto con la mirada fija en nuestras manos.

—Pero ¿cuándo? ¿Cómo? Pero ¡uyy! Sois lo peor. —Alba solo ríe, Sofí sigue plantada y yo me estoy enfadando por su comportamiento.

—Sofí, para, pensé que te alegrarías.

—Claro que me alegro, idiota, ven aquí.

Me da un gran beso y un abrazo.

—Y tú deja de reírte, mala amiga, ¿cuándo pensabas contarlo? —Me suelta para abrazar a mi mujer, justo cuando Alba va a contestar aparece Roberto.

—Sofí, ¿por qué gritas? —Ahí sale mi cuñado—. ¿Pero esto? —dice mirándonos, porque en ese momento estamos abrazados—. Ven aquí —le dice a ella, se despega de mí y va junto a él. —Me alegro, preciosa, te lo mereces, y tú cuidadito. —Me señala, me siento tan bien al compartir mi felicidad que estoy tentado de contar lo del bebé, pero sé que Alba no me lo perdonaría.

Entramos y mi madre casi se vuelve loca cuando ve la situación, no hace más que abrazarse a Alba y a mí darme collejas, recriminándome no haberlo contado antes, menos mal que mi padre es más bueno conmigo, a ella la llama hija y a mí me dice:

—Buena elección, hijo, es una buena chica, cuídala.

Nos contemplan una sonrisa de oreja a oreja, están todos más que encantados. Lo que no les ha gustado mucho ha sido cuando les hemos pedido ser discretos, no queremos intromisiones, ser una figura pública a veces es incómodo para la vida privada.

Al final el día ha sido muy bueno, lo hemos pasado con los míos, que en parte son los suyos, ha sido un día alegre incluso he visto a mi madre llorando de felicidad, creo que me hacía solterón, cuando nos ve juntos, y luego casi lo hago yo cuando he visto a Alba cargar a mi sobrino, solo verla con un bebé hace que me emocione, no puedo esperar a verla con el nuestro. Cada vez queda menos, lo peor ha sido tener que contenerme en tocar su vientre, gesto que nos habría delatado al momento.

La semana ha comenzado bien, por fin hemos dado con un lugar para vivir. Una tarde en la que estamos paseando por una calle no muy lejos de mi casa, vemos una fachada clásica, a ella no le hace mucha gracia, así que continuamos paseando por la calle paralela, entonces ve una que le gusta, con la suerte de que se trata de la misma casa, está hecha en dos fases diferentes, y tiene dos entradas. Ese mismo día llamamos para verla y nos vuelve locos a los dos, tiene todo lo que necesitamos y más.

Acordamos un buen precio, pero, aun así, contactamos con un arquitecto para adaptarla a nosotros, queremos que sea rápido. Alba ya cuenta con casi tres meses y medio de embarazo. No quiero que se estrese con una mudanza y un bebé todo a la vez.

En tan solo nueve semanas tenemos todo listo para nuestro nuevo hogar, en una semana se hace la ecografía del segundo trimestre, ahora sí que hay barriga para besar, abrazar y hablar. Todos los días le cuento algo al bebé, tonto pero efectivo. Hace un par de semanas que comenzó a moverse y he tenido el gusto de sentirlo junto a ella.

Estábamos en la ducha, relajándonos y dándonos mimos, cuando la tenía abrazada desde su espalda, pasando mi mano, noté un movimiento muy leve.

—Alba —grito.

—Sí, ¿lo has notado? —pregunta emocionada.

—Era él, sí lo he notado.

Me agacho de rodillas a la altura de su vientre y pongo mi mano donde he notado el movimiento, le hablo suave, alternando palabras y besos.

—Vamos, bebé, muévete otra vez, muévete para papá. —Entonces vuelve a notarse, la abrazo, aún de rodillas, apoyando mi mejilla en su cuerpo—. Muy bien, bebé.

—Cariño, ¿te has llamado papá, a ti mismo? —Ella me mira con un sentimiento de plenitud.

—Sí... eso voy a ser, papá, y tú mamá. —La señalo.

Después la llevé a la cama e hicimos el amor el resto de la tarde. Lo bueno de tener una mujer embarazada es que las hormonas y el sexo van de la mano, creo que no tardaré en volver a embarazarla después de que nazca este, aunque

eso mejor me lo reservo para mí.

Durante el tiempo que han tardado en darnos la casa nos hemos apañado bastante bien. Unas noches hemos dormido en mi casa y otras en la suya, nos hemos dejado llevar un poco por el momento, así estamos. La semana que viene nos entregan la nuestra, al final no ha habido muchas discusiones con respecto a las obras, ella es más de ceder y yo más de consentirla.

Cada uno tenemos un espacio para trabajar, además, Alba cuenta con su propio cuarto oscuro, para trabajar lo más posible desde casa, por el tema del bebé, lo demás solo ha sido una renovación y adaptación a nuestros gustos, nos hemos dado un capricho con nuestro dormitorio, grande y con estilo, el resto es una mezcla de nosotros dos en perfecta armonía.

La mudanza ha sido rápida, nada pesada, mi familia nos ha ayudado, todos han venido, a mitad de día Alba ha pedido unas pizzas, y las hemos comido entre todo el mogollón de cajas, cada uno sentado donde ha podido, pero todos haciendo un círculo, bromeando. Estoy como loco por contarles sobre el bebé y creo que Alba ve mi ansiedad.

Me mira con toda la ternura del mundo, le devuelvo la mirada con la misma intensidad, yo estoy en el suelo sentado tipo indio y ella en una silla a mi lado, lleva puesta una camiseta megaancho que disimula su estado.

—Familia —dice ella llamando la atención de todos—, tenemos algo que decirnos. — Yo la miro atónito, habíamos acordado que después de la eco, del segundo trimestre que será en unas semanas, pero ha cambiado de opinión, ¿y quién soy yo para oponerme si está deseando decirlo?

—¿Ocurre algo, Alba? —pregunta mi madre preocupada ante la tardanza del anuncio.

—Tranquila, no es nada malo, para nosotros no lo es, y espero que para vosotros sea bueno.

—Vamos, Albita, deja de hacerte de rogar. —Sofía y su impaciencia.

—Calla, mocosa, no interrumpas. —Me suelta una colleja, la primera de todas las que me van a caer, ya las veo venir—. ¡Auch! —grito—. Mamá —me quejo como un niño pequeño.

—Él ha empezado —me acusa mi hermana.

—Como no paréis os voy a dar yo a los dos.

—No sé qué va a hacer mi hijo para competir con su padre y su tía en ser infantil —suelta Alba como quien da el tiempo.

—¡¡¿Tú qué?!! —dicen los otros cuatro, yo solo me río y le beso la mano a mi mujer.

—¿Que no sé... —la corta mi madre en seco, tirando de ella para abrazarla.

—¿Cuándo, mi niña, cuándo voy a ser abuela de nuevo? —pregunta.

Ya le caen lágrimas, Alba se suelta de ella, mi padre la sostiene también emocionado. Alba da un paso atrás y comienza a sacarse la camiseta, yo me levanto para ayudarla.

—No os enfadéis con él, por favor, Jorge quería contarlo, pero yo no le he dejado hacerlo.

Queda con una camiseta ceñida que deja ver un poco de su ombligo, rodeo su cintura y ella se apoya en mí.

—¿Por qué, Alba? —pregunta con tristeza mi hermana a su amiga, mirando la notable barriga—. Por lo menos a mí. —Está dolida.

—Perdonadme, pero ya sabéis cómo son ellos. Quería retener el máximo tiempo posible la felicidad de este momento, antes de que me lo estropeen —dice mi mujer con tristeza.

—Mi niña, no necesitas retenerlo, ya lo tienes, ahora eres nuestra, no vamos a dejarles arruinarlo. —Ese es mi padre.

—Ojalá fuera tan fácil —dice Alba mirando al suelo cuando suelta algo que desconocía—: Hay más motivos para pensar que no me dejarán. Teresa está encaprichada con Jorge. Gracias a que se desentienden de mí y no están al tanto de mi vida... Aún no saben nada de nosotros dos juntos y mucho menos del bebé, pero ya sabéis de lo que son capaces. —Su voz sale angustiada con cada palabra que va soltando.

Eso no me lo había contado, ¿por qué? Seguro que aún piensa que la cambiaré por esa estúpida rubia u otra parecida. Por eso las evita como si fueran veneno, les tiene miedo, es la única explicación a esta reacción tan dura.

Pues va lista Teresa si cree que va a tener algo conmigo ni estando Alba ni sin estar, pero desde luego yo ya estoy pillado y por una mujer de verdad, no por una muñeca de juguete. Es más mujer Alba siendo la más pequeña de las hermanas, que cualquiera de ellas, eso de tenerlas miedo se acaba aquí y ahora.

—Cariño, ¿por qué no me dijiste nada de todo esto? —Levanta su cabeza con miedo, me parte verla así, ya que le caen lágrimas en silencio, dándome a entender que se encuentra débil con este tema.

—No lo sé. Tenía miedo de que vieras lo poco que soy, que vieras lo que ellas ven en mí. —Giro su cuerpo para que esté frente a mí, cojo su cara con mis dos manos y la sujeto para que me mire.

—Mírame..., mírame bien porque yo de tu lado no me voy, no hay más mujer que tú, nadie me va a mover de aquí y no solo por el bebé. Yo te quiero, quiero esta vida contigo, mi amor, deja de verte tan mal, porque para nada eres poco, eres todo y más. —Beso su frente—. Ojalá te vieras con mis ojos. —La estrecho contra mí, nadie me va a separar de esto que estamos construyendo ambos, ella llegó a mi vida por una casualidad y esas no se presentan siempre.

—Lo has oído, Alba, a lo que ha dicho mi hijo nos unimos los demás, somos familia, hija, tu familia.

Todos nos rodean en un abrazo, quiera o no, ahora es parte de esta familia, mi hermana la abraza más fuerte. Ella sabe mucho y Roberto también, necesito hablar con ellos, necesito saber hasta qué punto son un peligro, no solo para ella, también está mi hijo de por medio.

Capítulo 14

veneno

Alba

«Familia», esa palabra a partir de ahora toma otro significado en mi vocabulario, hasta entonces casi todo lo que implicaba ese vocablo era dolor, ausencia y egoísmo. Difíciles sentimientos que no encajan para nada en lo que quiero para mi hijo.

Pero ese sentimiento sé que a partir de ahora va a cambiar, después de ese día en el que les anunciamos la llegada del bebé, ni Sofía ni su madre me han dejado de lado, más bien no me han dejado. Han venido cada día a ayudar a colocar cosas en la casa, a cocinarme cosas ricas, a charlar y hacerme compañía hasta que vuelve Jorge.

La verdad que se lo agradezco, mi embarazo ya casi va por el sexto mes y lo que no se ha notado los tres primeros está saliendo ahora de golpe, estoy más pesada, no de forma exagerada, pero ya se mueve bastante, las piernas se me hinchan, trato de pasear más, pero hay días que solo me encuentro cansada y son este par las que tiran de mí, porque reconozco que me cuesta.

Jorge está tratando de trabajar más estos meses para que cuando nazca el bebé, pueda estar con nosotros más tiempo, y yo hago todo lo que puedo desde casa, pero no trabajo tanto como antes, para empezar no ha habido viajes.

Hoy en la mañana Jorge ha salido temprano de viaje, irá a una ciudad cercana con Marco, han de cerrar un negocio bastante productivo. Me ha comentado que llegará por la tarde, así que hoy tengo el día para mí.

Amanece soleado, no me apetece quedarme en casa, la alegría del sol me mueve y decido coger la cámara y salir a tomar fotos por la ciudad.

Aviso a Sofía para que no se preocupe, el hermano es un loco, pero ella está peor aún de la azotea. Desayuno fuerte, el apetito sigue voraz, lo bueno es que se lo debe de comer el bebé, porque apenas he engordado, aún visto con mi ropa holgada, a los ojos del mundo solo estoy gordita, no en estado de buena esperanza, lo cual me alegra porque aún puedo vivir este embarazo solo para mí y los que ahora me consideran suya, esto es solo nuestro, no le

interesa a nadie.

El centro de la ciudad es un lugar precioso, con esta luz se hacen unas fotos estupendas, recorro calles típicas, llenas de turistas, solo he cogido una bolsa pequeña, no debo cargar peso y eso sí lo tomo en serio.

Para las doce de la mañana tengo hambre, aprovecho que el centro está plagado de bares y tapeo, entro en uno y pido una mesa, como no es hora punta no hay problema. Acomodo mis cosas en la silla y pido algo, estoy junto a una ventana, la gente pasea feliz ensimismada con sus cosas y es curioso mirar a desconocidos al igual que relajante al mismo tiempo.

Para cuando acabo no es tarde, pero el lugar está más concurrido e incómoda, pago y salgo. La gente se arremolina en las entradas de los locales buscando una mesa, camino con cuidado con el fin de salir de allí, no me gusta tanta gente alrededor, me pone nerviosa y me da miedo que golpeen mi vientre, por lo que me concentro en salir del mogollón.

Voy demasiado concentrada en mi huida del lugar y no me percato del pie que se pone delante de mi camino, provocando una zancadilla que hace que caiga al suelo sin darme tiempo a reaccionar: mi barriga impacta de lleno. Noto un gran vuelco por dentro, mi bebé, quiero levantarme, pero no puedo. Paralizada, estoy muerta de miedo, un señor muy amable me ayuda a levantarme, toco mi barriga, asustada, compruebo que está dura, pero no parece tener nada grave.

Recojo mis cosas esparcidas del suelo con ayuda del señor, le agradezco cuando me ayuda a ponerme en pie muy gentil y se va. Levanto mi cabeza para retomar mi camino, cuando su voz suena a mis espaldas:

—Torpe. —Esa voz me sentencia siempre: Elena, mi hermana, giro poco a poco, me niego a pensar lo que en mi cabeza está fraguando.

Me vuelvo por completo y ahí están mis hermanas, las tres haciendo cola para entrar en un local con sus caras de indiferencia, aunque con una leve sonrisa de niñas malas, no puede ser.

—Sigues siendo una torpe —dice Teresa, las miro. No... no pueden haber sido de esa manera, pero ¿cómo puedo aún sorprenderme de todo lo que son capaces?

Vuelvo a mi tierna infancia donde ellas me rompían mis cosas y luego me

acusaban de eso mismo, de torpe. Cada vez que me caía por su culpa, cada vez que mis leotardos acababan rotos por correr tras ellas para que me hicieran caso.

—¿Me habéis puesto la zancadilla? —Me siento una niña tonta como mil veces, las acusé con mi padre y ellas se libraron.

Aun así, las acuso, se ríen, la malicia no cambia solo crece, perras de mierda. No... no pueden haber sido tan crueles, ¿por qué soy tan tonta de dudarlo? Lo son, son unas cabronas, siempre lo fueron y lo serán durante lo que les queda de vida.

—¿Y qué, si lo hemos hecho? ¿A quién nos acusarás? Nunca acabarás de comprender que no estás para nadie, sino sola, y eres una torpe —me desafía Elena, la voz de la sentencia, desde luego esto no va a ningún sitio.

—¿Estás bien? —pregunta Victoria que aún no ha hablado, siempre en un segundo plano, sin atreverse a tomar iniciativa sobre las decisiones de Elena.

No contesto a su pregunta, solo quiero salir de ahí lo antes posible, mi barriga sigue dura, inconscientemente la agarro con fuerza y rezo, solo rezo para que a mi bebé no le haya pasado nada, por favor, es lo único que pienso en estos momentos.

Camino por las calles soleadas, aunque el día sigue así mi alegría ha desaparecido, cubierta por una gran angustia. Regreso a casa, pero mi semblante no puede ser más sombrío.

No tardo demasiado en llegar, entro por la fachada que a mí me gusta, la entrada a mi hogar es la mía, y Jorge tiene la suya, paso hasta la cocina y caliento el agua para preparar un té, aún siento el palpito del golpe en la barriga. Levanto mi camiseta, está rojo el lugar que ha impactado contra el suelo, pero solo eso, noto el bulto donde se encuentra el bebé, no se ha movido desde la comida, aunque no lo hace continuamente, no quiero alterarme y alarmarme como una loca.

Tomo mi té y me paso al sofá, estoy rendida desde el subidón de angustia, me tapo con una manta para no enfriarme y me quedo dormida.

Echada me despierto, hoy parece que no ha venido nadie de visita, miro el reloj, por la hora Jorge debe estar a punto de llegar, no me levanto porque me siento pesada y cansada.

Unos veinte minutos más tarde llega Jorge, entra por su entrada de la casa, el salón es como el punto medio de esta y ahí estoy yo. Lo oigo caminar, pero no me levanto, sigo igual que hace un rato, no me encuentro bien, se me acerca y me mueve.

—Hola, cariño. —Intento girarme, pero entonces un dolor muy fuerte atraviesa mi bajo vientre y grito:

—¡¡Aahhh, duele!!

—Alba... Alba, cariño, estás pálida, ¿qué ocurre?

Suena asustado, tanto como lo estoy yo, me muevo, pero el dolor sigue demasiado fuerte. Para cuando por fin me levanto un mareo se hace presente y pierdo un poco el equilibrio, me agarro a Jorge para no caerme, levanto mi cabeza, está pálido.

—¿Estás bien? —le digo asustada, está blanco—. ¿Jorge? —le llamo.

—Alba, nos vamos para urgencias, estás sangrando.

Y ahí es cuando mi mundo cae en picado y sin paracaídas. Miro hacia abajo, la sangre se extiende hasta casi mis tobillos, giro la cabeza y miro al sofá donde estaba tumbada. Antes era color *camel*, ahora se ve borgoña, no sé el tiempo que habré estado sangrando, pero debe de haber sido bastante, tal vez demasiado. No reacciono. Jorge me envuelve en la misma manta que hasta el momento me cubría y me alza en brazos.

Me sube en su coche, conduciendo hacia la clínica donde me están haciendo el seguimiento, por el camino habla por teléfono, pero yo ya estoy en otro mundo, no sé el tiempo que tardamos en llegar, no mucho por las anteriores veces que hemos estado, pero hoy no soy consciente, he perdido la noción del tiempo.

Por lo alterado que se encuentra, supongo que ha sido rápido, abre la puerta y me vuelve a coger en brazos, me da tiempo de ver el asiento. Al mirar para atrás cuando me lleva, veo que está totalmente ensangrentado. Lloro. Lloro sin control, se ha estropeado, todo se ha estropeado.

Un enfermero nos espera en la puerta junto a una silla de ruedas, Jorge me deja sentada y atravesamos las puertas, más adelante, en el pasillo, se encuentra la doctora Despiste.

—Hola, chicos, ¿qué ha pasado?

—No lo sé. He llegado a casa y estaba acostada, al moverse le dolía mucho y al levantarse todo era sangre.

—Hola, Alba, ¿puedes hablar? —Yo solo lloro y mi mirada está en un punto fijo en la pared.

Saco las pocas fuerzas que aún me quedan.

—Sí —digo a la vez que sorbo mis mocos—. Sí, dígame.

—A ver, Alba, necesito saber qué ha ocurrido, ¿me entiendes?

—Sí, ¿qué necesita? —Me centro o al menos lo intento.

—¿Ha pasado algo hoy? Algo como una caída, un golpe, no sé —me dice con una voz suave.

—Me he caído en la calle, noté un vuelco, pero miré y no tenía nada, yo tenía que haber venido en ese momento. —Rompo a llorar más.

—Vale, cariño, escúchame. —La doctora me tranquiliza—. ¿El bebé se ha movido desde el golpe? —sigue con su ronda de preguntas.

—No. No lo sé, llegué a casa, no me sentía bien y me tumbé. He estado dormida, no lo sé. —Lloro con más fuerza, no puedo dejar de hacerlo.

—Vale, voy a hacer una ecografía y ver cómo está el feto —esto se lo dice a Jorge el cual trata de estar calmado, pero sé que no va a durar mucho en ese estado.

Nos pasan a la sala de ecografías, Jorge me coge y me tumba en la camilla, entra la doctora, y él toma mi mano fuerte, comienza el proceso y pone el gel en mi barriga. Conecta la máquina, pasa el aparato por mi vientre y un dolor me atraviesa. En la pantalla se ve al bebé, pero no se mueve, esto es un palo, lo peor viene en el momento en que conecta el altavoz y no se oye nada, nada, el latido de mi bebé ha desaparecido, junto con toda mi cordura.

Él también se rompe, llora mientras mira la pantalla con los ojos vacíos, aprieta mi mano, otro dolor me atraviesa y no puedo contener el gemido que emite mi cuerpo.

—Alba, tenemos que intervenir —dice la doctora, ninguno le prestamos atención, el dolor nos ha pegado demasiado fuerte y simplemente miramos a

esa pantalla que ahora solo es una imagen sin movimiento.

—Lo siento, chicos, pero, Alba, corres peligro, la placenta se ha desprendido y el sangrado se encuentra fuera de control, vamos a tener que hacerte una transfusión, has perdido demasiada sangre, pero, además —hace un silencio—, chicos, esto va a ser duro, perdonad, el bebé está demasiado formado, tenemos que sacarlo de tu cuerpo, y no puedo hacer un legrado, vas a tener que parir.

Para entonces ya todo da igual es como si esto lo estuviera viendo y no viviéndolo, parece que le estuviera pasando a otra persona, me siento ausente de mi cuerpo. En la misma camilla me trasladan a otra sala, no sé si Jorge me acompaña, una enfermera me prepara, retirando toda mi ropa. Yo solo estoy ahí como un cuerpo muerto, lava un poco la sangre y pone una vía en mi brazo.

—Es suero —me comunica la enfermera.

No pasa mucho tiempo hasta que entra otra vez un celador, mueve la camilla por los pasillos hasta que llegamos a otra sala más pequeña, es una sala parto. Entra la doctora y una enfermera, poniendo de nuevo algo en la vía.

—Alba, vamos a ponerte oxitocina, tenemos que hacer que tu cuerpo entre en fase de parto. Va a ser doloroso, tienes que estar preparada, no vas a tardar en comenzar con las contracciones, vendremos cada poco para controlarte. No voy a ponerte epidural, necesito que tu cuerpo esté despierto, vas a parir, pero sin la fuerza del bebé, te necesito entera, cuanto antes ocurra, antes podremos cortar la hemorragia.

—Ya está, doctora —dice la enfermera—. Bien, Alba, ya hemos empezado.

A los pocos minutos entra Jorge preparado con ropa de hospital, toma una silla que hay en una esquina y la pone junto a la cama, coge mi mano y la besa. No hablamos en un rato, apenas el sonido de alguna máquina, él está tan roto como yo, en un momento todas nuestras ilusiones han volado.

—Yo tengo la culpa —digo lo suficiente alto como para saber que me ha oído bien.

—Nadie la tiene, ha sido un accidente —asegura con su voz plana y casi ausente.

—No fue un accidente. Me vieron y fueron por mí.

Levanta su cabeza estupefacto por mi confesión.

—¿Quién... quién fue por ti, Alba? —pregunta en tono severo.

—Te lo dije, la felicidad no dura.

Entonces me viene la primera contracción, un dolor atraviesa mi bajo vientre en el mismo lugar que antes, desde luego duele. Aprieto su mano, la conversación queda en el aire, a partir de ahí él solo me besa en la frente y susurra palabras de aliento en mi oído. Me centro en su voz, después de esto, no creo que quede nada más dónde agarrarse, pero ahora lo necesito demasiado.

En un par de horas mi cuerpo está preparado, he dilatado todo lo que debía, en el proceso han tenido que ponerme una transfusión de sangre, porque la pérdida ha sido excesiva. Momentos después, la doctora entra a la habitación.

—Alba, ya estás lista, vamos al paritorio, es la hora —dice con pesar, porque sabe que esta será la peor de mis experiencias.

El mayor trabajo que hará mi cuerpo sin recompensa ninguna, la que más me marcará, voy a entrar a parir a mi hijo..., un hijo que no escucharé llorar, que no amantaré, pero que sí pariré porque así lo ha querido la vida.

Noto cómo se me escapa la poca ilusión que tenía, ya no queda nada de la sonrisa de esta mañana o de cómo los colores llegaban a mí, solo siento que este bebé era mi oportunidad de ser feliz, pero ahora ya no queda nada, lo he perdido y no solo era mío, también he perdido las ilusiones de Jorge en el proceso.

Lo miro mientras me llevan al quirófano, no ha soltado mi mano en todo este rato, camina junto a la camilla, pero está tan vacío como yo.

Llegamos y me cambian a la silla de parir, colocan mis pies en los estribos y elevan la cama, Jorge a la cabecera y la doctora en su lugar de trabajo.

—Bien, voy a romper la bolsa para poder comenzar.

Noto cómo algo se rasga en mi interior y un líquido resbala por mi vagina, lo recogen, lo veo cuando lo retiran, es como agua sucia roja por la sangre.

—Bien, Alba, ahora cuando te venga la contracción tienes que pujar, procura no gritar para no perder fuerza, lo siento —repite—. ¿Has entendido?

—Sí —respondo como una máquina entrenada para los monosílabos—. Viene la primera y la doctora me indica el comienzo.

—Vamos, Alba, con ganas, puja.

Capítulo 15

Roto

Jorge

—¡Puja!

Le dice la doctora en cada contracción, pero ella está agotada, llevamos casi una hora de parto y . Al no contar con la fuerza del bebé todo es demasiado lento. Toman la decisión de ayudarla, y es cuando otro doctor literalmente empuja la barriga de Alba hacia abajo, ayudando en el último pujo para expulsar, es este el que sirve para que nuestro bebé salga del cuerpo de su madre.

Cuántas veces imaginé este momento, pero no con el mismo resultado, donde toda la felicidad que esperaba no está, en su lugar hay tristeza y lástima.

Miro a mi mujer cuando todo ha terminado, ella cierra los ojos un momento porque el esfuerzo ha sido muy duro. Para cuando los abre ya no es mi mujer o no la de hace un momento, la chispa de esperanza que siempre brillaba en sus ojos no está. En su lugar hay dos orbes vacíos, vacíos de todo, no hay felicidad, no hay alegría, no hay ilusión, no hay nada de nada en su interior.

—Alba, cielo, casi hemos acabado, tienes que expulsar la placenta, venga, vamos, ya casi está. —La comprensión en todo momento está siendo crucial en el proceso.

La se lo pide doctora, ya que en todo momento se ha mostrado extremadamente amable, llenando de tacto todas sus explicaciones, lo cual es de agradecer porque ahora mismo ninguno de los dos sabe cómo afrontar esto.

¿Cómo tu vida puede cambiar en un solo momento? ¿Cómo te pueden quitar todo sin poder hacer nada? Mi niña no se merecía un final tan prematuro, si es que era una niña, solo la he visto de refilón cuando la han sacado para limpiarla, no me he alejado de Alba en ningún momento, no puedo dejarla. No puedo soltar su mano porque el sentimiento de que si la suelto va a desaparecer no se me va, me necesita y la necesito, hoy he perdido a mis dos niñas, aunque de forma diferente.

Aprieto su mano y beso su frente, por lo largo que está siendo el proceso la expulsión de la placenta está siendo muy dolorosa, no dudo de que ella es una mujer fuerte, cierra sus ojos infringiendo presión en ellos y oigo rechinar sus dientes, pero ni un solo sonido más, es como si su dolor también se hubiera apagado de forma automática. Ha dejado de sentir para bien o para mal, pero no de buena manera, sino de mala, todo se le está apagando desde que salimos de casa.

Después de un eterno rato, por lo menos para mí, por fin consiguen acabar con la hemorragia, han sido horas, pero el parto ha terminado. Nos trasladan a una habitación, y cada poco pasan a revisar a Alba, ahora está dormida, bajo sus ojos hay unas tremendas ojeras y su piel se encuentra blanca como el papel, debido a la gran cantidad de sangre que ha perdido en todo el proceso, ya nos han comunicado que padecerá una importante anemia, pero que con una buena dieta y reposo, se recuperará, al menos su cuerpo.

Eso no me preocupa, ella es una mujer fuerte y repondrá fuerzas. Sé que físicamente se recuperará, pero ¿cómo quedará su cabeza y peor aún qué será de su corazón, y del mío? ¿Qué será de él que depende del suyo? Esto es una espiral que nos está arrastrando a los dos, a un lado oscuro en el que nunca pensábamos que estaríamos.

Cuando piensas que todo ha terminado, descubres que aún puedes aguantar un poco más. Entra la doctora acompañada de un hombre, es un doctor, en concreto un psicólogo.

La revisa ya que ha despertado hace un rato, sin embargo, no ha dicho palabra más allá de pedir un poco de agua, su mirada está perdida, yo sujeto su mano, la aprieto de vez en cuando y ella me devuelve el apretón, señal de que se encuentra aquí, pero no conmigo.

Cuando acaba con la exploración, el hombre justifica su presencia en el lugar, nos pregunta qué tal nos encontramos y nos invita a decir algo sobre lo ocurrido, pero para ser sincero no tengo ganas de hablar con nadie más que con la persona que no dice nada, mi mujer; estoy por invitarle a que se vaya y nos deje con nuestro dolor, que es solo nuestro.

—Chicos, hoy habéis sufrido una pérdida que nadie debería de experimentar, no os cerréis, sé que es pronto, pero necesitáis hablar —dice el doctor.

—Han preparado a la niña para que podáis verla y despediros de ella —añade la doctora, Alba reacciona reincorporándose. Por fin una reacción.

—¿Qué ocurre si no quiero verla? —pregunta con pesar.

—No te vamos a obligar, pero os merecéis despediros de vuestro bebé como la familia que sois, darle los besos que ella merece. Alba, escúchame, esto es una tragedia, pero date el respiro de poder coger en brazos a tu bebé, algún día podría pesarte no haberlo hecho.

La doctora habla con el corazón en la mano y tengo la sensación de que por desgracia lo hace por propia experiencia. Alba se queda pensativa un momento, pero pronto asiente con la cabeza baja aceptando la oferta que se nos dan.

—Bien. —Se disponen a salir de la habitación—. Avisaré a las enfermeras para que la traigan.

Alba se sienta en la cama a la espera de nuestra niña, la peino su pelo con mi mano, ella sonrío, de forma triste, pero lo hace.

Yo, por mi parte, le beso la cima de su cabeza, no sé qué me pasa, pero necesito tocarla tener un contacto directo con ella, saber que está ahí, porque tengo la sensación de que la voy a perder en cualquier momento, y si la pierdo me pierdo yo.

—No puedes remediar jugar a las muñecas —una broma, ha sido capaz de decir algo.

—Con mi chica siempre que me deje —le digo y la abrazo contra mí, ella se agarra a mis brazos sin soltarme.

Me siento en el borde para poder alargar el momento todo lo que me deje, tocan a la puerta, damos el pase para que entren, y tras ella aparece una enfermera con un bulto entre sus brazos.

Se ve un bebé con un gorrito que cubre su cabeza, todo el envuelto en un arrullo de color rosa pálido, se acerca a nosotros con una sonrisa, los dos estamos mirándola, llega a la cama y extiende sus manos con el bebé. Alba, con los ojos brillantes, la recibe y la enfermera sale para darnos privacidad.

Alba la coloca de manera que podamos observarla los dos. Es pequeñita, muy pequeñita, se ve que aún le falta por crecer, pero se puede intuir cómo

hubiera sido.

La nariz habría sido como la de Alba, pero su boca como la mía. Sus ojos están cerrados, nunca sabremos cómo se verían, su vello se nota moreno, sin llegar a ser negro, mi princesa es un bebé precioso.

No puedo contener las lágrimas que se me escapan, ella se apoya en mi pecho, para consolarme con la presión de su cuerpo, yo la abrazo a las dos contra mí, esta es mi familia, esto es lo que deberíamos ser, aunque de aquí solo saldremos nosotros dos, sin nuestra niña, sin la luz de nuestras vidas.

—Es preciosa —le digo—. Se parece a ti, mira su nariz, tan pequeñita, la mía es grande. —Entre lágrimas, sonrío.

—Tienes razón, pero su boca es como la tuya. —Entonces solloza fuerte, el dolor ese que ha estado conteniendo, sale libre, llora sin parar, solloza alto e incluso en un momento dado grita.

No la reprendo porque yo estoy igual, tenemos derecho a rompernos, a no contener este dolor que nos está partiendo el pecho en dos, un dolor que nadie tendría que experimentar.

No sé el tiempo que pasa hasta que una buena parte sale de nuestro cuerpo, es como descargar adrenalina, pero de forma masiva, con el bajón por fin nos sentimos más tranquilos.

—Alba, cielo. —Ella eleva su cabeza hacia mí—. ¿Me dejas que la coja un poco? —Ella asiente.

—Sí, cariño. —Extiende al bebé hacia mí y yo lo tomo con mucho cuidado.

Se la ve pequeña, pero no imaginas lo poco que pesa hasta que la tienes en brazos, perfilo su cara en una caricia. Es tan pequeña, tan linda, beso su frente como he imaginado mil veces que haría, cuando le diese las buenas noches a mi princesa, pero este será su primer y último beso de buenas noches, pequeñas lágrimas vuelven a mí sin hacer nada por detenerlas de que fluyan.

—Jorge —me llama Alba, rodea mi cintura con sus brazos, apoyando con su cuerpo al mío ayudándome a llevar mi pena que es la suya también.

—Cariño, no sé si es momento, pero... —Hace un silencio—. Sé que no lo hablamos, pero quiero ponerle nombre. —Es verdad que nunca lo hicimos,

creo que los dos queríamos verla primero para decidir cómo se llamaría.

—Es verdad, cielo... ¿tienes alguno que quieras ponerle? —le pregunto.

—Parece un angelito, no tenía ninguno pensado, pero ¿qué te parecería Ángela? —No quita sus ojos del bebé.

—Me parece bien, cielo, Ángela es precioso, es nuestro angelito.

Nos quedamos así un buen rato, en el que me permito soñar cómo hubiera sido nuestra vida si mi princesa estuviera viva, pronto se rompe esa burbuja con el toque de la puerta, pero no es la esperada enfermera, sino la familia.

Allí están mis padres, mi hermana y su esposo, no esperaba que vinieran, los llamé cuando Alba dormía, habíamos desaparecido de casa sin decir nada a nadie, estaban preocupados cuando desconecté los teléfonos al ingresar a Alba.

Cuando por fin los llamé y les conté lo sucedido querían venir todos al hospital, les pedí que nos dejaran un poco de espacio, los quiero, pero esto es algo solo nuestro, aunque ahora que están aquí veo que los necesito demasiado, esto es muy duro, no puedo parar el pensamiento de que Alba solo nos tiene a nosotros.

Todos entran en la habitación, apenas hay palabras, sus caras tristes dicen todo, nos dan besos acompañados de fuertes abrazos, con el fin de juntar un poco los trozos que son ahora nuestros corazones. Sofí se pone al otro lado de la cama, lugar del que no se mueve, envuelve a Alba en sus brazos y no la suelta, ella se deja hacer, sabe consolarla. Roberto se acerca y las envuelve a las dos, como supongo ha hecho en otras ocasiones, por cómo se ven.

Todos, en algún momento, cargan a Ángela, la llenan de besos y caricias, le dan todas las que pueden, las que le pertenecen, nunca estará con nosotros, pero se llevará todo el cariño que es suyo por derecho, mi princesa siempre será nuestra y con su pérdida se lleva un trozo de cada uno de nosotros.

Al final la enfermera vuelve y se la lleva, para que puedan prepararla para el funeral, otro paso más en esta situación que parece no tener fin.

Celebramos el funeral en la capilla del hospital al día siguiente cuando Alba ya puede mantenerse en pie, con mucha ayuda, pero lo hace, primero la bautizamos y luego tenemos que asumir del todo que no irá con nosotros a casa.

Alba aún pasa unos días ingresada, yo estoy con ella todo el tiempo que puedo, aunque Sofí, mi madre y Roberto vienen para que pueda ducharme y comer algo, la comida no entra con demasiadas ganas en mi cuerpo, pero asumo que tengo que comer, con uno de los dos enfermos es suficiente: ella me necesita.

Hoy nos vamos a casa, le dan el alta, pero tendrá que volver en unos días a repetir un análisis para ver su evolución.

—Vamos —le digo.

—Vamos —repite ella tomando la mano que le ofrezco.

Durante estos días las conversaciones son pocas, su cuerpo se recupera, pero su alma, ¿su alma se recuperará? Esa es mi pregunta, ¿qué pasará a partir de ahora?

La quiero, de eso no hay duda, pero no olvido que nos afianzamos sobre la base de que seríamos padres... ¿qué pasa si ella me rechaza ahora que Ángela no está?, ¿qué será de mí si ella decide irse de mi lado? Nuestro comienzo no ha sido el habitual, pero es el nuestro y no lo cambiaría por nada.

No cruzamos más palabras en el camino, llegamos a casa, días atrás mi madre se acercó a limpiar todo el desastre, el sofá lo deseché y compré uno parecido, ella se percató al entrar en el salón.

—Gracias —dice cuando entro tras ella y lo ve.

—No agradezcas, cielo. —La abrazo—. ¿Tienes hambre? —Asiente—. ¿Vamos a la cocina y preparamos de comer?

El silencio se me está haciendo un poco asfixiante como si no tuviéramos nada que decirnos

—Alba, tenemos que hablar.

—Lo sé. —Vuelve a callar—. ¿Qué quieres hacer?

—¿Cómo que qué quiero hacer?

Esto me descoloca, yo solo quiero hablar, creo que tanto silencio nos ha llevado mil pasos para atrás en nuestra relación y ahora no sé dónde estamos.

—¿Quieres que me vaya o...? —No estamos a mil pasos, parece ser que se ha deshecho el camino.

—¿A dónde crees que vas a ir? Porque, no, querida, lo más lejos que te vas a ir es a la habitación de al lado como mucho. No, Alba, no vayas por ese camino porque no va donde tú quieres ir, no vas a quedarte sola —le digo con un poco de reproche.

—Yo pensé —intenta decir, pero no puedo detenerme, ahora no puedo.

—No, cariño, no solo tú has perdido un bebé, ella también era mía, nos la han arrebatado, pero no voy a perderte a ti también, no, me niego, si tú te vas ¿qué va a ser de mí?

Confieso, tengo tanto miedo que no puedo evitarlo, pero decirlo en alto ha sido liberador, no voy a dejar que se vaya sin saber que puede acabar conmigo si lo hace.

—Yo pensé que me culparías, yo fui la que me caí, la que tenía que haber ido antes al hospital. —Pongo la mano en su boca y la acerco a mí.

—Tú tuviste un accidente, no tienes la culpa de nada, tú y yo estamos juntos, no te vas a ir de mi lado.

Con esto espero callar todas sus dudas, pero entonces ella dice algo que cambiará mi alma para siempre.

—Jorge, no fue un accidente.

Capítulo 16

Miedo

Alba

—¿Qué has dicho? —me pregunta como si no hubiera escuchado lo que he dicho.

—Que no fue un accidente —digo, no puedo retrasar esto más.

—Cariño, ¿por qué dices eso? —Creo que no puede o no quiere creer mis palabras.

—Jorge, fue mi culpa, no las vi, no me cuidé, perdóname —cuando lo digo siento un miedo atroz a que me culpe, a no tener su perdón, pero por fin se lo he contado, necesitaba sacarlo. Todos estos días macerando en mi interior, después del dolor, después del vacío que siempre llevaré en mi pecho, me estaba ahogando.

Sé que con el tiempo el dolor se hará más pequeño, pero siempre va a estar ahí, aunque Jorge no se ha separado de mí, no puedo evitar pensar que va a dejarme tras esta confesión, por mi culpa nuestro bebé se ha malogrado.

Aunque yo cargue con esa culpa fueron otras las de la mala acción, ellas no podían dejarme en paz, parece que jamás lo harán, aún no sé qué hice en esta vida. Yo no elegí venir a este mundo, nunca entenderé por qué tanto odio por su parte. Yo solo era una niña, y digo odio porque solo con ese sentimiento se puede explicar lo de mis hermanas hacia mí.

Marco una distancia y me retiro del lado de Jorge, no quiero que me rechace cuando le cuente lo que sucedió y por qué ahora no estamos felices por mi culpa. Sé que han pasado muchos días, pero no quería quedarme sola, no de nuevo, sentir que su familia me quiere me ha hecho mucho bien, pero al final es su familia, yo soy la que no tengo nada ni a nadie.

—¿A quién no vistes? Alba, cariño, no me temas, explícate.

Intenta llegar con su mano a mí, pero me retiro no puedo dejar que me toque, si no el dolor por su rechazo va a ser peor. Sé que le hago daño, pero necesito levantar escudos y hacerme fuerte, sé que también me odiará y eso va

a matar lo poco que queda de mí en estos momentos.

Nunca me he planteado para qué... estoy en este mundo, este es solo otro ejemplo de que, aun apartándolas de mi vida, las muy cabronas encuentran cómo hacerme daño.

Han sido muchos días, y ahora veo que tal vez debí decirlo antes y acabar, después todo será repulsa por parte de Jorge y tendré que entenderlo. Porque esto debe ser así, para mí no existe nada y parece ser que nadie.

—Esa mañana hacía un buen día, se levantó muy soleado y no tenía nada que hacer, así que decidí estirar un poco las piernas, hacer alguna foto y pasear, tú no estabas y me apetecía tomarme tiempo a solas, avisé a Sofí de que saldría por si venía a casa y no me encontraba. Cogí la cámara, una bolsa pequeña, nada de peso, y salí a recorrer el centro, lo he hecho miles de veces sola, nunca me había pasado nada. Fue una mañana muy buena, tomé muchas fotos —sonríó con tristeza—, pero me entró hambre, ya sabes cómo he andado de voraz... y fui para la zona de tapas, era pronto y no había colas en los locales ni mucha gente dentro. Comí tranquilamente y para cuando salí, ya había mucha gente esperando su turno en las puertas de los locales. Entonces me incomodé al ver tantas personas, traté de salir del gentío, pero iba demasiado concentrada en irme de allí y no lo vi venir.

Hago una pausa, y miro la cara de Jorge, el nudo que tengo en mi garganta amenaza con hacerse más grande aún.

—¿Qué no viste? —me pregunta con el fin de que prosiga, trago saliva y sigo:

—Alguien puso su pie en mi camino, no lo esperaba, no me dio tiempo a poner mis manos para frenar mi cuerpo, no pude, no lo vi venir.

Repito en alto, como mil veces ya lo hice en mi cabeza: «¿Cómo bajé la guardia? ¿Cómo no fui más precavida?», me reprocho mentalmente, debí estar más preparada, sabía que algún día las encontraría en mi camino, pero fueron ellas las que me encontraron a mí antes.

—¿Quién, Alba, quién te encontró? —dice un poco desesperado porque por un segundo me retraigo en mis pensamientos.

—Mis hermanas —digo destapando así a las tres arpías que nos han quitado a nuestro ángel—. Perdóname, por favor, perdóname —le ruego. Debí

cuidarme más, es culpa mía sin duda.

Me contempla estático con sus ojos como platos, lo miro y está extrañamente asustado, se acerca a mí con decisión y yo me retraigo, no sé qué esperar de él después de esta confesión.

Nunca discutimos más allá de lo cotidiano, nunca nada grave o no de este calibre, y me encuentro rota, pero no olvido que él también.

Ha perdido a su deseada niña, su muñeca. Cuántas veces en nuestras conversaciones me contaba lo loco que estaba de poder verla, de sostenerla, las cosas que le compraría, como si estuviera seguro al cien por cien de que sería una niña. Su princesa, y yo se la quité junto con sus ilusiones, no me lo perdonaré nunca, mi niña se fue por mi culpa. Me abraza con una fuerza abrasadora, pegándose a su cuerpo, sin dejarme casi respirar.

—Mi niña, ¿qué te hicieron, mi niña? —repite sin romper su abrazo, besa mi sien, y me sigue abrazando, yo estoy atrapada en sus brazos, apoyo mi cabeza en su hombro y lloro.

—Perdóname —repito una y otra vez, es egoísta, pero necesito que me perdone, necesito oírlo.

—¿Qué hay que perdonar, Alba? No, nada hay que perdonar, por favor, para ya, detente, mi niña.

Dice con toda la ternura del mundo, no puede no tenerme ningún rencor, no puedo creerle, pero no suelta su agarre, sino que lo hace más firme cuando su mano sujeta mi cabeza por mi nuca

—Nada, Alba. Nada de perdón, nada de culpa, nos la quitaron.

Se tensa al decir lo último, pero permanecemos un rato así, mi llanto se ha calmado, mi cuerpo se ha relajado, necesitaba sacarlo.

Nos arrastra al nuevo sofá porque hasta en eso ha sido capaz de pensar, deshaciéndose del otro para que no viera el recuerdo de nuestra desgracia. Nos sienta, soy como un trapo en sus brazos, me he abandonado a su voluntad.

Nunca pensé que reaccionaría de este modo. Mi primer pensamiento fue que me culparía y me repudiaría, nunca gozar de comprensión ni mucho menos amor, para mí esto es nuevo y casi puedo decir que reconfortante, digo casi porque apenas lo estoy saboreando, me pregunto si es así como reaccionan las

personas normales, porque en mi casa nunca conocí esto.

Yo poco he conocido del mundo de las personas normales. Yo he vivido en un mundo de envidia, resentimiento y acciones malas, eso sí a escondidas de quienes pudieran castigar tales acciones.

Todo rodeado de un gran halo de egoísmo; mi madre fue egoísta al tenerme para retener el dinero de mi padre, mi padre fue egoísta entregándome a mi madre para no tener que criarme, mis padres, mis dos grandes verdugos, me trajeron a este mundo para no pertenecer a nadie, dejándome demasiadas veces a merced de esas arpías que hacen llamarse mis hermanas. Cuántas veces me pellizcaban, rompían mis cosas o simplemente me ignoraban; pronto aprendí a preciar el silencio.

Llevamos un rato abrazados, y es cuando Jorge rompe nuestra burbuja.

—Alba, ¿qué más pasó ese día? ¿Te reconocieron? ¿Qué ocurrió? Necesito saberlo completo, te juro mi vida que no te culpo, pero ahora quiero que me lo cuentes todo.

Está ansioso, como si revelar lo que pasó fuese a cambiar algo en nuestras vidas.

—Cuando pude reaccionar estaba en el suelo, mi barriga se dio de lleno, me abracé a mi cuerpo cuando sentí un vuelco por dentro, fue un señor que pasaba el que me ayudó a levantarme y recoger mis cosas —comienzo suave—. Entonces escuché cómo alguien decía: «Torpe», era Elena, la reconocí y me giré. Las vi, levanté la cabeza y allí estaban las tres juntas, como siempre, fue cuando Teresa se mofó de mi caída, me enfadé al ver que había sido premeditado y les reproché que me hubieran puesto la zancadilla, rieron, me dijeron que no podía demostrarlo y que solo era una torpe como siempre había sido —le explico todos los detalles del encuentro.

—¿Y Victoria? ¿Qué hizo ella? No la has mencionado. —Se da cuenta de mi tercera hermana, de ellas, la única que al menos mostró arrepentimiento, aunque eso no la salva, tan culpable es el que calla como el que obra.

—Ella fue la única que me preguntó si estaba bien, creo que no es como ellas, pero las teme lo suficiente para no llevarles la contraria y hace lo que quieren.

—Y luego, ¿qué pasó? —Lo quiere todo, así que no callaré nada, la

confianza es algo que él siempre me ha brindado y que yo he procurado corresponderle, y más en este momento de sacar todo a la luz.

—Nada más, no tenía sentido quedarse allí después de sus palabras, me sentí tan indefensa y sola, que salí de ahí y vine para casa. Cuando llegué no me encontraba bien y me tumbé tras tomar un té; el resto ya lo sabes. —Esto último sale con pesar.

—Alba, tú no tienes la culpa, ellas decidieron ir por ti, no podías hacer nada... ¿Cómo defenderte si no sabes que te van a atacar? Por lo que sé de esas tres, fue una zancadilla, pero si no hubiera sido un empujón, no podían dejarte ir sin algo, no son de conformarse. —Me besa la frente—. Tú no, cariño, tú no eres como ellas, tú no tienes culpa, nunca hubieras hecho nada para perder a Ángela a propósito, tú eres una gran madre.

—Hubiera sido —corrijo sus palabras—. Jorge, hubiera sido, ahora no soy nada. — Tristes salen las palabras de mi boca, pero él reacciona con rapidez.

Se gira quedando frente a mí, toma mi cara entre sus masculinas manos, acaricia con sus pulgares mis mejillas y suelta la mayor confesión y promesa de nuestra historia:

—Ahora no, cariño, ahora eres solo mi mujer. Por eso te vas a recuperar, a ponerte fuerte, y cuando estés bien y te sientas preparada, lo volveremos a intentar, la doctora ha dicho que no hay secuelas, tu cuerpo puede dar vida sin ningún problema, o sea, que serás madre, la madre de mis hijos.

Dice tan tranquilo, como el que da el tiempo. Acaba de desarmarme, mi corazón está que se desboca... ¿Qué he hecho yo para merecer a un hombre así?

—Jorge, ¿tú quieres que yo sea la madre de tus hijos? —pregunto incrédula, aún no me creo que me quiera a su lado cuando yo ya estaba lista para que me sacase de su vida.

—¿Quién si no, cariño, mejor que tú? Te lo he dicho por activa y por pasiva, tu lugar está a mi lado. Sé que Ángela fue el motivo para juntarnos, pero yo te quiero y no voy a renunciar a ti por mucho que creas que te voy a dejar. Estás equivocada, ya he perdido a mi niña, pero me quedas tú. ¿Cuándo vas a entender que si tú te rompes, yo me rompo? ¿Que si tú te vas a mí no me queda nada? Alba, tú eres todo, y yo te necesito a mi lado, yo soy tuyo como

nunca he sido de nadie, entiéndelo de una vez, de mi lado no te vas.

Hay tal intensidad en la forma en la que lo dice, en el significado de sus palabras, que sin esperarlo mi corazón, el que yo creí roto y destrozado en aquel quirófano, se calienta: él logra juntar sus trocitos. Mi corazón no se recompondrá de forma mágica, pero al menos él no ha dejado un solo trozo perdido, me lanzo a sus brazos y ahora soy yo la que lo abraza.

—Mi chico, no sé qué hecho para merecerte, pero te quiero y si tú no me echas yo no me iré, contigo me quedo.

No creo que seguir mareando sobre lo mismo vaya a terminar aclarando algo que ya está más que claro.

—Nena, ya te lo dije y lo repetiré hasta que te canses de oírlo, tú de aquí no te vas. Por ahora te daré descanso porque lo necesitas, pero ten seguro que cuando se pueda iremos a por otro bebé. Tal vez sea pronto para haberlo dicho, pero, Alba, yo quiero ser padre. Ahora sé lo que se siente al haberlo tenido tan cerca. —Hace una pausa—. Quiero un bebé y lo quiero contigo. La próxima vez todo estará bien, no voy a dejar que nadie te haga daño nunca más.

Lloro, pero por primera vez en días es de felicidad y no de tristeza.

—Jorge, eres el mejor de los hombres. —¿Qué palabras utilizar, cómo decirle al amor de tu vida que lo es?

—No sé qué sería mi vida sin ti, te quiero. Mi corazón está roto, pero ahora puedo asegurar que tiene remedio, porque te tengo a mi lado, sin duda alguna yo también te pertenezco. —Lo beso, un beso cargado de promesas, promesa de ser mejor para él y él para mí, de no tener miedo a hablar y confiar.

Nos separamos, no ha sido un beso sensual, ni rápido, todo lo contrario; tierno, suave y lento, entonces caigo en que no sé cuándo nos habíamos besado por última vez, hemos tenido tanto drama... que los buenos momentos parecen extremadamente lejanos.

—¿Qué piensas? —Acomoda mi pelo mientras pregunta al ver que me he quedado un poco ida pensando.

—En que no recuerdo cuándo fue nuestro último beso. —Acción, reacción, no pienso al contestar, o más bien lo hago con la verdad de mis pensamientos.

—Cierto, parece tan lejano... —Se queda pensando—. Alba, ¿qué te parecería si este fuera nuestro primer beso? A ver, que sé que no es el primero, pero sí el primero de una nueva etapa. —Yo me río ante su ocurrencia, pero aunque parezca loco tiene sentido—. Es una bobada, ¿verdad? —Duda de su idea.

—No, no es una bobada, don Jorge, es lo más bonito que has dicho nunca. —Echo mano de su nombre para darle cariño a mis palabras, sé que le encanta ese juego.

—Doña Alba. —Se ríe y me vuelve a besar.

Un nuevo comienzo, suena bien con Jorge que es más hombre que ninguno que haya conocido, este hombre es mi salvavidas en esta vida, valga la redundancia.

Solo me queda la pregunta de cómo hubiera seguido sin él, sin su cariño. ¿Qué sería de mí? Yo que pensé que detrás de mi ángel mi esperanza desaparecería, pero llega este hombre y una vez más me sorprende como lleva haciendo desde que entró en aquel baño y puso mi mundo del revés.

Nos queremos y sobre ese cariño nos vamos a apoyar para salir de la patada que esta vida nos ha dado.

Capítulo 17

Mi amor

Jorge

De cero.

Un nuevo comienzo, otra oportunidad que nos da la vida, y que ninguno de los dos va a desperdiciar. Los dos estamos tocados y heridos, pero no nos retiraremos del lado del otro, nos curaremos entre nosotros, como debe ser.

Han pasado tres meses desde que perdimos a nuestra Ángela, no hay un solo día en el que no tenga un pensamiento para mi niña, pero el dolor en mi corazón con el tiempo es menos. Cierto es que he tenido que aprender a vivir con la rabia de no buscar venganza, cuando deberíamos haber ido tras esas perras. Alba lo desconoce, pero en su momento consulte a mí abogado, podríamos haberlas hundido. Aunque al verla tan rota, estando yo igual, sabiendo que nadie nos devolvería a nuestra hija, pensé en elegirla a ella, quererla y recomponer lo que pudiéramos, porque ambos dejamos algo difícil de afrontar solos y, por eso, tratamos día a día hacerlo juntos.

Alba está casi recuperada. La anemia dejó su cuerpo muy débil, le ha costado bastante volver a su vida normal, sumado a la pequeña depresión posparto que sufrió. Ha tenido el cuerpo y alma partido, mi mujer ha estado más en la cuerda floja que con los pies en la Tierra, ahora que se encuentra casi recuperada yo seré el que la lleve al cielo, voy a conseguir que el brillo de sus ojos vuelva, necesito su esperanza para nosotros, la necesito para mí.

Porque, aunque no se lo he mostrado, mi alma también quedó un poco rota, mi falta de comprensión ante el ataque de sus hermanas, me ha tenido demasiado reflexivo, incluso envenenado en algunas ocasiones.

Como Dios aprieta, pero no ahoga, la vida decide darme un respiro, aunque mi vida personal ha sido un gran bache, en lo profesional no puedo quejarme. Marco ha sido un gran amigo, no dejando que pierda el norte en estos meses. Este tiempo ha tenido un ojo sobre mí, no dejando que tomase decisiones erróneas para el futuro.

Mi cabeza no ha estado siempre donde debería, he procurado no dejar a Alba demasiado sola, no quería que se sintiera desplazada y mi familia no ha parado de pasar por casa, con una excusa u otra, han sido de mucha ayuda todo este tiempo, llenando los vacíos que sin pretenderlo se habían instalado en nuestra casa.

En este tiempo Alba y yo nos hemos acercado más como pareja, ya no me molesta que no le dé tanta importancia a lo material, lo siento, sigo siendo un poco superficial, pero uno no es perfecto. Ella, por su parte, se muestra más cuidadosa, pero sin cortarse de sentirse cómoda, que para eso se encuentra en su casa, más bien la nuestra, seguimos con la tontería de que cada uno entramos por un lado, este lugar nos flechó, aunque a cada uno a su manera.

Alba ha vuelto a salir a fotografiar la ciudad, aunque a veces me deja acompañarla a la soledad de esos momentos, es perfecto observarla a ella con su cámara, absorbida en su propia realidad, me sigue fascinando verla trabajar, tan entregada, se transporta a otra realidad.

Los recuerdos me vienen a la mente, el primer amanecer que vimos juntos en aquella pensión en la isla, rememoro los días felices, cada momento pasado, ella siempre tiene otra forma de verlo todo y eso me atrae.

Hace días que quiero proponerle algo, pero no sé si se siente con fuerzas. Quiero llevarla a la isla, el lugar donde me enamoré de ella, aunque nunca lo hemos hablado, ahí es donde caí sin remedio.

Bajo a la cocina y está preparando el desayuno, sigue siendo la primera en levantarse, tiene la mesa preparada con café, leche, té, tostadas, fruta, huevos, hay de todo, estos meses de forzarla a comer bien, por fin han dado sus frutos y se ha acostumbrado a hacerlo sin tener que recordárselo.

Me paro en el marco de la puerta a observarla este ratito, cada día me enamora más, mi linda mujer lleva unas bragas moradas junto con una camiseta mía a la que le ha dado su toque personal a tijeretazos, le ha cortado el cuello y las mangas sin ningún patrón.

Uno de sus hombros esta descubierto, su piel es suave, apetecible y está lista para posar mis labios en ella. Alba no es una chica menuda, lo contrario, es una mujer, no una muñequita, el bajo de la camiseta no le tapa el trasero, sino que queda recogido sobre este, dejando al descubierto sus bragas moradas, mi color del día, su pelo está recogido en un rodete improvisado,

con la gracia con la que ella se peina, que da como resultado una maraña de pelos rizados. Escapan mechones sobre su cara como una niña despeinada, preciosa, esa es la única palabra que emula mi mente al verla por las mañanas.

Sigiloso, me acerco a ella, se sobresalta, pero no se gira, reconoce mi presencia, poso mis manos en su cintura y noto cómo se estremece por mi tacto, arrastro mis manos alrededor de la misma explorando su cuerpo, y mis labios van a ese hombro que tanto deseo besar. Su suspiro llena mis oídos, me excito, humedezco mis labios y avanzo con mi boca, exploro con mi lengua su hombro y llego a su cuello, lo abarco con mi boca, haciendo que ella se retuerza de gusto.

Aspiro su exquisito olor, dulce como un perfume suave, me embriago y continúo hacia su oreja, pronto llego a su lóbulo, lo muerdo solo con mis labios y escapa un jadeo de su boca. Mi cuerpo reacciona al suyo, una de mis manos baja a su cadera paseándose sobre el lateral de sus bragas, la otra se mantiene firme en su cintura, pero pronto se desplaza a su pecho, cubriéndolo con mi mano, que se llena con gusto ante la ausencia del sostén, mientras una de sus manos viaja a mi cabeza y la toma para juntar nuestros labios.

No es un beso dócil, mis labios encajan en los suyos, su boca se hizo para mí. La abre tomando la iniciativa de la acción, su otra mano está sujetando su cuerpo a la encimera, devoro su boca y ella me devuelve el gesto con igual hambre. Por lo incómodo de la posición, giro su cuerpo restregándolo contra el mío, sin darle un solo centímetro de espacio más del que hay entre nosotros, estamos calientes y excitados.

Hace demasiado que no nos deleitábamos el uno con el otro, aunque las muestras de cariño no han cesado en ningún momento han sido solo eso, cariño, solo eran caricias o roces, o como mucho palmaditas y pequeños apretones, nada a este nivel, no quiero presionarla, pero la verdad es que estoy deseoso de su cuerpo.

La doctora hace ya un par de semanas que nos dio el visto bueno, aunque nosotros aún no habíamos dado el paso, a veces las cosas no hay que forzarlas, solo aceptarlas cuando llegan, y nuestro momento ha llegado, por si acaso, ante la duda, fijo mi mirada en la de Alba, encontrando su deseo despierto en ella. Orbes oscuros se reflejan en los míos, tras comprobar que estamos en la misma página del cuento. La atraigo a mi cuerpo, hoy me salto el trabajo.

Su figura junto a la mía son fuego, nos besamos con hambre y necesidad, sus manos comienzan a sacar mis prendas y yo me centro en devorarla. Cuelo mis manos bajo su camiseta, recorro su espalda, suave y caliente, la excita, siempre ha sido su punto débil. Muerdo, lamo y beso su cuello sin cuidado, con urgencia, no aguanto y saco su camiseta que cae vete tú a saber dónde, la elevo y dejo sobre la encimera, con mi manos, en un gesto, abro sus piernas, me ubico dentro de las mismas, rozo mi pantalón sobre su zona, gemimos y sus manos desabrochan el pantalón tan rápido como pueden, colando su mano llegando a mi polla que llora reclamando su atención. La sujeta como solo ella sabe, joder..., cómo la he echado de menos.

—Mi amor, ¿estás segura?

No sé por qué, pero necesito oírlo de su boca. Sé que es estúpido llegados a este punto, sin embargo, mi cabeza es más razonable que mi polla.

—Jorge, no pares..., te echo demasiado de menos —dice con urgencia y sin parar sus caricias, esas que me vuelven loco, mientras explora mi pecho.

—Nena, estamos en la cocina —ruego un poco de cordura, pero no puedo, mi boca baja a sus hermosos pechos, con mis manos los sopeso, con mi boca los cato, con mi lengua me deleito con sus pezones que son como caramelos en mis labios—. Estate segura... porque no voy a parar.

—Nunca inauguramos la cocina, es una buena ocasión.

Mierda, esta mujer hace que pierda el juicio, me siento sin rumbo, hago lo más lógico: agarrarme a su cuerpo como a un salvavidas. Solo ella puede hacer que no me ahogue.

—Cariño, vamos al cuarto, aquí no hay condones.

Sé que no lo hemos hablado, pero el tema bebés por ahora es pronto.

—Lo sé, no hacen falta —dice tan tranquila, ahora sí necesito saber más, tomo sus hombros y me separo un poco poniendo espacio para esa explicación que necesito.

—¿Cómo? ¿Por qué dices eso? ¿Qué estás pensando? —pregunto confuso y un tanto herido porque me duele que no me haya tenido en cuenta para tomar esa decisión.

—El día de la revisión hablé con la doctora.

La miro fijo esperando a que continúe.

—Por ahora es pronto para otro bebé, pero hablamos y decidí tomar la píldora, además de los condones, por asegurar, sin embargo, llevo ya el tiempo suficiente para que haga efecto en mi cuerpo. Soy puntual y no he olvidado ni una sola dosis, así que tú decides, ¿seguimos? —asegura y me besa.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

No me duele no saberlo, pero sí quiero estar al tanto de todo, desde el percance me he vuelto un tanto controlador con lo que a ella respecta; lo reconozco.

—Perdona, cariño. —Será tramposa, sabe que con eso me derrito—. Sabes que aún a veces se me olvida que ya no soy yo sola, ¿me perdonas?

Pone esa voz de niña pequeña con la que ya sabe que me tiene.

—Bien, perdonada, pero, aun así, usted, doña Alba, tendrá su castigo —digo en tono severo aunque juguetón.

—Qué miedito me da usted, don Jorge, ¿qué tiene usted en mente? Para el castigo, digo.

Su tono es sugerente, ya estamos de cabeza en el juego. Me encanta verla así, con ese pequeño brillo que, aunque no luce tan fuerte como antes, aún sí se deja ver otra vez.

—Uuum..., déjame pensar, primero te podría tomar sobre esta encimera descargando todo mi deseo, lo siento, me disculpo porque, cariño, no seré gentil, me tienes duro y ansioso, pero sé que tú estás excitada y bien húmeda para recibirme.

Me aprieto contra su centro, sin pudor ella se frota y gime ayudando.

—Luego te dejaré tomar fuerzas desayunando, para más tarde llevarte a nuestra cama, donde te volveré a tomar tras tu espalda como tanto te gusta.

Mi voz suena baja, poco a poco me he acercado a su oído, sé que eso la vuelve loca, sus ojos están cerrados. Sin lugar a dudas imaginando cada una de las cosas que salen de mi sucia boca, me encanta hablarle así.

—Cuando te haya dado por lo menos un par de buenos orgasmos, te

volveré a tomar, pero esta vez más lento, haciéndote el amor, como llevo tanto tiempo esperando, ¿te parece buen castigo? —pregunto para finalizar.

—Jorge —suelta su boca cuando mi mano se cuelga en sus bragas.

Como he predicho está húmeda e hinchada, froto su botón, entonces se desatan un sin fin de gemidos e incoherencias, deslizo mis dedos dentro y ella se aprieta alrededor de los mismos. Los froto, y su cabeza cae hacia atrás con los ojos cerrados, está al límite, lo noto. La empujo al borde de la encimera sin bajarla, libero mi longitud y con mi mano la guío a su entrada, frotándome, empapándome de ella, me sitúo y empujo dentro.

Le he prometido que no seré gentil, he mentido, me deslizo sin prisa en su interior, saboreando cada centímetro recorrido, suavemente me encajo hasta la empuñadura, ahora somos uno. La miro y me imita, absorbidos por el éxtasis del momento, pero yo no aguanto más.

—Te amo —las palabras salen de mi boca, ella sonrío y habla:

—Mi amor —dice y me devora a la vez que se mece sobre mi cuerpo.

Salgo casi entero de su cuerpo, pero sin abandonarlo vuelvo a entrar hasta el mismo punto, así continúo embestida tras embestida. Mi cuerpo se crece, el suyo se estrecha, el ritmo sube, el calor se acumula y nuestros cuerpos explotan en un sin fin de sensaciones. Me niego a abandonar su interior, no salgo de ella, al contrario, la abrazo envolviéndola, pegándola a mi pecho, ella se aferra al mío con la misma fuerza, y sin soltarnos hago la primera inspección.

—¿Estás bien? —le pregunto, estoy asustado y no sé por qué.

—Mi amor —levanta su cabeza—, estoy más que bien —dice con su cara iluminada por una sonrisa—. ¿Tú estás bien?

—¿La verdad? —pregunto con duda—. ¿Quieres saberlo?

—Eso siempre, mi amor. —Otra vez esas palabras que me encantan, me responde sin bajar su entusiasmo.

—Me he asustado, hace tanto que... —No sé cómo expresarme sin sonar caliente.

—Cariño, a veces pienso que tú eres la mujer en esta relación. —Será bicho.

—Gracias, nena, en ocasiones eres tan sensible... —Ahí va mi sarcasmo.

—Lo sé, mi amor, lo sé —dice con sorna—. Jorge, tú eres un hombre de palabra, ¿verdad? —Eso no se cuestiona nunca.

—Sí —respondo con toda seriedad.

—Pues aliméntame que hoy tenemos una agenda muy apretada, sobre todo tu cuerpo contra el mío, no van a dejar de estar apretados.

—Pues, nena, lo prometido es deuda, así que a pagar.

Y de esta manera, desnudos y en la cocina, damos el pistoletazo de salida a nuestro mayor maratón de placer.

Capítulo 18

Nuestro paraíso

Alba

Jorge, el amor de mi vida, mi amor, no soy una mujer de lindas palabras, no porque no sepa decirlas, sino porque nadie me enseñó nunca qué era el amor, pero todo ese pensamiento negativo lo tiré por la ventana en el momento en que este gran hombre entró a poner mi vida patas arriba.

Acabo de despertar, lo primero en captar mis sentidos es que ya es de noche. La habitación se encuentra a oscuras, solo se diferencia algo gracias a la luz de la calle que se cuele en el dormitorio, baña la estancia perfilando las formas de los objetos. El ambiente está cargado, el olor a sexo se encuentra en el aire y no es para menos, después del día que llevamos, solo hemos parado para comer y por necesidades de la naturaleza.

Nos hemos tomado todas las veces que hemos podido, de todos los modos que nuestros cuerpos han pedido, parecía que más que cansarnos nos recargábamos con cada asalto. Recuerdos y sensaciones llegan a mi mente, no sabía que un día sin tregua te podía hacer tan feliz. Mi cuerpo desnudo, se encuentra mirando al techo, tumbada sobre mi espalda, estoy cansada, pero no puedo parar de sonreír.

Aferrado a mi cuerpo está mi hombre, también desnudo, con su cabellera revuelta apoyada sobre mi vientre y sus manos agarrando mis caderas como si fuera una almohada, con su pecho sobre el colchón y sus hermosas nalgas al descubierto, todo un regalo para la vista, en concreto para la mía.

Levanto mi cabeza echando un vistazo a mi alrededor intentando localizar alguna cámara, pero mi gozo en un pozo, no hay nada a mano para plasmar el momento, así que me dedico a observarlo con detenimiento en un intento de grabar a fuego esa visión en mi cabeza.

De forma inconsciente mi mano va a su cabeza, acaricio su pelo peinándolo con mis dedos; está más rizado debido a el sudor, y suave. Se retuerce sobre mi cuerpo y ronronea, es agradable, su aliento roza mi piel y me hace cosquillas, sé que no es consciente de mis acciones, aún sigue dormido,

así que procuro estar quietita ya que se ha ganado a pulso este descanso.

Nos hemos pasado el día entero con nuestros cuerpos pegados, ha sido una delicia, pensé que nunca volveríamos a hacerlo, estos meses en calma han sido largos. La verdad que nos lo estábamos tomando con demasiada calma, pero esta mañana, cuando se ha acercado de esa manera, no lo he podido parar. El calor que ha sentido mi cuerpo atrapado por el suyo ha sido fuego.

Ese sería el adjetivo para este día: fuego. Que nos ha quemado por dentro y por fuera.

Siento mi cuerpo como si hubiera corrido una maratón, no hay parte que este hombre no haya besado, lamido o mordido por no mencionar sus manos, parecían las de un niño curioso, no ha dejado recoveco por recorrer, y ¡joder!, qué recorrido. Mi chico tiene unas manos expertas que con solo su tacto te lleva al cielo.

Me incorporo sobre mis codos, estiro mi mano llegando a la lámpara, enciendo la luz y echo un vistazo al cuarto. Parece que un tornado haya pasado dentro de la habitación, no hay ropa porque la olvidamos en la cocina, pero hay sábanas, almohadas y colcha, todo esparcido como si hubiera explotado la cama.

La cocina, mi nuevo lugar favorito, desde entonces nada ha cubierto nuestros cuerpos, ya no me da vergüenza estar desnuda frente a él, mi cuerpo sigue siendo grande, mis pechos incluso después del embarazo son más grandes. Otro dato que Jorge me ha hecho notar en las incontables veces que los ha alabado, a pesar de que mi cuerpo me sigue sin encantar, he aprendido a valorarlo de otra manera, aunque no haría falta ya que a Jorge le vuelve loco, le gusta de sobra por los dos.

Quiero levantarme, acaricio su pelo e intento moverlo, pesa y no se mueve, segundo intento.

—Jorge —canturreo suave.

—Uuum. —Se remueve un poco, pero no abre los ojos.

Tercer intento.

—Jorge —le vuelvo a canturrear.

Esta vez no emite sonido, sino que sus labios empiezan a dejar un riego de

besos por mi vientre, sus manos acarician mis caderas hasta mi rodilla y vuelven a subir, no me contengo y río como una niña ante sus cosquillas.

—¿Don Jorge, usted, no se cansa?

—De ti, nunca. Es más, este descanso me ha recargado.

No sé cómo lo hace tan rápido, pero en un momento se encuentra sobre mí, se sujeta sobre sus codos y su cara se queda sobre la mía, deja caer su cadera, rozando nuestros cuerpos y un gemido se me escapa: estoy demasiado sensible.

—Quiero más —me dice con palabras además de con su mirada.

—¿Qué te parece si cambiamos de escenario? —le digo sugerente, no porque lo necesite en mi imaginación, sino en mi cuerpo un baño de agua caliente hará que mis músculos se relajen, para darle mejor acogida en mi cuerpo, que también clama por él—. Me apetece un baño y luego ahí veremos, ¿te parece? —Se queda pensando.

—Alba, la bañera no la hemos estrenado —añade con una sonrisa enorme, me da un suave beso que hace que despierten todos mis sentidos.

—Vamos, mi amor. —Mis nuevas palabras favoritas.

Le quiero, pero no me sale decirle ese tan maravilloso «te amo» que él me ha regalado, lo siento y él lo sabe, sabe que no todos nos expresamos igual y lo acepta, sé que mis palabras no han sonado vacías y que sus oídos las han recibido como el mejor de los regalos. Jorge, en el fondo, es un mimoso sin remedio.

Llenamos la bañera. Cuando reformamos la casa nos tomamos muy en serio nuestro baño, parece el de una *suite* de un lujoso hotel. La verdad que poco le sacamos partido, pero sospecho que a partir de hoy pasaremos más tiempo aquí.

El agua está tibia, tirando a caliente, me encanta, aguanto un montón el calor, es una de las mejores sensaciones del mundo, nos sumergimos los dos juntos, el relax nos invade y aparcamos nuestros instintos un momento, para disfrutar de las caricias que nos regalamos. Las acompañamos con besos, con «te quiero» y suaves palabras, que llenan nuestras almas aunque nunca lo suficiente.

Al final nos relajamos, permanecemos abrazados uno contra el otro, sus brazos y piernas me envuelven, extrañamente me siento pequeña, pero lo mejor de todo es la sensación de protección que me brinda, lo adoro.

—¿Qué tal te encuentras? —me pregunta, pero no sé el porqué.

—Cansada, excitada y feliz, te vale o busco más adjetivos. —Sonrío mientras le contesto.

—Bien, pero no me refería a eso, te encuentras con ganas... —le corto.

—Con más ganas... —Entonces es el quien me corta.

—No te preocupes que esas ganas las resolvemos ahora, pero antes quiero proponerte algo.

Este chico es una caja de sorpresas, a ver por dónde me sale ahora.

—Aún no estás trabajando y yo puedo irme unos días, ¿qué te parece si nos vamos de viaje?

Bonito plan.

—¿Tienes algún sitio en mente? —le pregunto despreocupada porque podría decir el fin del mundo que si es con él para allá que vamos.

—Sí y espero que te guste tanto como a mí.

Me giro quedando nuestras caras una frente a otra, sus ojos están iluminados, no sé qué tiene en esa cabeza, pero está claro que le hace mucha ilusión.

—¿Dónde? —le pregunto yo curiosa.

—A la isla, ¿qué te parece?

—A la isla —repito contenta—. Me encanta, definitivamente el mejor destino. —Lo beso—. Nuestro paraíso, mi amor.

Es uno de mis lugares favoritos en el mundo, aparte de preciosa, es el sitio donde me ganó el corazón.

—A la isla —decimos los dos como niños, justo antes de fundirnos en un beso que dará comienzo al siguiente asalto, hasta que el cuerpo aguante.

Esa noche la pasamos sumidos el uno en el otro, tras el encuentro de la bañera, caemos en un irremediable sueño. El relajante agua, sumado al abuso

al que nos hemos sometido durante el día, es lo normal. Por mucho que gustásemos de seguir, oye, somos humanos, eso no nos ha privado de un sueño en el que caemos abrazados, dulce descanso.

Al día siguiente y con mucho esfuerzo, preparamos nuestro viaje; pasaremos unos días en la isla, lejos de todo y todos. Jorge lo ha planeado, y no me quiere decir nada, este comportamiento juguetón hace que me enamore más de él.

Salimos al día siguiente, el vuelo es corto, en el aeropuerto nos espera un coche alquilado. Venda mis ojos, antes de subirme porque quiere que todo sea una sorpresa. No sé qué tendrá en mente, pero accedo y subo al coche. Estoy desubicada y no me oriento, sin venda soy despistada, pues con ella ciega total. La isla es pequeña y no tardamos en llegar a nuestro destino que muero por saber cuál es.

Para y no me deja bajar, lo hace él y abre mi puerta, estamos en una calle por los múltiples ruidos a nuestro alrededor. Seguidamente, toma mi mano y me hace caminar, obedezco con miedo: paso de caerme como un sapo. Se coloca detrás de mí, me abraza y susurra en mi oído:

—Ya, mi niña. —Saco la venda de mis ojos y casi lloro—. ¿Te gusta, Alba?

¿Que si me gusta? ¡Me encanta! Me ha traído a la pensión donde me hospedé la otra vez, es todo un detalle teniendo en cuenta que a él le gustan más los hoteles a todo lujo, ¿cómo no querer a este hombre?

—Me encanta, gracias, amor.

Lo beso intentando que en este gesto se transmita toda la emoción que hay dentro de mí. Para mí los hechos siempre prevalecerán sobre las palabras.

—Bien, porque tenemos nuestra habitación lista, y ya muero por hacerte el amor —lo dice mientras me empuja hacia el portal de la pensión.

No entiendo cómo se ha contenido tanto tiempo, porque desde que dimos el pistoletazo de salida no ha parado, vamos a recuperar el tiempo perdido, sumándole unos bonos por si acaso.

Nos registramos y subimos al cuarto, es el mismo, pero mi chico se ha ocupado de que le pongan flores y una cesta con fruta. Mi primer pensamiento: «Este loco no me va a soltar, cama y comida todo en un mismo espacio, me da

que solo voy a ver la isla por la ventana».

Apenas dejamos las maletas. Jorge no pierde el tiempo y tira de mí, comienza una grata sesión de largos besos, labios calientes y pequeños mordiscos, me vuelve loca su boca. Mi cuerpo no tarda en reaccionar, para qué engañarnos, yo también estoy deseosa de él, y no voy a privarme de algo que quiero.

La vida ya nos demostró que todo es efímero, hay que coger lo que te da y sacarle el máximo provecho, yo misma me sorprendo con estos pensamientos, pero de forma grata. ¿Cómo he podido cambiar tanto en tan poco tiempo? No tengo duda de que este cambio solo lo produce una persona, Jorge, el hombre que quiero a mi lado, por el que todo vale la pena. La ropa que llevamos desaparece rápido, hemos desarrollado una destreza increíble en el arte de desnudarnos.

—Cariño, te voy a tomar —dice separándose de mis labios, sé por qué me advierte.

A veces puede ser un poco bruto, la verdad que no me importa, disfruto siempre por el mero hecho de que lo hace él. En estos días he aprendido a canalizar el placer que puede llegar a darme, ya sea lento y suave o rápido y duro, su cuerpo hundiéndose en el mío es gloria.

—Ya tardas, amor —digo mientras su mano se cuela entre mis piernas que se encuentran apretadas buscando el roce entre ellas para aplacar un poco mi deseo.

Pero por su mirada pícara sé que ha comprobado lo que ya sabe, que mi cuerpo lo está esperando. Sin más me gira y apoya mi cuerpo sobre la pared, cuela sus manos bajo mi vestido, baja mis bragas lo justo para que no estorben, es excitante, nunca lo hemos hecho así.

—Abre un poco las piernas y saca el culo en pompa. —Obedezco—. Bien, mi niña —susurra en mi oído y besa mi cuello.

Coloca su longitud, me encanta cuando me toma desde atrás, pero en esta nueva posición se siente más intenso. Me penetra hasta el fondo, lo noto entero y gemimos al unísono.

—Eres mi lugar favorito en este mundo.

Su boca siempre logra que todo vaya a otro nivel y esta ocasión no es

distinta, se mueve, gemimos, yo me quedo quieta llenándome de nuevas sensaciones, no soy capaz de hablar, solo siento que él toma el mando.

—Más, Alba, te voy a dar más. —Solo asiento, embiste con más ganas, más rápido, me corro sin poder detenerlo, pero mi chico sigue... incansable.

—Bien, cariño. —No para de besarme, con cada roce más calor—. Vamos a por el segundo.

Toma mis caderas y siento que eleva más mi culo, estoy prácticamente de puntillas, pero él sigue embistiendo, y noto cómo se engruesa y sé lo que viene; me va a volver loca. Un poco más y se corre, lo noto todo, un líquido caliente recorriendo mi interior, me corro con él en un glorioso orgasmo, y sin fuerzas caemos los dos de rodillas al piso, mi cabeza contra la pared y la suya contra mi espalda.

—Alba, no sé si saldremos de aquí.

Me abraza y los dos arrancamos a reír. Desde luego van a ser unas vacaciones movidas.

Capítulo 19

Más tarde

Jorge

Hace dos semanas que volvimos de la isla, aún no puedo olvidar o más bien parar de rememorar los días que hemos pasado allí, la estancia ha sido como una luna de miel o lo que yo esperaría si el viaje lo hubiese sido...

Al final Alba me ha convencido para salir de la habitación, aunque por mí la amarraría a la cama, pero por verla feliz he cedido, claro que luego me lo cobraré con creces.

Visitamos los mismos lugares que la primera vez que estuvimos aquí, solo que con otra perspectiva, no dejamos playa por recorrer, Alba creo que ha fotografiado toda la isla con su cámara.

Hoy es la última noche y he reservado en el restaurante de nuestra primera cena, juntos, esta noche tiene que ser especial sí o sí, pasamos la tarde en la playa. Cuando regresamos, Alba entra a ducharse para refrescarse, su piel blanca está rosada por el sol y le pica, no aprenderá nunca a ponerse suficiente crema solar. Cuando escucho el agua correr pongo mi plan en marcha.

Antes de venir no solo quería traerla aquí, hay una idea que hace tiempo me ronda la cabeza, sé que me costará, pero tengo que intentarlo aunque el resultado no sea el que yo quiero. Está más que claro que estamos juntos, difícilmente nos separaremos, pero yo no me conformo y siempre quiero más, de ella lo quiero todo, es mi mujer y quiero que lo sea eternamente.

Le he comprado con ayuda de mi hermana un vestido precioso, nada que ver conmigo y mis gustos, todo que ver con ella, zapatos y unos complementos, la voy a vestir como a una muñeca, como tantas veces hemos bromeado, incluso le he elegido un conjunto de ropa interior de lo más *sexy*, por el que sufrí bastante cuando lo compré, concretamente una vergonzosa erección en plena tienda, por tener la imaginación demasiado ligera. Ella no lo sabe ni sospechaba nada, me ha costado un montón encontrar todo, cosa que me ha dado una idea que más adelante le propondré.

Dejo todo colocado en la cama y un sobre color marfil encima del vestido, y salgo del cuarto. Esta noche he reservado una habitación en un hotel de lujo donde yo me voy a preparar, sé que no es lo que más la vuelve loca, pero hemos aprendido a conocernos y ceder el uno por el otro, no se negará, hemos estado todo el tiempo en la pensión.

Nos hemos despertado al amanecer, que es cuando ella hace su foto del día, ha prometido poner todas en nuestro dormitorio cuando regresemos. Yo la he abrazado mientras ella fotografiaba, reteniendo el momento cada uno a su modo, ella, con su cámara capturando el cielo y sus colores, yo, con lo que ella me provoca. Lo tengo grabado en mi cabeza con tinta permanente. He olido su pelo buscando su esencia haciendo que su piel suave se erizara, aún calentita al abandonar la cama, poniéndose fría con el fresco de la ventana, cuando la ha abierto para tomar mejor ángulo para su obra. Mis manos perfilan su cuerpo que cubre con una sábana, para al final volver a arrastrarla a la cama, y comenzar el día haciendo el amor.

Los mejores despertares en todo nuestro tiempo como pareja, pero por Dios que intentaré que cada día sea especial con esta mujer, porque lo merece todo.

Todos los suyos le han negado justo lo que yo le daré, el amor, nada material le llenará porque eso es lo único con lo que han comprado su existencia, y eso es lo que más me gusta de ella. Aprecia los pequeños detalles del día a día, no hace falta que la llene con flores y joyas, con untarle la mermelada en las tostadas ya está ensimismada. Con besar su frente cuando sale de casa me da la mejor de sus sonrisas, con Alba todo es dar y recibir, el egoísmo no tiene cabida entre nosotros.

Llego al hotel y subo a la habitación, una *suite* grande, con una gran cristalera, que da a una terraza, por supuesto, con vistas a la playa, en la que hay una cama decorada con cojines y cortinas. Deposito las bolsas que he traído conmigo, sacando todo lo necesario para acondicionar el lugar, principalmente velas, el sitio ya es bastante bonito por sí solo, pero ¿quién no ha querido hacer el amor a la luz de las velas? Lo sé, soy más femenino que mi mujer.

Llamo a dirección para pactar la hora en la que deben tener todo preparado, champán y las velas encendidas, de la bañera ya me ocuparé yo mismo. También les he dicho que suban un par de bandejas con bombones y

fruta. Cuando todo se encuentra preparado, me ducho y cambio, no tardando más de media hora en estar listo, un rato más y ya estoy sentado en la mesa, esperando a la que pronto será mi mujer.

No tarda demasiado en llegar y, cómo no, está preciosa, me busca en el comedor y mi cara se ilumina cuando localiza mi mirada en dirección a la suya, veo que tiene una sonrisa radiante, nos miramos como si solo estuviéramos nosotros dos. Esta chica se ha convertido en mi mundo, hemos pasado por demasiado y eso nos ha hecho más fuertes como pareja. Me levanto de mi silla a la vez que ella llega a la mesa donde me encuentro sentado, está bellísima, no puedo dejar de mirarla, la beso de forma suave.

—Doña Alba, se ha lucido, está usted preciosa —la alago cuando separo su silla para que se siente.

—¿Esto? —Se señala a ella misma—. Me lo he encontrado.

Asiento divertido, se inclina sobre la mesa y dice bajito:

—¿Sabes...? Creo que hay un hombre que quiere jugar conmigo a las muñecas.

Los dos nos partimos de risa, esta es mi niña juguetona, ha recuperado el brillo en sus ojos y saber que he sido yo el que se lo ha devuelto me hincha el pecho.

—Pues cuando vea a ese hombre, dígame..., mejor no le diga nada que él seguro que estará encantado con las vistas que usted ofrece. Ven.

Nos inclinamos y juntamos nuestros labios en un suave beso, saboreando el uno el sabor del otro, por su cercanía noto algo especial; el olor de su perfume, suave y dulce, ha debido de comprarlo porque estoy seguro de que en su neceser no estaba, mi chica también ha querido tener un detalle conmigo.

—¿Cenamos? —me dice.

—Ahora lo traen, ya he pedido solo estaba esperando a que llegaras.

He aprendido sus gustos en gastronomía y le gusta que le pida la comida, dice que siempre es una buena sorpresa.

—Gracias, mi amor.

«Gracias a ti, preciosa», no lo digo porque si no me va a llamar nenaza.

—Es la última noche. —Asiento.

—O la primera, ya veremos —le digo y me mira con esa cara que me pone cuando sabe que oculto algo.

—¿Con secretitos, don Jorge? —Me hago el desentendido.

—No sé de qué hablas.

Miro a otro lado y ella entrecierra sus ojos en mi dirección, buscando algo, pero parece que no lo encuentra.

—Hay mucha noche, ya te pillaré.

—Bueno, ¿qué tal lo has pasado estos días, cariño? —pregunto para cambiar de tema.

—Cuando quieras podemos repetirlo, porque se ha convertido en mi lugar favorito de vacaciones. —Hace una pausa—. Y más si es contigo.

Pone esa cara de deseo que siempre tiene cuando estamos enredados entre las sábanas, esa mirada oscura que hace que todo alrededor pierda sentido.

—Alba, para —le advierto, no por falta de ganas—. Ahora cenemos, más tarde te vas a enterar.

Lo entiende a la perfección.

—Más tarde.

Traen la comida y cenamos, con una agradable charla sobre los planes que tenemos cuando volvamos, nada profundo. Al terminar la cena damos un paseo por la playa, abrazados con nuestros zapatos en las manos.

—Tengo una sorpresa —digo bajito, solo para nosotros—. Esta noche pareces el hada madrina.

Le doy un pellizco cariñoso en la cintura, ella se retuerce en mis brazos y se ríe.

—Estás hecho un bicho —le digo besándola—. Vamos.

—Vamos —concuerta.

Nos cogemos de la mano y caminamos de vuelta al coche, donde abro su puerta como todo un caballero y de ahí al hotel, sonrío a medio camino porque sabe que hoy vamos a otro lugar.

—¿Hotel? —pregunta, aunque ya sabe de sobra que sí.

—Hoy sí, cariño, has conseguido que no me disguste la pensión, pero hoy cambiamos, ¿estás conforme?

—Si es contigo, como si quieres dormir en la playa.

Sujeto su mano y se la beso en el dorso.

—Te amo —le digo en respuesta.

La isla es pequeña, no tardamos en llegar al hotel donde aparcan el coche por nosotros, damos las buenas noches en recepción y subimos al ascensor. Evitamos abalanzarnos el uno sobre el otro, tenemos toda la noche por delante, quiero saborearlo. Rozamos solo nuestras manos de forma tímida, hasta que nuestros dedos meñiques se enlazan, es tan íntimo...

Llegamos a nuestra planta, al salir al pasillo cojo su mano guiándola a nuestra habitación que ya está acomodada como he pedido, nos detenemos en la puerta. Antes de abrir saco de mi bolsillo un pañuelo, lo ve y entiende, se gira sobre sí misma. Tapo sus ojos y la vuelvo a girar, cojo sus mejillas y la beso, un toque, solo uno que resume todo lo que pasará detrás de la puerta que tenemos enfrente.

—Te amo —le susurro y cuando me voy a retirar ella susurra de vuelta:

—Yo también, mi amor.

Así es como tiramos otro bloque del muro que mi niña ha levantado para protegerse a lo largo de su vida, pero en el que ha hecho un hueco para dejarme pasar, un hueco que con esas palabras sé que está hecho a mi medida. Abro y la ayudo a entrar, hay velas por todo el lugar, bien situadas lejos de las zonas de peligro. En la mesa de centro y en la zona de descanso y las bandejas con la comida y la bebida. Al fondo diviso que en la terraza han adornado también la cama de exterior, este lugar se caracteriza por algo: el buen servicio. Me sitúo tras ella y susurro en su oído:

—¿Lista?

Asiente mordiéndose el labio, anticipando lo que la noche nos depara. Quito despacio el pañuelo de sus ojos, que tardan poco en hacerse a la luz ya que es muy tenue por las velas, mira maravillada a todos los lados, sus ojos van de un sitio a otro sin detenerse.

—Jorge —dice y mira al otro lado—. Esto es... —me mira y vuelve a cambiar su mirada a otro lado— precioso. —Se gira y veo que está cayendo una lágrima con su carita roja, no me asusto, he aprendido a diferenciar cuándo su llanto es de pena y este puedo asegurar que es de felicidad, me acerco y la envuelvo en mis brazos.

—Mi niña linda, no llores, si no te gusta mando quitarlo todo ahora mismo.

Sé que no es eso, pero quiero que ría, le hace gracia cuando soy un exagerado, se ríe y llora a la vez como pretendía.

—De quitar nada, es precioso, se queda todo. —Se abraza con más fuerza a mí.

—Para ti todo es poco, cariño.

Beso su sien, quedándonos así un rato, podría haber sido toda la noche y me habría parecido insuficiente. Se mueve y sale un poco de mis brazos cuando su mirada se fija más allá del ventanal y ve algo en la terraza.

—¿Hay más?

Camina en esa dirección, abre la enorme puerta corredera, dejando entrar la brisa fresca de la noche, y se queda en el marco contemplando la cama de playa decorada, acompañada también con velas.

Se gira y me mira. Una sonrisa parte su rostro y viene hacia mí, se abraza a mi cuello, a la vez que me besa la cara, dedicándome «te quiero» y «te amo» a ritmo de besos, no puedo parar de reír, finaliza con un fuerte abrazo que correspondo con igual intensidad levantándola un poco sobre el suelo.

—Te amo, mi niña, y hoy será la noche en la que te quede claro que nadie puede con nosotros porque somos uno.

La bajo al suelo lento sin separar nuestros cuerpos, afianzo mi agarre en su cintura y la miro, nuestros rostros se acercan con lentitud, se funden en un beso que como siempre que se avecina tormenta entre las sábanas, comienza despacio, pero pronto se alborota. Nos besamos con hambre de más, al igual que llevamos haciendo todos estos días.

—¿Dónde? —pregunto sin bajar el ritmo.

—¿Dónde qué, Jorge? —me responde igual, con sofocos, palabras cortadas y besos.

—¿Dónde quieres que te haga el amor primero? Elige.

Le encanta que la provoque con palabras, ya es un juego habitual que nos calienta sobremanera.

—¿Solo puedo elegir uno? —Qué bien ha aprendido a jugar.

—Elige por dónde empezar, porque voy a hacértelo en todo los lugares y de todas las formas que esta habitación nos ofrezca, incluida la terraza.

—Don Jorge, no prometa cosas sin saber si va a cumplir.

—Doña Alba, a usted no se le promete, se le cumple, y yo soy un caballero de palabra, se lo voy a hacer tantas veces como mi cuerpo me deje y el suyo me reciba.

—¿Cuándo? —pregunta.

—¿Cuándo, qué?

—Que cuándo empieza, don Jorge.

No le contesto, porque mis manos están sacando su vestido y mi boca trabajando su cuello, justo en la zona que sé que pierde su cabeza, solo oigo jadeos inconexos que salen de su garganta, sus manos tallan mi cuerpo desde el pelo a las nalgas sin sutilezas, creo que primero follaremos y luego cuando nos hayamos calmado el ansia nos lo tomaremos con más tranquilidad. La prenda cae al suelo y yo me retiro para contemplar su ropa interior con la que he fantaseado tanto, el encaje redondeando sus pechos, combinado con el satén rosa.

Quito mi camisa arrojándola a mi espalda y sin ninguna vergüenza saco el botón de mi pantalón y abro la bragueta, quitándole un poco de presión a la polla que ya me palpita dentro de la licra de mi calzón, que sin disimulo sale de su refugio sintiéndose liberada. Sus ojos se centran en mi entrepierna, mira y se relame, estos días estamos recuperando el tiempo perdido, pero esto es un pendiente que tenemos, por lo menos por mi parte y por lo que veo ahora por la suya también, aunque hoy no, los experimentos para otro momento.

Niego con mi cabeza sin decir nada y ella se ríe porque me ha comprendido, aun así, se acerca lentamente a mi cuerpo y mete su mano dentro de mi ropa interior, toma lo que ya sabe que es suyo, lo acaricia con la mano y me hace temblar, solo con ella es de esa manera.

—Suave, tenemos toda la noche —digo con mi cabeza hacia atrás y mis ojos cerrados, en un intento de calmar mis ánimos y no correrme sobre sus manos.

Cojo su muñeca, saco la mano de su escondite, en un rápido movimiento la tengo sobre una mesa que apoya en la pared, acariciando sus pechos.

—Te queda de muerte. —Noto cómo mis pequeños caramelos salen a flote deseando que los tome en mi boca.

—Tienes buen ojo. —Baja mis pantalones con sus pies y coloca sus manos sobre mis nalgas.

—Tienes un culo que dan ganas de morder. —Lo aprieta con sus uñas y Jorgito pequeño toma más impulso, me rozo contra ella en un vago intento de apaciguar los calores.

—Jorge, no puedo más. —Está excitadísima, hay dos prendas de por medio y noto su humedad, yo tampoco puedo más.

Sin acabar de bajarme el calzón, tomo con una mano a Jorgito y con la otra hecho a un lado sus bragas, pasando mis dedos por su hendidura sin penetrar.

—Alba, estás empapada. —Gimo atacando su boca.

—La culpa es tuya, arréglalo —me dice y yo orgulloso de que así sea como yo la pongo.

No tiene que pedirlo dos veces, sin darle tiempo de arrepentimiento, ya estoy dentro de ella, su cabeza cae hasta la pared donde apoya la mesa junto con un sonoro gemido al que acompaño con el mío. Sin sutilezas me muevo fuerte y duro, joder, yo desisto, he intentado que el primero fuera suave, pero es que cada vez que nos ponemos al tema no puedo contenerme, ni yo ni ella, paso y me concentro en el momento, entro y salgo de su cuerpo rápido, no puedo parar. Agarro sus piernas en cada embestida haciéndome paso en su cuerpo que ya clama por su liberación

—Jorge, no puedo más —me dice jadeando, así que acelero el ritmo—. Mi niña, juntos.

Su cuerpo se cierra y el mío se entierra con fuerza en el suyo que acoge mi liberación a la vez que suelta la suya, gritando como animales. Mi cabeza cae en su cuello, mis manos se sujetan a la mesa, su cuerpo contra la pared y mis

piernas apenas me sostienen.

—Nadie puede decir que no eres un hombre de palabra —murmura casi sin voz por la satisfacción recién obtenida, levanto mi cara contemplando la suya y rompemos a reír

Capítulo 20

Sí, sí, sí

Alba

Al final he sacado a Jorge de la habitación, aunque lo mío me ha costado, que va, el precio que me ha puesto lo pagaría con gusto el doble de veces, bueno eso es un tanto exagerado, porque no nos soltamos desde que llegamos, pero hace tiempo que decidí que a este hombre no le negaría nada al igual que él se esfuerza cada día más en entregármelo todo.

Llegamos a la pensión tras toda la tarde al sol, entre el calor, la arena y la sal del mar, parezco un cerdito rosa. La piel me escuece, pero me está bien empleado. Jorge se ha pasado toda la tarde recordándome que no me he puesto suficiente crema, pero con preocuparme de que la cámara no se llenara de arena tenía bastante, ahora lo estoy pagando.

Nada más llegar entro en el baño, me urge refrescarme, me desprendo de mi ropa, que no es mucha, pero me agobia en estos momentos.

Sobre el lavabo dejo todo preparado para después del baño, pongo el pestillo porque este hombre no conoce la palabra descanso. Ayer me escapé y compré un perfume, uno que sé que le encanta. Aproveché y compré la crema corporal también, huele suave y dulzona, mi chico se va a volver loco, una de sus más tiernas caricias siempre es su nariz en mi cuello o perdiéndose en mi pelo, hace que todo mi cuerpo se estremezca sin poder evitarlo.

Adoro el agua caliente, aunque en esta ocasión tendré que conformarme con agua tibia tirando a fría, ya que al contacto con mi piel tengo la sensación de que quema, poco a poco bajo la temperatura de mi cuerpo, tras un rato es más gratificante y la sensación tan molesta que traía ha desaparecido.

Lavo mi cuerpo disfrutando de cómo la sal y la arena desaparecen, todo queda invadido por el jabón, champú y acondicionador. Termino regándome con agua fría de pies a cabeza, acabando por fin un poco con la sensación de calor, dando paso a un gratificante frescor.

Seco mi piel, aplico un poco de aloe para acabar de calmarla, y cuando se ha secado me doy la crema que le gusta a Jorge, su olor me envuelve,

realmente me encanta el gusto que tiene para los detalles.

Siempre le pego en lo femenino que es, pero la verdad que tanta risa encierra un poco de envidia, como mujer deo que desear, he vivido tan absorta en pasar desapercibida que me he perdido un poco o mucho de coqueta.

Aunque Jorge se está ocupando de enseñarme a quererme más a mí misma, por cierto, qué raro que no haya intentado ni tan siquiera entrar, me envuelvo en la toalla y salgo del baño, ojeo la habitación que se encuentra vacía, hago un segundo barrido deteniéndome en la cama donde descansa algo que antes no estaba.

Me acerco despacio, y hay un precioso vestido estirado sobre ella, zapatos y una bolsa con un logo que reconozco como el de una tienda de lencería. Me llevo una mano a la boca ahogando una carcajada, lo hizo, al final lo hizo, mi chico quiere jugar a las muñecas conmigo.

Vuelvo a repasar todo y tras la impresión del momento me doy cuenta del sobre que descansa entre las cosas. Lo tomo, lo abro y me siento porque ya me impresiona que me haya escrito una carta, una de verdad y no del banco, o de cualquier marca absurda de publicidad, una escrita a mano, pero ¿cómo no voy a estar enamorada de este hombre si hace lo que nadie? Es único.

Mi niña:

Aunque de niña no tengas nada, es lo que eres, mi pequeña, la mujer que encontré en aquel baño y me dejó jugar con ella a las muñecas, la que me ha conquistado, la que llena mis días y en las noches mi cama, la única en mi vida.

Reúnete conmigo en el lugar en que tú me descubriste lo linda que es esta parte de la isla, donde yo la aprecié con tus ojos.

Pd: Espero que todo sea de su gusto, doña Alba, póngase preciosa, aunque para mí ya lo es, quiero que veas lo que yo veo.

Juega conmigo esta noche y mírate con mis ojos, apréciate y quíete, porque yo ya lo hago.

Don Jorge.

Es preciosa, un resumen perfecto de lo que estamos viviendo: amor.

Lo amo, lo amo como jamás pensé que podría hacerlo por nadie, porque eso era como yo me sentía, como nadie, pero gracias a él sé lo que es que el

pecho se te caliente, las manos se te llenen, y la desgracia no te lleve por delante.

Porque la desgracia nos alcanzó, la pérdida de nuestra niña fue un hecho que podría haber terminado con nosotros o por el contrario unirnos y eso pasó, que hemos salido de ella para seguir así, juntos, teniéndonos en cuenta, apoyándonos y sobre todo queriéndonos.

Un par de lágrimas escapan de mis ojos, las retiro con el dorso de mi mano libre y dejo la carta a un lado, miro lo que hay sobre la cama. El vestido es precioso, una transparencia sobre satén, paso mi mano notando la fina tela al tacto, es tan bonito..., los zapatos también. Cojo la bolsa y echo un vistazo dentro, no tengo nada así en mi cajón de ropa interior, pero tomaré esto como una indirecta para incorporar al guardarropa, eso sí será una sorpresa para cierto don, que también hay que decir que jamás se ha quejado por las bragas de algodón, pero me ha dado un buen punto para sorprenderlo.

Vuelvo a coger la carta y la leo de nuevo, veo que me ha citado en el restaurante que fuimos la primera vez que cenamos fuera de esta habitación, me encanta ese lugar porque me recuerda a él. Me arreglo con todo lo que me ha dejado preparado para esta noche, que sé de antemano será especial.

Cuando llego al lugar me espera sentado, se me ilumina la cara y me salta el corazón del pecho al encontrarlo, me recibe como todo un caballero, además me ha elegido la comida, eso me encanta.

En los últimos tiempos he decidido dejarme querer, dejar que te elijan la comida puede parecer que te quieren dominar, pero si lo miras desde otro punto de vista, para mí es que me quiere mimar. Sabe lo que me gusta comer y lo que es bueno para mí, con lo de la anemia lo pasé mal, mi cuerpo quedó casi sin fuerzas para afrontar el día a día, él me ha cuidado y enseñado a comer para no caer enferma, otro punto de conexión que nos une; el amor a la comida.

La conversación es íntima y cargada de complicidad, aunque por sus gestos sé que me esconde algo, pero cuando quiere bien sabe ocultarlo, ya veré qué es, seguro algo bueno.

El paseo ha sido como la primera vez solo los dos en compañía de la noche, el viaje al hotel obvio, es más me sorprende lo que ha aguantado en la pensión y sin quejarse, hoy cedo yo.

Llegamos y es más que evidente que ya ha pasado por aquí por la actitud que toma al entrar por la puerta, lo tenía planeado. En el ascensor nos contenemos, como cuando no te quieres acabar algo que está muy rico y te lo reservas, es esa sensación de querer saborearlo todo despacio.

En la puerta me enseña el pañuelo y ya sé lo que tengo que hacer, no voy a discutir, para qué, sentir que te miman es además de bonito, reconfortante, me besa, me dice que me ama, sin contenerme, como he hecho mil veces, le digo que yo también, no puedo ver su cara, pero me la imagino.

No me ha presionado, ha aceptado lo que le he dado, pero también sé que oírlo le ha completado y a mí me ha quitado un peso de encima. Es la primera vez que lo digo en toda mi vida y estoy segura de que ha sido a la persona adecuada. Me guía a través de la puerta, ya que está detrás de mí.

—¿Lista? —susurra en mi oído.

Asiento nerviosa por saber qué habrá preparado, me quita el pañuelo y entorno mis ojos acomodándolos a la luz... de las velas, velas, ¡oh, por Dios!, todo es..., no tengo palabras, digo su nombre como tonta y vuelvo a mirar todo, repito la acción y otra vez lo miro. Llora de felicidad porque nunca he tenido algo tan bonito. Me aprieta entre sus brazos diciendo estupideces solo por hacerme reír, aunque sé que tiene claro que llora de alegría, las penas ya las dejamos atrás.

Me sostiene entre sus brazos, mi lugar en el mundo, entonces me doy cuenta de que aún queda más por ver, fijo mi vista más allá de la cristalera y veo que algo se ilumina en la terraza, me acerco a la puerta y la abro; una cama, una cama en la terraza, con más velas... Lo que vamos a hacer ahí fuera...

Me arrojo a su cuerpo aferrándome a él como si la vida me fuera en ello, le beso y lo colmo de las palabras que tanto le gusta escuchar, me devuelve el abrazo y las palabras también, acompañadas de una promesa que sella con un beso lento, suave, entregado, que poco dura en calma para ser pura pasión que desata el juego que más me gusta. Su boca entra en acción calentando el ambiente que ya se encuentra bastante cargado, sus besos, los míos en combinación, la hoguera está prendida y recorro su cuerpo, me deleito en esas nalgas que me tienen loca.

Mi vestido ya no está, retrocede para contemplar su obra que por lo que

veo le gusta, le gusta mucho, se desnuda sin quitarme ojo, pero qué leches yo tampoco me corto, abre su pantalón y la tela del calzoncillo se eleva sobremanera.

Me relamo con el sucio pensamiento de cómo sería tomarlo con mi boca, pero Jorge adivina mi pensamiento que queda desechado, lo tomo con mi mano como sé que le gusta que lo haga, pero él manda por el momento. Me excita más si se puede, lo acerco a mí sin retirar nuestra ropa interior para tomar y alabar otra vez su culo, se lo mordería, estamos desatados. Me toma sobre una mesa de la forma más salvaje que puede, no me cuesta seguirle porque los dos ardemos al mismo ritmo para convulsionar a la vez, aseguro que este hombre tiene palabra y si promete cumple.

Me ha cumplido toda la noche como un hombre, como ha prometido no ha dejado lugar donde no lo hayamos hecho, sin reservas me ha tomado cómo ha querido y yo gustosa me he dejado, nos ha llenado de placer como él solo sabe.

Falta poco para el amanecer, no hemos dormido nada ahora estamos en la cama tomando uno de los pocos descansos que me ha dejado.

Desnudos tumbados sobre nuestros costados llenándonos de caricias, esta es mi parte favorita: recorrer su cuerpo con mis dedos, bordear su brazos musculados, perfilar su clavícula con mi índice bajando por su pecho y serpentear entre sus abdominales para terminar dibujando sobre la línea de vello que va desde su ombligo hacia la zona íntima donde no llego, ahora no, esto no va de calentarse, sino de intimar. Lo miro a la cara, sus mejillas rojas, sus labios hinchados y en sus ojos amor por la persona que tiene enfrente.

—Vamos —me dice bajito sin romper el momento.

—¿Dónde? —Estoy tan bien que quiero prolongarlo un poco más, siento que no hay más mundo que esta cama.

—Va a amanecer, toma la cámara y vamos fuera. —Este ha sido nuestro ritual desde que llegamos, me incorporo desnuda, mi cuerpo no ha cambiado, solo que ahora me quiero mucho más, gracias a la seguridad que Jorge me ha dado he aceptado que soy bonita a mi manera, la cual me gusta. La vergüenza se ha ido junto con mi fea visión, que no era real, solo mala alentada por el veneno de los que no me quieren.

Me giro a la ventana, Jorge está parado esperándome en el marco de la

puerta con una sábana en la mano, su cuerpo y una sonrisa en su cara.

Sé que le gusta la confianza que le muestro al dejarle verme desnuda, se recrea más de la cuenta en como dice él «sus caramelos», que aparecen como si los hubiera llamado con su mirada, pasa su lengua por sus labios relamiéndose, sabiendo que no queda nada para poder saborearlos.

Llego a su lado y me cubre con la sábana para resguardarme del contraste de la noche con el amanecer, besa mi cabeza y coje mi mano caminando fuera. Buscamos un buen ángulo, contemplo el lugar, desde luego no son como las vistas de la pensión, pero hoy me da igual. Esta será la foto que pondré en el centro del *collage* que tengo pensado, porque esta noche representa demasiado en nuestra relación como para colocarla en un lugar apartado. Me concentro en la foto, él en mi cuerpo, disparo y bajo la cámara, pongo mis manos sobre las suyas que se han anclado en mi vientre.

Qué recuerdos tan lindos me trae esta posición, una pequeña lágrima escapa, pero es recogida por mi pelo, he aprendido a vivir con la pérdida de mi ángel, pero su recuerdo siempre estará ahí. Sé que se ha dado cuenta cuando besa mi sien y aprieta mi cuerpo porque él también lleva esos recuerdos en su corazón, no hay tristeza solo buenos recuerdos, lo aparco en mi mente antes de perderme en la nostalgia.

Jorge respira de forma profunda en mi cuello a la vez que yo suspiro, el sol hace su aparición junto con las palabras de mi chico.

—Cásate conmigo —lo dice alto y claro, vamos, que mis oídos no me engañan, me tensó porque no me lo esperaba, esto no, desde luego.

Me giro sobre mi eje quedando frente a frente, sin un ápice de distancia entre nuestros cuerpos, solo la sábana que me resguarda del frío que desde luego se ha disipado del ambiente con semejante proposición. Lo miro fuera de mí y como boba solo puedo decir un estúpido:

—¿Qué? —Me alza la barbilla para que no me pierda detalle y repite:

—Cásate conmigo. —Su mirada es profunda, seria, dejando en claro que esto no es ninguna broma, yo solo lo miro, pero no respondo... Creo que se me han fundido los plomos—. Alba, no he traído anillo, no porque esto sea producto del momento, sino porque sé que no te gusta la idea de atarte, respetaré eso en lo que preparamos la boda, pero el día que nos casemos, tomaré tu mano y pondré un anillo que te hará a los ojos del mundo lo que para

mí ya eres, mi mujer, te repito, cástate conmigo. ¿Qué dices?

¿Qué le dices a un hombre que te conoce mejor que tú misma, tan bien como para respetarte, pero, aun así, no poder evitar quererte atrapar? Pues lo que toda mujer le diría.

—Sí, sí, sí —digo saltando abrazándome a su cuello, me abraza por la cintura elevándome del suelo y girando sobre nosotros.

—Mi niña, no... mi mujer, serás mi mujer, serás mi mujer —repite riendo, creo que no se cree que le haya dicho que sí, bueno, casi ni yo me lo creo.

Me baja regando de besos mi cara, para acabar tomando mis mejillas a la vez que mi boca.

—Mi mujer —repite sobre mi boca.

—Y tú, mi marido —le digo en un susurro solo para nosotros, sonreímos como quinceañeros, me coge en brazos y chillo por la impresión.

—Señora, le voy a hacer el amor antes de que se arrepienta. —Río por su ocurrencia.

—Aún no soy señora y jamás me voy a arrepentir.

Camina conmigo en brazos hasta la cama exterior que aún no hemos tocado, el muy manipulador lo estaba reservando para este momento, ahora lo veo claro lo ha estado preparando y no desde ayer, le ha llevado más tiempo, esto es lo que estaba escondiendo.

Deja mi cuerpo sobre la cama que se encuentra vestida de blanco, las velas aún lucen, pero sin fuerza ya que la luz de la mañana se hace presente poco a poco. Tiñe todo con naranjas apagados y suaves rosas, su mirada fija en la mía, ya no hay risas fuertes, solo nuestras respiraciones tranquilas, gestos tiernos, se tumba sobre mi cuerpo frente con frente, humedece sus labios y me besa.

—Te amo —le digo, sonrío.

—Te amo —responde.

Aparta la sábana, descansa su cuerpo sobre el mío, su mano recorre desde mi mejilla hasta mi rodilla, la coge moviéndola para hacerse sitio entre mis piernas, las abro y dejo que se sitúe. Sube su mano que enlaza con la mía,

repite el movimiento con su mano libre, unimos nuestros labios en un beso lento, acaricia mis labios con su lengua y yo hago lo mismo. Nuestras bocas se abren empapándose la una de la otra, se mece sobre mí, buscando que su cuerpo encuentre camino dentro del mío, empujamos nuestras caderas rozando nuestros cuerpos que están unidos haciéndonos uno solo. Los movimientos son lentos pero certeros, nuestros besos tiernos cargados de significado, con caricias, besos, nos colmamos así sin prisa tomando todo el tiempo del mundo, en un suave baile horizontal. En él llegamos a un intenso orgasmo, para luego, tras saborear cada uno de los espasmos que nos ha dado el cuerpo del otro, acostarnos abrazados hasta que nuestros estómagos rugen rompiendo el momento y poniéndonos a reír, devolviéndonos a la realidad de que necesitamos alimentarnos, porque somos reales, un hombre y una mujer, solo eso.

—Jorge, amor, te falta el desayuno —digo a la vez que reímos.

Capítulo 21

sois unos bichos

Jorge

La vuelta al trabajo está siendo dura, en los últimos meses debido a la situación personal que teníamos en casa he pospuesto tratos y reuniones, quizás demasiadas cosas, pero antes que el trabajo estamos nosotros y la mala salud de Alba me ha ocupado mi tiempo y, por supuesto, ella era lo primero.

El perder algo importante te hace reflexionar sobre la importancia de las cosas y su orden de prioridad. Pero la vida me regaló un ángel de la guarda llamado Marco, lo agradezco cada vez que puedo, bendito el día en que se cruzó en mi vida. Me ha salvado de malos tratos y relaciones dudosas, es un gran amigo y socio.

Su experiencia en este mundo, me ha ayudado en múltiples ocasiones, además de que me ha guiado desde que me adentré más en los negocios, aparcando un poco el modelaje, pero sin salir de él, no lo dejaré mientras pueda, aunque el futuro sé que no está ahí. Ser guapo no es eterno, aún estoy muy bien y me queda cuerda en el negocio, pero hace tiempo que empecé a diversificar mi dinero, la ropa masculina es uno de mis negocios, sin embargo, poseo otros, la línea de baño es algo nuevo que hemos hecho y está funcionando bien, además de otras cosillas.

Quiero hablar con Marco porque hace tiempo tengo una idea que no me parece mala, pero, aun así, quiero su consejo, lo he citado esta mañana, sé que voy tarde, aunque como ya he dicho hay prioridades.

Desayunar cada vez que pueda con mi mujer va primero y él lo entiende, de hecho fue gracias a él que Alba no se me escapó, un buen amigo que me abrió los ojos y me dio un sabio consejo como en otras tantas ocasiones.

Bajo a la cocina listo para salir en cuanto desayune, como cada día en la mesa está todo preparado, solo falta la mujer que pasea en bragas y una camiseta negra. Es lo más rico que se ha visto para desayunar, me encanta observarla un poco antes de entrar, ver cómo se mueve me embelesa, es tan fresca, tan natural, que es normal que tenga cara de bobo. Cuando me pillan me

sonrojo.

—¿Don Jorge eso que veo es sonrojo? —me dice coqueta.

—No, doña Alba, es que con la vista que me ofrece, me ha subido la temperatura.

Abre los ojos de par en par junto con su boca formando una «o», se hace la sorprendida, pero camina hasta la puerta donde sigo, me quiere volver loco, su cadera va de un lado a otro en un suave vaivén, sus pechos, como todas las mañanas sin ataduras, botan de forma juguetona. Esta niña ha aprendido demasiado y ahora soy yo el que se queda sin respiración cada vez que toma la iniciativa como en este instante.

Llega hasta mí y se para, levanta sus brazos los coloca en mi cuello, llevo mis manos a sus antebrazos y en una caricia los voy bajando. Paso por sus hombros donde trazo su silueta hasta su cuello, cierra sus ojos y cae su cabeza, todo ser tiene su punto débil, para Alba cualquier caricia en su cuello y espalda es comenzar una fiesta de sensaciones. Continúo con mis dedos que bajan marcando su espalda, desviándose un poco y trazando un camino sin sentido sobre su suave piel, a ella se le escapa un leve gemido, y, joder, que ha sido erótico.

—Alba —susurro porque me está excitando, ¿cómo algo tan sutil como una caricia, puede ponerme tan fuera de mí?—. Alba, hoy no tengo tiempo, por favor, no provoques, que me pierdo. —Mis manos, de forma automática, se agarran a sus caderas, abre sus bonitos ojos y me mira inocente, no le gusta que nos privemos, pero sabe que estoy muy agobiado, no va a provocar ningún estúpido enfado.

—Es tu culpa, si desayunáramos arriba, en nuestro dormitorio, nos daría tiempo a un desayuno completo.

Primero pierde la vergüenza y ahora esa boca, me va a dar problemas de cintura para abajo. La veo venir y me gusta, un poco de tiempo y la tendrá más sucia que yo.

—Cariño, no me des ideas, que no sabes de lo que soy capaz —le digo con un ronroneo sumado a unos cortos besos sobre sus labios.

Sin querer mi vista se desplaza al reloj del comedor, mierda, voy con el tiempo justo para desayunar rápido y volar al trabajo, le palmeo su redondo y

jugoso trasero.

—Cariño, con todo mi pesar, vamos, que no llego.

La giro para guiarla a la mesa que ella misma ha preparado, refunfuña en broma y le hago cosquillas para que avance.

—Vamos, remolona, que en cuanto pueda te vas a enterar.

—Recuerda, amor, si prometes, cumples —me dice entre risas, mira que le gusta jugar y además sabe cómo.

—A usted siempre se le cumple.

Nos sentamos para un rápido desayuno, me da rabia no poder disfrutar un poco más, pero Alba lo entiende, es una mujer profesional que sabe que el trabajo manda. Me despido de ella y voy a mi trabajo, donde Marco casi seguro me espera, pero cuando llego aún no lo ha hecho, bien, porque me da tiempo a preparar alguna cosa que dejé ayer pendiente. No tarda mucho en aparecer como todo un caballero, siempre puntual.

—Buenos días, ¿cómo estás, Jorge? —Entra sonriente, saludando.

—Buenos días, Marco, bien, a ti no te pregunto porque los ojos no engañan y estás estupendo. —Me acerco a saludarle con un abrazo.

—Amigo, te veo fantástico. Adivino que los días que te tomaste te han sentado más que bien.

—Sin duda —digo riendo.

—Y la futura señora, ¿qué tal está? —Siempre se interesa por Alba, le tiene mucho cariño porque dice que es la mujer que me ha hecho perder la cabeza, no le quito la razón.

—Pues la futura señora está en casa preparando un nuevo proyecto, le han ofrecido hacer una exposición sobre la ciudad, se lo está pensando aunque no sé para qué, tiene la ciudad registrada al completo, le encanta salir a fotografiar, tiene una colección bien surtida.

—Esa niña es una caja de sorpresas, espero que haga la exposición, me gusta su trabajo.

Yo siempre presumo de mi chica y Marco ha visto parte de su trabajo, le fascina que con su corta vida tenga ese ojo para la fotografía.

—Yo también, cuando trabaja está tan centrada..., y como la boda le agobia, creo que al final me veo preparando todo yo.

—La niña tiene razón, eres muy femenino —dice sonriente, estos dos hablan demasiado voy a tener que vigilarlos.

—Lo que digáis. —Me hago el ofendido—. Voy a poneros visitas vigiladas.

Se despacha a gusto riéndose de mí, bueno, tras esta entrada tan glamurosa nos centramos un poco en lo que hemos venido a hacer, negocios.

La mañana pasa rápido, demasiados asuntos y poco tiempo, comemos aquí mismo, hay un restaurante cercano que sirve comida a las oficinas, deliciosa comida casera que a mi socio y a mí nos vuelve locos. Cuando acabamos con todo lo que nos han traído se nos antoja un café, en la oficina hay cafetera, me levanto y sirvo un par, para volver a sentarme.

—Rico —dice Marco saboreando el café en su paladar—. No sé cómo el médico me quiere quitar este placer. —Se da cuenta de que lo ha dicho en alto.

—¿Médico? Marco, ¿ocurre algo? —Esto es nuevo.

—La vida, Jorge, la vida, tú lo sabes bien, se nos ve bien por fuera, pero el tiempo pasa para todos, no es nada malo, solo me han recomendado que me cuide un poco, que rebaje el alcohol, el café, el azúcar, demasiados placeres... Menos mal que no me pueden quitar el sexo, si no ¿qué me quedaría? —Es un galán de película, sonrío ante su confesión.

—El tiempo no perdona.

—No lo hace, amigo, por eso te tienes que darte prisa en darme nietos... Si quiero ser abuelo me tendrás que dar algo, aunque sean postizos, los voy a consentir como el que más, ¿cuándo volveréis a intentarlo?

Sé que es algo que espera, insiste que éramos muy felices cuando Alba estaba embarazada y quiere que recuperemos esa alegría que parece ser nos rodeaba.

—Pues por intentarlo no queda, pero no solo es práctica, aún no hemos hablado de volver a ir por un bebé, pero entre nosotros dos, muero por volver a verla embarazada, no hay mujer más bonita. —Se me ilumina la cara solo de pensar en ello.

—Jorge, ¿por qué no hablas con ella para intentarlo de nuevo? Ya ha pasado el tiempo suficiente, no lo dejéis pasar más, te lo dice un viejo que lo único que le pesa en la vida, es no haber tenido hijos, aprovecha, eres joven y estás preparado y ella es aún más joven y bonita, es la mujer de tu vida y sabes que también lo desea, no lo retraséis. —Es impresionante dando discursos, río en alto sin cortarme, qué hombre.

—Marco, tienes más que razón, pero esta vez antes de embarazarla me voy a asegurar de casarme con ella, tú lo has dicho es la mujer de mi vida y quiero que lo sea para siempre, primero la boda, luego los niños, bueno, mejor niñas, quiero la casa llena de princesitas. —Se ríe.

—Bueno, pues primero atrápala y luego ácala a tu vida, porque desde luego nadie puede negar que eres un hombre enamorado. Envidio eso que en mi vida no encontré, nada que se acerque a lo que tenéis, puedo entender por qué insistes en la boda. —Río suave y me avergüenza aceptar que quiero una boda como si fuera una mujercita.

—Vamos a dejarlo que luego me acabas llamando femenino, tengo una idea, pero quiero tu opinión, es algo que me ronda hace tiempo en la cabeza.

—Te escucho. —Volvemos a los negocios.

—Quiero buscar un diseñador para que haga una colección de tallas grandes, estoy harto de ver la parte del armario de mi mujer lleno de colores oscuros y cortes anchos que deforman su figura, se ha pasado la vida acomplejada cuando tiene unas curvas que muchas mujeres quisieran, es grande y preciosa, quiero que pueda llevar ropa que la haga sentirse como yo la veo, guapa, segura y bonita.

—¿Me preguntas o buscas mi confirmación para dar el paso?

—Marco, es un negocio, no solo es Alba, he hecho un estudio. —Cojo una carpeta y se la doy, la abre y empieza a ojear mientras yo sigo con mi explicación—: En los negocios que he hecho con ropa nos hemos centrado en tallas pequeñas, mujeres finas, más bien adolescentes. En el estudio se refleja que las tallas que antes desaparecen de los estantes de las tiendas, son las de tallas medias altas, de estas se hacen menos prendas y no todo el muestrario, ni todos los colores, ¿quién es el que ha dicho que una chica gordita no puede llevar un tono blanco, o un vestido azul? Desde que estoy con mi mujer me fijo en todo lo que tiene porque el mercado es lo que ofrece, quiero cambiar lo que

hay, apostar por esto puede ser arriesgado, por eso quiero tu opinión.

—Sofí está en la misma situación y ella tiene un buen fondo de armario — me cuestiona y tienen razón.

—Es cierto, pero ¿sabes cómo lo consigue? —Marco, con un gesto de su cabeza, niega de forma suave y elegante.

—Mi hermana es una adicta a las compras por internet, mucha de su ropa es incluso traída de fuera, con lo cual a veces tarda semanas en recibir sus pedidos, cuando vivía en casa su frases eran: «Cuánto tarda en llegar, lo quiero estrenar» y la otra «Mamá, he encontrado una tienda, pero es cara», siempre le tocaba pagar una barbarie por pantalones que sus amigas conseguían a veces incluso por la mitad que a ella le costaban unos parecidos. No te digo hacer una línea barata, se trata de hacer ropa bonita, juvenil, con color, con estilo, sin llegar a ser cara en exceso.

—Veo que lo tienes muy pensado. —Calla y medita un poco, su cabeza está pensando, sopesando, analizando las posibilidades.

—Marco, ¿puedes pensarlo unos días y decirme cómo lo ves? —Me mira seguro, sé que tiene una respuesta, pero quiere analizarlo, es lo bueno de él todo lo comprueba antes de dar un paso.

—Jorge, veo potencial en la idea, pero déjame unos días para meditarlo.

Más allá de todo lo que hemos tratado, no nos queda mucho más por hablar, aparte de ponernos un poco más al día. Tocan a la puerta, doy permiso y esta se abre mostrando a la persona que había tras ella, mi preciosa mujer.

—Hola, señores —saluda. Marco, como todo un caballero, se levanta a recibirla, le tiene mucho cariño y a ella le encanta, dice que es como un galán de película, siempre galante y elegante, se tienen aprecio mutuo.

—Pero si es la futura señora que nos honra con su presencia. —Llega hasta ella y se besan en las mejillas a modo de saludo.

—Veo que las noticias vuelan —dice ella mirándome.

—¡Oh, cariño! Lo tienes loco, ¿cómo quieres que guarde un secreto así? Demasiado se contiene para lo feliz que lo tienes y no lo va pregonando megáfono en mano.

Los dos ríen ante la imagen de mi persona gritando en plena calle, cosa

que no me importaría, lo que me recuerda que tengo que contarle algo.

—El viernes hay una fiesta y, señora mía, ya es hora de que me vaya acompañando en la vida social.

Sé que no le hace nada de gracia esa parte de mi vida, la hemos estado obviando desde el principio. Por lo discretos que somos y algún favor que he pedido, nos hemos mantenido sin ser bombardeados por la prensa. Marco ríe, sabe lo incómoda que se encuentra con esto, pero yo como él ha dicho muero por ser visto en público con ella.

—Ah, no, eso ya lo hemos hablado, tus negocios no son los míos —dice con el dedo índice estirado en forma de advertencia, voy a sacar provecho del galán para que me ayude a convencerla. Guiño un ojo a mi socio y me entiende a la perfección.

—Vamos, Alba, no podéis estar escondidos de por vida.

—¿Quién dice que no? —Nos desafía.

—Venga, niña, tienes que dejar que este hombre que tienes enamorado presuma un poco.

—Vamos, cariño, ya es hora, además, tiene razón, quiero que todos vean la mujer tan bonita que tengo en casa. —Blanquea sus ojos en señal de «vete un poco a que te dé el aire», y se justifica, lo que no sabe es que esta vez no tiene escapatoria:

—No tengo nada para ponerme para una ocasión así, no tengo ganas de ir a saquear el armario de tu hermana, así que os podéis ir juntitos y dejar de maquinar que ya os conozco yo a vosotros dos.

—No, señorita, hoy usted no se escapa.

La visita de Marco no solo ha sido de negocios, también ha venido a traerme el vestido que pensaba llevarle a Alba esta tarde, pero ya que está aquí, llamo a mi asistente para que acerque la caja que trajo mi amigo por la mañana, entra y la deja sobre la mesa.

—Ábrelo, bonita —le dice mi amigo, ella se acerca y lo hace, quedándose boquiabierta.

Es un vestido de gasa azul marino con piedras como adorno, le va a quedar de muerte con su piel blanquita. Sigue impresionada, lo toca con todo el

cuidado del mundo, y se emociona.

—Es precioso —dice con una sonrisa—. Vosotros sois unos bichos, lo teníais preparado.

Marco se ha posicionado junto a mí, nos señala a los dos, ponemos cara de inocentes, negando, pero mi amigo le hace señales de que soy el culpable, cuando ella camina hacia nosotros.

—Entonces, vendrás, ya no tienes excusa. —me apoyo en la mesa y le digo atrayéndola hacia mí, haciendo sitio entre mis piernas.

—Esta vez no me escapo —dice resignada—. Pero aquí el galán nos acompañará —señala a Marco, que nos ve sin perder detalle, sus manos pasan por mi cuello, las mías por su cintura.

—¿Cómo quieres que el mundo se pierda del placer de ver a dos enamorados? Qué egoísmo, Alba —dice él simpático, y ella lo mira mal.

—Bueno, amigo, gracias por ayudarme a convencerla. —Estiro mi mano para estrecharla con la suya.

—De nada, amigo, no puedes tener una mujer así y pretender no lucirla.

—Sí, haced como si no estuviera y fuera un jarrón.

—Cariño, un jarrón, pero de los caros.

Nos reímos por mi ocurrencia, sé que sabe que lo de la mujer florero es broma, que la respeto ante todo, valoro sus opiniones y la tengo en cuenta para las decisiones de nuestra vida, pero también sabe que me gusta creerme que a veces hace lo que le digo, sé que es una ilusión, al final ha aprendido a salirse con la suya.

—Bien, pareja, resuelto el conflicto con todo mi pesar tengo que dejaros, esta noche he quedado para cenar con una bella dama, y no es de caballeros llegar tarde.

—Marco, con lo galante que eres, seguro que no hay dama que no te perdone unos minutos sin problema.

Reímos y nos despedimos quedando para acudir el viernes los tres juntos al evento, sé que lo hace por Alba y por mí. Ella se sienta en un sofá, le ofrezco un café, sé que le gusta a media tarde hacer un descanso y tomar una

taza, y ya que está aquí...

—Gracias, amor, cómo me conoces.

Dejo la taza en sus manos y me tumbo en el sofá, entonces ella se recuesta en el respaldo del sillón que ocupa, cruza sus piernas y deja a la vista lo que a mis ojos es la visión más erótica que mi mujer me ha regalado. Mi cara debe de ser un poema, me quedo con los ojos fijos y mi boca entreabierta, anonadado.

Su muslo queda expuesto dejándome ver la tira de un ligero negro, con su correspondiente media de encaje, joder, vaya día, hoy no hay visita sin doble finalidad. Alucino, hasta ahora no ha sido tan osada en su elección de ropa interior y sé que lo hace por mí, desde luego no me voy a quejar, es más, ella quiere jugar pues a jugar.

—Doña Alba, ¿a qué ha venido?

Centra su vista en mí, miro con picardía y se relame los labios con su lengua, un solo pensamiento, estoy perdido.

Capítulo 22

Café

Alba

Confieso que me he hecho adicta a Jorge, pero el pobre últimamente vive estresado sin apenas tiempo, no me quejo porque me tiene más que bien atendida. Pero yo también quiero sorprenderle y hacer su día un poco más ameno, porque es más que difícil pillarlo desprevenido, sé que esta sorpresa le va a encantar, he comprado un conjunto de ropa interior tipo al que me regaló en la isla, nunca me pide nada, jamás se ha quejado de mi forma de vestir, peinarme o lo dejada que soy en el arte de seducir, pero he mejorado y quiero sorprenderlo, seducirlo e impresionarlo, a eso he venido a por él.

Marco se acaba de ir, después de liarme para no poder escapar de su vida social es un buen momento para lo que mi mente viene maquinando. Me sirve un rico café, cuando lo tengo en mi mano me acomodo en el sillón y sensualmente cruzo mis piernas de forma distraída, él se recuesta en el sofá, analizo su cara a la vez que me relajo, sé que se ha dado cuenta del pequeño detalle que llevo puesto en el momento que formula su pregunta:

—¿Doña Alba, a qué ha venido? —Sé que ya sabe a lo que he venido, pero se trata de jugar y eso haremos.

—Pues, don Jorge, pasaba por aquí y decidí saludar, porque no creerá usted que vine a «algo más». —Enmarco ese «algo más» haciendo comillas con mis dedos.

—Nunca dudo de sus intenciones, pero si no me equivoco usted tiene hoy algo distinto y no es esa preciosa sonrisa que tanto me gusta.

Me sonrojo sin quererlo, tomo un sorbo de mi café para ocultar un poco mi cara, sé que me voy a reír en cualquier momento, lo de sosa aún no me lo quito y todo hay que decirlo, esto me da un poco de vergüenza, siempre es él quien toma la iniciativa. Se levanta y sale de la oficina, no tarda nada en volver, pero con la diferencia de que cierra con seguro la puerta.

—¿Dónde has ido? —una pregunta inocente.

—A dar la tarde libre a mi asistente. —Ante mí el hombre más calmado

del mundo.

—Ah, ¿entonces? —digo yo en respuesta, pero no dice nada, se queda plantado mirándome, me toca mover ficha.

Me levanto despacio, dejo mi taza de café en la mesita y camino hacia él, gracias a las plataformas que uso mis caderas se acunan sobre mis piernas, haciendo que el vestido se mueva de un lado a otro.

Jorge se encuentra parado en la puerta serio como un hombre de negocios. Hoy me he puesto un vestido negro como casi todo mi armario, se cierra anudado en el frente para lo cual no necesito ayuda a la hora de quitarlo. Me planto unos pasos antes de la puerta y deshago el nudo: la tela cae por su propio peso.

Dejo a la vista mi regalo para él, me mira y se relame los labios, desde luego que le gusta lo que ve, no es nada del otro mundo, pero es la primera vez que uso algo como esto. Un conjunto de lencería negra, sujetador de encaje semitransparente, con una braga a juego, junto con un liguero y medias de encaje, cómodo no es desde luego, pero efectivo como nada, le miro, repaso su cuerpo que está reaccionando al mío.

Su cara permanece seria, pero su nuez se mueve de forma brusca tragando saliva, sus manos se hacen puños, se endereza sobre sí mismo dispuesto a llevarme por delante, lo más destacado es que su pantalón muestra su paquete sin pudor. Rellena más que de sobra la tela que se tensa en su parte frontal y lo mejor de todo es que soy yo quien lo tiene así.

—¿Algo que le guste, don Jorge? —No se cree que esta sea yo, la verdad que ni yo creo que tenga tan poca vergüenza.

—Mucho más que gustarme, me encanta, pero le voy a volver a preguntar, ¿doña Alba a qué ha venido?

Jorge siempre juega y sé que me está provocando para ver hasta dónde llego, pero yo hoy he venido para llegar hasta el final.

—He venido a seducirlo, don Jorge, a hacerlo tan mío como sé que es. — Su cara es de asombro puro, lo tengo sorprendido: objetivo conseguido, ahora a disfrutar.

Alargo mi mano hacia él, la toma, doy un paso al frente y salgo del vestido que se encuentra a mis pies, pero lo que hago lo deja fuera de juego, doy un

tirón de nuestra unión y lo atraigo hacia mí con mi mano a su nuca. Lo beso con fuerza dando a entender quién manda hoy, no lo llevo más allá solo lo marco, me giro y camino hacia el sofá, yo de frente, él hacia atrás hasta caer sentado en el sofá. Me quedo de pie, empujo su hombro, y su cara se echa hacia atrás para localizar mi mirada que está fija en la de él.

—¿Te gusta mi regalo? —cuestiono bajito, buscando esa atmósfera íntima, solo para los dos, me sitúo entre sus piernas que se encuentran abiertas.

—Me encanta, gracias —dice en el mismo tono—. ¿Puedo desenvolverlo ya? —pregunta mientras sus manos van a mis piernas, desde la parte de atrás de mis rodillas, hasta mis caderas. Suben y bajan en forma de suaves caricias que mueven un cosquilleo que se dirige a un solo punto, y entro en calor.

Lo miro desde mi posición, acaricio su cabello con mis dedos extendidos, le encanta. Bajo mis manos para sacar su chaqueta y mi pecho roza su cara, lo besa como quien besa una mejilla, cojo su pelo por detrás y tomo su boca con la mía, nos invadimos sin ser bruscos. Besos húmedos cargados de erotismo, con mi otra mano desbrocho su camisa para poder acariciar su pecho y su torso.

—No, aún no, quiero jugar. —Me arrodillo entre sus piernas y lo miro, con su camisa desabrochada, sus labios húmedos por nuestro beso y su pelo revuelto.

Bajo mis manos por su torso quedando enganchadas en la cintura de su pantalón, desabrocho su botón y con toda la calma del mundo bajo su cremallera, la abro y dejo que la tela de debajo se eleve por su contenido. Me inclino hacia delante y comienzo con besos en su pecho, bajo con mi lengua por sus abdominales y con un pequeño mordisco llego a su ombligo.

Hay una idea que me tiene un poco golosa desde el otro día y creo que me voy a animar, quiero saborearlo como nunca he hecho con nadie para eso es mío para disfrutarlo, sé que esto no lo hemos hablado, pero quiero hacerlo, solo pienso ¿por qué no? Con mi mano saco de su funda de licra el que hoy será mi caramelo.

Utilizo el mismo apelativo que Jorge tiene para esa parte de mí que tanto le encanta degustar con su boca, hoy lo haré yo con la mía. Lo masajeo con mi mano como sé que le gusta, pero sin previo aviso me lo llevo a la boca, tomando todo lo que puedo que no es mucho, ya que nunca lo había hecho.

Suelta un tremendo gemido.

—¡Aaahh, Alba! —No sé si le he hecho daño, busco sus ojos que están cerrados solo veo su cuello y barbilla, tiene la cabeza hacia atrás, lo saco de mi boca con cuidado.

—¿Te he hecho daño? —le pregunto dudosa sin dejar de masajearlo con mi mano, me mira, su cara refleja la lujuria pura.

—No —me dice más alto de lo que esperaba entre jadeos—. Cariño, avisa, casi me corro en tu boca por el impacto, no lo esperaba. —Le doy una lamida en el glande para después preguntar:

—¿Y te gusta? —Me acaricia la cara, llevando su mano a mi pelo.

—Sí.

Bajo mi cabeza para continuar, pero él me frena.

—Cariño, ¿estás segura? Porque una vez que empieces, no sé si voy a ser capaz de parar.

Vuelvo a bajar mi cabeza, no sé muy bien lo que hago, pero allá voy. Comienzo con mi lengua pasando de forma circular por su cabeza, lo empalo en mi boca hasta el fondo de mi garganta a la vez que juego con ella. Bajo y subo mi cabeza friccionándolo en mi interior, él solo jadea, gime, dice mi nombre como un loco.

—Alba, Alba, Alba.

Su mano comienza a marcar el ritmo, me dejo ayudar sin remilgos.

—Alba, cariño, no aguanto más.

No sé si seré capaz, pero voy a intentarlo.

—¡Alba, me corro! —informa a la vez que mi garganta trabaja en tragar todo lo que puede, su sabor no es desagradable, su tacto quizá un poco, la cantidad un tanto excesiva y, aun así, no dejo nada, bajo el ritmo poco a poco.

Oigo su respiración forzada, me enderezo sobre mis tobillos y lo miro, está en pleno bajón. Respira entre jadeos, sus labios están secos y su cuerpo relajado después del orgasmo. Me mira y toma mi pelo con fuerza, me besa de forma brusca, su lengua me invade, me busca, la mía reacciona por instinto. Sujeto su cabeza con mis manos, me levanto del suelo y me pongo a

horcajadas encima de él que sigue sobre el sillón.

—Ah, no, ahora me toca a mí. —Intenta levantarme, pero no lo dejo.

—No, todavía no he acabado contigo, te quedas ahí —le digo severa, me mira y no me reconoce, pero, aun así, se deja—. Se va a quedar usted ahí tumbado, mientras yo le hago gozar como le gusta, ¿entendido? —Tomo su cara para que me confirme, solo asiente desarmado.

Quito el cierre del sujetador y con sumo cuidado lo bajo por mis brazos, eleva una mano para agarrar mi pecho, le doy un toque de reprimenda y la baja. Cojo sus manos con las mías y las dejo sobre su cabeza, desciendo mi pecho a su boca, él la abre y devora su caramelo, yo me dejo, me encanta cómo trabaja siempre esa parte. Le ofrezco ambos, los acoge de la misma forma, bajo de su regazo y me quito el ligero de la forma más sensual que sé, que no es mucha, pero no me sale mal del todo, solo me quedan las bragas.

—¿Me dejas? —Asiento, pone sus manos en la cinturilla, la recorre con sus dedos, colándolos en las orillas y las baja lentamente, disfrutando del camino que las lleva al suelo, besa mi vientre, inspirando sobre mi piel—. Hueles tan bien —susurra, después lame mi piel, la besa y pretende hacer lo mismo, pero no, no lo voy a dejar, hoy he venido a sorprenderlo y así será; sujeto su pelo que hoy se está llevando agarrones de más.

—Hoy no será, quítate esa idea. —Lo empujo atrás y subo de nuevo a su regazo, lo beso, concentro todo mi ser en su boca, pero mis caderas son golosas y se mecen, buscan el roce que tanto ansían, mi entrepierna siente su calor, ya está en pie otra vez, mi humedad se hace presente y su cabeza encuentra el lugar correcto para perderse, mi cuerpo la guía a lo más profundo, arrancándonos un gemido sincronizado.

—Me matas, no sé quién eres —me dice excitado y sorprendido—. Alba, me matas, muévete o te muevo. —Repaso un círculo imaginario con mi pelvis—. Aahhh. —Gime.

—¿Así? —Me remuevo a la vez que me elevo y me vuelvo a dejarme caer sobre él con suavidad—. ¿O así? —Lo saco casi entero para volver a introducirlo de golpe: otro gemido descontrolado.

—Como quieras, me tienes al borde o lo acabas o termino yo, me estás matando.

Comienzo a moverme alternando movimientos, sin dejarle que llegue al final, alargando lo más posible el placer que está sintiendo, en parte es una tortura aguantar un orgasmo de esta manera, me sujeta de la cintura inmovilizándome sobre mis rodillas, eleva su entrepierna de forma frenética hacia la mía, la invade de manera dura, pero no duele, todo lo contrario, calienta nuestros cuerpos, más bien los hace arder.

—Cariño, lo siento, pero no puedo, es una tortura.

No estoy en este mundo, sus rápidos y duros movimientos me crujen la cabeza, el sudor surge, mi sangre viaja en masa al encuentro de nuestros cuerpos para apenas un momento después estallar en un orgasmo bestial. Noto todo su ser derramado en mi interior, caigo laxa sobre él, afloja un poco su agarre de mi cintura y me acaricia el pelo con una mano, soy incapaz de razonar, no consigo aterrizar, el placer ha sido tal que no reacciono.

—Cariño, puedes pasar a tomar café cuando quieras si va a ser con tanto azúcar. —No puedo más que empezar a reír sin parar, es único y es mío.

El viernes llega pronto, me ayuda a prepararme, el vestido es precioso, fino y femenino, hace mucho que no hago vida social, espero no avergonzarlo porque sé que este tipo de eventos son buenos para sus negocios, cierra más tratos en una fiesta que en su despacho, he oído cómo hablan Jorge y Marco muchas veces y no sé cómo se arriesga a llevarme.

Me he maquillado tanto que parezco una muñeca, yo creo que me he pasado, él opina que estoy perfecta. El vestido me sienta como un guante, no sé quién se lo habrá hecho, pero es para felicitarlo. Jorge está guapísimo con uno de sus trajes azules, tiene unos cuantos, aunque en casa no acostumbra a llevarlos, para la ocasión es necesario, lo hace parecer más masculino y dominante, está para comérselo. Mis muslos se aprietan de forma espontánea, aún tengo el recuerdo en mi ser de nuestro encuentro en la oficina, pura osadía.

—Alba, camina a la puerta y deja de hacer lo que sea que estás haciendo o no saldremos a tiempo —me advierte severo, pillada.

—No sé de qué hablas —digo entre avergonzada y desentendida, en dirección a la salida, pero me coge por la cintura desde atrás y masajea mi pecho acariciándolo, entonces susurra en mi oreja:

—No niegues que te estabas excitando, he visto tus muslos frotarse, tu mirada en mí y tu mente viajar a, me imagino, un paraíso carnal.

Muerde mi lóbulo, veo que no salimos, mi mano desciende a su bragueta y frota la tela.

—Para —me pide excitado.

—Para tú —le digo igual, por lo que me suelta y da una palmada en mi trasero.

Vamos, que veo que no salimos, pero en ese momento suena el timbre anunciando a Marco, viene solo, está divino con un traje formal marcando elegancia como solo él sabe hacerlo.

—Marco estás muy guapo —le alago y saludo con un beso en la mejilla, él coge mi mano para besarla.

—Niña, estás divina, sabía que te sentaría como un guante, vas a deslumbrar —dice sincero a lo que yo correspondo con un «gracias».

—Socio, voy a poneros vigilancia veo que me vas a quitar a mi mujer, justo ahora que va a ser mi señora —suelta Jorge falsamente celoso, toma mi mano que apoya en su brazo.

—Vamos, que hoy es la noche de presumir de mujer ante el mundo.

Nosotros nos reímos por su ocurrencia y así nos vamos a nuestro primer evento oficial como pareja, directa al matadero.

Capítulo 23

Oficial

Jorge

Salimos camino a la fiesta, hemos contratado un chofer por comodidad, un coche negro, elegante y con cristales tintados. Sentados, Marco en un extremo, Alba en medio y yo a su lado, para que no se escape, aunque para ese plan es tarde, y contemplo cómo comienza a temblar.

—Cariño, no te van a comer —intento tranquilizarla sin mucho éxito.

—Vamos, niña, que tú puedes con esto y con más —la anima Marco.

—Jorge, cuando bajemos del coche va a ser oficial. —Respira un poco agobiada.

—Alba, llevamos casi un año juntos, ¿cuál es la diferencia?

Para mí ninguna, es la misma y lo va a ser, pero eso no quita que para Alba, va a ser un gran paso ya que apenas hay fotos de su cara por el mundo, ella que adora su vida tranquila y anónima. Sí, sí cambiará un poco, pero yo siempre estaré a su lado para ayudarla a llevarlo.

—Joder, Jorge, mañana mi cara va a estar por todos los lados.

No la riño por la palabrita ya que está nerviosa, y porque en parte me despierta ternura esa boca de niña rebelde.

—Mírame. —Sujeto su cara—. Te amo y me amas, mañana no habrá diferencia, créeme.

La beso con suavidad, de verdad pienso lo que digo, no hay forma de que esta mujer se vaya de mi lado.

—Te creo —me dice con una sonrisa, menos mal que sigo teniendo besos mágicos que ayudan a mi chica.

—Te creo, hasta yo que no te amo —dice Marco y los tres estallamos en risas.

Apoya su cabeza en mi hombro y junta nuestras manos, nosotros como

caballeros se las besamos.

Llegamos a la puerta del lugar, desde fuera no se nos ve, pero nosotros sí que vemos la cantidad de fotografías que hay en el exterior, la miro, sonrío y le pregunto:

—¿Lista? —Ella solo asiente tímida, parece un conejillo asustado y no mi habitual vacilona.

Bajo del coche a la vez que Marco, cada uno por una puerta, pero la mía la dejo abierta para que lo haga ella. Alargo mi mano seguro de que nunca la soltaré y ella la coge con la misma seguridad. Baja despacio, para cuando se da cuenta de todo ya está fuera, yo sujeto su mano en mi brazo y mi socio se posiciona al otro lado imitando mi gesto.

—Sin escapatoria, niña —le susurra Marco haciéndola reír.

—¿Dónde se ha metido el señor galante que tan bien me cae? Porque lo ha sustituido una versión muy canalla.

Los dos ríen con sus bromas, lo cual hace que se relaje el ambiente, mi chica tiene a mi amigo encandilado, es grato ver cómo se llevan y en este momento en el que nos damos a conocer de forma pública, él nos apoya y no solo con su presencia.

Caminamos los tres hacia la puerta no sin antes tener que posar para la prensa, ella trata de mantenerse un paso por detrás de nosotros, en una zona más discreta, va a dar igual yo siempre vengo solo a este tipo de eventos, que ella esté aquí ya es noticia, con lo cual las preguntas son inevitables.

—¿Jorge, quién es la señorita? —preguntan por un lado—. ¿Nueva acompañante?

—¿Marco, una nueva conquista? —El aludido niega son una sonrisa de caballero.

—¿Una hija secreta recién descubierta?

Marco se lo está pasando bomba, le encanta que divaguen sobre sus mujeres, total, pocas veces repite, por eso es difícil ponerle un romance fijo.

—Jorge, una foto con la señorita.

Marco se retira un poco y yo poso con Alba, susurro en su oído,

escondiendo mi boca en su pelo que estas hienas saben leer labios a la perfección.

—¿Puedo decir quién eres? O nos hacemos los interesantes y no decimos nada.

Jugar con la prensa puede ser divertido y más sabiendo que ella no quiere descubrirse del todo, adora su intimidad y sé que esto es un gran sacrificio que hace porque yo se lo he pedido, sabe que esto es parte de mi imagen.

—Amor, como las tiritas, de un tirón que duele menos.

Buena metáfora para la ocasión, pero no lo haré, que busquen ellos y aún nos dejen un poco en paz, ha venido conmigo y es lo importante, no quiero forzar más.

—¿Jorge, nueva acompañante después de mucho tiempo, nos dirás su nombre? —Demasiados *flashes* y no veo quién formula la pregunta, me acerco al mogollón con Alba a mi lado y contesto:

—Señoras, señores, mi mujer.

Ni más ni menos, creo que con eso sacio su hambre de información y no comprometo del todo a mi chica, los periodistas estallan en preguntas incoherentes tras mi anuncio, todo un barullo de voces imposibles de ponerles cara. Todo feliz por mi declaración, tomo su brazo, ella el de Marco y los tres entramos a la recepción del hotel donde se celebra la fiesta.

—Jorge, tú sí que sabes crear expectación —le dice Marco simpático—. Se van a pasar la noche buscándote, niña.

—Señorita, ya está usted oficialmente presentada, ahora vamos a disfrutar un poco de la fiesta que es a lo que hemos venido.

Ella asiente, primero buscamos algo de beber, para olvidar el mal trago que ha pasado Alba a la entrada.

La noche va de maravilla, no me he separado de ella en ningún momento, creo que me he pasado, se la he presentado a todos los que me importan algo en esta industria y que están aquí.

Hemos visto a alguna de las modelos de la colección de verano, se acordaban de ella y la han saludado, nos han dado la enhorabuena por hacerlo oficial, que ya se veía venir cuando la conocieron, ha estado cómoda,

sonriente y desenvuelta, tan bonita como siempre.

Marco y yo hemos aprovechado y cerrado varios tratos que teníamos en el aire y es que en esta profesión se hacen más negocios en un evento de este tipo que en los despachos.

Mi amigo quiere que conozca a alguien, caminamos junto a él hasta la barra, allí hay una jovencita preciosa, bajita y rellenita, con unos lindos carrillos de esos que dicen: «Achúchame», una niña toda dulzura.

Marco toca su hombro y ella gira cuando ve quién ha llamado su atención, un sonrojo invade su cara, porque Marco es un hombre mayor, pero aún despierta calor en las mujeres, aunque sean jóvenes en exceso.

—Hola, preciosa —saluda Marco con un beso en su mejilla, a la vez que toma su brazo.

—Hola, Marco, está usted muy guapo esta noche —dice la chica con mucho respeto, pero ha cometido el error de tratarlo de usted, aquí viene el chiste.

—Niña linda, no vuelvas a tratarme de usted nunca, es la peor forma de ofenderme. —La chica va a arder en llamas, pobre, Alba se apiada de ella.

—Marco, eres un hombre cruel, no le hagas eso a la chica, ¿no ves que la sonrojas?, por cierto, soy Alba. —Se inclina para darle dos besos en sus mejillas, mi chica al rescate—. Amiga del galán y la mujer del hombre guapo de mi lado —dice definiéndonos a los dos.

—Soy Jorge. —Le doy dos besos y me contengo para no darle uno no apto para niños a Alba, me ha presentado como su hombre, no sé si por marcar territorio o porque le ha salido, me da igual, ya me ha calentado con esa posesión.

—Bien, tortolos, ella es Cristina una joven con mucho talento recién salida de la escuela de moda, con un currículum muy brillante para su juventud, trabajadora y dedicada, tanto que me recuerda mucho a alguien...

Dice mirando a Alba de reojo, a lo que mi niña le sonrío orgullosa, porque es una mujer que vale lo que su trabajo y ella es muy trabajadora.

—Y además, es una muy buena apuesta para tu nuevo proyecto, Jorge.

—Hola —suelta tímida Cristina, acompañando con un gesto de su mano.

Si él lo dice seguro que no se equivoca, por la mañana hemos hablado sobre lo de la línea de tallaje grande, le he dado tiempo para pensarlo, pero ha sido rápido, me ha dado la razón es una idea a intentar con un futuro seguro. Hablamos de buscar a alguien para el diseño, pero él como siempre se ha adelantado.

—Jorge, espero que no te moleste que os haya presentado tan de sopetón, pero he visto el trabajo de Cristina y es fantástico —se justifica mi amigo, ni que le hiciera falta.

—Si tú lo dices no dudo de tu palabra, aun así, mañana me gustaría que pasases por la oficina y hablásemos un poco más sobre el proyecto.

—Mañana será perfecto —dice ella entusiasmada.

Bien, sangre nueva, eso siempre es bueno.

—Bueno, y tú, señorita barra futura señora mía, quiero que sea la fotógrafa de este proyecto que con casi certeza puedo decir que creará nuestra nueva amiga.

—Usted sabe que yo me debo a mis paisajes y no a sus modelos —dice en burla mi chica.

—No, este proyecto sí querrás hacerlo —le digo para que pique. Es muy curiosa, tanto que no duda en caer.

—¿Cuál es la diferencia esta vez? —Su cabecita ya se encuentra trabajando, su cara está risueña.

—Pues que esta vez mis modelos... serán unas hermosas mujeres que llenan mi corazón. —Pone un poco de mala cara, celosilla.

—Como siempre, cariño, las chicas de tus campañas son preciosas —lo dice con pena, soy idiota, me daría de collejas, piensa que me gustan esas niñas escuálidas.

—Sí, pero esta vez una de mis modelos será la loca de tu mejor amiga. —Alba abre los ojos como platos—. Y si consigo ser persuasivo mi futura mujer será otra —continuo sonriente, porque es verdad, me encantaría verla en esa tesitura.

—Estás loco —dice riendo—. Sofí se va a volver loca con la noticia, muero por verla cuando se lo digas. —Es verdad que mi hermana es un

auténtico espíritu libre.

—Loco, sí, pero por verte siempre así de feliz —le digo atrayéndola por su cintura a mi cuerpo, ella me abraza por el cuello, acabamos de aislarnos del mundo, mi tono se vuelve más bajo e íntimo—. Entonces, ¿qué dices, lo harás?

No lo había pensado porque sé que se va a morir de vergüenza, sin embargo, me gusta la idea, no necesito meditarla.

—¿Fotografiar o posar?

Me gusta este juego.

—Pues las dos cosas, cariño, creo que tu trabajo es excepcional con un toque único y muero por verte radiante.

—Chicos, no os olvidéis dónde estáis que os veo venir.

Nos riñe Marco, lo miro un poco mal por romper mi juego y ella se esconde en mi cuello con una sonrisa en su cara, como una niña a la que han pillado haciendo algo malo. La aprieto un poco, posesivo, no puedo evitar sentirme feliz por la soltura que está mostrando en público.

—Envidioso —digo haciéndome falsamente el ofendido.

—Con una mujer así ¿lo dudas? Ya quisiera yo una señora de ese calibre en mi brazo, pero como no conocí a la adecuada... Pero siempre puedo rellenar el hueco con bellezas que me hagan lucir mejor. —Mira qué modesto mi amigo, los tres reímos.

Alba se suelta de mí y toma el brazo de mi amigo.

—Sé que no soy tan bella como las que sueles llevar, pero ¿bailarías con esta niña? —Marco coge su mano y la besa en el dorso, como el caballero que es, mi amigo adora a mi chica y sé lo que va a hacer.

—Usted, señorita, es más que bella, tanto que me va a dejar a la sombra ahora mismo concediéndome un baile, con su permiso. —Se van los dos a bailar, no me quedo atrás y tomo a nuestra, intuyo nueva colaboradora, e imito su camino.

Ha sido una noche completa, he cerrado negocios, dado comienzo a una nueva colaboración, que espero sea prospera y larga si todo sale bien, he presentado de forma oficial a mi chica que lejos de amedrentarse ha estado

por encima de todo lo que se podía esperar, una noche para el recuerdo.

—¿Qué piensas? —me dice mientras bailamos lento.

—En lo feliz que me haces —digo mirándola a sus bonitos ojos que se iluminan con mis palabras.

—Tú también me haces feliz. —Entonces soy yo el que sonrío como tonto para seguir disfrutando el resto de la noche.

Capítulo 24

Rico desayuno

Alba

La fiesta estuvo genial, aunque no lo pasé demasiado bien en la entrada con los fotógrafos. Mis chicos no me dejaron sola ni un momento, como prometió, es una cosa que me vuelve loca de Jorge, que siempre cumple.

Pensé que todo sería más frío y superficial, pero para nada, Jorge me presentó a muchísima gente, variada e interesante. No lo había visto nunca y es fascinante ver cómo se desenvuelve en su mundo.

La más tierna de todos, Cristina, que por lo que luego me contó Jorge, va a ser la que diseñe una nueva línea que quiere lanzar, inspirada en la mujeres grandes, literalmente, me ablanda mucho el corazón que quiera hacerlo y no solo por mí, sino también por su hermana, la loca de Sofi va a alucinar cuando se lo diga, porque le he pedido decírselo yo, muero por ver su reacción con lo chistosa que se pone cuando le da por hacer el payaso.

Los padres de Roberto han llamado por la mañana para invitarnos el sábado a una fiesta en su casa, se celebra el primer cumpleaños del hijo de Sofía y Roberto. Parece mentira que haya pasado un año del nacimiento del príncipe de la casa, los orgullosos abuelos han decidido darle a su nieto una gran fiesta a la que acudirán todos sus conocidos, para poder presumir.

Por desgracia para mi persona eso incluye a mi familia, padre y hermanas con sus parejas. No es plato de gusto después de todo lo que pasó con Ángela, no quiero tener que ver sus caras.

Ha pasado un año desde mi vuelta al país y en ese tiempo no he recibido ni una sola llamada de mi padre, mostrando así su habitual indiferencia hacia mi persona. En casi doce meses no ha tenido tiempo de preocuparse de si estoy bien o mal, solo con que le llegue el justificante de que me ha realizado el ingreso y ver que se cobra está más que satisfecho con su labor de progenitor.

Lástima que valore tan poco a la familia. Por el contrario, yo en este año he aprendido lo que es tener una.

Los padres de Jorge se han volcado con nosotros, al igual que Sofi y

Roberto, ellos sé que están al tanto de todo lo que ha pasado y que no son indiferentes a la situación. Pero tienen negocios con mi padre, por desgracia, el dinero manda y no pueden hacerle el feo de no invitarlo a la fiesta, aunque para él suponga también un compromiso, al final son las apariencias de ser alguien en esta sociedad; será inevitable que las arpías de mis hermanas vengan de serie y en el lote completo.

Lo que me recuerda que en breve también hará un año que conocí a Jorge, nuestro encuentro en aquel baño, el principio de todo, no sé si lo recordará, el pobre desde que volvimos no ha parado de trabajar, está pendiente de presentar la nueva línea de ropa para la nueva temporada, no le da el tiempo a más. Me tiene preocupada, si no fuera porque Marco no le quita el ojo, no sé qué sería de él, para variar estaría bien sorprenderlo a él y no al contrario como siempre ocurre. Hoy saldré a comprar algo que lo va a enloquecer, es una tontería, pero es algo de lo que siempre nos acordamos en el mejor momento.

Adoro nuestra casa, es el lugar perfecto que hemos creado. Ya es un trozo de nosotros mismos, donde hemos tenido alegrías y penas, creo que encontrar esta casa ha sido una de las mayores bendiciones que hemos tenido, fue la zona neutra donde ninguno de los dos es más que el otro, un lugar para y hecho por los dos, nuevo y creado de la nada, con la esperanza de que algún día sea llenado por nuestros hijos.

Sé que no hemos vuelto a hablar del tema niños, después de mi recuperación, pero la verdad es que es algo que llevo tiempo pensando: quiero volver a intentar tener un bebé.

Aunque un poco de miedo sí me da la idea, la pérdida de la niña fue un golpe bastante duro y moriría si tengo que volver a pasar por lo mismo otra vez, es lo único que me detiene el ver cómo quedamos después de aquello. Jorge también estuvo tan mal que, aunque yo no estaba muy presente o más bien bastante ausente, no era ajena a todo lo que ocurría a mi alrededor.

Jorge ha llamado, llegará tarde, mejor porque quiero poder preparar todo con tranquilidad, cuando se impacienta parece un chiquillo pequeño y no deja hacer nada.

Me meto en la cama dejando la luz de mi mesilla encendida para cuando llegue acuda a mi lado, pocas veces viene tan tarde, pero el trabajo es

importante y por lo único que se da el lujo de faltar a casa.

Cristina está trabajando junto con ellos para crear la nueva idea, le sumamos la nueva colección que ya tenía en marcha, más sus compromisos de modelaje, está más agotado que de costumbre, motivo de sobra por el que es imposible enfadarse con él.

Durante el tiempo que estuve mal, Jorge no me dejó un solo momento, cuidó de mí demostrando que yo le importaba sobre demasiadas cosas, ¿cómo no valorar el sacrificio que hizo? Ahora es mi tiempo de apoyarlo en sus cosas, sus proyectos y no dejarlo solo.

He estado sopesando lo de ser fotógrafa en lo de Cristina y cada vez me parece más atractivo el proyecto, sé que es lo que quiere hacer Jorge, odia ver lo que la sociedad le hace a las chicas gorditas, como su hermana, yo o como muchas mujeres. Sé que quiere hacer un mundo más bonito para todas las chicas que no solo tienen relleno el cuerpo, sino el corazón: el mundo no es solo para las delgaditas.

Un gran corazón para un gran hombre, aunque este hombre esté un poco loco, porque vaya ideas tiene, aún sigo pensando lo de modelar, me parece absurdo, pero conociendo a Jorge y a Sofí acabaré haciendo algo, esperemos que no sea el ridículo.

En cuanto a mi trabajo, al final he aceptado hacer la exposición de mis fotos de la ciudad, me entusiasma mostrar mi visión de este lugar que tanto me fascina como para pasar horas en sus calles perdiendo el sentido del tiempo, además, pasaré más tiempo sin viajar, cosa a la que nunca antes había renunciado, aunque creo que durante una temporada aceptaré solo viajes cortos, no quiero separarme de él ahora que estamos tan bien.

Entra en silencio en nuestro cuarto, que solo está iluminado por la tenue luz de la lámpara de noche, camina hasta la cama donde estoy esperándolo aunque mis ojos se han cerrado por relajación, sigo despierta, pero tapada hasta el cuello, besa mi frente y me desperezo un poco.

—Hola, mi amor —le digo bajito, conservando la intimidad del momento.

—Hola, mi niña, ¿te he despertado? —pregunta preocupado.

—No, te estaba esperando —confieso y él me regala una de esas magníficas sonrisas, solo para mí.

—Gracias, cariño —dice mientras se desnuda dejándome un buen espectáculo en el camino, se queda en calzones, está buenísimo, mi chico.

Sé que está cansado y no hay ganas de acción, aunque si se lo pidiera, seguro que no me lo negaría, pero no quiero ser abusona.

—Quítatelos —digo señalando su única prenda.

—¿Está juguetona, doña Alba? —pregunta pícaro, niego, su cara anuncia sorpresa.

—No, quiero dormir junto a mi chico, piel con piel, no todo tiene que ser caliente.

Él sonríe, asiente y se baja la prenda que le queda, abre las sábanas y encuentra mi cuerpo desnudo, se relame, pero sabe que no pasará. Cuando nos entregamos lo hacemos con todo lo que tenemos, no quiero un algo rápido y por cumplir, con él yo lo quiero todo, esta noche no será.

—Entra que te vas a quedar frío —le digo, obedece y toma mi cuerpo desnudo entre sus brazos, donde yo me acomodo a mi gusto, con mi oreja sobre su corazón, gozando del calor que su pecho me da.

—Mi niña, eres la mejor. —Besa mi coronilla, nos damos las buenas noches y así, sin más, nos entregamos al sueño que tanto necesitamos para descansar.

He puesto la alarma un rato antes para aprovechar la mañana, anoche llego cansado, pero un día nuevo solo puede anunciar una nueva oportunidad.

Me pongo sobre él ligeramente, invadiendo la mitad de su cuerpo y comienzo a besar su cara, bajo por su cuello, un ligero gruñido sale de su ser aún dormido. Repito mi acción sobre su cara, pero esta vez bajo por su oreja, marco mis dientes en su lóbulo, gime un poco más fuerte... Sí, ya he conseguido su atención, sin duda por lo rápida que se mueve su mano en mi espalda, otro pequeño roce sobre su oreja y la mano baja a mi culo, lo recorre, beso su cuello, su mano se aprieta contra mi nalga.

—Golosa —susurra, lamo tras su oreja y desciendo un poco más por su cuello, gime de nuevo—. Buen despertar me estás dando, espero que estés lista para lo que estás provocando.

—Ajá —digo para expresar mi acuerdo con sus palabras, pero no me

detengo, arañó un poco su pecho sobre su pezón, sé que le gusta.

En un rápido movimiento me tiene a horcajadas sobre él, expreso mi sorpresa con un corto pero agudo chillido, abre sus bonitos ojos regalándome una vista azul profundo solo para mí.

—Buenos días, cariño —dice dándome un leve toque con sus labios.

—Buenos días, amor. —Le devuelvo el gesto, cuando estoy a punto de volver a mi labor de comérmelo a besos.

—Sabes, hoy te voy a enseñar lo educado que puedo ser —dice todo serio con tono de maestro, yo solo lo miro con mi cara de incredulidad total, por lo gracioso que se ha tornado el momento—. No me mire así, doña Alba, que verá que le gusta mi lección.

Presiona mi cintura con sus dos manos elevándome sobre su sexo desnudo y, por el roce duro que noto, ya listo para mí.

—Verá, ¿sabe usted que un pene educado es aquel que se levanta? —Me posiciona en el ángulo correcto para nuestro encuentro—. Para que una mujer se siente. —Tira de mi cuerpo hacia abajo, empalándome firme, duro y extremadamente placentero, abre todo mi ser con su invasión, mi cuerpo se irgue tenso, mi cabeza cae en seco hacia atrás y mi boca emite un fuerte gemido a la vez que mi cuerpo experimenta una descarga de placer brutal—. Muévete, cariño —me insta a comenzar, pero yo me tengo que tomar un segundo antes de arrancar, vuelve a tomar mi cintura y me mueve—. Alba, eres preciosa —me alaga a la vez que lo monto, suave, introduciendo y sacando con suma lentitud, bajando mi cuerpo contra el suyo hasta que toca en un punto concreto de mi interior, ese punto que los dos notamos y nos estremecemos.

—¿Más? —le pregunto porque este ritmo es placentero, pero mi cuerpo me lo pide, asiente y sus manos van a mis pechos, adora esa parte, sus caramelos, los muerde, lame e incluso tira de forma leve, dura pero gustosa.

No me contengo en expresar mi límite:

—Jorge, no puedo más, no puedo —me quejo, el placer es demasiado, subo y bajo sin cuidado, el placer crece más y más, con cada empuje tengo el control, no, lo tiene la situación.

—Vamos, cariño, dale, no te cortes, dame lo que tanto me gusta, córrete, hazlo para mí.

Boca sucia, pero efectiva. No tardo más de dos viajes en mi sube y baja particular para explotar en un charco sobre su cuerpo. Pero mi chico no ha llegado, hago un esfuerzo y continuo, estoy casi agotada, él lo nota y me ayuda en mi hazaña, me impulsa más rápido, gimo como loca cuando sin haber casi terminado de gozar, vuelvo a llegar con más fuerza que la primera vez corriéndome de nuevo, pero esta vez junto a él, una abundante humedad se ha formado en la unión de nuestros cuerpos, la cual da exactamente igual cuando caigo sobre su cuerpo sin separarnos para disfrutar del momento poscoital dejándome colmar de mimos, besos y caricias.

—¿Tienes hambre? —me pregunta entre jadeos, nos está costando recuperarnos.

—Espera un momento, no puedo, estoy... estoy, no sé ni cómo estoy, amor, me has roto. —Se parte de risa, pero es verdad que me ha dejado para el arrastre, con este despertar no sé si hoy arrancaré.

—Bueno, pues entonces hoy bajo yo a hacer el desayuno.

—No, amor, hoy desayunamos en la cama. —Dirijo mi mano hacia dónde está mi sorpresa, he montado un rincón para desayunar en el cuarto, una cafetera idéntica a la de la cocina, pero más sofisticada con sus cafés favoritos y un poco de bollería.

—Mejor, porque así me dará tiempo a desayunar y darle otro repaso a su cuerpo, que tanto extraño estos días —asegura decidido.

—Don Jorge, espero que ese café esté bueno y sea reconstituyente porque con la energía con la que se ha levantado hoy, no creo que me recupere de sus asaltos.

Dicho y hecho, desayuno más choque de cuerpos, no se puede pedir nada más rico para empezar el día.

Capítulo 25

Abrazos

Jorge

Me levanto de la cama para estrenar la sorpresa de mi chica, estoy seguro de que piensa que es una tontería, pero ella no se da cuenta de que para mí son sus pequeños detalles los que cada día hacen que la quiera más.

Preparo todo porque ha quedado rota, según sus palabras no las mías, lo coloco en una bandeja para acercarlo a la cama donde ella permanece tumbada, dejo la bandeja en la mesilla y me siento a su lado. Está boca abajo, con el pelo tapando su cara, se lo retiro, se encuentra despierta y su mirada brilla, ese brillo que solo yo pongo en esos ojos, me agacho y beso su frente.

—Vamos, cariño, hay que comer algo —le digo con suavidad, este es uno de esos momentos que últimamente no podemos tener por mi agenda, me encanta cuidarla ya que parece que ahora los papeles se han invertido, lo echo de menos.

—Vale. —Se hace la perezosa, aunque hago que se levante a base de besos y promesas para después.

—Vamos, cariño, recupera fuerzas que quiero más de lo que me acabas de dar.

—¿Más, don Jorge, usted no se sacia?

Nooooo me dan ganas de gritarle al mundo.

—De usted... nunca. —Sigo suave para darle otro tierno beso, que sé que le sabe igual que un dulce en su boca.

Desayunamos entre besos y caricias, está un poco inquieta no para de jugar con la cuchara, algo le ronda y necesito saber qué es, le cojo la mano para que pare.

—¿Qué te pasa? —le pregunto, conecta su mirada con la mía, no hace falta más para que entienda, asiente en silencio.

—Son tres cosas, dos buenas o eso creo yo y otra no sé cómo lo tomarás,

¿por dónde empiezo?

Vale, ¿en qué momento se acumularon tantas cosas en mi casa sin yo saberlo?

—Las buenas. —Lo siento, yo prefiero tener algo bueno a qué aferrarme.

—Voy a hacer la exposición de fotos sobre la ciudad. —Su mirada es alegre demuestra lo mucho que le llena el proyecto, sé que quería hacerlo, pero aún no lo había confirmado, la he prestado tan poca atención estos días que seguro que lo sabe hace tiempo y no me lo dijo.

—Bien, me alegro, tus fotos son maravillosas, ya verás cuando se lo diga a Marco, está como loco por ver tu trabajo.

Es cierto, mi amigo está embelesado con Alba y sus fotografías.

—Bien porque será mi primera exposición pública y al menos quiero una buena crítica —dice preocupada, pero en broma—. La otra buena noticia es que he estado pensando mucho y quiero trabajar en la colección de Cristina. —Alucino, mis ojos no dejan duda de que me ha impactado porque pensé que se resistiría mucho más.

—¿En serio? —Asiente, se lo propuse, pero no he vuelto a sacar el tema por no presionarla, aunque parece que la paciencia ha dado sus frutos.

—Sí, la idea me seduce demasiado como para no implicarme, seré vuestra fotógrafa si aún queréis, claro. —Saca la voz de profesional a relucir.

—Bueno, no sé, ya sabes... eres la mujer del jefe, alguien podría pensar que te doy el trabajo porque te acuestas conmigo —digo bromeando.

—Bueno, siempre podemos dejar de acostarnos —añade resuelta.

—Ni de broma, no vuelva a decir esas cosas que al final se ganará unos buenos azotes, doña Alba.

Me abalanzo sobre ella para darselos en broma y ella se ríe mandándome parar—. Entonces, ya tenemos fotógrafa y de modelar, ¿qué? —Niega—. Bueno, ya veremos le diré a Sofí que no quieres y entonces veremos qué haces. —Sé que la trastornada de mi hermana hará que lo haga.

—No juegues sucio.

La miro elevando mis cejas sabe que entre los dos está perdida.

—Si te digo que lo haré... ¿pararás? —pregunta

—Lo intentaré. —Cede, ya está hecho—. Vas a estar guapísima, ayer Cristina nos enseñó los dibujos definitivos, son geniales, es una diseñadora prometedora, va a ser un éxito y más si estás tú en el proyecto.

La beso, estoy eufórico, pero quiero que me acabe de contar lo que tiene en su cabeza, me tendré que contener, aunque ya le tengo ganas.

—Bien, ahora viene la noticia dudosa. —Retiro el pelo de su cara en un gesto conciliador, para que sepa que diga lo que diga no habrá drama.

—Hace tiempo que quiero proponerte algo. —Su mirada se dirige hacia sus manos, no sabe cómo decirlo.

—Dime, cariño, no tengas miedo. —Me coge la mano y la pone en su vientre.

—Quiero que pongas algo aquí, en concreto, quiero un bebé.

Mis ojos vuelan a mi mano, estoy en blanco, llevo tiempo pensando en otro bebé, pero no me atrevía a decirlo, me apeno al recordarlo y suelto una lágrima sin darme tiempo a contenerme.

—Eh, cariño, si no estás preparado lo entenderé. Esperaremos, sé que lo pasaste mal, no solo fui yo quien perdió a Ángela.

Me abalanzo a sus labios para que calle y la beso con fuerza, como quien da un grito al espacio para sacar lo que lleva dentro.

—No..., no lo haremos, no sabes el tiempo que llevo esperando oírte decir lo que acabas de pedirme, lo quiero, quiero un bebé contigo. —Mi voz se nota ansiosa, no tengo remedio soy más mujer que ella.

Nos abrazamos con ganas fundiendo nuestros cuerpos en uno.

—Mi amor, ¿por qué no lo dijiste? No habríamos esperado.

Somos idiotas por ser tan considerados y estar tan preocupados de no rompernos... «No puede volver a pasar», pienso.

—No quería presionarte más, ya te había soltado lo de la boda y no deseaba preocuparte con más cosas, además..., casi ni te veo, aunque sé que no te quejas, últimamente te tengo un poco abandonada. —Abre sus ojos como platos y sonrío pícara.

—Joder, con el abandono, eso no dice mi cuerpo, que te estoy dando conversación para recuperarme del asalto que me acabas de hacer.

Juro que esta mujer es única.

—Bien, pues se acabó la cháchara y manos a la obra. —Me tumbo sobre ella y se empieza a reír.

—Usted, no pierde oportunidad. —Su risa me llena.

—Cariño, tengo poco tiempo y mucho trabajo, así que vamos.

Se vuelve a reír, pero esta vez cuelo una mano en sus muslos y su risa para en seco, introduzco uno de mis dedos en su interior, aún húmedo por nuestro despertar, lo muevo dentro y fuera, suave, con pequeñas embestidas

—¿No ríes? —cuestiono bajito y niega lentamente. Sus ojos se voltean y gime, atrapo su boca con la mía, la beso y sigo con mi juego, se mece contra mi mano de gusto.

—Jorge. —Gime, pero no me detengo, añado todas mis habilidades con mis manos para hacer que llegue—. Jorge —sale de su boca un grito ahogado.

—¿Qué, mi amor? Dámelo y paro, dame lo que tanto me gusta, moja mi mano.

Se encuentra sofocada y mis palabras le están haciendo subir el calor más, acelero el ritmo de mis embestidas y paso mi boca por sus pechos, son mi parte favorita, le doy pequeños mordiscos a mis caramelos. Con cada mordisco y cada embestida más se contrae, noto cómo cierra mis dedos en su cuerpo hasta que colapsa y se corre gritando mi nombre.

Levanto mi cabeza para ver al amor de mi vida con su pelo revuelto, sofocada y roja, sus labios húmedos por su lengua, el pecho le sube y le baja por el orgasmo que aún no ha abandonado del todo su cuerpo, en cambio, el mío todavía está entero y más que dispuesto. Sus ojos se desvían a mi cuerpo, lo observa y vuelve a pasar la lengua por sus labios, se relame, pero va a ser que hoy no.

—No me mires así que aún no he acabado con contigo.

—Jorge, ¿más? —dice casi con suplicio, asiento y sin darle tiempo a quejarse la giro sobre sí misma, dejándola con su torso sobre el colchón.

Separo su pelo y le beso los labios, me pongo a horcajadas sobre su cuerpo, tomo sus muñecas y las coloco más arriba de su cabeza, apoyándolas en el cabecero. Desciendo las mías por sus brazos, masajeo sus hombros un poco y voy dejando besos por cada trozo de piel que tocan, y centrandome en su cuello, la oigo gemir.

—¿Te gusta?

Un «sí» susurrado abandona sus labios, sigo bajando mis manos por su espalda, suave, mis labios hacen su trabajo, con cada toque un gemido. Acaricio sus costados, bajo a sus caderas y las aprieto, lleno mis manos con sus carnes. Una mujer para tomar, para criar, un cuerpo para adorar, masajeo su culo, ese que me tiene loco, eleva sus caderas un poco, sé que le encanta así, va a abrir sus piernas, pero hoy quiero probar algo diferente.

—No las abras, hoy lo haremos distinto. —Sé que le encanta probar cosas nuevas, se deja hacer—. Es un poco más intenso si te molesta o te duele dilo y cambiamos, solo quiero probar.

—Vale, si me gusta, ¿te lo digo también? —Mira que es juguetona.

—Comunicación siempre, cariño.

Estiro sus piernas y elevo su cadera no tanto como para estar a cuatro patas, pero lo suficiente para poder entrar en ella, me coloco con mis piernas a cada lado de las suyas y comienzo a masajear y abrir su intimidad con mi polla, me paseo arriba y abajo, sus pliegues están húmedos, justo para facilitar mi entrada, pongo mis manos en sus caderas y entro poco a poco.

—¿Duele? —pregunto entrecortado, porque esto es demasiado placentero.

—No, más, dame más, suspira.

Esta húmeda, aunque la noto apretada, sigo, la meto entera, es totalmente diferente a otras posiciones, lo noto profundo, me acoge completo, el placer es inmediato, y me empiezo a mover. Salgo casi completo y vuelvo a entrar, erguido sobre mis rodillas no paro, nuestras caderas chochan, el ritmo me mata, no puedo, me tumbo sobre ella sin salir, apoyo mis codos a los lados de su cabeza y me valgo de mi cadera para seguir, ella enlaza nuestras manos y gira su cabeza buscando mi boca.

—Mi amor. —Seguimos besándonos—. Jorge. —Gime, ya está a punto y yo igual.

—Entendido, cariño —le digo y acelero hasta explotar juntos, me corro en su interior y no salgo de ella, hago fuerza sobre mis antebrazos para no hacerle daño, pero no abandono su cuerpo—. Quiero vivir en ti —le digo—. Quiero hacerte bebés cada vez que pueda. —Ella se ríe.

—Jorge, ¿por qué no empezamos por uno y luego ya veremos?

—Bien..., pero haremos muchos. —Se parte de risa por mi propuesta.

—Cariño, aún no he dejado la píldora, pero con esta última propuesta me estás dando miedo a ver si vamos a tener un equipo de fútbol.

—Mi amor, todo es ponerse, y oye, para esto no dudes que busco tiempo. —Se hace un silencio, salgo de ella despacio y me tumbo a su lado—. Ven. — Sé que le gusta, bueno más a mí que a ella, no tarda en colocarse sobre mi pecho—. ¿Cuándo la dejarás la píldora? —le pregunto con suavidad, quiero el bebé, pero cuando ella esté preparada.

—Hoy ya no la tomaré. ¿Estás de acuerdo?

«Por mí te las hubiera tirado a la basura hace tiempo», pienso, le beso el pelo en señal de afirmación y quedamos en silencio dándonos caricias.

—Jorge —me susurra—. Tengo algo que decirte y sé que no te va a gustar. —Me tenso y lo nota, me acaricia para tranquilizarme, pero es malo fijo.

—Dime sin miedo, mi niña. —Aprieto mis brazos para animarla a seguir.

—El sábado los padres de Roberto le darán una fiesta a tu sobrino, por ser su primer cumpleaños. —Los padres de mi cuñado siempre han sido muy cumplidos y adoran a su nieto, no veo dónde vamos, pero sigue—: Han invitado a amigos y conocidos de la familia para la celebración. —Entonces calla y ya sé a dónde va todo esto y no me gusta nada—. Eso incluye a mi padre y mis hermanas. —Me tenso totalmente, tanto que mi abrazo se hace demasiado intenso, ella me abraza fuerte también.

—No iremos —sentencio con dureza, nadie la dañará de nuevo, no dejaré que se acerquen, no hemos pasado un infierno para ellos, no para que puedan volver a hacerle algo.

—Jorge, es tu hermana y tu cuñado, no tienen culpa de lo que sucedió y es por tu sobrino —intenta hacerme entrar en razón, pero me cuesta, no puedo pensar en verla de nuevo hundida.

—Lo sé, pero no puedo dejar que estén cerca de ti, no. —Me encajono y no pienso salir de ahí, no.

—Jorge, mi amor. —Apela a esas palabras que sabe que me derriten.

—No vayas por ahí, no, Alba. —Se levanta y se sienta a modo indio quedando frente a mí, une nuestras manos y besa la mía, no las suelta.

—No pasará nada, no se acercarán porque tú estarás conmigo y yo contigo, no habrá ni necesidad de hablar ni de acercarnos a ellos, llevo casi un año aquí y no se han preocupado por mí, si no fuera por aquella vez..., con toda la mala suerte que nos trajo. —Sus ojos se empañan y mi cuerpo vuela a arroparla.

—No, cariño, ya..., ya, ya. —La mezo y sus lágrimas mojan mi pecho, tenemos que ir y ella, aunque más herida que yo, es más consciente de lo que sí nos corresponde hacer—. Iremos si es lo que quieres, pero mantengo lo dicho, no se acercarán a ti.

Con el movimiento de su cabeza me dice que sí, iremos, aunque en mi corazón late la cicatriz que tengo por la pérdida de mi ángel, pasará la vida entera y siempre estará ahí.

—Vamos, mi niña. —Tiro de ella para ir al baño, abro el agua caliente y nos metemos bajo ella.

Dejo que corra por nuestros cuerpos, lavo el suyo y el mío con dedicación y mimo. Alba se encuentra con la mirada perdida, está con la mente en otro sitio y no me gusta porque sé que esa regresión la destroza, aunque ya no como antes, está recordando y yo sé el qué, la sostengo contra mi cuerpo.

—No lo pienses más. —Parece que me oye por cómo clava sus dedos en mi cuerpo.

—¿Y si vuelve a pasar? —Comienza a llorar—. Es mi único miedo, no puedo perder otro, no lo superaría. —No me atrevo a decirle que ese es mi mismo miedo, perderlos... y perderla a ella.

Capítulo 26

Brujas

Jorge

Sigo trabajando bastante el resto de la semana, pero me esfuerzo por pasar un poco más de tiempo en casa con Alba o al menos en hacer la comida o la cena con ella, para luego dedicarnos a nuestro nuevo proyecto.

Mi mujer va a terminar conmigo, se ha tomado en serio lo de procrear y yo que no puedo negarle nada, cumplo todos sus deseos que para mi suerte son más que placenteros. Ha perdido la poca vergüenza que le quedaba y ahora incluso hay días que me recibe a piel vista, yo así no puedo..., vivo con una incomodidad permanente entre las piernas.

No hemos parado de hacer el amor en cada oportunidad que hemos tenido, no sé lo que tardará en quedarse embarazada, pero desde luego no negaré lo que estoy disfrutando de ello, no hemos dejado una parte de la casa sin estrenar.

Marco está como loco por la noticia de que estamos intentando tener un bebé, según sus palabras le haremos abuelo honorífico. Me echa de la oficina en el momento que ve que me paso de la hora de salir, se ha implicado más en nuestros negocios para darme tiempo con mi mujer. Esta vez todos estarán al tanto de la situación, así lo ha decidido ella, para mí está bien, la apoyaré en todo lo que quiera.

Hemos vuelto a la clínica de la doctora Despiste, que nos recordaba de la vez anterior, es un desastre de mujer, pero una gran profesional como nos demostró durante nuestra pérdida. Nos ha recomendado lo mismo que la vez anterior, seguimos sus instrucciones y nos ha pedido que, por favor, no nos estresemos.

El sábado es la fiesta del niño, será por la tarde, así que hemos decidido que los vamos a invitar a comer a todos a casa, para darles la noticia de nuestra búsqueda de bebé. Alba está nerviosa pero feliz, lo hemos estado hablando a diario, se encuentra tranquila y a la vez eufórica, cómo me habría gustado llevar la situación de otra manera. Se ve que tiene tantas ganas como

yo, quiero volver a verla embarazada, es preciosa, pero en ese estado está reluciente.

De su familia no hemos vuelto a hablar, casi lo prefiero porque pierdo mi cordura, vuela fuera de control. Han demostrado que son basura y no los quiero cerca de ella, ya la han machacado toda su vida reprimiendo, apartando y haciéndola de menos, no voy a dejar que nadie la machaque, no cuando es lo que yo más quiero y valoro. Nos robaron un trozo de felicidad y ahora que todo está encauzado en nuestra vida no dejaré que lo estropeen.

Cristina ha diseñado un vestido precioso para Alba, será parte de la nueva colección que está preparando, pero como favor personal lo va a confeccionar para ella, con color por fin, va a estar muy guapa más bien preciosa, para lucirla en mi brazo como mi mujer lo que es para mí, con o sin boda.

Encargamos la comida en un lugar cerca de casa, es un buen restaurante que tiene *catering* a domicilio, y aprovechamos para estrenar el menaje que habíamos comprado. Cuando decidimos venir para la casa también compramos muchas cosas nuevas con la excusa del nuevo comienzo, pero aún no las hemos usado, esta será una buena ocasión para hacerlo, no me cabe duda.

Hemos puesto la mesa y los del *catering* han dejado todo preparado solo para servir, somos gente sencilla como para necesitar servicio, Alba pone todo en bandejas y las llevamos al comedor porque ya casi es la hora. Minutos después, llaman a la puerta y los primeros en entrar son Roberto y Sofí junto con su hijo, está enorme ese granuja, acaba de aprender a andar y a meterse en la boca todo lo que calme sus encías, hay que tener mil ojos con él.

—Hola, hermano —dice Sofí.

—Hola, preciosa.

Nos besamos las mejillas y nos damos un abrazo, la verdad que siempre hemos sido unos hermanos muy unidos, y ahora también, eso no ha cambiado.

—Hola, cuñado —dice Roberto y me extiende la mano que yo tomo en saludo.

—Hola, Roberto, pasad, ¿y este pequeñajo? —Me extiende a su hijo que viene a mis brazos—. Hola, enano.

El pequeño toca mi cara y de paso me babea, pero no me importa lo único

que pienso es cuánto tendré que esperar para que mis propios hijos hagan lo mismo.

—¿Alba?

Señalo hacia dentro y a mi hermana le falta tiempo para ir con su amiga, es otra de las cosas que me gusta de mi relación, lo bien que se lleva con mi familia, bueno la nuestra, porque para nosotros Alba es nuestra. No tardan demasiado en llegar mis padres y los de Roberto, estamos todos comiendo disfrutando de la comida cuando mi padre, que es un impaciente, habla:

—Bueno, chicos... ¿a qué se debe esta invitación? —Es un zorro astuto, en eso he salido a él.

—¿Por qué crees que hay un motivo para la comida? —le pregunto sonriendo de medio lado y mirando a mi chica, la cual toma mi mano en señal para que hable, se encuentra tan contenta que me extraña que se esté conteniendo tanto.

Mi padre ha levantado la curiosidad de todos que están centrados en mí, carraspeo un poco y me enderezo en la silla, beso la mano de mi mujer y miro al frente.

—Bueno, pues sí hay un motivo para estar todos juntos, primero que es el cumple de nuestro miembro más pequeño de la familia. —Señalo a mi sobrino—. Y segundo porque queremos anunciaros que ya estamos en la búsqueda del siguiente miembro para esta familia.

A mi madre y a la de Roberto se les saltan las lágrimas y mi hermana chillaba de emoción abrazando exageradamente a Alba, los hombres son más discretos y solo sonríen diciendo: «Ya era hora».

—Bueno, pues ese es un gran motivo para celebrar, hijo. —Mi padre levanta su copa y el resto le imita—. Por el siguiente miembro y toda la suerte del mundo.

Miro a Alba que se le escapa la lagrimita, la apoyo sobre mí y beso su sien, todos responden al brindis de mi padre con un «Suerte» que suena al unísono.

Se levantan y nos felicitan por la decisión, estamos igual de contentos que si ya nos hubiesen dicho que está embarazada, aunque con toda la acción de esta semana hay más que probabilidades de que lo esté, me emociono solo de

pensarlo. Continuamos hablando de las buenas noticias hasta que la realidad sale a flote.

—Alba —llama su atención la madre de Roberto—, cariño, esta tarde también vienen tu padre y tus hermanas, perdónanos, pero sabes que no queda otro remedio que invitarlos —dice suave como esperando un cataclismo, pero ella no es así, ella es una persona calmada, nunca lo ha sido ni cuando el mundo le dio de lado ni ahora que tiene todo el apoyo que le damos.

—Ya, lo imaginaba que tendríais que invitarlos, sé que nunca lo haríais por hacer daño, vosotros nunca —dice tranquila, aunque por cómo aprieta mi mano sé que no lo está, ni yo tampoco.

—Alba, no dejaré que se acerquen, ninguno de ellos lo hará —le aseguro, acariciando su mano, todos tienen claro que por mi mujer haré lo que tenga que hacer, nadie ha olvidado lo que esas brujas le ocasionaron y las consecuencias que hubo.

—Ninguno los dejaremos —dice el padre de Roberto, un hombre que entiende las relaciones sociales, pero para el que ante todo está su familia, y ha visto cómo mi niña ha crecido dentro de esa cruel familia—. Tu padre es mi socio, pero sé cómo es con vosotras, las otras tres aceptan el dinero y no les importa nada más porque son unas egoístas como lo era tu madre, perdóname, niña, pero, hija, sé que tú no eres como ellas, no mereces nada de ellos, no te darán nada bueno, no tal y como son.

—Lo sé, por eso no dejaré que se acerquen, ya nos han arrebatado una vez algo demasiado importante como para dejar que lo vuelvan a intentar y sé que vosotros solo queréis lo mejor para nosotros, por eso no estoy preocupada por verlos.

—Si se acercan las voy a peinar a tirones —dice mi hermana sacando risas a todos los presentes, odia a esas tres.

—Bueno, parad ya. —Se limpia las lágrimas caídas por las risas que Sofi le ha arrancado—. Hoy es el día de este pequeño y mi ahijado se merece la mejor de las fiestas, lo que me recuerda que tenemos un regalo para él.

Me mira y no hace falta que diga más, me levanto y voy por el juguete que le hemos comprado, pero cuando vuelvo Alba no está en la mesa.

—¿Dónde se ha metido Alba? —pregunto un poco inquieto, no me gustaría

que estuviera llorando por sentirse un poco sobrepasada.

—Aquí estoy. —Me giro para verla en el umbral cargando la cámara con la que siempre hace las fotos más especiales, la que su tío le regaló—. Señores, hora de plasmar recuerdos —dice en alto y todos sacan sus mejores sonrisas.

Van cargando al niño en sus brazos, juro que verla con una cámara en las manos sigue siendo uno de mis placeres favoritos, es tan dedicada que, aunque sean unas simples fotos de familia, se lo toma en serio. Esta vez ha dejado que también le hagan fotos, otro claro síntoma de la seguridad y la autoestima que ha ganado.

A media tarde todos se han ido, después de una sobremesa familiar, de las que nunca me canso porque son tan pocas las veces que podemos relajarnos todos juntos que me saben como lo mejor de la vida. Los padres de Roberto se han tenido que ir antes, porque la fiesta no deja de ser en su casa y la tienen llena de gente preparando, se van con el buen sabor de tener una familia cada vez más grande y llena de cariño. El resto también se ha ido a prepararse para la fiesta y aquí estamos nosotros, sentados en el sofá, abrazados y en silencio, un momento perfecto de calma antes de tener que ir a arreglarnos también.

—¿Crees que ya puedes estar embarazada? —le pregunto sin moverme, estoy recostado con ella sobre mi pecho, acaricio su pelo y ella mi pecho, lo besa y se ríe.

—Estás ansioso. —Asiento aunque no me ve—. Yo también, pero prefiero esperar un poco más para hacerme la prueba, no quiero decepciones.

—¿Irás a la clínica? —Sigo acariciando su pelo.

—Iré, pero esta vez primero quiero hacerme la prueba en casa, sé que es estúpido y es más exacto en la clínica, pero quiero compartirlo solo contigo.

—Vale, como tú quieras será pero, aunque estés podemos seguir practicando, ¿o me vas a desechar cuando tengas lo que quieres? —No puedo dejar de incordiarla.

Gira su cabeza y me mira fijamente, finge ponerse seria y carraspea un poco.

—Cariño, ya sabes que yo solo te quiero por tu genética, ¿no lo has notado aún?

—Solo por mis genes, bueno, pues me alegro de ser guapo.

Me inclino para besarla, con suavidad y ella responde:

—Pues sí, menos mal que eres guapo —dice entre besos.

—No como tú... que eres preciosa. —Se pone roja al instante—. Y lo suficiente lista como para buscar un hombre guapo.

—Tú sí que eres listo.

Mis manos ya están en marcha, es que no lo puedo remediar, llevamos la semana sin parar y mi cuerpo se ha hecho a la rutina de ejercicio sexual.

—Tenemos tiempo —le sugiero, deseoso—. ¿Vamos?

Y ya estoy bajando la cremallera de su vestido, acariciando su espalda, mira su reloj y niega.

—Jorge, nunca te rechazo un achuchón, pero mira la hora. —Contemplo mi muñeca y veo que tiene razón—. Se nos ha ido la hora, vamos a arreglarnos.

Subimos al cuarto y ve que sobre la cama hay una caja con un logo muy divertido.

—¿Y esto? —dice cogiendo la caja entre sus manos.

—Esto, señora, es un adelanto del trabajo de Cristina que vas a lucir esta tarde.

Su mirada se vuelve brillante y alegre, tira de la tapa con ganas, abre el papel de seda que envuelve el vestido. Sus ojos se abren como platos y su sonrisa se dispara elevando sus pómulos y enseñando sus dientes.

—Es, es... —Se queda sin palabras—. Es precioso y no es negro —dice emocionada.

—No, es rojo —añado desde el lugar en el que me he quedado plantando para ver el espectáculo.

—Gracias, gracias, gracias —repite viniendo a mis brazos, y me besa de forma graciosa por toda mi cara, la abrazo contra mi cuerpo y la levanto un poco.

—Gracias a ti, cariño, ahora, cámbiate que quiero vértelo puesto.

Me da un último beso y se va al baño, evitando la tentación se encierra

para cambiarse, yo hago lo mismo, pero en el cuarto, me coloco un traje negro con una camisa blanca, nada especial, algo tradicional, elegante y sobrio para la ocasión. Estoy sentado en la cama esperando a que mi chica salga del baño, se abre el cerrojo y acto seguido la puerta.

—¿Qué te parece? —pregunta tímida. Perfecta es decir poco.

Me deja ver a una impresionante mujer que hoy va a levantar más de una ceja y muchos piropos, pero el primer alago será el mío.

—Doña Alba, no sé si dejarla ir, está usted demasiado guapa, desde luego hoy no se suelta de mi brazo.

Mi chica, contra todo pronóstico, calla y se sonroja, me levanto, cojo su mano y le entrego su bolso. Salimos juntos, unidos y con la fe de que nadie puede con nosotros, no les tengo miedo, pero no dejaré que nada pase porque entonces haré una verdadera quema de brujas.

Capítulo 27

Su lugar

Alba

Estoy nerviosa, tal vez demasiado, tengo una mezcla un tanto alborotada dentro de mí, por una parte hay más que posibilidades de estar embarazada, lo que causa una alegría increíble mezclada con un miedo atroz. Lo que siento dentro nadie lo puede imaginar, este estado, de darse, me volvería loca de alegría, por no mencionar a Jorge que está más que deseoso de ser padre, se ha reservado las ganas por mí, dice tanto de él.

Por otro lado, también bueno o positivo, digamos me siento preparada para comerme el mundo, o al menos me veo capaz de enfrentarme a los míos y no esquivar los balones como siempre he hecho.

En caso de ser necesario, claro, y no evadirlos con buena educación como he estado haciendo todo este tiempo atrás, ya no seré pequeña a su lado, ni callada, no me haré de notar tampoco sin necesidad, me limitaré a evitarlos. Quiero una familia, pero la mía está demasiado rota, vacía, tanto que no se puede considerar ni siquiera una unidad de ningún tipo.

Yo quiero formar algo donde el cariño esté presente todos los días y a todas horas, algo real, no una familia para el escaparate, este año he aprendido a dejarme querer y a quererme más a mí, esto me ha servido para llegar a hacerlo con auténtica devoción al hombre que me lo ha dado todo, Jorge.

Me lleva de su mano, me agarro de la misma manera que lo hace él, dándonos fuerzas, lo que hemos construido no lo va a romper nadie y seguro que esta tarde será toda una prueba.

Entramos en la casa, hace una tarde soleada y todo está preparado en el patio, no somos los primeros en llegar, pero tampoco los últimos, siguen aparcando coches y entrando gente, la verdad que es una fiesta en toda regla, los padres de Roberto sí que saben cumplir.

Vamos buscando a la familia de Jorge, le miro de reojo y veo que no cabe en su ser, aprieta mi mano de vez en cuando, pero creo que es para ver si soy de verdad, ni yo me creo lo guapa que estoy.

Porque es verdad, me siento guapa, desde que era pequeña no me sentía así, tengo nostalgia de aquella niña que era antes de que mis hermanas dinamitaran mi autoestima, un lindo vestido por fuera y una alegría inmensa por dentro, no se puede ir mejor vestida, bueno, si todo lo acompañas por un gran hombre es el accesorio perfecto.

Llegamos donde esta Sofí saludando gente, no olvidemos que la fiesta es en honor a su hijo, a Roberto le veo más lejos con los que deduzco son gente de la empresa por su postura, solo está así de rígido en el trabajo.

Los padres de ambos están saludando gente, nosotros vamos junto a mi amiga que estos eventos no le resultan del todo gratos, ella es más de andar por casa, su carácter alegre y desenfadado junto con su personalidad tan sincera la hace única.

—Pero si es la parejita, ¿por qué habéis tardado tanto?

—Hola, ¿te aburres? —le pregunto en un abrazo.

—No lo sabes tú bien, toma. —Me entrega a mi ahijado—. ¡Oye! ¿Y ese vestido? Estás fantástica. —Pero mira que tiene ojo para lo que le gusta.

—¿Te gusta? —Asiente—. Bien, porque es parte de tu nuevo trabajo —le digo seria.

—¿Y eso a qué viene? —cuestiona intrigada.

—Viene a que tu hermano, hombre sabio, guapo y listo —ella sonrío—, ha decidido hacer una línea de ropa para chicas grandes y no solo de espíritu.

La cara de mi amiga se ensancha de alegría, le encanta la ropa y por nuestra condición no siempre podemos llevar lo que nos gustaría.

—¿Cuándo? Ya quiero probarme todo. —Es una entusiasta de las compras.

—Y pronto podrás hacerlo, vas a ser una de sus modelos —le digo sin contener mi alegría, su cara de asombro pasa a una más *sexy*, me pone morritos y se pone a posar de forma exagerada.

—¿No has podido esperar? Hermanita, te voy a tener que dar un par de lecciones —dice Jorge en modo fastidio, aunque yo sé que de eso nada, lo hace por renegarme un poco, me aprieta por la cintura y yo sonrío como una boba; estar enamorada es lo que tiene que con una mirada ya está todo dicho.

—¡Ay, por favor! No os pongáis melosos. —Suspira, es una dramática—. Dime más.

—Pues tú serás una de las modelos, bueno, si quieres. —La otra pone cara de «¿en serio crees que diré que no?»—. Y mi mujer será la fotografía del proyecto, bueno, y si tú la convences otra de las modelos, ¿me ayudas a convencerla?

Sofi pone esa cara de malévola de cuento y ya sé la que me espera, aunque ya he decidido que lo voy a hacer, dejo que mi amiga gaste todos sus recursos en mí, así va pasando la tarde, manteniéndonos un poco apartados.

Jorge está un poco en alerta, quien no lo conoce no se da cuenta, pero a cada momento, con disimulo hace un barrido con la mirada por toda la fiesta. Me disculpo para ir al baño, Jorge ya está dispuesto hasta entrar conmigo en él y sujetarme hasta las bragas, mejor no ser soez, al final cede, pero le pide a su hermana que me acompañe. Camino dentro de casa, Sofi se empeña en seguirme, se han tomado al pie de la letra lo de no dejarme sola.

Cuando estamos para entrar alguien la llama, me mira y le digo que vaya que solo iré al baño, no creo que ocurra nada entre la taza y el lavabo. Conozco esta casa mejor que la mía propia, es inevitable sonreír al pasar por el interior de la vivienda, recordar lugares donde nos escondíamos mi amigo y yo, mirar de reajo la cocina donde tantas veces hemos merendado con su madre, tan distinto a mi casa donde comía con la cocinera.

Llego al baño, que gracias al cielo no está ocupado, paso a hacer los menesteres que se hacen en estos casos, no tardo nada, me aseo y me dispongo a salir de nuevo para el jardín, momento en el que tiran de mi brazo haciendo que me tambalee sobre mis tacones. Por acto reflejo mi mano va a mi vientre, me asusto, lo agarro con ella, mis ojos se cierran con fuerza y contengo el aliento esperando lo peor.

—Abre los ojos, estúpida.

Esa voz, esa puta voz que lo único que me dan ganas de hacer es descargar mi mano sobre su cara, pero yo nunca he sido así, antes porque prefería ser invisible y ahora porque sé que estoy por encima de esto, no ensuciaré mis manos.

—¿Ahora también eres sorda? —Me da un meneo sin soltar mi brazo, yo mientras, me endezco sobre mí misma, tomo un profundo respiro, giro mi cara

y la miro directamente a los ojos, apenas han pasado unos meses desde la última vez que la vi, mi odio hacia ella está por encima del tiempo, pero no sobre sus actos.

—Teresa —digo, tengo tanta rabia contra ella..., pero no caeré.

—Solo vas a decir eso, así que es verdad lo que dicen las revistas... Estás con Jorge, creí dejarte claro que te apartaras, ¿qué hay que hacer contigo, hermanita, para que te quede claro tu lugar?

Sé que se avecina una linda retahíla de insultos y frases que pretenden hacerme venir a menos, pero esta vez no. Justo cuando me armo de valor para contestar, otra voz a mi espalda detiene mi acción, su voz responde por mí, dándome mi sitio.

—¿Su lugar? Creo que estás bastante equivocada sobre Alba, ella ya está en su lugar que es a mi lado, al lado de su esposo.

Jorge suena como una auténtica fiera contenida, aún no lo he visto enfadado, pero algo en su carácter me dice que no es agradable de ver, menos si todo lo que contiene sale fuera de él.

—Su esposo, ya. —Ese «ya» seco suena con auténtica maldad salida de la boca de esta víbora que hace llamarse mi hermana—. Creo que andas más que despistado, ¿seguro que no has equivocado a tu esposa con la mascota? Semejante cerda no está hecha para ir a tu lado. —Para el final de su grandioso discurso yo ya me siento implada, contengo todo lo que puedo.

Siempre han sido así conmigo en privado, crueles sin razón, con el insulto preparado para dispararlo justo donde duele y usando las peores metáforas. Es la primera vez que una de ellas lo hace con público, aunque solo es Jorge duele como si lo estuviera anunciando para una gran multitud, la vergüenza me invade, noto cómo me vengo abajo poco a poco, pero no me da tiempo a llegar al suelo y tocar el fango.

El brazo de Jorge se aferra a mi cintura, junta nuestros cuerpos, siento la fuerza de su cuerpo sostenernos juntos... el uno al otro, esa fuerza que ha crecido estos meses, esa que dice que lo nuestro no es fruto de un chispazo.

Puede que empezara así, pero ha sido todo el tiempo que hemos estado juntos el que ha madurado lo nuestro poco a poco, no somos algo pasajero, estamos enamorados y eso no lo dice una revista, no, eso lo dice el hecho de

que nada ha podido con lo nuestro, que él es lo más importante y que esto es recíproco hacia mí.

—No vuelvas a insultar a mi mujer, no te lo repetiré, no te acercarás más a ella, ni tú, ni ese par de víboras a las que llamas hermanas. Ella no está sola, me tiene a mí y a los míos. Alba va a estar conmigo, a mi lado, jamás pondría mis ojos en alguien tan mezquina y sucia como tú.

Mi hermana se encuentra con los ojos abiertos, no da crédito que el tesoro donde había puesto su mirada la esté hablando así, no es capaz de procesar que en el mundo existan personas de verdad que vean más allá de una talla o de un aspecto.

—Te vas a arrepentir —me amenaza, pero esto aún no queda así, mi chico tiene algo que decir.

—Creo que no lo entiendes, Teresa —dice su nombre con desprecio y ella no pierde detalle, lo mira con la misma rabia que solo reserva para mí—. No vuelvas a girarte ni para mirarla, la ensucias, eres una verdadera basura, me da igual si la olvidas o no, pero te aseguro que no vuelves a acercarte a ella, y si lo haces atente a las consecuencias, por si lo dudas, no será nada bonito ni agradable para tu persona, sé que valoras mucho tu imagen pública, no quieras ponerme a prueba y ver lo mal parada que puedes salir.

—No te atreverás —le desafía ella, la bruja de mi hermana sí que tiene huevos, o tal vez sea la rabia del perro acorralado.

—Desafiame, pero prepárate para las consecuencias —le dice él, tan tranquilo que da miedo—. Dicho esto, buenas tardes.

Nos giramos para irnos de nuevo al jardín, no soy consciente de que avanzamos hasta que ya estamos prácticamente fuera, salimos y al poco nos sigue Teresa, nos vamos al lugar donde se encuentra Sofí con el niño.

Pero no tarda en llegar el resto de la familia, que no ha podido evitar ver nuestra salida de la casa, Roberto se pone a mi otro lado, los padres de Sofí y los de Roberto también vienen junto a nosotros. Sofí lo primero que hace es disculparse por no entrar a la casa conmigo, yo no tardo nada en excusarla, no soy una niña para tanta protección, Jorge ni me suelta, ni toma distancia, sus padres también se disculpan, esto es absurdo.

—Por favor, os voy a pedir que paréis todo esto, no ha pasado nada y es la

fiesta del niño, no el día de compadecerse de Alba, por favor, ya me siento mal porque estéis todos aquí y no disfrutando de la fiesta.

Todos asienten, pero no se acaban de separar de nosotros.

—¿Quieres irte? —me pregunta Jorge, pero no me van a echar, sonrío y acaricio su cara, le dejo un beso en su mejilla.

—No, amor, quiero que me saques a bailar, ¿me lo vas a negar?

Pregunto melosa, ya ha quedado claro que no podrán con nosotros, no voy a dejar que Jorge se obsesione, se ha portado como un hombre, ya ha dejado claro que lo suyo no se toca, no nos vamos.

—Doña Alba, a usted no se le niega nada, vamos.

Toma mi mano enlazándola y dejando un suave beso en ella, tira de mí hasta la zona reservada para bailar. Está oscureciendo, el jardín se ilumina de forma espectacular y los hombres se han animado a sacar a bailar a sus parejas, sujeta mi cuerpo acercándolo al suyo con nuestras manos en su pecho enlazadas, las otras de igual forma en el aire, pero lo mejor de todo, nuestras miradas fijas.

—Te amo —le digo, sé que adora esas palabras cuando salen de mi boca, me estrecha aún más.

—Cariño, ahora vas a tener que darte prisa en ser mi esposa, porque creo que ha quedado claro que eres mía y solo mía.

Me besa como él sabe, removiendo todo mi mundo con solo sus labios y para rematar la faena dice lo que tanto me gusta oír:

—Yo también te amo.

Capítulo 28

Nuestra no vuestra

Jorge

Alba acaba de irse al baño con mi hermana, sé que está acompañada por Sofi, pero eso no quita que quiera no dejar que nadie se le acerque, estoy en modo posesivo como nunca. Está aquí su familia, los he visto de lejos y los tengo en mi radar; sé que ella nota mis nervios, aunque no dice nada, por el contrario, intenta que yo esté tranquilo.

Echo un vistazo a la casa y veo que Sofi está parada con una señora y no hay rastro de Alba. Me enervo, miro donde están las hermanas de Alba, observo y falta una, no me paro a pensar y ya me encuentro caminando hacia el interior de la casa y menos mal que soy rápido en llegar.

La perra de Teresa tiene a Alba cogida del brazo, ya la está amenazando no pasa a creer nuestra relación, se da el lujo de amenazarla, no necesito escuchar más, hora de poner a cada una en su lugar.

Intento sonar bajo en mi respuesta, pero se ve a la legua que me estoy conteniendo, no debo olvidar que es una mujer a pesar de parecer un demonio, a pesar de que sea la asesina de mi hija.

Suelta su veneno con total incredulidad, sin pararse a medir contra quién está cargando.

Hija de puta, ¿cómo puede ser tan mala persona? La impotencia por no poder darle dos hostias bien dadas crece en mi interior, no es bueno tener estos pensamientos, pero no veo freno en mi cabeza. Tomo a mi mujer contra mi cuerpo dejando claro que aquí no hay posible fisura, nadie puede con nosotros. Además de que a Alba se le ve claramente que acaba de recibir una fuerte bofetada mental y necesita un apoyo.

Por fin encuentro las palabras adecuadas para darle su sitio en el fango.

Aun así se da el lujo de amenazar a mi chica, creo que con Teresa tendré que ser un poco más claro. Utilizo toda mi amargura contra ella.

Y no dudaré en molerla hasta hacerla polvo, si lo que le duele es su

imagen pública la arruinaré... Conozco suficiente gente en el mundo como para acabar con cualquiera de ellas solo con un par de llamadas.

Pero la niñata es terca y no duda en dejar salir a la niña mimada, acostumbrada a que nadie se le enfrente, está anonadada, tras ver que sí iré en serio a por ella como ose cruzar la línea. No le doy derecho a réplica, solo hago lo que debería haber hecho desde el principio, sacar a mi mujer de aquí.

Volvemos al jardín y nos posicionamos con mi familia, todos se alertan, sin embargo, ella saca la gran persona que lleva dentro y los tranquiliza, le pregunto si quiere marcharse, pero insiste en que no. Al final me busca las vueltas para que la saque a bailar, sin duda, más que una distracción, para mí cumplir con mi mujer en lo que sea siempre es un placer.

La tengo en mis brazos meciéndonos al son de la música, sé que quiere ser fuerte, pero a mí me da igual si quiere marcharse tan lejos como pueda de este lugar, no la culparía, jamás, por la reciente experiencia con su familia. Podría llegar a llevármela contra su voluntad, si se les ocurre volver a acercarse con las mismas intenciones que Teresa.

—Cálmate, ya ha pasado —me susurra mientras masajea con caricias mi hombro.

Ante la angustia y la rabia siempre hay que poner a las personas por encima de lo perdido, lo normal hubiera sido que cargar contra ellas desde el principio, pero prefiero centrarme en ella que lo necesita, y en el bebé.

Yo simplemente callo, ahora no puedo poner cordura a mis pensamientos, tendría que ser yo el que estuviera reconfortándola y no al revés, la pego más a mi cuerpo, quiero que se sienta protegida como nunca ha sentido en su vida.

Ver a Teresa, siendo la verdadera cabrona que es, me ha levantado la costra que tengo sobre la herida que causaron aquellos días, elegir entre estar al lado de Alba o ir tras ellas como un auténtico cazador. Siempre será una bolsa de piedras sobre mí, pero tuve que elegir y la elegí a ella. En aquellos momentos me necesitaba y sin mentirme a mí mismo, yo habría estado perdido si también ella... No quiero pensarlo.

Ni bailando con Alba consigo acabar de sacar de mi cabeza el enfrentamiento con la alimaña de su hermana, sus duras palabras resuenan en el interior de esta, todo mi interior bulle, una rabia que no es natural en mí.

Me temo que mi mujer no me ha contado ni un poco de todo lo que ha vivido en su familia, creo que su carácter sea producto de mucho más de lo que pensaba, donde por lo que he observado, los insultos son normales y desmedidos.

La forma en la que le ha hablado, la rabia, el rencor que ha utilizado Teresa no es normal incluso lo veo enfermizo, mi niña, cuánto habrá sufrido, no puedo evitar abrazarla aún más fuerte.

—Me estrujas, amor —me dice solo para nosotros.

—Mi niña.

No puedo hablar mucho más porque siento un nudo en mi garganta, acaba la canción que estamos bailando y ella se separa, me sonrío y acaricia mi cara. Le devuelvo el gesto con la única mirada que tengo para mi chica, la del hombre enamorado que lo daría todo por ella, pero que no puede evitar no haberla conocido antes solo por haberla sacado de su familia hace mucho tiempo. Los camareros van saliendo de la casa con bandejas que van situando en las mesas, parece ser que la fiesta también tendrá cena, mi chica se da cuenta y sugiere comer.

—Están sirviendo, ¿comemos algo? Tengo hambre. —Acaricia su estómago, que pronto se verá hinchado y grande, joder, qué ganas tengo. Asiento cogiendo su mano, dejo un beso en su dorso y la guio donde está la familia reunida.

Los camareros han dejado bandejas con comida por todas las mesas, la verdad se ve deliciosa, vamos junto a mi hermana que ha cogido una silla para sentarse con mi sobrino para que coma algo. Alba lo hace a su lado y coge en brazos al pequeño, como siempre mi corazón se calienta al verla con él en brazos imaginando que será el nuestro.

Sirvo varios aperitivos, cosas que sé que le gusta comer, lo pongo todo en un plato y tomo un par de cubiertos. Lo coloco en el lugar de mi mujer y me inclino a dejar un beso en su mejilla, ella ve la comida y me lo agradece con una sonrisa, pasa un camarero con bebidas, cojo de la bandeja un poco de agua y vino para mí, no sabemos si está embarazada, así que mejor jugar sobre seguro; nada de alcohol.

Mi madre y la de Roberto se han sentado con ellas, saco la cámara de los recuerdos, nombre con el que ya se ha quedado el aparatito, les hago una foto

a las mujeres de mi vida, incluyo a la madre de Roberto, porque sé que quiere a mi mujer como si fuera suya, al menos estoy seguro de que será lo más parecido a una suegra que voy a tener. Saco otra a los chicos y se la paso a mi mujer que hace mil fotos de todos los presentes.

Es una gran fiesta, pero hemos acabado con nuestra celebración particular, estamos todos ya sentados en la mesa, compartiendo risas e historias de cuando éramos pequeños, mi madre se está luciendo con mis vergüenzas infantiles, mi chica ríe feliz.

Además de que participa en la conversación porque los padres de Roberto tienen un montón de historias de cuando los dos eran pequeños y hacían trastadas por la casa, es bonito ver que sí tiene a alguien y mucho bueno que decir de ella, saber que en algún punto de su vida alguien se preocupó de que fuera una niña y no un estorbo como me ha querido hacer ver su hermana, eso me reconforta un poco, aunque no reste todo el dolor que ahora sé que ha sufrido. Estamos tan tranquilos disfrutando de los dulces que están sirviendo para cerrar el *catering*, cuando se acercan las personas menos deseadas por todos los de la mesa.

—Buenas noches —saluda con una sonrisa falsa su padre, pero como no podía venir solo viene escoltado por la manada de perras, de sus hijas.

Elena va del brazo de su padre, con su característica pose altanera y soberbia, es digna hija de su progenitor, al lado de esta se encuentra la ya nombrada Teresa, al otro lado de la pareja central su otra hermana, Victoria, esta última me tiene un poco descolocado, porque su actitud es de vergüenza, no se atreve a dirigirle una mirada a Alba.

Pero yo no puedo olvidar que fueron las tres las que provocaron aquella caída, aunque su actitud es todo lo contrario a las otras dos, que están sobre ella como un halcón dispuesto a atacar a su presa.

«Teresa, Teresa, Teresa, creo que vas a aprender la lección por las malas, me has provocado y me vas a conocer, porque veo que lejos de amainarte te estás envalentonando aún más».

—Buenas noches —saludamos todos, con más o menos empatía, pero con educación, que es lo que realmente cuenta para la apariencia social.

—Alba. —Se dirige a ella seco y duro.

Parece que le molestara el simple hecho de que esté frente a él, con gusto le aclararía quiénes son los que sobran en esta fiesta, pero mentalmente debo de recordarme que no es mi casa, que no me corresponde a mí decir quién sobra y quién no, aunque lo que sí me corresponde es defender a quien yo quiero, Alba, la mujer que amo sobre cualquier cosa, por mucho que sea su padre no la tratará de esa manera y menos frente a mí.

—Buenas noches, padre —dice ella educada y fría. Él lo nota, pero lo obvia como buen actor que es, dejándome sin poder darle la réplica que merece.

—Bueno, señores, ha sido una fiesta magnífica, pero nosotros nos vamos a retirar, no sin antes felicitar al homenajeadó. —Se agacha a tocar la cabeza de mi sobrino.

—Bueno, amigo, gracias por venir a celebrar junto a nosotros este día —le dice el padre de Roberto, a distancia se nota el formalismo de la situación, el resto permanecemos impasibles esperando la retirada de los cuatro.

—Espero pronto poder estar celebrando con vosotros una fiesta similar, ya que mi hija mayor —sacude su cabeza de forma leve hacia Elena, apretando su mano a la vez que gesticula— me dará mi primer nieto en unos pocos meses.

En su cara se dibuja una gran sonrisa, que se ve acompañada de las tres arpiás, está claro que la llegada les hace feliz, o al menos, lo muestran así de cara a la galería.

Abrazo a Alba por el hombro, acción, reacción, la alegría de su padre es la tristeza de mi mujer, veo a la perfección lo que se está preguntando, lo que está apretando en un puño su corazón, lo mismo que yo: «¿Se habría alegrado de esta manera por nuestro ángel?». Ella apoya su frente en mi hombro, noto su temblor, agarro su mano con la mía, aprieto y ella me lo devuelve, me permito girar y ver su cara, está apunto del colapso, sus ojos ya se encuentran enrojecidos, anunciando las lágrimas que están por llegar.

Porque por mucho que haya trabajado este año en quererse, no estaba preparada para este golpe tan rotundo. Enfrentarse con las mismas preguntas de siempre: si es suficiente, si es válida como hija, si vale tanto como ellas.

—Por lo que veo no vas a felicitar a tu hermana. —Su padre se dirige directamente a ella en tono de reprimenda, ahora no me callo, con esto no puedo, pero de nuevo me veo cortado antes de poder atacar.

—Perdona que te corrija, viejo amigo —habla el padre de Roberto, dejando claro que le conoce desde hace demasiado tiempo y muy bien, su tono es seco y en él se denota un leve enfado, pero la mirada de soberbia de su amigo no se queda atrás para nada—, pero me veo en la tesitura de sacarte de tu error, ya que veo que como de costumbre no estás al tanto de lo que deberías no ignorar acerca de tus hijas.

El padre de Alba lo mira sin saber qué va a pasar, pero aún con su mirada estoica, se pone en alerta, manteniendo la compostura, aunque su semblante ya se está tornando serio.

—Estás equivocado, ese bebé que espera tu hija mayor, no será tu primer nieto, tu primer nieto, más bien era nieta, la enterramos hace unos meses. Murió en el vientre de tu hija menor por una caída que sufrió en plena calle, fue un tropezón nada fortuito que sufrió Alba en una calle del centro cuando salía de comer, ¿os suena, chicas? Ese día, creo que todas visteis a vuestra hermana.

El padre de Roberto tiene una mirada llena de veneno. Elena y Teresa se miran, con solo un vistazo se ve que se están poniendo de acuerdo, como sospecho, están acostumbradas. Su versión será idéntica, todo lo que saldrá de su boca cuando empiecen las reclamaciones las tapaná para quedar bien ante tal acusación.

—¿¡Qué!?! —Su padre, incrédulo, es lo único que es capaz de decir, fijando su mirada en nosotros que no nos hemos movido de nuestra posición, sé que no se le escapa para nada mi brazo rodeando a Alba ni la posición de protección que le brindo a mi chica.

Les devuelvo la mirada a los cuatro, pero veo un cambio, Victoria ahora sí que mira a su hermana, la analiza viendo el dolor en los ojos de Alba, dándose cuenta de que fueron ellas las que, con su zancadilla, provocaron la caída de su propia hermana, y a su vez la muerte del bebé, viendo la dura verdad: que ese día, entre las tres, acabaron con la vida de nuestra niña.

—Alba —llama su atención, cuando mi mujer le dirige la mirada a su hermana derrama lágrimas—. Perdónanos, nosotros no sabíamos..., por favor, perdónanos —dice haciendo el intento de acercarse.

Mi mano vuela al frente para hacer que se detenga en la acción de llegar más lejos de donde está. Nadie va a tocarla, las otras dos permanecen quietas,

erguidas y altaneras como siempre. Soberbias, no muestran arrepentimiento ninguno, no con su actitud, con su silencio lo dicen todo, esperando que su tercera no meta mucho la pata para intentar salir lo mejor paradas posible de la situación.

—Aclarado este dato, amigo, espero que tu felicidad sea completa cuando llegue el pequeño de Elena —remata para acabar el suegro de mi hermana.

El padre de Alba siente la estocada de las palabras, dejando claro que el hombre que se encuentra de pie no tiene ni idea de lo que en su casa se cuece.

—¿Perdiste al bebé? —Mira a Alba viendo lo mismo que su hija Victoria, la verdad de los actos de sus hijas, vuelve a dirigir la mirada a su amigo—. ¿Quieres decir que mi hija... —Su padre está descolocado, no es capaz de mantener la compostura, su soberbia se ha marchado dejándolo desprotegido y fuera de juego, pero se ve cortado por su amigo que habla de nuevo:

—Nuestra, lo siento, amigo, pero Alba es nuestra no vuestra.

Esa afirmación hace que todo cambie, no le ha gustado nada el hecho de que alguien reclame lo que él nunca ha querido: a su propia hija.

—Alba, acompáñame dentro —no pide, sino que sentencia su padre que está claramente molesto con el último comentario, sin querer perder las formas, sí está perdiendo la paciencia.

Capítulo 29

Hasta aquí

Alba

—Ella no irá con usted a ningún sitio —habla Jorge que no sé cómo se ha contenido tanto sin saltar a la yugular de alguno de ellos—. Ella ya no está sola, si quiere decirle algo, yo estaré presente. —Hoy tiene el lado protector a tope, en activo.

—¿Y tú qué papel juegas en este teatro? —Mi padre saca todo su poderío y pretende quedar por encima de Jorge, a pesar de que él sabe bien que es el hermano de Sofí.

—Pues yo juego el papel de padre de la hija que enterramos, pareja de su hija, además, de futuro e inmediato esposo de Alba, ¿le ha quedado duda o está aclarado?

Está dolido porque es obvio que él era el padre de Ángela, no se desentendió nunca de nada, él no es mi padre que paso de mí, él es mi chico que nunca me va a dejar.

—Vamos. —Coloca su ropa haciéndose ver como el hombre de negocios, vuelve a repetir la orden dirigiéndose adentro de la casa, quedando claro que le sigamos.

Jorge me observa esperando a ver qué hago, obedezco, es la ocasión de poder poner las cosas en su lugar. Me levanto de mi silla para ir tras mi padre, mi chico me alcanza y enlaza nuestras manos, mis hermanas caminan detrás de nosotros, pero para sorpresa de ellas mis suegros también vienen, la verdad que en parte me alivia porque sé que no dejarán que su hijo esté solo ante esto, no nos dejarán, corrijo en mi mente, porque somos una familia.

Llegamos donde mi padre nos guía a todos en un pequeño salón que hay a la entrada de la casa, no es un despacho, pero se ve que lo conoce porque es el típico lugar donde recibes a las visitas sin mostrarles tu casa, un salón formal, del que la madre de Roberto está muy orgullosa cuando recibe a sus conocidas.

Nos adentramos todos, el último cierra la puerta, para dejar en privado lo

que se vaya a tratar y que quede en el interior del lugar sin oídos extraños, como le gusta a mi padre.

Se sienta en el sillón central, sus tres hijas a un lado, y nosotros en el otro lugar, mi suegro se queda de pie en una posición por encima de los demás, aunque sospecho que lo hace más por jorobar al otro hombre mayor.

—Bien, o sea, que podía haber sido abuelo y no enterarme, ¿pensabas contarlo en algún momento o no nos enteraríamos? —me reclama sin remordimiento, está claro que la ofensa no es la suya, sino que considera que es nuestra por no informarle.

—¿Cuándo querías que te lo dijera? Llevo casi un año en la misma ciudad que tú y no nos hemos visto una sola vez, si te fijaras, padre, te darías cuenta de que desde el bautizo del niño de Roberto no me has visto.

Esta vez no me callo, mi vida ha cambiado lo suficiente para ser fuerte y hacerle un reclamo al hombre que me dio la vida.

—¿Y es culpa mía? Por si no te das cuenta trabajo mucho y muy duro para mantener esta familia y manteneros a todas, porque ante eso no pones objeción, al dinero que puntualmente te llega cada mes.

Cómo no, el dinero cae como primera reclamación. Siempre me saca el dinero a relucir, cuánta gente vive con poco y vive, no seré hipócrita, está claro que la comodidad de una vida sin preocuparse por el dinero está bien, pero una llena de cariño está aún mejor.

—Discrepo contigo, padre, hace años que ese dinero que tanto tiempo empleas en ganar, sí lo ingresas en mi cuenta, no negaré que llega al banco, pero yo no lo veo ni lo gasto, hace ya tiempo que me valgo y me mantengo con mi trabajo, ese dinero que me das lo coge Roberto y hace inversiones para mi futuro, pero yo no lo toco, no he renunciado a él porque es la única forma de que te acuerdes de que, a pesar de todo, yo existo.

Esto solo lo sabían Jorge y Roberto.

—Pero lo coges como las demás —dice Elena con malicia—. Nada te hace mejor que al resto de nosotras.

—Eso no la hace como vosotras —me defiende Jorge quedando en claro que no tengo nada que ver con ellas a pesar de imitar su acción.

—La hace igual, es más nunca será como nosotras, ella es el resto que nadie quiere, ¿cómo puedes tener el descaro de reclamarle a padre?

Teresa no se hace esperar y pone su punto en claro, ella no podía aguantarse, lo que no pierdo es la cara de Jorge, desde mi sitio veo la maquinaria de su cabeza moverse, lo siento, hermana, pero estás sentenciada, de eso no me queda duda. Esta vez no me callo y voy por ella, me voy a defender a mi manera.

—Yo no le reclamo nada, solo le pongo en conocimiento de que él ya no me mantiene, es mi trabajo y el dinero que gano con lo que vivo, por mí hace mucho que hubiera prescindido de él, ¿cuándo tú podrás decir lo mismo? —La cara de orgullo de mi chico se asoma sin vergüenza, sé que sabe que decir estas palabras son todo un avance para mí.

—¡¡Basta, hasta aquí!! —Mi padre ha perdido totalmente su papel de hombre tranquilo, pone orden entre nosotras.

Todos los presentes se toman un momento para sí mismos, nadie sabe por dónde saldrá el hombre sentado entre los dos frentes, nunca ha tomado parte por ninguna de nosotras, más bien siempre se ha mostrado indiferente, por lo que puedo deducir que esto le resulta más que molesto.

—Por la explicación que he recibido, saco en claro que fuisteis vosotras las que ocasionasteis el accidente de vuestra hermana, ¿queréis explicaros o preferís que yo saque mis conclusiones? ¿Victoria? —Es inteligente, saca el hombre de negocios que lleva dentro, el más experimentado a la hora de detectar mentiras, va por el corderito más débil para que cante la verdad de los hechos.

—Padre —dice Victoria en un tono suave, está claro que cuando se pone así no hay nada que hacer—. No voy a negar que fuimos nosotras, no diré quién fue la autora de las tres porque en el fondo la culpa es la misma, con el resultado, está claro que da igual, perdónanos, Alba.

—Cállate, estúpida —sisea entre dientes Elena, está enfadada. Victoria acaba de descubrirlas delante del único hombre que sí les dará castigo y que las ocasionará daño sin duda.

—¿Algo que añadir, hija, o vas a dejar que tu hermana acabe? —Elena retrocede, sabe que mi padre tiene peligro si se le provoca o se le contradice, mi padre le hace una señal a Victoria para que continúe.

—Ese día estábamos de compras por el centro y se nos hizo tarde para comer, para cuando llegamos a la calle de los restaurantes había mucha cola en todos los lugares, miramos a todos los lados buscando el local con menos gente, entonces la vimos salir. Iba sola como siempre, se veía que quería salir de allí cuanto antes, no miraba hacia los lados, se concentraba en ella, aprovechamos que estaba distraída para hacer que cayera, nos quedamos mirándola en el suelo tirada. Fue un señor desconocido el que se acercó a ayudarla a levantarse, su cara estaba pálida y parecía asustada, se recompuso, pero cuando se disponía a irse... —Veo cómo traga saliva y se dispone a contar la parte que de verdad destapa su personalidad, la de las tres—. Ella no nos había visto, podíamos haberla dejado ir sin que supiera que habíamos sido nosotras, pero no, la insultamos, recalcando lo torpe que siempre ha sido, nos reafirmamos y ella nos acusó de ser culpa nuestra y no suya el haber caído al suelo, le retamos a quejarse, le hicimos ver lo sola que siempre está, ¿quién iba a creerla, es más a quién iba a contárselo si nunca tuvo en quién refugiarse?

Jorge se tensa de forma violenta, resopla como un toro apunto de investir, aprieta mi mano con demasiada fuerza, su mirada es verdaderamente dura, es en este momento, en este instante, en el que está descubriendo que cuando se dieron los hechos nada les importó, solo hacerme daño. No se molestaron en medir sus consecuencias con o sin embarazo de por medio, porque ellas ignoraban ese dato.

Sus palabras son tristes cuando lo narra en alto, se da cuenta de mi realidad durante muchos años, ellas se tenían entre sí, unidas como hermanas, pero ¿a quién tenía yo? A nadie, triste realidad que gracias a la casualidad ha cambiado. Sé que soy tonta por lo que estoy a punto de hacer, pero es la única que mostró algo de piedad ese día, no dejaré que se iguale a las otras dos arpías.

—Tú sí preguntaste si estaba bien —digo sacando un poco la cara por ella porque sé que la vara de mi padre las va a medir de igual forma a las tres.

—¿Es cierto? —pregunta mi padre y ella asiente sin palabras—. ¿Y vosotras dos? —Ellas no muestran ninguna señal ni sí ni no, impasibles, nada, es como si todo esto no fuera con ellas—. Entiendo. —Desde luego el silencio las ha delatado y sentenciado.

—Alba, sé que no hay excusa, que nunca compensaré la pérdida, tienes

que creerme, yo nunca quise hacerte daño —dice ella para finalizar, pero hay alguien que sí tiene algo que decir sin excusas ni disculpas.

—¿Y qué es lo que pensabas que iba a pasar al caerse al suelo? ¿Que se iba a reír por el tropezón? —El sarcasmo rabioso sale como veneno por la boca de Jorge—. No contentas con eso tuvisteis que insultarla y degradarla, ¿os habéis parado a pensar que es vuestra hermana, la menor, a la que más teníais que proteger siendo vosotras las mayores? —Jorge no se ha podido aguantar, el intento fallido de ser padre lo tiene herido profundamente.

—Amor, para, ya no más, no vas a adelantar nada, solo te vas a hacer más daño, ya hemos sufrido bastante, no nos lo merecemos, ya no más —casi le suplico para que pare.

Acaricio su mano que tiene atrapada la mía en su puño que se cierra con fuerza, intento cargar con el máximo cariño hacia él, porque en algún momento hay que parar. Hemos superado la pérdida, hemos seguido hacia delante y el tenerlas aquí enfrente no hará que todo vaya hacia atrás.

Nada ni nadie va a poder con nosotros, él se mantuvo en pie para mí cuando más lo necesité y ahora me corresponde a mí tirar de él para que no caiga en un hoyo de rencor que no le aportará nada más que la maldad que Jorge nunca ha poseído ni nunca dejaré que tenga, él es bueno.

—¿Amor? —escupe Teresa con incredulidad.

Nos ha visto juntos, nos ha visto abrazarnos, pero para ella aún no es creíble el hecho de que alguien me prefiera sobre ella, es una celosa enfermiza que no ve más allá de la posesión de las cosas, o es suyo o de nadie.

—¿De verdad vais a hacernos creer a todos que sois una pareja? —Nos señala a uno y otro despectivamente—. Vamos, por favor, es imposible que alguien...

—¿¡Que alguien, qué!?! —grita Jorge, revienta sin freno, ahora no lo paro. Teresa se lo ha buscado, creo que lo necesita más que yo, lo dejo hablar—. ¿Que la quiera más que a ti? ¿Que la prefiera más que a ti? ¿Que la presuma o qué, Teresa? Vives tan pendiente de salirte con la tuya que no ves más allá de tu propia nariz. Eres egoísta, presumida y materialista, no ves nada bueno en los demás porque tú no tienes nada bueno que ofrecer, aunque no estuviera con tu hermana nunca y escúchame bien, nunca jamás hubiéramos tenido nada, antes de aparecer ella te evitaba como la peste y me alegro de no estar errado

en lo que pienso de ti, porque lo demuestras con cada acto que realizas. No. Vales. Nada —remarca las últimas palabras con un exceso de énfasis, dejando su punto claro; Teresa no vales nada.

—Eres, eres, eres... —Teresa no es capaz de contraatacar porque desde luego se ha quedado sin argumento, nadie nunca le ha hablado de esa manera tan clara, ese es su problema que nadie le dijo cómo comportarse, desde luego cada una hemos salido de una manera, pero qué esperar si tampoco tuvimos un modelo estable del que fijarnos, al menos ellas se tenían las unas a las otras.

—¿Soy qué? ¿Soy qué, Teresa? Ya que veo que no puedes aclararte, te lo voy a volver a aclarar yo. Soy el esposo de tu hermana, el que se va a ocupar de cuidarla, sobre todo de vosotros, además, por supuesto que seré el padre de los bebés que vendrán, porque no te quede duda de que seremos padres, tu hermana y yo, juntos. —Y explotó, este chico es pasional a no poder más, pero aún parece que no termina—: Y tú —esta vez se dirige a Elena que hasta ahora ha permanecido ajena a todo, no se ha mojado en defender nada ni nadie—, ahora te encuentras en el mismo estado que tu hermana estaba, no te diré nada más que una cosa, piensa cada día en esa caída que provocaste, piensa en el dolor, piensa en todo, nunca olvides la sensación de lo que arrancaste y luego piensa en si te pasara a ti.

La cara de mi hermana se contrae con fuerza, se ve mayor de lo que es, su mirada dura no abandona a Jorge, pero no contesta durante un segundo solo se oyen respiraciones, más o menos fuertes, mi padre rompe a hablar para dejarnos sorprendidos:

—Me he mantenido tan ocupado en mis negocios, que el resultado no ha funcionado para mantener a esta familia junta, os he dado todo lo que yo pensaba que era necesario, en toda vuestra vida nunca os ha faltado nada material, pero está más que claro que en lo referente al sentimiento nadie os ha enseñado nada. —Una pausa y me mira—. Siento, hija, lo que tus hermanas te hicieron, nadie puede culparte si nos odias, pero te doy mi palabra de que no volverán a interferir en tu vida, no volverán a cruzarse, yo me ocuparé de ello, a partir de ahora mantendré mis dos ojos sobre ellas, les daré las lecciones que parece que nunca aprendieron —mira a Victoria—, al menos no todas ellas. Ahora os voy a pedir que salgáis, porque quiero hablar con Alba y Jorge —su tono deja claro que no hay discusión a su orden.

Las tres se levantan y se disponen a salir, Victoria aún hace un intento de

redimirse, no dudo de su arrepentimiento, pero padre le lanza una mirada que hace que desista, solo asiente mirando al suelo y sale tras las otras dos, que no han cambiado en ningún momento su actitud.

Los padres de Jorge nos dedican gestos de cariño y apoyo y salen de la sala también, han sido testigos mudos de todo, no imagino lo que sus cabezas están cocinando, pero agradezco el hecho de que no hayan abierto la boca, su madre se levanta y su padre la toma de la mano para, acto seguido, salir y cerrar a sus espaldas.

Capítulo 30

Padre

Jorge

Su padre no pierde el tiempo en reprocharle su falta de información, pero ella por fin saca el coraje de decirle la realidad de su relación de familia, de cómo se comporta como padre, o más bien de su no relación, el porqué de que no se comuniquen. Él parece pensarlo, pero el orgullo le pesa mucho más y acaba echándole en cara el dinero que le da para mantenerse.

Qué bajo para un hombre me parece ese acto, pero una vez más, Alba le pone de golpe en la realidad de su persona, de lo poco que lo necesita ella. Mi chica es una mujer que vive de su trabajo, independiente y trabajadora, estoy muy orgulloso de ella.

Pero la arpía mayor no deja que Alba quede por encima, ella debe dar la última palabra siempre, recalcando que, aun así, el dinero se lo queda. Qué rastrera, solo recuerda ese dato de todo lo que su hermana dice. Me da igual quién esté presente, y le hago saber bien alto que Alba no es como ellas, desde luego que no, vale mucho más.

La perra caniche de Teresa no se queda atrás y saca los dientes, es como un pequinés, esos que mucho ladran y poco muerden, pero no dejan de hacer ruido. Lástima por ella porque yo soy de los que no hago ruido, pero sí de los que muerdo cuando me atacan o se meten con lo mío, está más jodida de lo que cree. Alba no se calla, bien por ella, y ataca con mucha educación, que es mucho más de lo que merecen. Su padre corta de raíz las reclamaciones que se están haciendo entre hermanas, pero no, esto así no queda.

Esto no pasa de aquí, quién coño se cree esa estúpida, no contenta con intentar igualar a Alba con ellas, aun así, sigue provocando y creyendo que por estar la mayor no le ocurrirá nada, esa fuerza de jauría de perras, poco le va a amparar de lo que le tengo reservado.

Su padre, tras ver la lamentable actuación de su tercera hija, centra el tema en analizar los datos que acaba de conocer, sacando en claro la participación de sus hijas en el accidente de Alba. Es un hombre astuto y presiona a la única

de ellas que muestra arrepentimiento al confesar, dando un alto a su hija mayor que intenta imponerse ante su padre, pero le sale mal, ella gruñe, pero hay demasiadas posibilidades de que su padre muerda y ahí sí que se le acabaría el chollo que tiene, es lista y calla.

Victoria comienza a contar lo que sucedió ese día sin entrar en el detalle de quién fue el pie que ocasionó la caída. Todos la escuchamos en silencio, pero mi mente viaja a aquel día, la sangre al encontrarla, su miedo, en mi cabeza oigo solo el llanto de aquellos momentos tan duros, el de Alba, el mío propio, el silencio de sus labios durante el parto, la fuerza que empleó, aun sabiendo que no habría fruto de aquella acción.

Cómo perdió el brillo de sus ojos cuando el bebé fue sacado de su vientre, la imagen de Ángela recién nacida, el peso de su cuerpo en mis brazos, la forma en la que la velamos todos juntos, pero rotos de dolor. Revivo todo el infierno que vino a posterior, cómo pensé que la perdería a ella, entonces llego a mi límite, pasarlo una vez fue malo, reabrir la herida me acaba de hundir, tenerlas a ellas delante contando cómo acabaron con mis ilusiones y mi primera hija..., no puedo más.

Hicieron caer a mi niña, la tiraron y no fueron capaces de ayudarla, fue un completo extraño el que le tendió una mano de auxilio, un anónimo al que nunca podré agradecer que la ayudase. Escuchar cómo la insultaron porque no tuvieron bastante con arrojarla al suelo. Pero el remate para mi cordura es saber que la hicieron sentir menos, restregarle que estaba sola.

Cuando yo sé que ella nunca ha estado sola desde que llegó a mi vida, no ha sido así para nada en todo este tiempo, saber que yo no pude hacer nada por ayudarla, no puedo con ello. Mi chica, tirada en el suelo con su consecuente golpe, insultada y despreciada por quienes tenían que haberla cuidado, no puedo más, aprieto la mano de Alba, mi angustia está ganando no sé cuánto me podré contener.

Para cuando su hermana acaba, Alba hace un intento de sacar la cara por ella, ¿pero cómo mi niña puede ser tan buena y haber tenido que sufrir tanto? Me rompe el alma ver que aún puede ser mejor que ellas, y que a Elena y Teresa les sigan dando igual, me endurece lo suficiente como para cargar contra ellas, su padre todavía intenta aclarar más, pero se da cuenta de qué animales tiene en casa. Victoria intenta volver a disculparse, pero ya no se puede recuperar lo que se perdió ni borrar todo lo que le han hecho a mi

mujer: exploto.

—¿Y qué es lo que pensabas que iba a pasar al caerse al suelo, que se iba a reír? No contentas con eso tuvisteis que insultarla, ¿os habéis parado a pensar que es vuestra hermana, la menor, a la que más teníais que proteger?

Exploto y arremeto contra ella, han sido meses de guardarlo para que no hiciera daño, pero ha salido fuera como quien hace explotar una gaseosa removida. Por su culpa han reabierto algo que estaba mal cerrado, hora de currar desde dentro a fuera, hora de sacarlo y no volver a guardar nada.

—Amor, para, ya no más, no vas a adelantar nada, solo te vas a hacer más daño, ya hemos sufrido bastante, no nos lo merecemos, ya no más.

Mi niña suplica cuando tenían que ser ellas las que pidieran perdón, ¿cómo no amarla si en estos momentos en los ella es la herida, encuentra fuerzas para ser la que tire de mí hacia ella y no hacia el dolor que sé que tenemos que dejar atrás?

—¿Amor? ¿De verdad vais a hacernos creer a todos eso? Vamos, por favor, es imposible que alguien...

Como la digna hija de su madre que es Teresa, que aún no ve la realidad que la espera de ahora en adelante, intenta venir por más, no sabe lo que disfrutaré destruyéndola cuando salga de aquí, pero tampoco me cortaré de sacar lo que llevo dentro para ella.

Mi voz sale en un grito de incredulidad por cómo puede ser tan bruja:

—¿¡Que alguien qué!? ¿Que la quiera más que a ti?, ¿que la prefiera más que a ti?, ¿que la presuma o qué, Teresa?, vives tan pendiente de salirte con la tuya que no ves más allá de tu propia nariz, eres egoísta, presumida y materialista, no ves nada bueno porque tú no tienes nada bueno que ofrecer, aunque no estuviera con tu hermana nunca, y escucha bien, nunca jamás hubiéramos tenido nada, antes de aparecer ella te evitaba como la peste y me alegre de no estar errado en lo que pienso de ti, porque lo demuestras con cada acto que realizas. No. Vales. Nada.

—Eres, eres, eres... —Teresa tartamudea, debe ser la primera vez que se queda sin palabras y que alguien la pone en su sitio, pero yo aún tengo más para ella.

—¿Soy qué? ¿Soy qué, Teresa? Ya que veo que no lo sabes te lo voy a

volver a aclarar, soy el esposo de tu hermana, el que se va a ocupar de cuidarla de todo y todos, además, por supuesto, que seré el padre de los bebés que vendrán, porque no te quede duda de que seremos padres, tu hermana y yo, juntos. Y tú —saber que Elena porta una vida dentro me hace querer hacerle saber qué es lo que se siente y qué es lo que se puede sentir— ahora te encuentras en el mismo estado que tu hermana estaba, no te diré nada más que una cosa, piensa cada día en esa caída que provocaste, piensa en el dolor, piensa en todo, nunca olvides la sensación de lo que arrancaste y luego piensa en si te pasara a ti.

Ojalá sea capaz de pensar en mis palabras y se dé cuenta de lo que hizo, pero lo que más me reconfortaría sería saber que va a vivir con el remordimiento, ese sería un castigo perfecto para su conciencia. Es la hermana mayor y la más tirana de las tres a la vez que mezquina porque no me cabe duda que en muchas ocasiones ha sido el cerebro de las maldades hacia Alba. Su padre hace una reflexión sobre lo ciego que ha estado en su vida y hace una promesa de mantener a las fieras alejadas de la vida de Alba, todo para acabar echando a todo el mundo porque quiere hablar con nosotros.

Todos se retiran, las primeras ellas, también mis padres, con los que hablaré más tarde porque deben de estar bastante afectados por todo lo que hemos vivido en el interior de esta sala, se despiden transmitiéndonos todo el cariño que pueden y salen dejándonos solos a los tres.

Se cierra la puerta y nos quedamos dentro junto con el padre de Alba, tiene su mirada perdida, aprieto la mano de mi chica y ella me lo devuelve, creo que está tan perdida como yo.

—¿Para cuándo será la boda? —pregunta serio.

—Estamos en ello, se celebrará en cuanto Alba dé el visto bueno a varias cosas que aún están pendientes.

Es mejor que decir que le está costando un montón dar el paso, que está muy feliz, pero que lo suyo no es la planificación... Lo que ella desconoce es que para eso estoy yo y que ya casi está todo cerrado, a falta de mirar a ver cómo la engaño para el evento, bueno, y el vestido, ese que le hará Cristina sin que ella lo sepa, soy todo un genio.

—No hay una fecha en el calendario, por lo que veo, Jorge tienes la oportunidad de hacer lo que yo no he podido. Defiendes a mi hija como un

perro rabioso, te voy a pedir que sigas haciéndolo, que la quieras y le des apoyo, que la ames, que hagas que conozca el cariño, que consigas lo que ninguno de nosotros hizo, pero ante todo te pediré que la cuides de nosotros, puesto que parece que somos el peor de sus enemigos. —Para su discurso y dirige su mirada a Alba—. Te pido esto porque pienso pasarme bastante tiempo haciendo penitencia desde mi casa. Haré que tus hermanas aprendan algo de provecho en esta vida, sé que nadie os devolverá lo perdido, por desgracia, yo también sé lo que es perder a un hijo, y el recuerdo siempre estará ahí. —Alba mira atónita a su padre, está descolocada por lo que dice—. Sé que no lo sabes, pero no fuiste un error que vino a arreglar nada como tu madre te dijo, sé que lo piensas.

»Tu madre y yo fuimos muy felices cuando naciste, eras y eres mi vivo retrato, tu madre tenía a sus princesas y, aunque yo siempre las adoré, tú eras un poco más mía, fuiste una niña buscada, lástima que no supimos quererte y hacértelo saber. —Hace una pausa—. Tras nacer tú, hubo otro bebé más, murió cuando tu madre, harta de que me ausentara por el trabajo, decidió salir a vivir un poco, se ahogaba en casa sola y comenzó a hacer un poco de vida fuera, hubo un accidente, no fue grave, pero sí letal para el bebé, era un niño, tu madre iba a encontrarse con su amante.

Se calla, se ve que el dolor está presente en él, sus ojos se enrojecen, pero es un hombre chapado a la antigua, no se permitirá llorar con nosotros delante.

—Tras aquello ya no podía mirarla igual, estaba en cinta y nada la detuvo de ir junto a otro hombre, con el tiempo, ella había cambiado lo suficiente como para preferir buscar fuera de casa lo que yo no le daba, le fallé, os fallé a todas y os perdí. No puedo obviar que yo no estaba a penas en casa, después de la pérdida me centré aún más en el trabajo. No podía mirar a vuestra madre, en casa todo eran reproches y mal ambiente, yo me iba y nunca me paré a pensar qué dejaba allí. Cuando tu madre te llevó con ella, mi corazón se partió un poco más. Te llevó lejos, ella estaba muy herida al igual que yo, te descuidó, por lo que veo no te protegió de nada.

Alba niega en silencio dando la razón a su padre, él respira profundo echándose una pala más de tierra a la espalda al comprobar lo que en el fondo ya sabía.

—Os di todo lo que pude, sé que no justifica nada porque solo era dinero, pero tampoco podía hacer nada más desde la distancia que ella puso entre

nosotros. Te llevó lejos para castigarme, eras la niña de mis ojos y te quitó de mi lado. Para cuando volviste eras una mujer, no sabía qué hacer, los años de separación hacían que no supiera relacionarme contigo. Todo esto no cambia nada, hija, te aparté, pero tampoco sabía dónde encajarte tras tantos años. Ellas siempre han sido como tu madre, se conformaban con lo que les daba sin pedir mi presencia, cuando os fuisteis siguieron con su vida, ninguna os buscó y yo tampoco le di la importancia que tendría que haberle dado a esa forma de proceder, visto las consecuencias de sus actos.

—Padre —Alba lo llama, pero él levanta la mano para que se abstenga de acercarse, aún no ha terminado.

Sé que su soberbia ha desaparecido y solo se protege de no venirse abajo, lo miro y ahora solo veo a un hombre herido y hundido, un hombre que ha creado un escudo para todo el dolor que tiene dentro e igual que nadie llega a él, ninguna miga de dolor lo abandona.

—No, hija, ese nombre no lo merezco, pero créeme que me lo voy a ganar, sé que no tengo derecho a pedirte nada, por ahora, pero os quiero pedir que me incluyáis en vuestra vida, no te lo voy a exigir porque no tengo derecho, pero sí me gustaría intentar estar más cerca de ti, no perderme más cosas importantes de tu vida.

Ella se limpia las lágrimas que le caen por su cara a la vez que asiente hacia su padre, beso su sien y la mantengo abrazada, no quiero que se derrumbe.

—Señor, creo que hablo en nombre de los dos si le digo que si usted pone voluntad todo puede encarrilarse, pero también puedo decirle que si le hace daño con su cercanía no dudaré en ir por usted y sin dudarlo apartarlo. — Tolerero, pero no me fio.

—Y por esa razón no tengo duda de que mi hija a elegido bien, un hombre que le da todo por nada, no hay más que mirar para ver el amor en vosotros, no sabes lo que me tranquiliza que mi hija te tenga a su lado.

Se levanta y besa la cabeza de Alba. Ella está estupefacta ante el acto, no es capaz de moverse.

—Gracias —me dice a mí y dejándonos solos sale con el orgullo en un bolsillo y el corazón en el otro.

La abrazo contra mi cuerpo y ella me atrapa en sus brazos, nos fundimos en un abrazo que cierra por fin el dolor en un lugar donde no volverá a hacer daño, ahora tengo la palabra de un verdadero hombre que cumple sus promesas. Sé que no dejará que ellas vuelvan contra su hermana y yo mantendré la mía de cuidar a su hija, todo estará en su sitio.

—Nos vamos a casa, doña Alba —le digo en serio, pero dándole ese tono ya tan nuestro que solo le aporta cariño a este instante, donde solo estamos nosotros y para nosotros.

—Sí, amor, digo, don Jorge.

Nos reímos mirándonos porque ella siempre pone lo suyo, tomo su cara con mis manos y acabo de eliminar los rastros de las lágrimas caídas, apoyo mi gesto con pequeños besos que saben a gloria.

—Vamos a casa, amor —le digo para salir de allí, rumbo a nuestro hogar, que suena tan bien como se siente.

Capítulo 31

Soy un as

Alba

Esta noche apenas he dormido pensando en todas las emociones que se han desatado en ese salón por la confesión. Los sentimientos de cuando era niña vuelven a la superficie de mi piel, ahora los veo con otros ojos. La revelación de mi padre ha completado mi historia, desde mi perspectiva no sentía que faltara nada, pero con lo que él me ha contado lo veo de otro color, aunque solo un poco menos oscuro que en mi recuerdo, con los ojos de un hombre dolido y una mujer perdida.

¿Cómo es posible que acabaran de esa manera? No recuerdo mucho de mis primeros años, no recuerdo su felicidad, solo la infelicidad que reinaba en nuestra casa, los días de soledad y ausencias. Supongo que los recuerdos de mis hermanas serán otros, por nuestra diferencia de edad su memoria es más amplia, aun así, todo lo que me han hecho pasar no lo pueden justificar con nada porque la maldad ha estado ahí siempre.

Nosotros hemos pasado por lo mismo, no en las mismas circunstancias, pero por una pérdida al final. Qué diferente ha sido para nosotros, lejos de separarnos nos unió mucho más, afianzó lo que teníamos. Agradezco desde lo más profundo de mi ser haber contado con Jorge en aquellos momentos, el apoyo que me brindó, el calor que nunca me faltó, él nunca me reclamó nada, a pesar de que mis brazos no lo arroparon en su dolor. Él cargó con todo al principio, aguantó firme contra el peor de mis enemigos, que era yo misma.

Su trabajo pasó a un segundo plano porque para él lo más importante era yo, no le importó el dinero que podía perder o cómo nos mantendríamos a flote, solo no perderme. Nunca buscó consuelo fuera de nuestro hogar, ni me culpó por lo que nos había ocurrido. Sé que nunca hubo otra mujer. Jorge esperó paciente a que yo me recuperara, no me descuidó, no me dejó en manos de nadie que no fuera él o su familia, me cuidó con ternura, afecto y amor. Me protegió hasta que yo fui capaz de hacerme cargo de mí, pero siempre junto a él.

Eso ha sido lo que hemos construido en nuestra relación, amor, lo hemos

cuidado con cariño y mimos, la paciencia también ha sido un buen ingrediente en la salsa en que nos bañamos todos los días, los pequeños detalles alimentan, pero no nos hacen caer en la rutina, son como las caricias que nos ofrecemos sin tocarnos.

Aunque tocarnos es como entrar en combustión, solo hace falta un beso para arder por él, la forma en la que conocemos nuestros cuerpos, esa forma única en la que él me toca, con sus manos hace que todos los nervios de mi cuerpo entren en acción y reacción, mi piel se eriza ante su toque, aunque sea inocente.

A decir verdad, Jorge cuando me toca nunca tiene nada de inocente, en el momento en que entramos en nuestros juegos de pareja sacamos las fichas de la lujuria sobre el tablero y es cuando ya no hay freno para el torbellino que se forma entre nuestros cuerpos. Placer y amor, todo en uno, combinación única que nos lleva al más puro éxtasis, a perdernos, su cuerpo con el mío, desapareciendo la línea donde colisionan, haciéndonos uno.

Si me lleva al cielo de la lujuria, su mirada sobre mí me acerca al paraíso de las sensaciones, el brillo que muestra cada mañana cuando despertamos, el que ha despertado en mí y solo para él. Me ha hecho conocer el cariño como nunca nadie me lo dio, la dedicación a la persona que completa tu vida, porque él es para mí como yo soy para él. Jorge es ese hombre que ha hecho mi vida rica en tantas cosas que jamás veré el modo de agradecer todo lo que cada día me da.

Es tal el acompañamiento al que hemos llegado, la comprensión que hemos desarrollado que sé que él tampoco ha dormido al ver que mi cuerpo no alcanzaba el descanso nocturno. Ha pasado su noche arropándome con sus brazos, protegiéndome de todo, con nuestros cuerpos desnudos como cada noche, pero no ha puesto ningún plan en marcha, al contrario, me ha acariciado con inocencia, ha peinado mi pelo con sus dedos con ternura, tomándose más en serio que nunca el pedido de mi padre: cuidarme.

Para cuando ha llegado su hora de levantarse para ir al trabajo, como hombre responsable, se ha levantado y se ha ido al baño a prepararse, sé que lo ha hecho lo más silencioso que ha podido, pero, aun así, me he despertado del sueño que recién había conseguido. Dejar de sentir sus brazos sobre mí ha dejado frío no solo en mi cuerpo, sino mi pecho. Es una tontería porque sé que estamos más unidos que nunca, pero se estaba tan bien que no merece la pena

seguir durmiendo sin su cuerpo al lado.

Para cuando sale del baño, le estoy poniendo un café y colocando todo en nuestro pequeño rincón de desayuno, al principio me pareció una tontería ponerlo, pero Jorge cada día me dice lo mucho que le gusta desayunar aquí arriba y poder pasar un poco más de tiempo juntos, claro que cuando lo dice se suele referir a sobre la cama jugando.

—Buenos días, amor —le digo entregándole su taza de café, la coge y se acerca.

—Buenos días, cariño. —Me da mi beso matutino—. ¿He hecho mucho ruido, verdad? —denota con un poco de pesar.

—Para nada, me he despertado cuando no te he sentido a mi lado y he pensado que era mejor hacerte el desayuno y comérmelo juntos que dormir yo sola. Tomo asiento en la mesita que hemos puesto frente al pequeño *office*.

—Gracias, pero no has dormido nada —me dice acariciando mi cara, sentándose frente a mí. Deja su café y unta mis tostadas.

—Siempre puedo volver a la cama después. —Sonríe y le correspondo con lo mismo.

—Pero no podré desayunar contigo después. —Entonces su mirada cambia a la que solo es para mí—. ¿Quieres hablar de lo de anoche? —Jorge siempre comprensivo.

—Si te digo que fue como hacer una limpieza en un trastero viejo, sacamos tantos muertos del armario que hoy me siento libre de todo.

—Pues si es lo que sientes me alegro. —Su optimismo es contagioso.

—¿Y tú qué tal estás? Ayer también sacaste lo tuyo.

El pobre tenía todo aquello dentro y nunca se ha quejado, ni expresado el más mínimo ápice de rencor, pero ayer lo sacó.

—Perdóname por cómo perdí el temple, pero fue como hundir los dedos de nuevo en la herida y abrirla de golpe, solo que esta vez sí tenía a los culpables para desahogarme, quizás me pasé.

—No, amor, me alegro por nosotros que lo liberaras porque al final tanto dolor te hubiera hecho daño y gracias por defenderme como lo hiciste, te amo.

—Espero que no solo me ames por defenderte ayer. —Me mira mal y yo le saco la lengua.

—¿Porque si no qué, don Jorge?

Le digo en broma, él se levanta de su sitio y atrapa mi cara entre sus manos, me besa. Cuando digo «me besa» es con pasión, con suavidad y decisión, para separarse con el mismo ímpetu, se vuelve a sentar y yo como siempre tengo palabras para él.

—Bueno, por eso también. —Haciendo referencia a ese ataque de ansia labial que acaba de tener.

—Doña Alba, al final le daré un escarmiento en su rico culo.

Le pongo ojitos provocándolo, pero sé que no va a ceder, como él dice a mí se me cumple, pero en condiciones, aunque eso no le quite gracia al juego.

—¿Qué harás hoy?

—Dormir, comer con tu hermana, pasar por una farmacia y preparar una deliciosa cena para mi chico.

Su cara se ilumina por el acontecimiento no anunciado.

—¿Lo haremos hoy? ¿No será pronto? —pregunta con ansia en su voz, y es normal, yo estoy igual que él.

—La otra vez fue en el primer resbalón, aunque también eran mis días más fértiles, esta vez no hemos parado de intentarlo, habrá que ver si eres un suertudo o igual de bueno acertando.

—¡Ey! No pongas en duda mi puntería, soy bueno, seguro que he acertado en el primer intento, pero nunca lo sabremos por su culpa, doña Alba, siempre me tienes ganas y nunca se sabrá en qué intento fue.

—Está diciendo, don Jorge, que yo ando de viva por usted. —Asiente aguantando la risa—. Bueno, quizás deba castigarlo a unos días de castidad —añado entreteniéndome con mis uñas.

Poco me dura la gracia cuando tira de mi cuerpo y me sienta sobre sus piernas, acariciando mi muslo dejando un apretón en mi cachete.

—No te atreverás a dejarme sin mis chicas. —Aprieta uno de mis senos—. Y menos me atrevería yo a privarme de tu cuerpo y sus placeres, además,

espero que estés embarazada, pero lo estés o no, pienso seguir haciéndote el amor cada vez que pueda y me dejes.

—Es una promesa, espero —le digo abrazando su cuello.

—A usted se le promete y se le cumple eso nunca lo olvide. —Con esas palabras ya tan nuestras, pasamos a los besos acompañados de café, si estoy embarazada mi última taza, habrá cambio de desayuno por la situación, así que eso espero.

Mi día pasa como le he dicho a Jorge, vuelvo a la cama a por un poco de descanso para levantarme a media mañana, me arreglo y salgo a comer con Sofí en el centro. La pobre estaba preocupada por cómo concluyeron las cosas ayer, le cuento todo lo que ocurrió en el salón de la casa de sus suegros. Si hasta el momento no odiaba a mis hermanas ahora lo hace, al menos a dos de ellas.

Victoria es un tema que me reservo aún, al igual que mi padre, sé que no soy mala persona, al final los aceptaré de vuelta, pero esta vez soy más fuerte y lo podré hacer con reservas, poniendo mis condiciones, creando un cortafuegos para evitar quemarme si todo sale mal de nuevo.

Dejo a Sofí y paso por lo necesario para la cena, yendo a la farmacia al final, creo que caigo en lo típico y compro varias pruebas. Llego a casa, estoy emocionada, sé que no es bueno ilusionarme antes de tiempo, pero es algo que se está moviendo sin permiso de mi cabeza, voy a dejarme llevar por mi locura, siempre me he protegido de todo con la razón, pero hoy no, dejaré que este sentimiento que me arde dentro salga y haga que por una vez Alba no sea tan fría, que sea más cálida y disfrute del todo el hecho de que por fin podríamos formar la familia que tanto ansiamos.

Preparo la mesa, dejo la comida en el horno y subo a cambiarme, me arreglo todo lo que puedo para Jorge, desde lencería nueva, que también he pasado a comprar por la tarde hasta un vestido sencillo y elegante.

Le envío un mensaje para saber más o menos la hora a la que va a llegar, me dice que está saliendo de la oficina, calculo el tiempo de llegada que será más o menos media hora. Cojo la bolsa donde están las pruebas y voy para el aseo de la planta baja. Coloco todo en la encimera del lavabo, retiro los envoltorios y leo las correspondientes instrucciones, me sobran cinco minutos hasta que llegue, escucho cómo se abre la puerta al tiempo que me hago las

pruebas y las dejo sobre la encimera de nuevo, me aseo y salgo a recibirlo.

Está cerrando la puerta cuando me ve llegar a él, enseguida me sonrío.

—Estás preciosa. —Me abraza y le beso fuerte—. ¿Estás contenta? —Le dedico una sonrisa que ocupa toda mi cara con un sí de mi cabeza.

—Lo estoy. —Le vuelvo a besar con más ganas.

—Ya lo sabes. —No disimula su emoción, el pobre seguro que está pensando en que sí lo estoy.

—No lo sé, te estaba esperando para verlo.

—Entonces, ¿por qué tan contenta? —Ahora le puse su curiosidad.

—Pues he pensado que si ya lo estoy, seré feliz, y si no, estaré también feliz de seguir buscando al bebé, por ello, he deducido que de todas estoy contenta.

—Sabe, doña Alba, esta versión de usted es nueva.

—¿Y le gusta, don Jorge?

—De usted me gusta todo, vamos. —Señalo con mi cabeza hacia el aseo y él toma la iniciativa hacia la puerta, literalmente me coge la mano y me arrastra.

Damos la luz, viendo hacia el lugar donde se encuentran las pruebas, nos acercamos bien pegados el uno al otro y miramos. El grito de Jorge al contemplar los palitos con las marcas rosadas, con el resultado correcto no queda duda.

—¡Sí! ¡Soy un as, cariño! —Por si queda duda, estamos embarazados.

Capítulo 32

Sesión de fotos

Jorge

Sonrío como bobo, pero cómo no hacerlo, estoy enamorado, correspondido y por fin estamos embarazados.

Sé que suena a demasiado entregado, sin embargo, así lo siento, ella lo va a llevar en su interior, pero yo voy a estar pendiente como un dóberman, esta vez mi bebé verá la luz del día con sus ojos, brillará igual que la de su madre, no tendré que contarle lo que no llegará a sentir, porque este nacerá y nuestro bebé nos mirará, nos dará su llanto y sus lágrimas, que serán vida, no tristeza.

Siento una euforia que ni con los retozos que llevamos en esta noche logro calmar, «embarazada», esa palabra resuena una y otra vez en mi interior, hemos hecho el amor antes de cenar, después y de nuevo en el dormitorio. Si antes pensaba que no me saciaría de ella, ahora creo que aún estoy más hambriento, pero tendré que esperar y darle un poco de tregua, solo por un rato.

No está dormida, pero cada vez es más mimosa, cosa que me vuelve más loco por ella. Está tumbada desnuda boca abajo y yo estoy trazando palabras sobre su espalda, ella las adivina y yo dejo besos en su cuello o en su hombro, mi niña saca su lado más tierno y se divierte con mi juego, he escrito cosas como colores, animales y bebidas, bueno esa era fácil, soy adicto al café, gira su cabeza y me mira con esos grandes ojos llenos de ternura, trazo su rostro enmarcándolo en una caricia, sé que mis ojos la miran igual. Miro su espalda y escribo sin tinta algo que tengo grabado a fuego en el pecho, acabo y devuelvo mi mirada a la suya, ella me sonrío y repite mis palabras escritas:

—Te amo. —A lo que yo solo pienso: «Señora mía, se le acabó el descanso».

Bajo mi cabeza a la altura de la suya, tomo sus labios y digo:

—Mi niña, se acabó el descanso. —No protesta solo se entrega, suave y con decisión saboreo la boca de mi mujer.

Hago que gire su cuerpo quedando recostado sobre su espalda, me deleito

con sus besos, su boca es la que calma mi sed, me abro paso por su cuello, sus gemidos, sus caricias nada delicadas en mi pelo, son la llama que me prende.

—Nenas, don Jorge ha venido a visitarlas. —Alba se ríe.

—Don Jorge se anuncia usted, mire que si no quieren verlo. —Se pone seria, pero no.

—Juguetona, mis chicas siempre quieren atención.

Bajo con mi boca a visitar a mis chicas, ese par que vive en el pecho de mi mujer, esas dos que dan de comer a mis más sucias fantasías, soy y seré un hombre de pechos, no voy a mentir en esa parte, me entretengo con esmero y ganas, como lo sé, además del empeño que le he puesto, Alba jadea y dice mi nombre con ganas y locura, pobre doña mía no sabe lo que le espera más al sur.

Pero antes tengo que hacer una parada en la morada de la otra luz de mis ojos, abro mis manos sobre su vientre y las arrastro sobre su cuerpo. Lo acaricio y levanto mi mirada a sus ojos, la lujuria se da la vuelta un momento para dejar asomar la cabeza al tierno cariño por nuestro bebé. Deposito besos por todo su vientre y ella ríe, mi sonido favorito, sonrío por mi efecto, me levanto sobre mis rodillas y dejo un pequeño beso en sus labios.

—Nuestra, mi amor. —Ella sabe a qué me refiero, nuestro bebé.

Vuelvo a bajar retomando mi destino, reparto besos húmedos por su piel, se parte a reír por mi tacto en la unión de sus piernas.

—Para —protesta, tiene muchas cosquillas, intenta apartarme hasta que jugando me lanzo con mi lengua sobre su punto de placer.

—Don Jorge. —Gime.

—¿Doña Alba, alguna queja? —la provoco.

—Sigue. —Vuelve a gemir.

—Lo que usted ordene. —Me entrego al juego que su cuerpo me ofrece y ella al placer que le doy, la temperatura sube en su cuerpo y se retuerce, busca mi boca con el movimiento de su cadera, mi chica se ha desinhibido del todo.

Con mis manos abro más sus piernas y hago fuerza sin excederme.

—Alba, déjate hacer —contesta con un «sí» muy alargado.

Gime perdiendo la cabeza, la fijo al colchón, protesta, pero aún no he acabado con su parte más jugosa, sigo trabajando su centro y le añado mi mano. Alba grita por mi invasión, aunque no es dolor lo que siente, sino placer y más que le sigo dando, índice y corazón hacen su trabajo, el pulgar sustituye a mi lengua mientras trepo por su cuerpo y me muevo más rápido en su interior.

—Vamos, mi niña, llega, déjate ir —lo digo y para cuando alcanzo su boca ella está explotando en mi mano.

Tomo mi sitio sobre ella y cuando aún no se ha recuperado, invado su cuerpo con calma, lento pero firme, me cuesta un huevo no dejarme caer en su interior como quien cae a un pozo, sin tener donde sujetarse, pero a mi chica no se le trata así.

Menos hoy que voy a darle todo lo que tenga y quiera coger, soy suave y tranquilo, pero no por ello menos eficiente. Cuando cojo ritmo, Alba se encuentra desbocada y al recuperarse ya está en camino el siguiente orgasmo. Acaricia mi cara y cruzamos miradas, me sujeto con un brazo para acariciar su rostro, dejo un beso en su boca y mi mano se desliza hacia el sur de nuestros cuerpos. Recorro su contorno, acaricio hasta llegar a su rodilla, donde la alzo para que atrape mi cuerpo con ella, luego mi mano se cuelga entre nuestros cuerpos y Alba se vuelve más loca. Trazo círculos sobre su centro de forma rápida, ella estalla en un grito de placer, que me arrastra a mí. Su humedad se desata en el interior cercando mi miembro que explota, me sacudo dentro de ella, dejando toda mi esencia, las fuerzas me abandonan y caigo sobre mi chica, con mi cabeza hundida en su cuello cediendo. Me colma de caricias, arrastra sus manos por mi espalda hasta mi trasero, es delicioso dejarse reclamar por las manos de la mujer de tu vida.

Mi cuerpo retoma sus fuerzas y me elevo sobre mis antebrazos, saco mi cabeza de mi escondite, la miro a sus ojos que brillan de felicidad, acaricio su nariz con la mía y le dejo pequeños besos.

—Doña Alba, ¿cuándo nos casamos? La quiero mía a los ojos de todos.

—Don Jorge, ya sabe usted lo perezosa que soy, ya llegará el momento.

—En serio, Alba, ¿cuándo?

Juego con su pelo, aún sin retirarme de encima de mi chica, la gloria en vida.

—Cuando quieras yo ya tengo lo que más feliz me hace en la vida, mi chico y mi bebé. Jorge, yo no necesito nada grandioso para casarme, nuestros amigos, algo de familia, solo la gente que nos quiere, una comida sencilla, nada más.

—Bien, nada más que eso, bueno, pues sus deseos son órdenes, doña Alba —añado conforme con lo que me ha dicho, mi plan ya está en marcha y pronto resultará como ella quiere, algo sencillo e íntimo.

Han pasado dos semanas desde nuestro descubrimiento, ya hemos ido a ver a la doctora Despiste que no se ha cortado en mostrar su alegría ante el estado, como no somos nuevos solo nos ha recordado lo que ya sabemos, además de hacerle una eco para ver que todo está correcto.

Nos encontramos a dos días de empezar con las sesiones de fotos de la ropa que ha diseñado Cristina, la primera edición se llamará Rojo y es toda una declaración. Sofi y Alba han estado toda la semana con ella ajustando los modelos que van a lucir, lo que Cris ha aprovechado para tomar medidas para el vestido de novia que ya tenía empezado hace semanas.

Tenemos otro par de modelos porque mi mujer accedió solo a posar con tres conjuntos, mejor eso que nada, por el momento me conformaré. Alba ha pasado hoy por donde haremos las primeras sesiones, está como loca, se ha traído un ayudante, ha medido la luz, visto los escenarios; es una controladora si hablamos de trabajo. No me canso de verla, es un descanso para mí tenerla en este proyecto, nunca suelo delegar, me cuesta demasiado, pero no con ella, con ella todo es fácil, saber que no te va a fallar y que va a dar la talla me da tranquilidad.

Primero haremos las sesiones con las chicas, luego con Sofi y, por último, con ella para que no se rompa el ritmo de trabajo, su sesión la hará uno de los fotógrafos que suele trabajar para nosotros, todo listo y en marcha.

Ayer fue la primera sesión, las chicas estuvieron fantásticas, Alba dirigió todo como la profesional que es, me pone verla en modo jefa, tanto que en el descanso de la sesión le di un repaso, nada soez, pero sí gustoso, lo justo para quitarme las ganas hasta que llegamos a casa y ahí no hubo freno. Es inevitable cuando se encuentra embarazada, está más bonita aún si cabe.

Hoy es la sesión de Sofi y mi hermana anda como loca, será un día de pura

revolución, pero no ha sido para tanto, ya que mi chica ha puesto orden a su amiga y esta le ha hecho caso.

A lo que yo solo pienso: «Mujer, ¿dónde estabas en mi infancia cuando mi hermana me volvía loco?». A lo que vamos, lo importante es que ahora ya está aquí, controlando a la loca, desde luego esta será una de las sesiones más inolvidables para el equipo. Sofí ha puesto su particular color a todo, ha sido una risa tras otra, pero, aun así, mi chica ha conseguido unas fotos de lujo, incluso me planteo poner alguna en las que mi hermana está haciendo el bobo.

Alba se ha apartado a mirar el trabajo del día, está concentrada a lo que me aprovecho para ir junto a ella.

—Esta es buena —le digo sobre su hombro, paso mis brazos por su cintura, pero los fijo más abajo, me doy el lujo de acariciarle el vientre, ella se gira y me da un corto beso.

—Hay demasiadas buenas, odio hacer cribas. —Su pesar me hace gracia es como estar en una tienda de chuches y no decidirse, todas le gustan.

Inconscientemente mis manos masajean el lugar donde se encuentra el bebé, seguimos un pequeño rato así, eligiendo entre los dos. Nos damos cuenta de los cotillas, que no nos quitan ojo, me giro por la incomodidad de notar que alguien nos mira, cuando me encuentro a Sofí y a Cristina mirándonos y riéndose.

—Y vosotras, ¿qué tenéis? —les pregunta Alba.

—Mala amiga, ¿cuándo lo ibas a contar? —la acusa mi hermana—. Y de ti mejor ni hablamos.

Pillados.

Alba se suelta y se va junto a ellas, se abraza a mi hermana y ella a mi chica, lo hacen fuerte como afianzando lo que las dos ya saben, que ante todo la una está para la otra.

—Entonces, ¿sí? —habla Sofí con miedo a la vez que lleva su mano al vientre de Alba, mi chica pone su mano sobre la de su amiga.

—Sí —dice con decisión y para cuando se miran ya están llorando, me acerco a ellas y las abrazo como un oso.

—Jo, no me dejéis fuera —dice Cristina, con la que hemos hecho una

buena amistad y es cierto, la hemos dejado sola a la pobre. Le hacemos sitio y nos abrazamos los cuatro y ellas se dedican a darnos la enhorabuena.

—¿Cuándo lo diréis? —nos preguntan, pero la respuesta a eso solo la tengo yo y mi mujer.

—Pronto, no tardaremos tanto como la otra vez.

Miro a mi mujer, esto es algo que hemos hablado ya, mañana coincidiendo con el fin de las sesiones fotográficas, hemos pensado hacer una comida con todos en casa de mis padres. Lo que ella no sabe es que esa va a ser la comida del día de su boda, una locura, pero sé que si no tomo la iniciativa esta mujer me va a dar largas el resto de nuestra vida, no señor, esta se casa sí o sí, todo ha sido urdido y confabulado por mí y los que consideramos nuestros.

Mi hermana me guiña un ojo en señal de complicidad, Alba no se da cuenta y menos mal si no mato a mi hermana por jorobar la sorpresa. Sé que no se va a enfadar porque todo se haga sin su consentimiento, es más estoy seguro de que lo agradecerá, ya que sé que ella lo está demorando por la pereza que tiene para organizar estas cosas.

—Bueno, Albita, mañana es la tuya, ¿preparada?

Cristina, otra que está metida en el ajo, no me ha dejado ver el vestido, pero sé que sutilmente ha indagado hasta dar con la idea perfecta, que no dudo va a ser un acierto, esta mujer tiene un talento excepcional en lo que hace.

Todo confirmado, todo preparado y todo listo, ahora solo falta decirle a mi mujer que esta noche no voy a dormir con ella, ya se sabe que da mala suerte ver a la novia antes de la boda.

Capítulo 33

despedida en cubierto

Alba

Salimos para casa después de todo un día de trabajo. Ha sido una bella locura hacerlo con mi amiga, cómo me alegra que no cambie con los años, no me extraña que su marido, Roberto, esté tan enamorado de ella como el primer día que la conoció.

Justo cuando vamos a llegar a casa, mi chico recibe una llamada, su cara es un poco preocupante, parece que hay algún problema y eso nunca es bueno.

—Sí— hace una pausa escuchando a la persona al otro lado.

—Vale, en un rato voy, aguanta vejete —dice y cuelga. Estoy más que intrigada por quién puede ser.

Me mira y resopla, raro.

—¿Qué sucede? —Por su expresión me parece incluso divertido, aunque trata de ponerse serio.

—Nuestro galán, Marco, que se ha hecho daño en un pie y necesita ir a urgencias, no me ha querido decir cómo, pero puedo imaginar que una mujer tiene algo que ver, así que cariño, te dejo en casa y voy a por él.

—Déjame ir contigo, no me lo quiero perder.

No puedo disimular mi sorna, quiero ver a nuestro galán en una situación difícil, porque es siempre tan correcto y con esa planta de hombre elegante que muero por ver qué es humano.

Jorge se niega en rotundo a que su amigo pierda su estampa conmigo, dice que sería traicionar su confianza, ¡una leche!, pero tendré que conformarme. Como una niña buena me deja en la puerta de casa y se marcha para el hospital, con la promesa de ponerme al tanto de todo en cuanto pueda.

Ante la negativa de Jorge, no me niego, los hombres son hombres, no voy a cuestionarlo más allá, aunque no me quita que algo me ocultan esos dos. No me quito de la cabeza la idea, cosa rara, pero tengo algo dentro que me tiene

en guardia. No quiero preocuparme más y decido que son cosas de los nervios por el embarazo.

He cenado algo ligero por pura vaguería de cocinar para uno, con mi pijama puesto y mi estómago saciado decido dar cierre a este día, pero justo cuando voy a la cama suena un mensaje, cojo el móvil y no me lo creo... «Abreeeeee»: Sofí.

Vaya noche más rara que llevamos, mi chico que se va, la loca que llega. Abro la puerta y no tengo una loca sino dos. Sofí y Cristina me sonrían mostrando sus dentaduras, y me pregunto que están planeando estas dos. Las miro y no sé qué decir y menos cuando veo que no vienen con las manos vacías.

—Pero ¿qué? —No concluyo mi frase quedando en un pensamiento dentro de mi cabeza, cuando las dos se cuelan en mi hogar.

—Ni que, ni gaitas, vamos.

Mi amiga tira de mi hacia la sala, yo solo río ante la insistencia de esta loca y mejor no hablamos de la otra que también tiene lo suyo encima, desde que llegó a nuestras vidas se ha colado para ocupar un lugar privilegiado dentro de nuestras amistades, igual de creativa, igual de grande, otra tarada a la lista.

—Pero taradas que hacéis invadiendo mi hogar, locas —les digo a modo de regaño inútil.

—Nos ha dicho un pajarito que estabas sola y nos hemos decidido a invadirte la casa y hacer una noche de chicas, que hace como mil años que no estamos sin hombres.

Ahí brilla la mano de mi chico, que me adora demasiado como para dejarme una noche.

—Calla, mujer casada con hijo pequeño, no sé de dónde te sacas eso.

Con lo bien que me sale el sarcasmo con Jorge y con su hermana se me da fatal haciendo que suene a chiste malo.

—Mira quién habla, la portadora del futuro bebé.

Mira la nueva como se apunta el tanto.

—Que pronto has cogido el ritmo —le dice mi amiga, y chocan las manos cómo los chicos.

—Locas —aseguro—. Bueno, en vista de que os vais a quedar voy por unos pijamas.

—Tú ahí quieta que hemos venido preparadas.

Las miro interrogante y veo que traen una maletita cada una y que, debajo del abrigo, ya traen el pijama puesto. Esto más raro no puede ser, pero igual de raro es igual de bueno. Sí, me apetece mucho este plan que hace que mi noche dé una vuelta de ciento ochenta grados.

—Querida amiga, te veo muy confiada y extra preparada para la situación.

Mis ojos se entrecierran en su dirección, estudiando cada uno de sus gestos.

—Porque creo que aquí hay algo que me estoy perdiendo —las interrogo sin ningún resultado.

Las dos ponen su mejor carita de niñas buenas, vale, confirmado, pasa algo, pero de la misma manera sé que no les sacare nada. Sofí es única en salirse con la suya y me temo que es la artífice de lo que sea que está pasando.

—Vosotras dos. —Las señalo alternamente haciendo una pausa y torciendo mis labios—. Ya lo averiguaré, tenemos tiempo el resto de la noche.

Sofí me señala con su dedo acusador.

—Tú no averiguaras nada, porque no ocultamos nada, ahora ve a por cucharas que se derrite el helado.

Yo como chica obediente, hago lo que me pide.

Mis dos invitadas inesperadas se acomodan en la sala mientras preparo todo para una sesión de helado y alcohol, en mi caso esa parte queda fuera de mi paladar.

Llevamos un rato de risas y chistes, ya que a mi amiga se le ha ocurrido traerse los álbumes de fotos más denigrantes que tenemos de nuestra época en la universidad, es única en lo que se refiere a autoreírse de sí misma, claro que, para suerte de ella es una mujer muy bella que no sale mal, aunque se lo proponga. Si sabré yo que le he hecho mil fotos, Cris se ha partido de risa casi

todo el rato con las anécdotas de cuando nos conocimos y ella también nos ha contado alguna.

Suena mi móvil y es un mensaje, imagino de quién, sin duda de mi chico para informarme:

Jorge:

Lo van a dejar en observación,
porque además del pie se ha dado un pequeño coscorrón en la cabeza.

Alba:

¿Es grave?

La verdad que nuestro amigo está más que bien para su edad, pero que se golpee la cabeza sí que me preocupa.

Jorge:

No creo.
Está más magullado su orgullo,
pero aun así me quedare con él a pasar la noche.
No lo quiero dejar solo, mañana te veo mi niña.

Alba:

Mañana madrugo y me acerco al hospital,
me quedo más tranquila,
de ahí nos vamos al trabajo.

Jorge:

No cariño, estas embarazada
nada de hospitales.
Cierto, qué despiste el mío.

Alba:

De acuerdo amor,
mañana nos vemos,
te amo.

Me despido de él.

Jorge:

Yo también te amo,

hasta mañana, descansa.»

Sonrió como una boba con mi teléfono en la mano, detalle que las dos no se pierden. Les cuento lo que sucede y Sofí acomodarse. Para cuando llega la hora del descanso ha pasado bastante tiempo, no nos movemos del sofá y dormimos como podemos, pijamada en toda regla.

Suena la alarma de algún móvil, alguien lo apaga y me doy la vuelta sobre mí misma, para seguir durmiendo, pero no pasan más de diez minutos y suena otra, para acto seguido ser acompañada de la mía. Vale, nunca me quejo de madrugar, pero creo que la ingesta masiva de helado me ha pasado factura, tengo resaca de azúcar, me incorporo y me estiro.

—Locas, arriba que hay que trabajar —intento en vano llamar su atención.

Mi resaca es de azúcar la de estas dos es más dura. Una se tapa entera y la otra bufá, para darse la vuelta, y a mí se me ocurre una muy mala idea, bueno, para ellas. Cojo el agua de los hielos derretidos de la cubitera que servimos la noche anterior y les remojó las legañas a las dos, lo dicho, mala idea.

—Albita, estas jodida —añade Cris.

—Hija de...

La otra va directa al grano. Visiono la escalera, subo corriendo y riendo a carcajadas, no paró hasta llegar al dormitorio donde pongo el cerrojo, no me preocupo más, ya que las chicas conocen la casa como para darse una ducha y arreglarse sin mi presencia.

En no más de veinte minutos estoy lista bajando la escalera para hacerles el desayuno a las dos, pero cuál es mi sorpresa cuando están esperándome arregladas y listas para irnos.

—¿No desayunamos? Mirar que yo tengo que comer por dos y no perdono.

—Hay una nueva cafetería aquí cerca con bollos recientes, vamos, que muero.

Par de exageradas, por mi genial, la verdad que me gusta compartir los desayunos con Jorge, pero en su ausencia ni me planteo pisar la cocina por lo que, todas hermosas y guapas salimos a desayunar.

Hemos ido con el mismo espíritu de ayer, risas y alegría, otro dato que nunca desperdiciaré en la vida, los buenos momentos para atesorar, aunque ahora con otro fin. La diferencia de antes es que no tengo que aferrarme a ellos cuando estoy sola, porque ya nunca tengo esa sensación de abandono en mi interior, ahora estoy plena y feliz junto al hombre que me salvo de mí misma.

Llegamos al estudio para la sesión de fotos de hoy, mi ridículo más espantoso, pero eso no es lo que me preocupa, lo que lo hace es el hecho de que Jorge aun no apareció, lo dejo correr porque seguro que le están dando el alta a Marco para irse a casa, y no quiero ser impertinente, sino aparece antes de terminar si me voy a preocupar.

Lejos de ridículo ha sido gracioso y divertido, el fotógrafo que ha elegido Jorge es un conocido de otras veces en sus reuniones, un profesional a prueba de sosas como yo, me he sentido bonita. Las chicas de maquillaje son fantásticas y los diseños de Cristina un acierto, espero que este negocio le sea de provecho a mí chico, sin duda mi nuevo color es el rojo.

Me siento llena de alegría, que se ha visto un poco mermada porque faltaba el jefe, me ha dado lástima que Jorge no estuviera aquí para compartir el momento conmigo y que viera sus logros, porque son de él como míos la confianza, la libertad y la autoestima que he ganado para hacer la locura de ponerme delante de una cámara cuando mi lugar siempre ha sido detrás. Es un gran cambio del que los dos somos artífices, porque él dice que no es nada sin mí, pero yo tampoco soy nada sin él.

Para cuando se da por terminada la sesión todos aplauden como viene siendo costumbre, veo que recogen la ropa, pero el personal no se retira, entonces vuelve a mí la sensación de que hay un plan en el que no estoy incluida, que se confirma en el momento en el que Sofí y Cris vienen hacia mí, con una gran bolsa en sus brazos. Miro a mi alrededor y noto que están esperando algo. Las chicas se acercan hasta donde estoy, me sonrojo al ver que me miran, porque es bastante incómodo.

—Quita esa cara de fresita Albita, que hoy es tu día. —Mi amiga es reveladora pero no aclara qué está pasando.

—Mi cumple aún no llega así que... —De nuevo no acabo la frase.

—No amiga —dice Cris—. Hoy es el día de tu boda y este tú vestido.

Su sonrisa es tremenda al igual que mis hormonas, me estoy poniendo

nerviosa a la vez que bajan la cremallera de la bolsa con el logo de Cris, lo ha hecho ella.

Lo ha hecho, mi chico lo ha hecho, y yo sin enterarme de nada.

—Es tuyo —añado mientras paso mi mano por el encaje del vestido, una lagrima se me escapa—. Es precioso, Cris.

—Pues espera a verte con el puesto, ¡vamos, mueve el culo! —Que fina la niña.

—Señores, señoras, a trabajar que hoy se casa el jefe y nosotros tenemos a la novia y a las damas. Muévanse que la futura señora no se va a vestir sola y ustedes tampoco —grita el fotógrafo y Sofí le aplaude, haciendo que todo el mundo se ponga en marcha.

—Así que, vamos, que está bien que llegues tarde, pero sin pasarnos a ver si mi hermano va a pensar que no lo quieres.

Me dice mi amiga a mí, sin esperar más, las abrazo con fuerza contra mí y me devuelven el gesto.

Todo el mundo se ha volcado en componerme para el gran día que para mí es una sorpresa. Han retirado los espejos para que no pueda verme hasta estar lista por completo. En el propio estudio se ha montado un lugar para hacer fotos antes de salir hacia la ceremonia.

Ya lista, me dejan levantarme y verme en el espejo. No hay palabras para todo el sentimiento que ahora mismo me crece en el pecho, esto es una locura que solo un loco puede orquestar, mi chico, un loco del que estoy enamorada y con rotundidad él de mí.

Nos hemos hecho fotos juntas, yo sola, con el equipo, con mis lágrimas al borde, con las de ellas fuera, una locura, es el único término que tengo en mi cabeza.

Llegamos a la casa de los padres de Jorge, un precioso lugar para no olvidar un día tan especial, el sitio perfecto. Al entrar las tres juntas, me guían al interior dejándome en el pasillo que lleva a la sala. No pasamos de la puerta, cada una me besa en la mejilla y Sofí me entrega un sobre. Se despiden, lo abro sin saber qué esperar, porque cada paso es una nueva sorpresa.

Hola, mi niña

Es tarde para decirte ¡sorpresa! O, ¡ya te lo dije! Pero, aun así, quiero que sepas que cuando cruces esa puerta no habrá vuelta atrás, si quieres salir corriendo es el momento.

Sé que no lo harás y menos mal, porque si huyeras te llevarías una gran parte de mí, y mi corazón, que hace demasiado que es tuyo. Sé que eres una buena mujer y no me harás sufrir.

La mejor de todas, para mí. La que siempre ha sabido perdonar y mirar hacia delante dejando atrás sus penas, la que siempre creará en segundas oportunidades.

Detrás de esa puerta te espera una persona, serás tú quien decida si te acompaña a sellar el futuro que ya tenemos en nuestras manos.

Te amo.

Don Jorge.

No quiero llorar y hago el intento de retener las lágrimas, pero es absurdo, además de que me da igual, el hombre de mi vida me ha visto en peores situaciones y jamás huyó. Con la mano temblorosa sujeto el pomo y abro, siendo una sorpresa muy grande lo que me espera al otro lado.

—Padre.

Capítulo 34

Esposa

Jorge

Dejo a mi niña en casa con la excusa de asistir a Marco, evidentemente todo es una mentira, sí voy junto a mi amigo, pero no al hospital precisamente, más bien nos juntamos en un club de caballeros donde cenamos y bebemos en compañía de mi cuñado y algún amigo más que se nos une, noche de despedida. La mía me la han preparado y la de mi chica la he puesto en manos de mi hermana que es el equivalente a diversión asegurada.

Me he mensajado con ella para asegurarme en mi mentira, pobre la que le espera al galán cuando se destape todo, no dudo de que Alba está más que preocupada por él en estos momentos. No me encuentro especialmente nervioso, sé que todo está bajo control, solo hay algo que no.

Es lo único que me tiene inquieto, es lo único que puede escapar a mi control, el padre de Alba, no sé si será correcto o no para todos los demás, pero a ella le hará ilusión que sea su padre el que la acompañe al altar. Sé que mi niña tiene un corazón más grande de lo que nadie merece, que tras la fiesta de mi sobrino ella en gran parte le ha perdonado. Yo solo he conseguido entenderlo, pero nunca justificarlo, nosotros hemos pasado por lo mismo y no nos hemos destruido, lo que demuestra que hay que luchar por las cosas importantes, esforzarse por mantener las cosas que merecen la pena para sobrellevar los golpes que la vida pueda darte.

Solo pensar en que ella me hubiera dejado me parte el pecho en dos, no quiero tan siquiera recordarlo, perder algo importante ya fue duro, perderla a ella hubiera sido letal para mí.

Cuando he hablado con su padre ha sido inevitable captar la esperanza en su voz, la pequeña oportunidad que se le presenta para poder recuperar a su hija. Las confesiones que nos hizo aquella noche rompieron los esquemas, la llenaron de esperanza y le dieron fuerzas renovadas para un posible futuro con su progenitor. Si ella aprueba incluirlo yo no soy nadie para negárselo, pero sí para vigilarle, nadie que provenga de esa casa volverá a hacerle nada malo en lo que yo lo pueda evitar.

He estado tentado de invitar a su hermana Victoria, pero no, en el último momento no pude, aún me es difícil tener contacto con ella, mi dolor me lo impide, ya que por su culpa perdimos no es algo para olvidar, por mi parte. Sé que Alba con el tiempo tendrá relación con ella, lo sé porque valora las segundas oportunidades, porque en Victoria vio el arrepentimiento de su acto, vio cómo pedía perdón de corazón. Alba es noble y sabrá perdonar, más teniendo en cuenta su estado.

El embarazo no hemos decidido cuándo decirlo, pero hoy sería un gran día para hacerlo, estarán todos los que queremos, pero no es una decisión a tomar solo por mí, ella siempre tendrá la última palabra en estas cosas importantes de nuestra vida. Sé que no es egoísta y que siempre me tiene en cuenta, aunque esto último le haya costado un poco más, ahora ya es capaz de incluirme y pronunciar un «nosotros» sin que la tenga que corregir.

La celebración de mi despedida no se alarga mucho, no por ganas, sino porque debido a tanto secretismo me tengo que asegurar de que todo está en la casa. Cuento con mis padres que están más que locos con la idea de la boda y que mi mujer sea parte oficial de la familia, bueno ya de idea tiene poco, es pura realidad, claro siempre y cuando se presente la novia.

Cuando llego a casa ya están los del *catering* y la decoración con todo el despliegue, aunque no somos muchos el acto no es menos solemne, no he dejado detalle sin poner, a estas alturas ya sabemos quién es la señora de la casa en estos casos, es más, ya ni me ofendo, todo es parte de nuestro juego de dos, don y doña.

Mi madre está organizando todo según lo hemos hablado, mi padre está en la cocina desayunando y allí me quedo yo tomando mi segundo café de la mañana.

—Buenos días, papá —saludo dándole un beso, sentándome a su lado.

—Buenos días, hijo, ¿listo?

Vaya pregunta que me hace.

—Listo y deseoso, no puedo esperar a que llegue el momento.

Miro la hora y siento un poco de tristeza.

—Me estoy perdiendo la sesión, seguro que no le gusta nada, después de la guerra que le he dado al final no voy.

—Conociendo a tu hermana no te perderás nada, ya hará que te lo graben.

—Eso seguro.

Desayunamos comentando si falta algo, me encanta organizar eventos, es parte de mi trabajo, pero una boda pensé que me vendría grande. He podido contar con ellos y eso lo hace todo mucho más seguro.

Termino, solo queda preparar la sala para cuando llegue mi mujer, o puedo decir ya mi esposa, quizás sea mejor esperar no sea que se asuste y no se presente, pobre, tendría que aguantar que le diera caza porque como ya sabe bien de su lado no me muevo, con o sin boda, pero mejor con boda.

Esta parte quiero ser yo quien la prepare, mi madre me ha dejado una pulsera, la primera que mi padre le regaló. Para mí mis padres son la representación del cariño en el matrimonio, quiero que ella lleve algo que los represente, sé que estará de acuerdo, ya que mis padres la adoran como en muchas ocasiones se lo han demostrado, son parte del proceso de cambio en ella y de nosotros y los quiere, ese será su objeto prestado.

Nuestro color de ojos es el azul y por tradición también debe llevar un objeto de ese color, los zapatos que he elegido para que se ponga en esta ocasión, sé que ese juego también le gusta, dejarse vestir como a una muñeca, mi muñeca.

Su padre me ha pedido que le deje a él el objeto nuevo, aunque ella no es una persona materialista ni acostumbrada a recibir regalos, aún le cuesta aceptar esa parte sin sentir que debe dar algo a cambio. Ella con su vestido ya es la mujer más dichosa del mundo puesto que es un regalo de Cris, pero al final es su padre y está haciendo un gran esfuerzo por recuperar la relación con ella.

Doy un vistazo a todo por última vez y dejo indicaciones al personal, me retiro para prepararme porque ya casi es la hora, según se acerca el momento estoy más que nervioso.

Cuando estoy ya casi listo se abre la puerta de mi cuarto dejando ver a mi padre y a Marco.

—Hijo, ya tienes que bajar.

Cierto, pienso a la vez que consulto mi reloj, Marco se acerca con mi chaqueta para ayudarme a colocármela.

—Jorge, estás estupendo. —Somos hombres, pero coquetos, eso no se nos quita, es defecto de oficio.

—Gracias, Marco, viniendo de ti es todo un piropo.

—Si va a tener razón Alba, y eres una nenaza, hijo. —Mi padre siempre dispuesto a la gracia.

—Qué gracioso, papá, bueno, pues como esa es tu opinión ya te puedo coger del brazo que me vas a llevar al altar.

Todo esto lo acompaño de gestos, para cuando acabo estamos los tres partidos de risa.

—Mejor llamamos a tu madre que anda como loca por hacer eso desde que supo lo de la boda.

Bajamos en busca de mi madre y veo a mi futuro suegro con ella hablando, parece que todos están limando asperezas llegado este momento, noto que también están los padres de Roberto, todos se giran cuando llegamos a ellos.

—Hijo, estás guapísimo. —Me abraza mi madre.

—Sí, Jorge, estás muy guapo —me dice la madre de mi cuñado.

Los hombres hacen poco hincapié en si estoy guapo o no, pero uno no es tonto, he vivido mucho de mi imagen y ¡qué leches!, que a uno le gusta que le piropen.

Quiero poder hablar con el padre de Alba antes de la ceremonia una vez más, sé que está nervioso e incluso diría que un tanto incómodo debido al último encuentro que tuvimos en la casa de los padres de Roberto, les pido a todos que, por favor, me dejen con él a solas y salen al patio a ocupar sus lugares.

—Quiero hablar con usted, sé que ya todo está claro, pero, aun así, no quiero ser grosero, es tarde para esto, pero me gustaría que supiera que su hija me hace el hombre más feliz de la Tierra y que cada día haré que ella sea feliz, esté cuidada y tenga todo el cariño que se merece. Porque ella para mí es todo lo que necesito para estar vivo.

»En otras circunstancias habría pedido su mano, pero no nos engañemos, eso no se va a dar, por eso solo quiero decirle una última cosa, hoy está aquí porque sé que ella tendrá una gran alegría cuando lo vea, pero también le

aseguro que si ella lo descarta, lo invitaré a alejarse, quiero y lucho cada día por su felicidad, por su cariño y por una vida con Alba. Solo si ella quiere incluirle, así será, yo lo respetaré, pero de lo contrario, no pondré oposición a su marcha.

—Y con esto demuestras por qué eres bueno para ella. Estoy feliz, me acepte o no. Está junto a ti, porque como ya he dicho, harás lo que yo debí hacer, la protegerás y cuidarás, lo único que te pido es que si de verdad me deja volver a su vida, si me acepta, me dejes participar y acercarme a vosotros, no quiero que todo sea fachada y para bienes en reuniones sociales, si lo vamos a hacer que sea bien, no os pido que vengáis los domingos a comer de repente, pero sí que poco a poco nos podamos ver y conocer mejor, quiero recuperar a mi hija.

—Si de verdad quiere tener una relación, por mí estará más que bienvenida siempre y cuando ella quiera, hasta donde ella quiera. Desde luego sus hijas quedan fuera de este trato.

—Creo que eso quedó más que claro, no volverán sobre su hermana nunca más, aun así, Victoria manda su enhorabuena, deseándole un feliz día.

—No dudo de su buena intención y sé que está arrepentida, pero hoy es un día feliz para nosotros, querría que los dramas y las personas que nos los causaron queden fuera de pantalla.

—Entiendo. —Veo arrepentimiento en su gesto por mi brusquedad, pero no cedo, hoy no.

—Señores, ya está aquí la novia. —Se abre la puerta y es Roberto anunciando la llegada de Alba a la casa y mis ojos se iluminan con la noticia.

—Espere aquí y ella vendrá a usted, espero conocerla lo suficiente como para no haber errado en mi decisión.

—Hijo, el que estoy seguro de que no he errado al dejarte al cargo de mi hija, soy yo, gracias. —Estrecha mi mano y salgo.

Así me voy a ocupar mi lugar en el altar, donde esperaré a que la novia aparezca. De camino saludo a todos los presentes que como ya he dicho no son muchos, los justos y necesarios, lo que ella pidió, la gente que nos quiere. Estoy nervioso esperando a ver a la mujer de mi vida caminar hacia mí en su último paseo de soltera. Se retrasa lo suficiente para que me dé un posible

ataque, cuando sale por la puerta del jardín casi colapso entre los nervios y la visión más perfecta de toda mi vida.

Alba, caminando hacia mí del brazo de su padre, su cara refleja lágrimas de felicidad que alcanza su punto máximo justo cuando nuestras miradas se unen, mi niña, mi mujer, mi doña, al fin y al cabo, ella y solo ella, preciosa, perfecta, viniendo hacía mí.

Cris no podía haber sido más acertada en su vestido, el encaje hace que se vea elegante y el corte resalta toda la figura que me vuelve loco, sus pechos lucen señoriales, su cintura y esas caderas marcadas. «¡Joder, qué suerte tengo!», pienso. Qué bronca me hubiera caído de oírme alguien, pero, mierda, me quedo sin palabras para describir lo perfecta que está. Llega deslumbrante del brazo de su padre, su sonrisa crece aún más y la mía la imita, cuando su padre me la entrega.

—Hijo, te entrego un tesoro, sigue cuidándolo como hasta ahora.

No lo miro porque toda mi atención la tiene ella.

—Sí, señor —aseguro sin desviar mi mirada de, como ha dicho él, su tesoro.

Ella coge la mano que la ofrezco y juntos nos colocamos uno al lado del otro, como siempre ha sido desde que nos conocemos, iguales en todo.

Muero por darle un buen beso para saciar esta sed que tengo de ella, una noche separados y me encuentro hambriento, la adoro y la adoraré, solo esperemos a que la pille por la noche, va a ser la más larga en mucho tiempo. Con el recato que marca la situación dejo un pequeño beso en su mejilla, me siento tonto cuando para mí esta es mi mujer, esto es un mero formalismo que sé que todo ha sido idea mía, pero como tantas otras cosas lo hago más por ella que por mí. No negaré que me da en la vena del gusto, pero quiero su estabilidad, quiero mi protección para ella, quiero este matrimonio porque es la confirmación escrita de lo que mi corazón siempre ha sabido desde que se declaró parte de esta gran mujer, la amo y me ama, esto solo es un trámite. Ella aprovecha mi acercamiento para dejar unas pícaras pablaras en mi oído:

—Don Jorge, hoy seré su esposa, pero aténgase a que usted será mío, todo mío.

—Mire, doña Alba, que si promete a mí se me cumple.

Capítulo 35

Mi esposo

Alba

—Hija —me responde mi padre con una sonrisa tierna en su boca, sincera por primera vez en mis recuerdos, quiero correr a sus brazos, quiero, pero no puedo, no me atrevo, no lo había vuelto a ver desde aquella noche, aunque es verdad que desde entonces he avanzado en mi viaje interior.

—Padre. —Mis lágrimas están ya casi a punto de correr por mi cara.

Él, al ver que no voy a su lado, da un paso para acudir al mío.

—No, hija, hoy sin lágrimas, hoy solo alegría. —Eleva sus manos sin llegar a tocarme—. ¿Puedo, Alba? —No respondo porque me siento paralizada, me pide permiso para acercarse y no tengo palabras—. Lo entiendo.

Deja caer sus manos, pero no, no lo entiende, cuando va a retirarse es cuando yo me lanzo a sus brazos como una niña pequeña, como tantas veces quise hacerlo en mi infancia y nunca pude. Mi padre me abraza devolviéndome mi gesto, demasiados sentimientos se desbordan por dentro. Me quiere y lo hace de verdad.

—Vamos, cariño, no llores, hoy tienes que estar aún más preciosa de lo que eres.

Este es el padre que siempre quise, podría estar maldiciendo y negándome el momento, siendo una rencorosa y apartarlo, pero qué ganaría, nada; además, ¿qué puedo perder? Puedo perder la oportunidad de conocer a quien me dio la vida, quien está haciendo un tremendo esfuerzo para enmendarse, para remediar el daño que hizo, podría perder lo poco que tengo mío, bueno, además de lo que llevo dentro, y sin lugar a dudas a mi chico, que desde hoy será mío, aunque ya lo es.

Asiento con una sonrisa en mis labios y me separo para poder verle la cara. Los años han sido generosos con su aspecto, luce atractivo para su edad, las canas y las arrugas en sus gestos, lejos de hacerlo viejo, lo hacen interesante, incluso atractivo, desde luego será un abuelo guapo.

—Ven, Alba. —Me toma de la mano para darme fuerza y me guía a una pequeña mesa donde descansa un estuche y un sobre, otro detalle de don Jorge, lo miro y mi pregunta es retórica:

—¿Jorge? —Él asiente casi divertido. Abro el sobre, porque las palabras de este hombre en cualquier formato afectan a mi cabeza.

Para mi mujer, mi esposa en breve:

Si has llegado hasta aquí, ya sabes, sin marcha atrás, doña Alba, toda novia tiene que tener algo viejo, algo nuevo y algo azul.

Para el objeto viejo me he dado la licencia de elegir algo para ti, sé que lo querrás porque es la representación de algo que valoras, es una pulsera, la primera que mi padre le regaló a mi madre, es valiosa, pero no su valor material, sino por lo que representa: la unión, el amor y la perseverancia ante el tiempo y el desgaste. Sabes que para mí ellos son el ejemplo a seguir, hónrame llevándola hoy.

Azul son tus ojos y los míos, pero también sé que lo son tus zapatos, que son lo único que he podido elegir en la parte de este gran secreto que es la novia dentro de la boda.

Para el objeto nuevo hay una persona que se ha ofrecido voluntaria, la tienes delante de ti.

Mi amor, recuerda siempre que tú eliges.

Te espero, te amo.

Cuando acabo abro la caja y veo una pieza con la firma de mi suegro, elegante, sencilla, brillante y única, la acaricio con mi dedo contemplando la joya de la madre de Jorge. Desde luego la usaré, él la ha elegido, pero no solo a él le hace ilusión este detalle, para mí mis suegros son amor puro, como yo aspiro a que sea la vida con Jorge. Mi padre la saca de la caja y me la pone, yo la admiro durante un instante para luego dirigir mi mirada al hombre que tengo al frente.

—Creo que ya sabes que tengo algo para ti.

—No, padre, no quiero nada material, para mí con que estés aquí es más que suficiente, me hace muy feliz.

—Sé, hija, que no quieres nada de mí, pero con esto no quiero comprarte, ni callarte, quiero lo contrario, te pido que lo aceptes, por favor.

—Padre —intento replicar, pero con un gesto me calla.

—Alba, no solo te voy a dar algo material, no lo veas así, desde aquella

noche he recapacitado y hablado con la gente que te ha rodeado, he averiguado de tu vida, sé que no está bien la manera, pero, hija, aún no sé muy bien cómo acercarme sin temer que me rechaces, aunque lo intento.

Mete su mano en el bolsillo y saca una llave que me tiende, la cojo mirándola con bastante curiosidad porque no sé qué significa.

—Esa es la llave de una casa en la isla donde Jorge y tú pasáis tanto tiempo, no es lujosa, ni está en una zona exclusiva, se encuentra en el pueblo cerca de la gente de a pie como a ti te gusta. Es una casa familiar, grande, para que acoja a toda tu familia, porque espero que tengas una gran familia, la que yo no pude darte. —Noto cómo se agobia, pero no suelta una lágrima.

—Padre. —Una congoja se apodera de mí, pero ya hemos dicho que hoy sin lágrimas.

—Además de la casa quiero que tomes como nuevo esta oportunidad y mi promesa, porque te prometo, hija, que si tú me dejas seré el padre que te negué por necio.

No puedo hablar, estoy tan llena de felicidad que mis palabras se atascan en mi garganta.

—Y ahora, hija, ¿quieres que te lleve junto al hombre que está esperando con tu felicidad? —Solo asiento, pero mi padre coge la llave que tiene un cordón y lo anuda a mi ramo—. Tienes que llevar todo.

Ya preparada, cojo el brazo de mi padre que deja un beso en mi frente y tira de mí hacia el jardín donde el hombre de mi vida espera. Salimos hacia este, donde mis emociones ya no pueden más, es que no tengo palabras, desde luego hoy parece que me cortaron la lengua, es casi mágico, las flores, el pasillo de pétalos, las flores voladas que decoran el altar, es todo colorido, bello y único, como nosotros.

La mano de Jorge está en todos los detalles, elegancia y lujo, ¿cómo ha podido hacer todo esto? Es una locura, está loco y sin que yo me enterase, mi chico es el mejor de los hombres, ni yo misma lo habría conseguido ni con ayuda, cómo me conoce y ha logrado que recorra mis últimos pasos de soltera hacia él, solo hacia él como no podía ser de otra manera.

Mi chico, ese que me enseñó que el amor hay que comenzar a tenerlo hacia uno mismo, solo ha sabido enseñarme, quererme y valorarme. Mis ojos se

encuentran con los suyos y mi colapso ya supera toda barrera. Está guapísimo, elegante, y nervioso como pocas veces lo he visto, aunque creo que yo le gano.

No sé cómo he conseguido llegar a su lado porque estoy perdida en su mirada, ¿cómo puede expresarme tanto con tan solo sus ojos? Esos que me miran como si fuera lo más bonito del mundo.

Hablan entre mi padre y él, pero no presto nada de atención, no puedo, estoy totalmente absorta en el hombre que toma mi mano, el que me coloca en mi sitio que es a su lado, de forma tensa deja un beso en mi mejilla, tensión debida a las ganas que sé que me tiene, ¡qué leches!, que le tengo, con buenas ganas lo tomaría como él me ha enseñado, si no fuera porque la situación manda, aun así, me lanzo a la picardía que también manda en nuestros juegos.

—Don Jorge, hoy seré su esposa, pero aténgase a que usted será mío, todo mío.

«Mío», nunca me había lanzado a declararlo tan firme, pero sí es mío y solo para mí, mi chico, mi amor, nunca he sido egoísta porque jamás sentí que tuviera nada hasta que llegó este hombre para poner patas arriba mi corazón y hacerlo suyo, solo suyo.

—Mire, doña Alba, que si promete a mí se me cumple.

Don Jorge despierta a nuestros juegos, no es el mejor momento, pero es una promesa que en cuanto pueda le cumplo, las hormonas me tienen desbocada y me caliento con solo pensarlo.

Ha pasado la ceremonia sin apenas enterarme, nada más para contestar las preguntas claves, no puedo concentrarme más allá de él, para cuando reacciono, Jorge me está besando y se escuchan aplausos, el beso es como beber después de una larga caminata, no se corta y yo tampoco, ha sido suave, decidido y cargado como el café que tanto nos gusta.

Sin apenas separarse de mis labios pronuncia el tan esperado título «casados». Me río y lo beso con la misma carga que él me ha dado.

Entonces saca de su bolsillo el objeto que mis manos estaban echando de menos, mi cámara de los recuerdos como Jorge la bautizó hace tiempo, la tomo en mis manos y nos hago una foto, nuestra primera foto de casados.

No la suelto hasta la hora de comer, pero antes de degustar la comida, me deja explayarme a gusto, me hago fotos con todo el mundo, sé que no son

muchos, pero para mí los importantes, no necesito más. Aunque yo he hecho mis fotos ha habido un profesional haciendo otro montón, mejor porque así hay más para elegir.

La comida ha estado llena de todo tipo de manjares, el gusto de mi chico es sensacional, me reitero que ni a mí me hubiera quedado tan bien todo. Está siendo un día para grabar en mi memoria, uno de felicidad como tantos que ha habido desde que este hombre entró en aquel baño. Estamos prácticamente en familia, hemos comido, bebido y bailado, me parece una buena ocasión para dar la noticia que tan locos nos tiene, pero esta vez quiero que sea él, la otra vez se quedó con las ganas y esta es su ocasión, porque se merece bocearle al mundo lo feliz que es.

—Jorge —lo llamo para consultarle porque así actuamos nosotros, el uno se apoya en el otro.

—Dime, esposa. —Lleva así todo el día, está más que ilusionado.

—Esposo —le sigo la broma—. ¿Piensas que es un buen momento para anunciarlo? —No necesito explicar porque entre nosotros nos entendemos mejor que bien.

—¿De verdad, puedo? —Su cara de alegría confirma lo que yo intuía, que está más que deseoso de anunciarlo.

Me coge de la mano y nos vamos hasta donde se encuentra uno de los micros.

—Buenas noches —dice todo solemne, y todos le prestan atención y callan—. Primero, gracias, por ayudar a preparar todo para que una gran mujer tuviera el mejor día para recordar. —Sujeta mi mano y la besa—. Segundo, gracias por compartir este día con nosotros, todos los presentes nos llenáis de felicidad y cada día aportáis algo bueno a nuestras vidas. —Se escucha un coro de «Ooohhhh», sonrío y me pierdo—. Tercero y más importante, esperamos poder compartir de nuevo con todos vosotros cuando llegue el bautizo del hijo que estamos esperando.

Entonces el silencio se ve roto por gritos de alegría y lágrimas, acompañados de abrazos y besos, todos conocen la historia y saben lo importante que es el tener un hijo para nosotros. Sus padres me abrazan, nos felicitan, los de Roberto, el propio y Sofi, nuestros amigos, todos menos mi padre, lo busco entre la gente y lo encuentro sentado, cayéndole lágrimas, roto

como no lo he visto nunca. No puedo dejarlo correr y voy junto a él, me siento a su lado y toco su mano.

—Papá, ¿qué ocurre, no estás contento? —lo digo en alto, pero temo su respuesta.

—Contento es poco, hija, pero siento que no merezco estar aquí compartiendo algo tan importante para ti, cuando por culpa de tus hermanas per...

—Hoy no, hoy no se mienta al diablo, solo es un día para lo bueno. No te equivoques tú lo has dicho, quieres entrar en nuestra vida, pues ahora te haré abuelo, serás parte de nosotros, claro, si tú quieres.

—Entonces, ¿me perdonas? —Parece un niño pequeño.

—¿Qué hay que perdonar, papá? Nada, hagamos como que esto no pasó, hoy es un día nuevo, tan bueno como otro para comenzar.

—Entonces seré abuelo. —Sus ojos comienzan a derramar lágrimas de alegría.

Así cerramos su culpa en un baúl que tiramos al mar y nos olvidamos, no se puede vivir removiendo lo malo toda la vida.

Pasado un rato, mi chico, digo, mi esposo viene y solo por cómo se acerca ya sé lo que quiere, pero como siempre no se lo negaré, es más hoy le cumplo, eso es promesa.

—Doña Alba —dice seductor.

—Don Jorge, ¿algo que proponer?

Tira de mí encerrándome en sus brazos, donde sin dejarle reaccionar le beso, me lo devuelve, se lo doy de nuevo, vale, nos estamos liando como dos chavalines.

—Don Jorge, nos vamos —sentencio.

—Nos vamos, doña Alba.

De esta manera desaparecemos para consumir nuestra primera noche de casados.

Capítulo 36

Noche de bodas

Jorge

Todo ha sido perfecto, la ceremonia, la comida, la fiesta... y el poder compartir mi felicidad ha sido lo máximo, pero ver cómo mi esposa lloraba de alegría y celebraba con los que ella considera suyos ha sido el cielo. Verla feliz sin que nada la opaque, la mujer más bella, la mía. Mis ojos no han dejado de mirarla en ningún momento, estoy totalmente perdido por ella, antes lo sabía, ahora no pararé de repetírmelo el resto de mi vida, que es el tiempo que tengo para compartir con ella, lo pienso y aún me parece poco para estar con el amor de mi vida.

—Don Jorge, ¿parece usted ansioso? —me pregunta mi esposa en el coche.

—Doña Alba, comprenda usted que acabo de casarme y ansío hacerle el amor a mi esposa hasta que me pida tregua.

Ella pícara me sonrío y gime con descaro, saca su lengua pasándola.

—Pues sepa usted, don Jorge, que seguro su esposa anda también con ganas de hacerle lo mismo y no es de las que se rinden.

—Pues menos mal, porque no sé qué haría entonces con mis ganas por ella.

—Algo se le hubiera ocurrido, siempre podría ocuparse usted mismo de su propio dilema.

—¿Dejarías que lo hiciera? Mira, esposa, que con eso no se juega, mi cuerpo solo es para usted y para nadie más, hasta a mi mano se lo tengo prohibido.

—Entonces, puedo estar tranquila que nunca me has engañado ni contigo mismo. —Niego y ella ríe.

—Pues, amor, tenemos una maratón por delante, ya que usted anoche a traición me dejó sola y me debe mis horas de cumplir.

—Y con gusto se las voy a dar. —El beso es fugaz, pero delicioso.

Para nuestra noche de bodas he alquilado un lugar privado y elegante, no hay dinero que pague las ansias de consumir este matrimonio. Es un sitio a las afueras, reservado para gente con dinero, eso es algo que nunca escatimaré a la hora de consentir a mi mujer, aunque ella no me deje.

Bajo del coche y extendiendo mi mano para que ella me imite. Cuando ya está fuera, entrelazo nuestras manos y nos dirigimos a la puerta, luce señorial, la cruzamos y una señorita nos guía hasta la que será nuestra morada esta noche, todo un sueño de lugar.

En la entrada nos entrega la llave y desaparece por el pasillo donde ya no la veremos más, ya que todo está dispuesto. Abro y me giro para verla, me sonrío con dulzura, empujo la puerta para que quede abierta y me vuelvo para cogerla en brazos como manda la tradición. Ella no lo espera y pega un grito por la impresión al estar en vuelo entre mis brazos: ríe como una niña.

—Estás loco —me dice para luego dejar un beso en mi mejilla.

—Loco por mi esposa, eso no es malo, además, es tradición y seguro nos trae buena suerte.

—Te lo estás inventando —me acusa.

—Sí —le digo y los dos nos reímos a la vez que cruzo el umbral con ella en brazos, cierro empujando la puerta.

No hemos dejado de mirarnos, con ella todo siempre es único, ahora mismo ver sus ojos fijos en los míos me afianza en que el amor que siento por ella es tan grande que nada lo puede romper.

La bajo poco a poco, ella tiene sus brazos en mi cuello de donde no los mueve. Cuando sus pies tocan el suelo nuestras miradas hacen que la atracción sea irrefrenable y nos fundimos en un beso suave, como un suspiro que deja escapar el aliento contenido por un momento, nos saboreamos sin más metas que la de fundirnos, nuestras bocas se encuentran y mis brazos recorren la figura de mi mujer sobre el encaje de su vestido con ansias de memorizarla para siempre. Mi mano viaja a su cara para que nuestros labios den poco a poco por terminado el primer beso de la noche.

—Mira.

La giro sobre sí misma, dejando su espalda apoyada en mi cuerpo y mis manos en su vientre, porque no se ha percatado de todo lo que hay en el cuarto y sé que le va a encantar.

—Jorge.

Su cara gira dejándome ver lo emocionada que está, deja un beso en mi mejilla y la estrecho aún más en mis brazos.

—Sé que te encantó y no lo podía dejar pasar una noche como la de hoy, mi niña. —El lugar además de ser privado se encuentra decorado con velas y flores, esta vez no puedo traerle la playa, pero, aun así, el exterior está presente—. ¿Te gusta?

—Sí, es perfecto —dice sonriendo con los ojos cristalinos, se gira y me enfrenta con todo su valor—. Y ahora, esposo, ¿qué planes tenemos en nuestra primera noche de matrimonio? —Se cuelga de mi cuello meciéndose con coquetería.

—Uuummm, déjame pensar, veamos, pues ahora que he conseguido hacerte mi esposa a los ojos del mundo, jugaremos a un juego, sabes cuando era pequeño las niñas no querían jugar, pero creo que por fin he encontrado a la indicada.

—¿Y qué juego es?

Me encanta esta Alba segura y juguetona, es preciosa luciendo su interior sin trabas ni complejos, esta es la mujer que me encandila cada día y que lo seguirá haciendo.

—El juego de los maridos y las mujeres. —No se aguanta y ríe con descaro.

—Ay, Jorge, que yo he visto fotos de pequeño y seguro que no te faltaban pretendientes para jugar. —Intenta separarse, pero no la dejo.

—Nunca la apropiada. —Bajo mi tono—. Además, se quejaban cuando las pellizcaba aquí. —Le pellizco en la nalga y da un pequeño salto.

—Descarado. —Ríe, y es música, pero ella ya quiere jugar.

Se da la vuelta para que le ayude con el abotonado del vestido, pero aún quiero disfrutar un poco más, alargar este momento tanto como pueda.

—Espera, quiero un último baile con ese vestido antes de que te deje como quiero tenerte el resto de la vida.

Se sonroja por mis palabras, pero no me niega que le gustaría lo que yo quiero.

—No hay música —dice con una sonrisa inocente, esa esencia tan de Alba, alargo mi mano hacia ella.

—Ven.

Viene, se coloca en mi pecho y la abrazo, con el cuidado que requiere tener a la joya más valiosa entre las manos. Apoya su cabeza en mi hombro y nos mezo como tantas ganas tengo de hacer con lo que lleva dentro de su vientre, mi otro tesoro.

—Jorge eres lo mejor que me ha pasado en la vida —sus palabras salen suaves y directas a mi oído, luego deja un beso en mi cuello a la altura que llegan sus labios.

—Mi niña, tú sí eres lo mejor de mi vida, tú y lo que llevas dentro.

Alzo mi mano para acunar su cara y llevarla directo a mi boca. La miro a sus ojos y me vuelvo loco de alegría, encierro sus labios bajo los míos y confirmo lo que con palabras he dicho, su boca es la meta de la mía, no hay nada más allá de esto, no hay mejores besos que los suyos.

Sus manos son más golosas que las mías ya que, en lo que yo me pierdo en su boca, ella lo hace en mi camisa que con destreza. La ha desabotonado, el nudo de mi pajarita vuela y mi chaqueta está cayendo por mis hombros, abro mis ojos y estoy casi medio desnudo, mi esposa también es un as.

Nuestro beso se hace más intenso queriendo desatar todo lo que siempre llevamos dentro para darnos, con un retraso de una noche separados, Alba toma el mando como pocas veces y con toda su osadía hace que su boca invada la mía. El sabor de la sinrazón entra en mi paladar y me dejo hacer, con su cuerpo me empuja hasta que hago contacto con la pared.

Me ha puesto como nunca, lo sabe y lo nota cuando se refriega por mi cuerpo. De nuevo sus manos ansiosas bajan la cremallera, sin poder evitar buscar el tacto de la vara que mis pantalones esconden, lo frota y dejo que salga el hombre hambriento que llevo dentro. En un giro consigo que esté con su pecho pegado a la pared, mis manos la sujetan por sus caderas y pego mi

pelvis a su cuerpo, haciéndole saber sin palabras que esto es por ella. Mi boca baja a su cuello y lo recorro sacando su esencia, que llena mis pulmones, ella es el único aire que necesito para respirar, un suspiro escapa de sus labios.

—Te amo —susurro en su oreja.

Apoya su cabeza a mi hombro dejando su cuello expuesto para ser devorado. Así lo hago. Dejo besos a lo largo de su cuello llegando al lóbulo de su oreja, se retuerce entre mi brazos, cierro mis manos en su vientre y lo acaricio, pero por esta noche esa será mi caricia para mi bebé, en mi mente susurro un «buenas noches» para él, esta noche quiero que solo seamos mi chica y yo.

Con mis manos aparto su vestido y lo hago bajar por sus brazos, queda libre su espalda dejando ver su ropa interior, un pecado hecho de encaje, la acaricio notando cómo su piel se eriza con el paso de mi tacto. Bajo su cremallera y hago que la tela se deslice hasta sus tobillos dejando ver su figura vestida con el encaje de su ropa interior y sus medias, mis calzones saltan hacia delante, la empujo contra la pared y me froto con urgencia, deslizo mis manos a sus pechos y los aprieto. Necesito su cuerpo, que me acoja con su calor y haga que me libere de la carga que llevo, solo con tocarla noto cómo las sensaciones se acumulan en el centro de mi cuerpo.

—Alba, no aguanto —le digo en su oído a la vez que comienzo a devorar su cuello desencadenando un sinfín de jadeos por su parte.

—Hazlo, yo tampoco puedo más.

Bajo con mi mano recorriendo su espalda, paseo por el centro de sus nalgas y luego mi mano entre sus piernas, ella las separa haciéndome sitio, me froto y noto a través de la tela su humedad, aprieto llegando a su botón y gime alto, meciéndose sobre mi mano que le aporta un gran placer. Sé que se encuentra es su posición favorita. Me arrodillo tras ella y le saco las bragas, hago que se incline aún más, comienzo a darle placer con mi boca y ella no lo espera, pero lo acepta.

—Jorge, Jorge... —Gime a la vez que susurra mi nombre animándome a llevarla más lejos—. Jorge —grita y se corre quedando sujeta contra la pared, aprovecho su desorientación y me saco el resto de mi ropa.

Me pongo de pie y le quito su sujetador, acunando a mis chicas, pero no me concentro demasiado porque sin previo aviso envisto contra mi mujer

buscando el roce adecuado. No tardo en posicionarme resbalándome dentro de ella, suave, húmeda, exquisita y mía.

—Esposa mía, creo que luego le haré el amor, pero ahora me urge follarla.
—Justo cuando voy a seguir con mi lengua sucia, me interrumpe:

—Fólleme, fólleme —grita soez y yo como esposo obediente le doy rápido, duro, me aprovecho del momento y pellizco en los sitios indicados que hacen que grite y jadee como nunca.

Aumento el ritmo y noto cómo se corre, pero yo aún no, no me pide que pare, mejor porque no puedo frenar. Giro su cara para poder devorar sus labios lo que me anima a darle hasta correrme con su nombre en mi boca. Termino y quedamos pegados a la pared sudados y juntos, beso su nuca y me agarro a su cuerpo. No me lo explico, pero mi cuerpo reacciona de nuevo, salgo de ella prácticamente en pie de guerra, la pongo frente a mí y ve mi estado.

—Don Jorge —canturrea y acaricia mi falo.

Aún tengo réplicas de mi orgasmo y ella nota mi palpito, aprovecho mi estado para no dar tregua y me lanzo al segundo asalto, solo que con este me tomo mi tiempo, el animal está saciado, pero el hombre enamorado aún está pendiente de recibir su parte. La beso con calma, saboreo su boca y ella se deja hacer, bajo mis labios por su cuello hasta su hombro.

—Te amo —dice entre suspiros que escapan de su pecho y que me llenan el alma.

Poco a poco caemos al suelo y allí mismo, sobre su vestido de novia, le hago el amor por primera vez a mi esposa. No hay diferencia con todas las veces que se lo he hecho a la mujer de mi vida.

—Eres preciosa —susurro en su oído antes de besar tras su lóbulo a la vez que ella enlaza sus brazos en mi cuerpo arropándome con su calor.

Enredo mi mano en su pelo y guío mi boca a la suya, mi otra mano se desliza hasta su rodilla haciéndome sitio en el hogar de sus piernas. Deja escapar otro suspiro a la vez que vuelvo a entrar, su otra pierna me abraza, la sigo besando mientras me mezo llegando hasta el final, saliendo y volviéndome a hundirme. El acoplamiento es placentero, pero mirar a sus ojos mientras todo esto pasa, creo que no hay mayor placer que contemplar y ver

amor puro y duro en la persona que tienes frente a ti. Embisto con un poco más de fuerza, aunque sin cambiar el ritmo, casi fuera y vuelta. Su cabeza cae dejando su cuello para mí, lo devoro con devoción y sigo más, un poco más, notando que estamos llegando. Ella también lo ve venir, muerde mi hombro y eso me dispara a la vez que nos mojamos y caemos rendidos.

—Esposo mío, no hay duda de que tenía ganas.

Levanto mi cabeza y río con mi recién estrenada esposa a la que pienso colmar de amor, caricias y placer el resto de la noche

Capítulo 37

El viaje

Alba

Despierto y mi cuerpo duele, pero no me importa todo es producto de la noche de lujuria que mi chico me ha dado como regalo de bodas, aunque para mí el verdadero regalo es pasar el resto de mi vida junto a él, estoy entre sus brazos como Dios me trajo al mundo, este es uno de esos placeres que no cambiaría por nada, algo que sin ser gran cosa lo es todo.

Tengo su cara frente a la mía, acaricio su perfil, sus pómulos son la perfección hecha carne, no hay hombre más perfecto ni ser humano más bueno. Dejo un reguero de besos por toda su cara, mis manos actúan por su cuenta y van acariciando su cuello, bajan por su clavícula para expandirse por su pecho donde lo recorren sin un camino concreto. Mis labios hinchados por el trabajo extraordinario de la noche son humedecidos por mi lengua y pasean por la piel sensible de su cuello, suben y bajan impregnándose de su exquisito sabor un tanto salado por el exceso de ejercicio, pero igual de apetecible.

—Sigue. —Gime con sus ojos aún cerrados, muerdo de forma suave—. Aaahhh, más. —Desvío mi mirada al sur para ver que alguien se está despertando.

Alargo mi mano para darle los buenos días, él gustoso se frota con descaro cuando le acaricio la cabeza que ya está húmeda y lista para mí. En un osado movimiento dejo la espalda de Jorge sobre el colchón que yace solitario ya que las almohadas y el resto de la ropa de cama están esparcidas por el dormitorio. Paso mi pierna sobre su torso para quedar a horcajadas, empujo sus hombros para no dejar que se mueva, abre sus ojos y me mira.

—Buenos días, don Jorge, ¿ha descansado? —Asiente y le beso—. Bien, porque es hora de rendir cuentas —le digo a la vez que hago que penetre en mi cuerpo.

Sus manos vuelan a mis muslos y yo me hincó más hasta notarlo completo, un fuerte gemido escapa de mi boca y un jadeo de placer de la suya.

—Alba, despacio, anoche fue mucho. —Aprieto mis carnes y noto que toca

en un punto que hace que mis pezones duelan solo con rozarlo, creo que él lo nota por cómo su cabeza se inclina hacia atrás, soltando un juramento nada propio de él.

Subo y bajo sin apenas moverme, utilizando toda mi fuerza interior para mantenerlo atrapado y que siga rozando en el mismo lugar, repito una y otra vez solos pequeños movimientos y noto cómo el sudor se acumula en mi espalda, por el amor del cielo, qué placer.

—Jorge —grito—. Sí, amor, sigue, Dios, es intenso. —Sí que lo es, sigo con mis sutiles movimientos que son más rápidos y efectivos.

—Alba, más.

Él pide y noto cómo en ese punto concreto de mi cuerpo se acumula todo el placer, arde con cada contacto, me muevo aún más hasta notar que el miembro de mi esposo crece ocupando hasta el último rincón de mi cavidad que queda sobrepasada con la liberación de él. Hace que todo explote dentro de mí desatando un grito de placer como nunca sentí, quedo rígida sin apenas poder moverme ya que cada vez que lo hago un latigazo de placer se desata. Él se percata de mi estado y con cuidado hace que me tumbe, quedando totalmente extasiada sobre mi espalda empapada por el sudor de nuestro encuentro.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta y yo no respondo, aún no soy capaz de respirar en condiciones.

—No lo sé, pero en cuanto pueda lo repetimos. —Entonces ríe.

—Creo que ya alcanzamos la época de tener alto la libido en el embarazo. —Le sonrío y hago que se incline hacia mí para besarlo.

—Pues si es así, vamos a desayunar porque quiero más.

Deja otro beso para volver a sonreír antes de pedir que traigan el desayuno.

Después de nuestra alargada noche de bodas pasamos a recoger nuestras maletas, que de forma mágica ya estaban hechas en casa, donde también hay una pequeña nota del duende Sofí que es la artífice de todo.

—¿Y ahora dónde? —Veo maletas, pero no destino.

—Iremos unos días por Marruecos, Italia y Grecia, típico viaje de novios y lo terminaremos en nuestra isla.

Muerdo mi labio porque acabo de recordar que olvidé contarle algo y no sé si aceptará el regalo.

—Hablando de eso. —Con toda la emoción de la boda olvidé el regalo de mi padre.

—¿No quieres ir, cariño? Pensé que te haría ilusión, ¿o ya se te hace pesado?

Él siempre preocupado por mis reacciones, parece que a veces vive con el corazón en un puño.

—No es eso, de hecho es uno de mis lugares favoritos del mundo, pero hay algo que olvidé contarte, ahora somos propietarios de una casa más, en la isla.

—¿Quién nos ha regalado una casa? —Su pregunta sale prudente porque pocas personas son tan sibaritas para hacer tal regalo.

—Mi padre.

Su cara cambia a una nada amigable, pero parece que recapacita antes de hablar.

—¿Estás conforme con ello? Sé que no te gusta aceptar su dinero y una casa es mucho más que una paga mensual. —Adoro que me conozca tan bien.

—Ha comprado una casa en la isla, no es lujosa, aunque no la he visto me ha contado que está en el pueblo en una buena zona, pero lejos de los hoteles, cerca de la playa, nada fuera de lo común, pero bastante buena para una familia. Me ha dicho que, por favor, la acepte que no solo es un regalo, sino una promesa de nuestro acercamiento. — Le miro y veo que está atento a mis palabras—. Acepté la llave, pero no prometí nada, no quería decidirlo sin contar contigo, ¿nos la quedamos?

Veo por sus expresiones que duda, pero sé que tendrá las palabras correctas tanto si quiere que nos la quedemos como si no.

—Creo que tu padre está haciendo un gran esfuerzo, además de que lo está pasando mal, devolvérsela sería hacerle un desprecio y, aunque me parece un gasto excesivo, deberías cogerla, con la de tiempo que pasamos allí creo que la amortizaremos.

Sonríó en respuesta porque ni yo misma lo hubiera expresado tan bien, así es como tomamos rumbo a nuestro gran viaje juntos.

Volvemos de nuestro viaje de novios donde he acumulado creo que demasiadas fotos, pero es que todo era digno de ser recordado, mi cámara parecía mi tercer ojo, Jorge no se ha quejado ni una sola vez por todas las veces que me he entretenido haciéndome prometer que haré álbumes para nuestro recuerdo y no deje las fotos olvidadas, eso nunca, cada momento pasado en compañía de este hombre merece un lugar en mi memoria.

Como ya planeamos, los últimos días los reservamos para ir a la isla, mi padre nos hace llegar la dirección del lugar y para sorpresa de los dos, más perfecto no puede ser. Cierto es que se trata de una casa en el pueblo que tanto nos gusta, pero su encanto real reside en que no se trata de nada nuevo, sino de una casa en apariencia grande y sobria de color blanco muy isleña con un porche, rejas de forja antigua y suelos de loza hidráulica. El espacio ha sido modificado, la entrada es austera y con algún arbusto, Jorge y yo nos miramos y sonreímos, estamos más que contentos con el regalo.

Mi marido me deja pasar delante como buen caballero que es, abro y qué decir, si por fuera me parece de ensueño por dentro... El recibidor grande es perfecto para que no parezca que entras en una ratonera. La sala enorme junto con un buen comedor, pero lo que más me gusta es la cocina separada por un biombo de metal y cristal que deja ver la hermosa terraza. Me acerco a la que he decidido será mi zona favorita y veo que tiene un buen trozo de verde y cuenta con bajada directa a la playa, no puedo evitar pensar en mis hijos bajando por ese camino. Sonrío con todos mis dientes por la perspectiva de futuro, abrazo a Jorge por su cintura y el a mí por mis hombros dejando un beso en mi frente.

—El pastelero se ha lucido.

Me río y le suelto un pequeño pellizco por su alusión, pero acabamos riendo los dos.

—Es perfecto —le digo.

—Lo es, mi niña, lo es, veamos el resto —me anima, y cogiendo mi mano subimos al piso superior, más sobrio pero igual de encantador.

Un pasillo ancho con algún asiento de mimbre, puertas a ambos lados, en total siete, me parece una exageración. Las vamos abriendo, cuatro son dormitorios de diferentes tamaños, dos de las restantes son baños con duchas y

retretes aislados, lozas blancas y azulejos pequeños, todo tan añejo y con personalidad, en una palabra: precioso.

Pero el premio gordo se encuentra al final del pasillo, una puerta doble que guarda una buena habitación donde hay una amplia cama y una zona de relax tan buena como la que tenemos en casa, además de sitio para un buen armario, la puerta dentro de la estancia esconde un baño con bañera y también el retrete oculto a la vista.

Muero de amor por este lugar, no tengo otras palabras, pero para eso ya está Jorge que le ha faltado tiempo para cogerme en brazos y tirarme a la cama, no puedo parar de reír, hasta que él se sube sobre mí y se me van las risas por la ventana a la vez que la excitación entra por la puerta.

—Estrenamos la casa —lo dice, pero cuando termina ya está bajo mi lóbulo recorriendo mi cuello.

Yo solo jadeo y me dejo hacer, mentira, cuelo mis manos bajo su camisa y recorro su espalda para luego volver y achuchar con ganas esas nalgas que dan la impresión de que caen hacia delante, dejando notar que lo que hay bajo la cremallera bien me va a llenar.

Jorge se calienta en dos segundos y mete sus manos a buscar debajo de mi vestido, ya sabe lo que quiere encontrar y cuando lo hace las aparta a la vez que yo le bajo su cremallera, sacando lo que tanto placer me da.

Nos encontramos así sin sacar la ropa de nuestros cuerpos con urgencia y pasión, con ganas de horas que parecen de semanas, se mueve y me vuelve loca, lo acaricio y enredo su cuerpo con el mío, empuja con más ganas y fuerza. Lo aprisiono en mi interior gozando con cada roce, un espectacular baile de sensaciones que culminan en un subidón que da paso a la explosión de nuestro cuerpos.

—Cariño, ¿estás bien? —me pregunta, «bien, no, en el cielo y sin querer bajar», pienso.

—Don Jorge, más que bien —digo entre jadeos por la falta de oxígeno.

—Doña Alba, si esto va a ser así la mantendré embarazada durante años.

Nos reímos quedando tumbados un rato para darnos las mil caricias que van después de estos encuentros.

Unos días en el paraíso y vuelta a la realidad, pronto llega la primera ecografía que con gran ilusión muestra que somos portadores de un hermoso bebé, que se ha escondido y solo ha dejado ver lo bien que está dentro de su mamá.

La rutina de cada día se convierte en una aventura, unos días acudo a la exposición otros simplemente paseo y saco fotos. Mi padre poco a poco ha conseguido que tengamos conversaciones normales, lejos del forzado discurso que antes nos marcábamos, se siente agradecido con que aceptáramos la casa.

El proyecto de Jorge, Marco y Cris de la ropa de tallaje grande salió hace un par de semanas, después de ser presentado en un evento donde Sofí se lució todo lo que quiso y más, y ya se encuentra en las tiendas que habían negociado su venta y la verdad, está siendo un gran éxito, los negocios van bien.

De vez en cuando he decidido participar en los negocios de mi esposo y he descubierto que me gusta más de lo que pensé. Acudo a sesiones de fotos y montaje de catálogos. Mi trabajo sigue siendo uno de mis pilares, pero intuyo que cuando el bebé nazca todo cambiará y no digo que a peor, pero sí las prioridades serán otras, solo que no echaré de menos los largos viajes ni la soledad de tiempos atrás, me he acostumbrado a no estar sola y ser importante para alguien y que ese alguien sea igual para mí.

Pronto llegará nuestra segunda eco y estoy algo nerviosa por el momento, para mí es demasiado importante dar todos los pasos y cerrar este círculo que la vez anterior se nos rompió, cerrar la herida que tan profunda se abrió en mi pecho. Jorge la ha curado con su paciencia y amor, pero necesito que nazca mi hijo y sentir su vida entre mis brazos para cerrarla del todo.

Ahora lo siento moverse, le canto y Jorge le habla, lo palpa y cada vez que puede lo abraza, él también necesita saber que está ahí y que va a llegar. La vez anterior se le quedó la espina de ser padre y ahora se esfuerza todo lo que puede para el futuro inmediato en el que tendrá a su hijo en brazos.

Día de la eco del segundo trimestre y todo marcha bien, como debería haber sido con Ángela, su recuerdo me llena por un segundo, respiro y pienso. A partir de este momento todo es desconocido, cada nueva sensación es un mundo y cada día una aventura más, ayer eran pataditas y hoy imágenes, estamos en la clínica a punto de hacer nuestra segunda ecografía del curso normal de mi embarazo y, saber qué es lo que el futuro nos depara si se deja

ver.

Realmente no es lo más importante del día, pero sí una nueva noticia. Jorge está como loco, sigue con la ilusión de que sea una princesa, pero en su cabeza también ha empezado a macerar la idea de un niño por si acaso y creo que no le disgusta.

Me encuentro tumbada sobre la camilla con todo listo, pone la pala encima del gel, que está sobre mi vientre ya bastante hinchado y procede a moverla de un lado a otro buscando al bebé, lo mide y examina con atención, cuando acaba llega la ansiada pregunta.

—¿Chicos, queréis saber qué es? —nos pregunta nuestra doctora Despiste.

Nosotros asentimos y sonreímos nerviosos.

—Bien, pues vais a tener...

Capítulo 38

Sueño cumplido

Jorge

Estos meses pasan casi volando, apenas valoro el tiempo ya que vivo absorto por esta mujer que aceptó ser mi esposa, me tiene en una nube, porque quiso compartir conmigo la vida. Tras la ecografía del segundo trimestre nos confirmaron lo que yo tanto quería saber; el sexo del bebé, y sí, es otra niña, es como si el destino nos diera otra oportunidad, o yo así lo interpreto.

La miro, pero me parece mentira, no hay mujer más bonita en el mundo, al menos para mis ojos. Está preciosa, sigue durmiendo con sus camisetas recortadas y bragas cómodas, siempre ella, solo que ahora con su vientre grande no me deja de recordar que mi niña está ahí dentro y que le queda muy poco para salir. Sigue siendo la primera en levantarse y preparar el desayuno para los dos con todo el amor que tiene, no hay nada que no haga que no esté tocado por su peculiar modo de entender la vida.

Me quedo embobado mirándola como todas las mañanas y doy gracias por tener a esta mujer en mi vida, apenas nos quedan un par de semanas para alcanzar las cuarenta semanas de embarazo, está nerviosa, alborotada y ansiosa, a pesar de que sabe que no le viene nada bien, aunque lo estamos los dos.

Está todo a punto para la llegada de la pequeña; el dormitorio, la ropita, cuna, parque, todo tipo de cacharritos..., la verdad que todos andamos un poco locos con el tema, recuerdo la llegada de mi sobrino, entonces pensé que era una locura todo lo que preparamos, pero creo que con mi pequeña se nos ha ido la cabeza, cosa que vuelve loca a Alba, no para de insistir en que no nos dará tiempo a usar todo lo que ya hemos comprado. Yo para molestarla le digo que no se preocupe porque tendremos muchos más para amortizar el gasto, ella se ríe y luego me pellizca en mis hermosas posaderas, pero merece la pena el dolor porque para mi princesa todo va a ser poco, nunca he deseado tanto algo como que llegue el momento de tener al bebé con nosotros, nos merecemos ser felices.

Marco le ha comprado unos vestidos de diseñador, Cris se ha tirado a la

piscina diseñando su ropa de cuna, este detalle a Alba le encanta, ya que ha usado parte de las fotos de nuestros viajes. De mi hermana y mi madre mejor no hablamos, por no mencionar a mi suegro que está como loco con la llegada de su nieta y mi cuñada Victoria, que tras mucho batallar, he dejado que se suba al barco de esta loca familia, siempre recordándome que perdono, pero no olvido.

Aún recuerdo cómo Alba, tras una larga conversación, decidió aceptarla, pero con las mismas condiciones que a su padre, poco a poco y de verdad, puedo decir con orgullo que mi chica tiene un gran corazón.

Elena ha decidido castigar a su padre por el cambio que decidió dar al ponerlas en su sitio, como principal medida les ha cortado el grifo del dinero, que es lo único que les importa de su padre, que ha intentado poner las cosas en su sitio, pero sus intentos han quedado en nada, ya que la negativa ha sido rotunda, al menos por parte de Elena y Teresa.

Elena se ha portado como la niña consentida que siempre ha sido, se ha ido de su casa a vivir con el padre de su hija, Teresa también le ha dado la espalda, posicionándose al lado de su hermana mayor, que en realidad la necesitará más de lo que cree. Yo siempre les tengo un ojo encima y por fuentes cercanas sé que la pareja de Elena está metida en negocios turbios que no le traerán nada bueno, además del reguero de mujeres que pasan por su cama sin que ella se entere, cada uno se forja su suerte y todo lo que haces en esta vida te pasa factura para bien o para mal, cada uno tenemos lo que nos merecemos.

Lo que Elena no sabe es que Teresa más que apoyarla se refugia en ella, se lo advertí; pero no reculo fui claro, pero no quiso entender, atacó y mordió donde no debía, gracias a mis contactos digamos que su adorada vida social ha dado un portazo, dejándola prácticamente fuera de todo su círculo, ya no puede acceder a ciertas fiestas y determinadas personas le hacen la ley del hielo. Me he cargado lo que ella más valora, su vacía vida social, le dije que me las pagaría y así ha sido, solo que este será un secreto que guardaré para mí, Alba no tiene la necesidad de sufrir por algo que tenga que ver con ellas.

Me mantengo en el marco de la puerta viéndola cómo le pone toda su dedicación a su tarea matutina. Es la imagen más perfecta que el día me da, así que dedico todo el tiempo que me deja, hasta que me pilla observándola, pero para mí fijar su imagen en mi cabeza es tomar el aire que necesito para

afrontar mi día.

Me ve y su sonrisa es el sol, como todos los días viene a mis brazos, la abrazo por su costado, debido a su ya gran volumen y le doy un beso en su sien, pero ella nunca se conforma con un gesto tan paternal y me roba uno de mis labios, digo «lo roba» pero es absurdo porque soy suyo.

—Buenos días —me dice después sin separar nuestras bocas, aunque no se retira, quiere más y así se lo doy.

Devoro sus labios de forma lenta y húmeda, no se corta y abre su boca, sabe a café, pero no es, lleva todo el embarazo tomando descafeinado y aunque ya no le sabe tan diferente está como loca por volver a su café matutino. Apoyo su cabeza en mi hombro dejando su peso en mi cuerpo y me permito abrazarla un poco más.

—Buenos días, ¿qué tal estás? Has pasado la noche inquieta.

Es cierto que ha dado un montón de vueltas sobre el colchón porque todo le da calor y la molesta, pero no se queja.

—No te he dejado dormir, ¿verdad?

Ella siempre preocupada por todos menos por sí misma, la estrecho un poco a modo de reprimenda cariñosa, bueno, también le dejo un pequeño azote en su cacha que acaba siendo más un juego que un castigo.

—Yo no soy el que cargo con peso extra, no soy importante, sí te he sentido, pero no te he querido molestar. Ya estás nerviosa por los dos, supongo que tenerme a mí encima no debe de ser plato de gusto para tu temperamento, pero eso no quita que esté pendiente, ahora dime la verdad.

—¿La verdad? —Su tono es demasiado bajo, no ha hablado y ya sé que no me va a gustar lo que va a decir.

—Alba.

Ya nos conocemos como para saber que en cuanto a su salud soy severo.

—Más que nerviosa estaba molesta, tenía dolores abajo.

Me separo para poder mirar su cara, es cierto que tiene ojeras, pero también está más hinchada que estos días atrás. Sus labios se encuentran más grandes incluso me atrevo a decir que sus carrillos, la repaso de arriba abajo

y veo que sus tobillos también están bastante inflamados para ser tan pronto, sé que mi cara se ha arrugado con preocupación cuando ella baja su mirada, cojo su cara con mis manos y la inclino para que vea mis ojos.

—Mi niña, no tienes que ocultarlo, ¿te sigue doliendo?

Me aguanto la reprimenda porque algo me dice que no es el momento.

—A ratos, pero ahora no, ¿desayunamos?

Su brazo se estira hacia la mesa que ya está puesta, asiento, aunque no me quedo tranquilo, giramos y con mi mano en su baja espalda la acompaño a su lugar donde la ayudo a sentarse.

—Alba, ¿por qué no nos acercamos a la clínica, la fecha está cerca y puede...? —Ahí mueren mis palabras.

—Jorge, no, no podemos alarmarnos por cada pequeño dolor.

Sé que no lo cree, pero tampoco quiere ser alarmista, jugar a Pedro y el lobo no es lo suyo.

—Vale, pero, por favor, si te duele, dímelo, ¿de acuerdo?

Sabe que va en serio, asiente y sonrío. El resto del desayuno lo pasamos con nuestra rutina habitual contando nuestros planes para el día, además de robarnos besos y caricias. Terminamos y Alba se levanta a dejar parte de la loza al fregadero, pero justo cuando llega las tazas van al suelo y sus manos se agarran con fuerza a la encimera, sus piernas están rígidas y su cara tensa de dolor.

—Jorge. —Gimotea, pero yo ya estoy a su lado sujetando su cuerpo con el mío.

—Alba, ¿qué pasa?

Estoy asustado, pasan tantas imágenes de nuevo por mi cabeza que tengo miedo.

—Duele.

Entonces veo que una de sus manos está en su bajo vientre sujetándolo como si se fuera a caer, no aparto mi mirada de su mano hasta que la centro más abajo en el charco que se está formando a sus pies.

—Alba, has roto aguas. —Mi voz sale en un hilo y creo que pierdo el

color de mi cara porque de repente me siento levemente mareado.

—Jorge, ¿estás bien? Te has quedado pálido —me pregunta y es suficiente para que me dé cuenta de que yo soy quien tengo que tomar la batuta y no ella la que tiene que preocuparse por mí.

—Sí, amor, ha sido la impresión, pero ya estoy contigo.

Le sonrío y no puedo evitar reír y ella, aunque está afectada por el dolor, me devuelve el gesto. Acaricio su cara para tranquilizarla o más bien para hacer que todo sea real porque la cuenta atrás ya ha empezado.

—¿Lista, amor? —Asiente y a los dos se nos caen un par de lágrimas—. Vamos, cariño, te ayudo.

La acompaño al baño y se asea lo suficiente para poder ir a la clínica. He subido a por las bolsas que ya teníamos preparadas y a por una muda, un vestido y unas zapatillas. Ella está más tranquila que yo, en un par de ocasiones me ha tenido que frenar en mis actos de querer ponerle las zapatillas en el pie equivocado y cuando no encontraba las llaves del coche, una locura porque no doy una derecha.

—Amor, ven aquí —me dice y yo lo hago, me acerco, ella enmarca mi cara con sus manos y me besa, un beso fuerte y decidido—. Escucha, ya está casi aquí, ¿vale? —Asiente y ella me vuelve a besar—. Vamos.

Llegamos a la clínica y sus contracciones son bastante seguidas, hace sus respiraciones, pero los nervios le traicionan, parece que hiperventila. Antes de salir he llamado para avisar que veníamos, la doctora Despiste está en la puerta de urgencias esperando con una silla.

Paro y la dejo en manos de la doctora en lo que aparco, para cuando entro ya está en la sala preparada con su vía en el brazo y la oxitocina. La doctora está terminando de preparar la máquina de cintos, la conecta y los latidos suenan por toda la habitación, el corazón de la niña es música. «Vamos, pequeña ya casi», ese pensamiento florece con fuerza y alegría en mi pecho.

—¿Todo bien? —La pregunta sale sola de mi boca, el miedo nunca deja de estar fuera del todo.

—Sí, tranquilo, los latidos son normales y todo está yendo por su camino, vamos, Jorge, un poco más, ahora sí lo lograremos —me anima la doctora, me posiciono al lado de la cama tomando la mano de Alba.

La doctora la examina y nos informa de que aún podemos disponer de la epidural antes de que dilate más, aceptamos. Segundos después, llega el anestesista y procede a pinchar a mi chica, es bastante incómodo, pero merece la pena, el alivio es casi inmediato y el tiempo sin dolores es de agradecer, de vez en cuando froto sus riñones y humedezco sus labios con una gasa.

Aún queda un poco más para que la dilatación sea completa, han venido cada poco a revisar todo, sé que la doctora nos está poniendo especial cuidado por nuestra anterior experiencia, la verdad que es una gran profesional que en estos meses se ha convertido en un apoyo esencial del embarazo. Al final nos contó su historia y estábamos en lo cierto, ella también sufrió un aborto complicado que la dejó tocada, de ahí su especial atención sobre nosotros. El dolor nos unió porque ya casi es más una amiga que solo nuestra doctora.

No pasa demasiado tiempo cuando está lista para el parto, beso su mano y nos sonreímos, creo que esto es maravilloso, tan familiar. Ya lo pasamos, pero ahora que sabemos que el resultado será distinto, estamos ilusionados. Me levanto y junto nuestras frentes.

—Ahora sí, cariño, vamos por nuestra princesa —le digo y ella besa mis labios.

—Vamos, amor, ahora sí.

Ella es una mujer dura y lo va a hacer genial. Retiran las máquinas que ya no harán falta y pasamos al paritorio donde la colocan en la ya conocida silla. Pone sus pies en los estribos, la matrona entra y toma su lugar frente a Alba. Yo me he preparado y estoy a su lado en la cabecera, dejo un beso en su frente y ella cierra sus ojos cuando agarro su mano y me preparo para darle fuerzas. Veo que la máquina que controla las contracciones anuncia que llega una, y parece grande por la gráfica.

—Bien, Alba, es el momento, cuando te diga debes empujar.

La cara de sufrimiento acompaña cada contracción, pero no grita solo cierra sus ojos con fuerza y aguanta, hasta que el doctor le da la orden para que centre toda su fuerza en un lugar.

—Puja, vamos, Alba.

Ella lo hace con todo su ser, para poder expulsar de su cuerpo la vida de

nuestra niña. Así continuamos un rato, la matrona manda y ella obedece, la doctora también está en el paritorio, pero ha dejado a su compañero hacer el trabajo ya que será un parto normal sin complicaciones, no participa, aunque no nos deja de lado en ningún momento. En cada pujo sujeto la cabeza de mi esposa para ayudarla. No llevamos mucho, pero noto su agotamiento, creo que la matrona también y le infunde unas palabras de ánimo.

—Vamos, Alba, un poco más y ella está con nosotros, vamos, puja.

Este es especialmente duro porque giran al bebé, estamos casi en la última parte, y prácticamente asoma su cabeza.

—Uno más, uno más y estamos, venga, Alba, vamos a conocer a tu bebé.
—Casi grita con euforia y así ocurre—. ¡¡Puja!!

Un último esfuerzo por parte de mi mujer que abre su cuerpo para que salga de ella el ser que alberga todas nuestras ilusiones y así es como en todo el quirófano resuena un grito de llanto, bienvenida a la vida.

Así llega al mundo la pequeña Blanca con una talla de cincuenta y dos centímetros y tres kilos cuatrocientos cincuenta de peso, una hermosa morenita como yo, con una capa de pelos bastante espesa de punta marrones, la nariz de su madre, los ojos azules de su padre y la rosada boca de Alba, toda una bendición en forma de pequeña niña, nuestra princesa. Por fin un sueño cumplido, ser padre del bebé más hermoso que mis ojos han visto, la luz que me iluminará el resto de mi vida.

Ponen al bebé sobre el pecho de Alba y veo su mirada, brilla como si la luz del sol saliera de ella. Su mirada es vida que llena la mía, siempre me imaginé algo parecido, pero verlo, o mejor dicho vivirlo, es otro nivel, esto sí es felicidad de la buena, de la que ni el tiempo ni las penurias nos podrán arrebatarnos.

Por fin tengo a mi reina y a mi princesa, a mi familia, mi sueño cumplido.

Epílogo

Alba

Han pasado ya unos años desde aquella mañana en el paritorio donde la vida me dio lo que más he querido jamás, una familia. Uno de los momentos más felices cuando sostuve a mi hija, otros a destacar serían los partos de mis otras dos hijas, todo niñas, parece ser que el rey de esta casa solo quiere princesas.

Sonrío ante el recuerdo de mis nenas siendo bebés, pero enseguida vuelvo a la realidad cuando veo cómo la puerta de sus dormitorios están entreabiertas dejándome ver a mis pequeñas aún dormidas y enredadas en las sábanas, Blanca, Mara y Alicia.

Escucho cómo se abre la ducha de nuestro dormitorio y corre el agua, lo que indica que Jorge ya está preparándose, mi chico. No puedo evitar relamerme ante la idea de él desnudo, desde que tenemos hijos cierto es que nuestro tiempo en pareja ha cambiado, pero como todo, es algo a lo que nos hemos adaptado, porque la pasión sigue estando presente y nunca nos abandona. Fe de ello es el cansancio de mi cuerpo por nuestro encuentro matutino que ahora es más de madrugada que de mañana, pero igual de satisfactorio que siempre, se me escapa una sonrisa por el reciente recuerdo, pero el deber llama y cambio mi pensamiento a modo madre.

Me estiro en mitad del pasillo cuando voy camino de la cocina, sigo siendo la que más madruga en esta casa, miro a mi alrededor y no puedo evitar reírme. Hay un cúmulo de juguetes repartidos de forma estratégica por toda la casa, menos en nuestro cuarto. Nuestro dormitorio es el único lugar donde Jorge ha logrado que sus princesas no invadan, sí, sus princesas, después de la primera vinieron las dos siguientes, en menos de cuatro años hemos formado nuestro pequeño ejército de nenas guerreras. A él le gusta pensar que son dulces angelitos, pero yo que paso el día junto a ellas puedo jurar que nada más lejos de la realidad, bueno eso es un poco exagerado.

Son unas niñas lindas y revoltosas, me gusta que se manchen jugando, que salten en el sofá, bueno esto último es una de las cosas que le ocultamos a su padre que sigue siendo un sibarita con sus pertenencias, aunque con mucho trabajo y terapia de choque hemos conseguido que no sufra tanto.

Como la vez que la nena más grande cogió un lápiz y pintó el papel de la entrada, pensé que le había dado algo de lo pálido que se puso, aún me río de él por aquello.

Hago mi rutina como siempre, con el único cambio de que ahora llevo unos pantalones sueltos cuando salgo del cuarto por las mañanas. Con tanta gente pequeña por casa al final tuvimos que incluir ayudantes en nuestra rutina diaria, por ello hay que hacer pequeños sacrificios.

Cuando ya casi estoy terminando el desayuno para todos los integrantes de la casa, comienzo a oír risas en el piso superior, lo que hace que mi cara sonría con la emoción de un nuevo día, estar agradecida con lo que he conseguido: una familia. Es bueno valorarla cuando conoces el lado menos agradable que puede darte la vida, por ello cada día agradezco tener tres hijas que son los soles de mi existencia y junto con ellas al hombre que me hace sentir entera y acompañada como él solo sabe.

Bajan riendo y jugando con su padre, caliento el biberón de la más pequeña que aún no toma cereales, ya que tiene perreta cada vez que lo intentamos, la segunda y la primera ya tienen sus tazas con sus cereales preparados y el hombretón de la casa su café, servido junto al mío, bendito brebaje.

—Buenos días, princesas —les digo cuando entran por el umbral de la cocina directas a la galería donde desayunamos.

—*Benos* días, mami —me dicen ellas como pueden, menos la más pequeña que simplemente alza sus brazos llamando mi atención para que la coja, cosa que hago en ese mismo instante, mientras las otras dos me abrazan por la altura a la que llegan a mi cuerpo.

—Princesas, han abandonado a su papi —dice todo dramático, a lo que la marisabidilla de mi hija mediana le contesta:

—*Do Joje*, no se queje.

Es una auténtico loro que ya nos va demostrando que hay que tener cuidado con lo que hacemos frente a sus ojos, nosotros nos miramos y con disimulo nos reímos.

—Mara, eres tonta, así solo le llama mami —le dice la mayor a su hermana con seria reprimenda.

—No me llames tonta, Blanca, ¡mamá! —Cuando la cosa se pone seria ya no hay mami que valga.

—A ver, princesas, nadie insulta a nadie, ¿entendido? —les dice su padre serio y saben que aquí no hay bromas—. Es verdad que así solo me llama mami, porque cuando vosotras me llamáis, me gusta mucho más cómo suena papi. —Las dos asienten conformes y se dan un beso para hacer las paces.

—Pero qué bien apaciguas a las fierecillas —le digo mientras me abrazo a su cuerpo con la pequeña aún sobre mis brazos.

—Son más fáciles que la fiera con la que duermo.

Bajo mi mano por su espalda a su cachete lanzándole un pellizco, acción que queda fuera de los ojos de las pequeñas que están delante de nosotros.

—¡Auch! —dice bajito a la vez que sitúa su mano al mío y lo acaricia con toda su mano extendida, mientras me sonrío con esa cara de sé lo que hago.

—Así no hace daño. —Mi tono inequívoco buscando su provocación.

—Yo no quiero dañarte, quiero... —se acerca más a mi oído para susurrar —: Quiero calentarte. —Muerde mi lóbulo—. Mucho. —Pero poco duran los flirteos clandestinos con tres pares de ojos sobre nosotros.

—Papi, no se *muede* a mami. —Blanca al rescate.

Jorge se ríe dejando un beso en mi mejilla, se sienta con las niñas en la mesa, cada una con su sillita especial incluida la peque que se recuesta en su trona con su biberón en mano, así damos paso a un nuevo día en nuestra vida.

Pronto llega Manuel, un chico que lleva casi un par de años con nosotros, es un poco más pequeño que yo, terminó sus estudios de fotografía y no encontraba trabajo. Apareció cuando estábamos buscando niñera para echarnos una mano cuando me encontraba embarazada de la pequeña. Al contarnos su historia me pareció una oportunidad de poder ayudar a alguien, claro que la ayuda ha sido mutua, mis hijas beben los vientos por él, lo que ayuda mucho en el día a día.

Aunque para mí siempre será mi chico, mi esposo, don Jorge, se salió al final con la suya y me atrapó en aquella boda emboscada, pero creo que nunca podré agradecerle lo suficiente lo mucho que lo quiero, lo mucho que me ha dado, enseñándome todo lo bonito que la vida puede ofrecerte, haciéndome

ver que las celebraciones importan y los recuerdos buenos también se acumulan, que todas merecemos un momento bonito y que estar con la persona que completa tu vida es lo mejor del mundo.

En unos días terminará el colegio y nos iremos como cada verano, bueno más bien cada vez que podemos escaparnos, a la casa de la isla, el lugar que me regaló mi padre cuando nos casamos.

Se ha convertido en la casa familiar, he adaptado mi trabajo a mi vida familiar y la verdad que dispongo de tiempo suficiente para todo, aunque sea con sacrificio, los largos viajes ya no son tan largos ni tan lejos, las exposiciones han sido más y las colaboraciones en los negocios de Jorge también. Todo un cambio de mentalidad que me ha llevado a conciliar mi vida profesional con la familiar.

Jorge y yo aún llevamos muy mal el separarnos y lo evitamos en la medida de lo posible, pero con tres vidas a nuestro cargo hemos aprendido a sobrellevarlo y adaptarnos, eso no quita que la necesidad del uno por el otro disminuya, más bien aumenta y cuando nos encontramos es con más pasión y ganas.

En esta ida tendré que ir yo con las niñas primero, bueno Manuel vendrá conmigo porque esta será una estancia larga, llegado el verano aprovechamos y pasamos todo el tiempo que podemos allí. Las niñas han crecido viendo el pueblo y tienen sus amigas, la playa es algo de lo que disfrutaban a tope y por qué negárselo si podemos gozar de los pequeños placeres del día a día.

Las niñas saben lo que se avecina y ya están revoltosas sacando sus cosas por toda la casa: bañadores y flotadores. Manuel las regaña, pero les da igual lo camelan para que haga lo que ellas quieren. Esta noche haremos una cena para despedirnos porque no será hasta después del verano cuando volveremos a estar todos juntos en el mismo lugar.

Mi padre llega y les ha traído como siempre dulces que ellas reciben con las manos abiertas, las tiene locas con su dosis de azúcar, la verdad es que en estos años sí se ha dedicado a recuperar el tiempo perdido, nadie nos devuelve el tiempo pasado, ni borra los malos recuerdos, pero si uno quiere puede hacer borrón y cuenta nueva, haciendo que la vida sea más rica y acumule buenas experiencias y no viejos rencores.

—Papá, te has pasado, eso es un montón de chocolate. Niñas, dejarlo en la

cocina.

Las dos mayores hacen caso a regañadientes y la pequeña que ya está enseñada por las otras dos se lanza a los brazos de su abuelo que le ha traído sus galletas favoritas.

—Su abuelo es pastelero, si no puedo darles chocolate qué voy a hacer, ¿verdad, pequeña? —le dice a Alicia que sabe demasiado y premia a su abuelo el pastelero con un abrazo.

Con el tiempo también se le bajó el ego y aceptó el sobrenombre que mi esposo le da, claro que también hay que decir que se enteró porque se le escapó. Jorge nunca le ha faltado al respeto y siempre lo ha tratado con educación a pesar de que tuviera mucho o no para decirle.

No llego a cerrar la puerta cuando vienen los padres de Roberto, mis otros padres para mí, me besan al llegar transmitiéndome todo su cariño. Lo primero, preguntan por mis niñas que para ellos son sus nietas, las muy listillas los oyen y vienen a recibirlos manchadas de chocolate alrededor de su boca.

—Niñas —les digo cuando veo a Manuel que sale de la cocina con toallitas húmedas en las manos para limpiar a estas dos revoltosas.

Saluda a mi padre y a los de Roberto, a todos les encanta este chico que es nuestro comodín diario.

—Hola, nenas —les dice el padre de Roberto y se ponen rojas.

Van a ser unas coquetas como su padre. Los saludan con besos y abrazos llamándolos abuelos que es lo que son para ellas, son unas niñas con suerte que tienen un abuelo para cada una de ellas, más dos abuelas que las colman de caprichos. Abren unas bolsas con cubos nuevos para la playa, mejor ni nombro la euforia que se desata en la sala.

Llegan Marco y Cris que hace años que viven su particular historia, él nunca ha dicho que no a una mujer bella hasta que supo que con ella no sería pasajero, se asustó como nunca lo vi, la rechazó con elegancia, pero ella luchó hasta hacerle ver que la diferencia de edad solo le importaba al que miraba, no a ella, que tras varios trabajos con él, vio cómo Marco le ganaba el corazón y él perdió la cabeza por ella, ahora viven enamorados como adolescentes.

Llega mi hermana Victoria con su nueva pareja, un chico sencillo, hijo de unos arquitectos y con la misma profesión que sus padres, alguien totalmente ajeno a su anterior círculo social del que ella misma renegó. Alguien que ve dentro de ella y no solo su superficie, ella como un tópico de novela es su secretaria, renunció al dinero de nuestro padre y decidió trabajar.

Por fin acepta la felicidad que la vida le da y se ha despegado de la culpa de sus malas acciones, otra que también carga con regalos para las niñas, ¿cómo no van a ser unas consentidas? Así no hay manera de imponerse, todos están contra mí.

Por último llegan los padres de Jorge, otras de mis personas favoritas en este mundo, los quiero y me quieren no hay más vueltas en mi cabeza, ven a sus nietas y se les ilumina la cara contemplando la gran familia que hemos forjado.

La familia de Sofí y Roberto llegan después, también han aumentado en estos años, mi ahijado es todo un pequeño donjuán como su tío y cuenta con un pequeño hermano de dos años de edad, que tiene el descaro de su madre y el físico de su padre, otro guapo. Sus primas los están esperando como locas porque tienen regalos para ellos, ya sabía yo lo que iba a pasar: la locura de los regalos.

Lo hacen siempre en cuanto anuncio que nos vamos un verano más. Parece que a todos les falta tiempo para salir a consentirlas, por eso ya tenía preparado algo para mis sobrinos porque jamás toleraré las envidias, o para todos o para ninguno, mi padre también los tiene en cuenta y les da los dulces que trajo para ellos, a lo que Sofí se queja hasta que mi padre le saca su bolsa, esta nunca cambia.

Todos estamos a falta de mi chico que últimamente ha vuelto a trabajar bastante para poder disfrutar los máximos días con nosotras, los niños han cenado y están jugando en el cuarto de los juguetes. Manuel se ha marchado hace un rato, pobre, bendita paciencia la que nos tiene, vendrá con nosotras y pasará bastante tiempo de las vacaciones, por ello este invierno ampliamos la casa y le hicimos un apartamento para que viviera con cierta independencia y se traiga a quien él quiera. Este año sé que se traerá a su pareja que para mí se traduce en otro par de manos, es una chica encantadora que más de una tarde nos acompaña en casa.

Siento cómo abren la puerta de entrada y acudo aprovechando el entretenimiento de todo el mundo para tener a Jorge para mí sola un rato. Ahí está tras un largo día se ve cansado, pero con ganas de llegar a casa, su mirada brilla en cuanto me ve ir hacia él.

—Hola, cariño —le digo llegando a él.

Transforma su cara en la sonrisa que siempre tiene para mí.

—Hola, amor —me dice antes de besarme como Dios manda ahora que no tenemos público infantil.

Me da un beso de esos que te dejan las piernas temblando, de esos que cuando acaba necesitas que te abrace porque vas para el suelo, tú y tus bragas, válgame la vulgaridad, pero tengo un esposo que aún despierta todo en mí.

Pero una ha aprendido a no quedarse atrás y cuando me suelta dedicándome esa mirada de orgullo por su acción, lo veo con mis ojos entrecerrados por las sensaciones que todavía me recorren. Deslizo mi mano hacia su nuca enterrando mis dedos en esa cabellera que se riza, sonrió picarona y me abalanzo a sus labios, primero suave como él sabe, pero luego todo se vuelve osado cuando tomo su boca y gimo por ese sabor tan delicioso.

Aprieta mi cintura y nos gira para quedar mi espalda en la pared. Lo atraigo aún más y su mano hace que mi pierna lo envuelva, pasea desde debajo de mi rodilla hasta mi trasero con todo su descarado, entonces la que gime soy yo, ahí mandamos todo a volar, sus labios toman los míos y mi boca se pierde en la suya.

—Par de guarros, atended a las visitas y dejad las escenas equis para la alcoba. —Sofí y su boca hace que se nos corte este momento tan gozoso y furtivo.

Paramos en seco y nos miramos a los ojos que están cargados de pasión, que se quedará aplazada para luego, nos partimos a reír por la intromisión, así es ahora la vida llena de dicha, momentos robados y madrugadas apasionadas.

Epílogo

Jorge

Abro mis ojos viendo la maraña de pelos de mi esposa que yace tumbada entre mis brazos. La estrecho contra mí, aún faltan dos días para que se vayan y ya estoy ansioso por la falta que me van a hacer, pero el deber llama, no puedo aplazar eventos y negocios que en esta época hay que dejar cerrados, la temporada estival despierta las ganas de muchos de dejarse ver y es el mejor tiempo para la gente que vivimos de la imagen.

—Noto cómo piensas incluso dormido —dice levantando su cabeza para ver mi cara, beso su frente—. Buenos días.

—Buenos días, amor.

Dejo otro beso en su frente para luego dejarla ver mi cara, la preocupación en su rostro es el reflejo de la mía.

—Solo serán unos días.

Lo hemos hablado en cada ocasión que hemos podido, pero eso no quita que voy a estar sin ellas.

—Lo sé, pero ya siento que os echo de menos, cada vez me cuesta más y este año no puedo faltar a mis compromisos, ojalá pudieras quedarte conmigo.

Cada vez me cuesta más hacer mi vida social, salir por las noches sin ella en demasiadas ocasiones y con ella cuando soy afortunado.

—Este año Alicia aún es pequeña para quedarme mucho tiempo, pero podría volver contigo unos días después de que vayas y que se queden tus padres con las niñas. Sofí irá con ellos, entre todos se harán cargo — reflexiona señal de que también lo ha estado pensando.

—¿De verdad? —No quiero imaginar cómo debe de ser mi cara para que haya accedido, es que estoy enganchado a ella, me hace falta todos los días.

—Empiezo a pensar que eres más caprichoso que las tres pequeñas, pero también sé que no estás así por gusto, además haré coincidir mis compromisos para ese par de semanas y todo resuelto.

En estos años hemos conseguido nivelar nuestra vida, no siendo todo lo

perfecta que podría parecer por fuera, pero perfecta para nosotros. Mis ángeles ocupan buena parte de nuestro tiempo, son las dueñas de la casa y han conseguido hacerse con ella, pero yo, como el rey del castillo, he conseguido que respeten un poco, vamos que hacen lo que les da la gana por toda la casa menos en nuestro dormitorio que sigue siendo santuario de pareja.

Aunque en algunas ocasiones nos escapamos al otro santuario, ya que nunca nos deshicimos del apartamento de Alba. Con el tiempo se ha convertido en nuestro lugar de escape dentro de la ciudad, adoro a mis hijas, creo que no habría una sola cosa que no haría por ellas en esta vida, pero no puedo negar que adoro a su madre casi al mismo nivel.

Desde que Blanca llegó todo es distinto y jamás cambiaría nada, luego llegó Mara y por último Alicia, nuestra vida está llena, pero no negaré que los dos a veces necesitamos un parón en el camino, respirar unas horas para volver con más ganas a la rutina diaria, bueno y a hacerle el amor sin que tengamos que cortarnos en nuestras muestras de placer, gritar o caminar desnudos por la casa, quiero a mis hijas, pero sin su madre yo no soy nada.

Con la promesa de que pasaremos unos días juntos y solos en verano, hace que me invadan más ganas por ella de las que suelo tenerle por las mañanas, que siempre son muchas.

La giro y quedo sobre ella, se ríe y me achucha el culo con fuerza, lo que hace que mi libido aumente en picado hacia arriba. Con maestría me deshago de sus bragas y muerdo sus pechos sobre la camiseta. Pasa sus manos de mi culo a mi pelo y jadea cuando aprieto más de la cuenta sobre su pezón, Dios qué rico, mis chicas, siempre encantadas de recibirme, me elevo para tomar su boca y ella abre sus piernas para hacerme sitio, justo cuando voy a entrar en mi mujer la puerta se abre, me quedo estático mirando a sus ojos, creo que si pudiera arder lo haría, noto mi sonrojo eso no es normal, la primera vez que nos pillan.

—Mami. —La voz de Mara, esa pequeña es un terremoto que acaba de cortar nuestro mañanero, este día va a ser especialmente largo y aún no he salido de la cama.

—Ya voy, Mara, cariño, ve a tu cuarto. —Mi hija sale de la habitación y yo suelto un suspiro, la miro de nuevo a la cara y me besa, para luego reírse —. Pareces un farolillo.

Se ríe y aprovecho antes de que se ponga las bragas y le doy un azote, se sigue riendo y sale de la cama poniéndose los pantalones.

—Ríete que ya te pillaré.

Me saca la lengua y sale cuando le tiro un cojín fallando contra la puerta. Al final, con un problema entre las piernas, me levanto para comenzar mi rutina. En poco tiempo estoy listo y doy paso a mi parte favorita del día: ser quien saca de la cama a las perezosas de las princesas.

Primero entro a por Alicia, la pequeña ya está despierta y sentada sobre su cuna, el pequeño grito que da cuando me ve es una de las tres mejores cosas de la mañana, la cojo y me premia con un abrazo.

—Hola, pequeña.

Ella toca mi cara frotándose con mi barba, yo atrapo su mano con mi boca haciendo que me la como, ella ríe y yo muero de amor por mi hija.

—Vamos por esas perezosas.

Sonríe y asiente, va a ser toda una listilla. Llegamos a la habitación de Mara y no está, hoy se me ha adelantado y seguro que ya se encuentra en la cocina ayudando, se parece tanto a su madre... Nos vamos a levantar a Blanca, la sigo mirando y aún me parece un milagro, desde el día de su nacimiento ha sido mi visión favorita, podría pasar horas contemplándola, privilegio que comparte con sus hermanas.

Cómo expresar el amor que se siente por un hijo, una mujer lo carga en su interior, lo nota, lo vive desde su concepción, pero los hombres nos tenemos que conformar con verlas, admirarlas y enamorarnos aún más de ellas.

Porque verlas en ese estado es una de las maravillas del mundo, sentir las patadas del bebé a través de su piel, hablarle y notar cómo responde a tu voz, verlo nacer y saber que lo darías todo por esa nueva vida.

Morir de amor cada día por estas pequeñas, mirarlas y no poder evitar pensar en su hermana nonata, no hay día que no recuerde a Ángela, pero veo a sus hermanas y aunque es injusto para su recuerdo me reconforta pensar que ellas sí lo consiguieron, aprendí a vivir con la pérdida, aprendí a perdonar y vivir con su recuerdo, me quedo con toda la felicidad que nos dio, que gracias a ella en parte nos unimos más y que por ella tenemos esta gran familia. Siempre un beso es para mi niña que como les digo a sus hermanas tienen un

ángel que las guarda desde el cielo.

Nos sentamos al borde de la cama y dejo que Alicia haga de las suyas, besa a su hermana llenándola de babas, la otra se queja, pero no lo toma a mal.

—Ali, eres una *cedita*.

La otra se ríe y yo le hago el juego de las hormiguitas que acaba en cosquillas.

—¡Papi! —grita y yo sigo además de que también le hago a Ali—. ¡Papi, ya que me hago pis!

Pongo una cara graciosa y entonces se levanta para dejar mi beso de buenos días, hace sus necesidades y bajamos a desayunar. Entramos en la cocina y Blanca va corriendo a su madre, Ali también la reclama, Mara me mira, pero se avergüenza, no me queda duda de que ha habido reprimenda, aunque no me meto, sé cómo actúa Alba y la apoyo, espero a que ella venga a mí para levantarla en brazos y darnos los buenos días.

—*Pedon*, papi. —La abrazo contra mí.

—No pasa nada, cariño.

Beso su cabeza y nos disponemos a desayunar como cada mañana.

Queda poco para mi hora de comer, la persona con la que tenía cita ha llamado para anularla, entonces se me ocurre una locura que hace tiempo que no hago, llamo a mi esposa.

—¿Sí?

Como de costumbre no ha mirado la pantalla, mejor.

—Doña Alba. —Suenan una leve risa.

—Perdón, ¿quién llama, sabe usted que soy una mujer casada? —Siempre le falta tiempo para entrar en el juego.

—No dude que soy buen conocedor de ese dato, ya que yo soy su esposo.

—Don Jorge, ¿cómo es que llama usted a estas horas?

—Pues verá, doña Alba, tengo la tarde libre y me gustaría hacerle el amor a mi esposa hasta que llegue la hora de cenar.

—¿Cree usted que tendrá tanta energía?

—No dude usted que soy hombre de palabra. Le hago la promesa de no parar hasta que quede saciada, claro, si usted me promete que antes comerá con su esposo.

—Creo que con esa oferta me tendrá usted en unos veinte minutos donde siempre, supongo que llevará usted la comida.

—Doña Alba, la espero, la amo.

—Le amo, don Jorge.

Cuelga y ya estoy delante de puerta del restaurante donde recojo la comida preparada que he encargado antes de salir, sigue adorando que le elija la comida y a mí me vuelve loco poder consentirla en las pocas cosas que me permite.

Con todo, voy para el apartamento de Alba que con pequeñas modificaciones ahora es un auténtico lugar de culto para la pareja. Preparo la mesa y enfrío el vino, pero creo que primero me quiero comer a mi chica.

Suena el timbre de abajo, siempre avisa cuando va a llegar, quito mi ropa, cierro las cortinas, bajo la luz y enciendo las velas que tienen un lugar permanente en este santuario. La espero tras la puerta y cuando ella abre y ve el ambiente sonrío, la abrazo por detrás y se sobresalta un poco, pero no demasiado porque ya le estoy comiendo su cuello y dando la bienvenida a mis chicas que están bien duras entre mis manos.

—Don Jorge.

Giro su cara y tomo su boca, me siento con hambre, sediento, pero sobre todo necesitado, y ella lo comprende.

—Tómame, amor, tómame como me gusta.

Dios, qué boca... Bajo mi mano para sacar su ropa interior, pero me encuentro que hay sorpresa, bueno más bien no hay nada, viene sin nada, arraso por la excitación que tengo en este momento, la giro haciendo que quede con su pecho en la pared, levanto su falda hasta dejarla sobre su culo que luce exquisito, dejo una lasciva caricia y la hago abrir más sus piernas.

—Don Jorge, no me haga esperar.

Paso mi mano a su pecho y suelto un pellizco que la estremece. Con mi otra mano ya me estoy guiando hacia la meta donde me hundo, nada suave,

nada sutil, todo placer, acercándonos. Nos mecemos para terminar embistiendo sin cuidado, no se queja pide más y más le doy hasta que nuestros cuerpos explotan y se empapan en el interior de su cuerpo.

—¿Qué tal, doña Alba, comemos? —digo entre respiraciones cortadas y jadeos involuntarios.

—Don Jorge, deme de comer que muero porque me dé el postre.

Esta es mi chica, la que no se acobarda y siempre pide más.

Hace dos semanas que están en la isla y todos los días hablo con ellas, me envían fotos, mensajes y besos virtuales, eso no quita lo mucho que echo de menos a mis chicas.

Aunque eso acabará en unas horas, que será lo que tarde en llegar a nuestra casa, ella me está esperando, pero estos últimos días la noto rara, incluso me atrevo a decir que perdida. Le echo la culpa a nuestra distancia y evito hacer absurdas conjeturas que no me llevarán a nada más que preocuparme de forma gratuita.

Llego a casa a la hora del desayuno, las niñas no me esperan, entro en silencio y llego a la cocina donde están todos desayunando, Manuel está pendiente de que coman y su novia ayuda a Alba con Alicia, mi chica con disimulo esboza una sonrisa al darse cuenta de que ya he llegado y me hace un guiño, dándome consentimiento para alborotar el patio.

—¿Dónde están mis princesas? —grito desde el pasillo que da a la cocina, se oyen gritos y pasos correr, pero me adelanto y me planto delante de ellas dándoles un pequeño susto.

—¡¡¡Papii!!!! —gritan las dos mayores y la llantina de Alicia por no poder correr con sus hermanas a mi encuentro.

Me llenan de besos y abrazos, los cuales correspondo dándome aún más cuenta de lo mucho que las he echado de menos, veo a mi nena más pequeña que ya llora con desconsuelo, con un beso en la frente de las mayores me voy para coger en brazos a mi pequeño bebé que está extragrande después de casi no verla en dos semanas. Se abraza a mi cuerpo hasta que se le pasa el llanto y se muestra muy mimosa, cómo me pierden mis niñas.

Saludo a Manuel y a su chica los cuales siempre me dan una tranquilidad extra al saber que Alba no está sola con ellas, con tres toda ayuda es agradecida, por último, pero la más importante dejo un beso junto con una promesa en los labios de mi esposa, beso que no es tan correspondido como era de esperar.

Desayunamos con gritos y miles de historias que les han ocurrido en estos días. Me cuentan que iban a bajar a la playa, y ahora quieren que las lleve yo, a lo que no me niego porque muero por estar con ellas y disfrutar de sus pequeñas vidas.

Manuel se ocupa de que se vayan a vestir y asear, quedándome solo con mi mujer que está fregando las tazas. La veo desde mi sitio, termino mi café y voy a dejar la taza en el fregadero, me coloco detrás de ella aspirando el olor de su pelo que solo me anuncia que estoy en casa. Cuando saco mi mano acaricio su brazo hasta su hombro donde arrastro su camiseta para dejar un húmedo beso en el lugar descubierto. Se tensa, eso no lo esperaba, por lo que giro su cara para que me mire y veo que está preocupada.

—¿Alba? —le pregunto en bajo, algo pasa y es malo—. Cariño. —Aparta su mirada y se toma un gran suspiro.

Oh, Dios, ¿qué ha pasado? El corazón me golpea contra el pecho, a la misma vez que todos vuelven a interrumpir en la cocina dejando en el aire miles de preguntas sin ninguna respuesta.

—Baja con ellas, después de comer hablaremos.

Asiento, pero un nudo se hace sitio en mi garganta, hago lo que me pide, me cambio y paso toda la mañana con mis niñas, ella no lo hace.

Cuando llegamos está con la mesa puesta y la comida hecha, la miro y sé que ha llorado, el miedo se instala en mi cuerpo, sea lo que sea me está matando la ignorancia. Después de comer llega el tiempo para descansar, las niñas están agotadas después de la mañana en la playa, cómo no, piden que las lleve a su cuarto. Las acuesto para su siesta en una gran cama, la cocina la recogen entre Manuel, su novia y Alba y, cuando termino con la sesión de besos y abrazos para mí, bajo a buscar a mi esposa y que me saque de este sin vivir que tengo dentro de mí desde que he llegado.

Sentada en la cocina mirando a su taza de café sin beber, perdida en sus pensamientos, me acerco y beso la cima de su cabeza, salta de su silla.

—Ya están dormidas —le anuncio.

—Bien. —Me mira y ha vuelto a derramar alguna lágrima—. Tenemos que hablar. —Suenan tan dolida, tan distante, no es ella.

Cojo su mano y me la retira, una auténtica patada en el estómago, figurada pero dolorosa.

—Vayamos a la salita.

La salita es una parte de la galería que da al patio trasero, un lugar apartado del bullicio de la casa, un lugar que habilitamos como zona privada para leer, dormir la siesta o simplemente desconectar un momento, vamos a la sala y cerramos la puerta.

—¿Qué ocurre. Alba?

En todo el tiempo que llevamos juntos nunca ha sido así conmigo está claro que algo ha pasado para que esté así.

—Me descuidé —dice muerta de vergüenza sin mirarme a la cara, cae una lágrima que enseguida limpia.

—¿Con qué, cariño?

Vale, sea lo que sea no ha empezado con algo tan malo. Creo que la angustia no será tan grave como ella cree, pero por motivos que desconozco lo está agrandando.

—Con la píldora, estoy embarazada. —Rompe a llorar—. Sé que lo hablamos, que tres eran suficientes, que no quieres más hijos. —Gimotea y caen lágrimas entre sus palabras—. Me descuidé, perdóname, Jorge. —Entonces rompe a llorar, a la vez que rompe mi corazón por verla tan desesperanzada, seguro que se ha montado una larga y dramática película en su cabeza.

La pilla con la guardia baja por su repentino llanto y me acerco a su lado sin darle demasiada opción, ya que me abrazo a su cuerpo, encerrándola en el único lugar donde irá, a mis brazos, otro hijo no estaba en el menú, pero hay que apegarse con ello.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Siempre que se ha quedado embarazada lo hemos hecho todo juntos.

—Desde hace dos días, me sentía mal y no paraba de vomitar, creí que era vírico, pero entonces no me vino la regla, tuve miedo y me hice la prueba, con las niñas nunca me sentí mal, todo está siendo distinto. —Suena con tanta angustia que me parte el alma.

—Sé que lo hemos hablado, que dijimos que no más, pero también sé que yo nunca he puesto medios, siempre has cargado tú con esa responsabilidad, si hay un culpable de haberlo sería yo, por eso, después de que nazca este —extiendo mi mano sobre su vientre—, tomaré métodos definitivos.

—Jorge —dice en un suspiro de preocupación—. Es otro más, otro bebé.

—Este niño nacerá y luego no habrá más, amor, disfruta de este embarazo porque será el último. No contábamos con él, pero está aquí, vamos a aprovecharlo.

Entonces su cara cambia confirmando que, aunque mi niña sea más segura, aún me necesita y eso me llena de orgullo porque yo siempre estaré para ella.

—¿Niño? ¿Él? ¿Jorge, alguna premonición?

Esta sí es mi chica, la que sonrío y solo con eso basta, la achucho de más y se ríe por mi gesto, fin de las angustias.

—Sí, creo que esta vez nos llegará un príncipe, con los otros tres embarazos no estabas tan sensible ni llorona.

Pone cara de enfado, pero es falsa porque luego le sigue su linda sonrisa.

—Creo que este será diferente, pero sea lo que sea no dudo de que será querido y amado como el resto, no esperado, pero querido, nunca lo dudes.

—Un príncipe, amor.

La cara de ilusión, alegría y amor que veo frente a mí es con la que me levantaré el resto de mi vida, por la que sufriré en los días malos, la que besaré ya esté cansada, triste o molida, después de un día largo, esta mujer que decidió aceptarme, el amor de mi vida, a la que se le promete y se le cumple, solo a ella, doña Alba.

Fin

Sobre la autora

Nacida en mitad de Castilla, está Secana encontró en la escritura otro medio de expresión, que se suma al dibujo y la pintura. De naturaleza curiosa y personalidad inquieta, Rosario Rodilana tiene una imaginación desbordante que refleja en sus escritos. Su formación artística potencia una rica creatividad de forma que es capaz de crear situaciones tan cotidianas como interesantes. Su producción es variada pero el hilo conductor son siempre unos personajes que viven la vida intensamente, y en los que cualquiera puede verse reflejado.

